

1894

C-XXIX

COP-3/0001

4618602958

Ayuda de párvocos

O SEA

COLECCION DE PLATICAS MORALES Y FAMILIARES

para todas las Dominicas,
festividades de Ntro. Sr. Jesucristo y de la
Sma. Virgen María de todo el año, y de espe-
ciales circunstancias, con un indicador
de las parábolas que predicó Jesucristo y de
los milagros que obró,

por el

D. D. B. C., S.

SEGUNDA EDICION

Veni non in sublimitate
sermonis.

(Corint., 1, 2.)

CON LA DEBIDA APROBACION.

LÉRIDA

LORENZO COROMINAS,

Mayor, 12.

MADRID

ENRIQUE HERNANDEZ,

Paz, 6.

1894

AL LECTOR

Es una cosa muy interesante al pueblo cristiano en todo tiempo iluminar su espíritu, purgarlo de las seducciones que un filosofismo impío lo corrompe para perderlo del camino de la verdad. Al elevado ministerio de los Rdos. Sres. Párrocos, digno del respeto y veneracion de todo el mundo, que debe guardar unas almas redimidas con la sangre preciosísima de Jesucristo, cumple tomar sobre sí esta obligacion desde el momento que toman la direccion de las parroquias que se les haya encargado. El Apóstol San Pedro en su primera carta que dirigió á los Pastores de la Iglesia esto mismo declara: «Apacentad, les dice, la grey de Dios que está entre vosotros, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sino por voluntad segun Dios; no por amor de vergonzosa ganancia, mas de grado: ni como que quereis tener señorío sobre la clerecía, sino siendo dechados de la grey. Y cuando apareciere, concluye el Principe de los pastores, recibireis corona de gloria, que no se puede marchitar. (Pet. I. c. 5.) Y para

cumplir este precepto del príncipe de los pastores, de instruir á sus feligreses en la Religión y en la moral cristiana, estudian los RR. párrocos, trabajan y se fatigan por formarse instrucciones metódicas, claras y acomodadas á la capacidad de los mismos y como en ello tienen muchos gran dificultad de conseguirlo, porque de los materiales de que se pudieran servir son muy difusos, y les embaraza teniendo dificultad de recordarlas, y otros motivos, se nota de mucho tiempo la falta de discursos sobre los Evangelios para todos los domingos del año, breves, metódicos y claros. A este fin y de prestar alguna utilidad al servicio de Dios, se ha ordenado la presente coleccion, la que además de su sencillez, claridad y brevedad, seguramente la hará aceptable la variedad de los mismos discursos.

Si este trabajo es de aprobacion de los RR. SS. Párrocos contribuyéndoles á la santificacion del rebaño que les tiene encargado el celestial Pastor, para Dios sea toda la gloria, á quien todo se le debe.

ÍNDICE

	PÁGINAS.
Para el Domingo I de Adviento.— <i>Creer en Jesucristo.</i>	9
II de Adviento.— <i>Respeto á Jesucristo.</i>	17
III de Adviento.— <i>Dignidad del alma.</i>	25
IV de Adviento.— <i>Sobre la penitencia.</i>	33
Nacimiento de Ntro. Señor.— <i>Sobre la Festividad.</i>	41
Domingo infraoctavo de Navidad.— <i>Conocer á Jesucristo.</i>	49
Circuncision del Señor.— <i>Sobre la Circuncision.</i>	57
Domingo infraoctavo de la Circuncision del Señor.— <i>Deberes de los padres.</i>	65
Epifanía del Señor.— <i>Sobre la misma festividad.</i>	73
Domingo I despues de la Epifanía.— <i>El dolor de los pecados.</i>	81
II despues de la Epifanía.— <i>Del propio estado.</i>	89
III despues de la Epifanía.— <i>La gracia del pecador.</i>	97
IV despues de la Epifanía.— <i>Nuestros enemigos.</i>	105
Purificacion de Nuestra Señora.— <i>De la festividad.</i>	113
Domingo de Septuagésima.— <i>Sobre el trabajo.</i>	121
Domingo de Sexagésima.— <i>La palabra de Dios.</i>	129
Domingo de Quincuagésima.— <i>Los pecados de este día.</i>	137
I Domingo de Cuaresma.— <i>Sobre las tentaciones.</i>	145
II de Cuaresma.— <i>Sobre la salvacion.</i>	153
III de Cuaresma.— <i>La recaida en el pecado.</i>	161
IV de Cuaresma.— <i>De la huida del mundo.</i>	169
Domingo de Pasion.— <i>Sobre la murmuracion.</i>	177
Domingo de Ramos.— <i>Sobre la inconstancia.</i>	185
Anunciacion de Ntra. Señora.— <i>De la festividad.</i>	193
Pascua de Resurreccion.— <i>De la Resurreccion espiritual del pecador.</i>	201

PAGINAS.

Domingo de Quasimodo— <i>Sobre la falsa paz del pecador.</i>	209
II despues de Pascua.— <i>La sumision á la Iglesia.</i>	217
III despues de Pascua.— <i>Placeres de la gloria.</i>	225
IV despues de Pascua.— <i>Del celo religioso.</i>	233
V despues de Pascua.— <i>Sobre la oracion.</i>	241
Ascencion del Señor.— <i>Sobre el misterio.</i>	249
Domingo infraoctavo de la Ascencion.— <i>Sobre la cobardia.</i>	257
Domingo de Pentecostés.— <i>Sobre el misterio.</i>	265
Domingo de la Santísima Trinidad— <i>Sobre el misterio.</i>	273
SS. Corpus Christi.— <i>De la presencia real de Jesu-cristo en el Sacramento.</i>	281
Domingo infraoctavo de Corpus.— <i>De la institucion de la Eucaristia.</i>	289
Domingo III de Pentecostés— <i>La misericordia de Dios.</i>	297
IV de Pentecostés— <i>Sobre la vida del pecador y del justo.</i>	305
V de Pentecostés.— <i>Del amor á los enemigos.</i>	313
VI de Pentecostés.— <i>Sobre la limosna.</i>	321
VII de Pentecostés.— <i>Sobre la vida cristiana.</i>	329
VIII de Pentecostés.— <i>Sobre el servicio de Dios.</i>	337
VIII de Pentecostés.— <i>De los excesos del juego.</i>	345
IX de Pentecostés.— <i>Respeto á los templos.</i>	353
X de Pentecostés.— <i>Sobre la humildad.</i>	361
XI de Pentecostés.— <i>Las buenas conversaciones.</i>	361
XII de Pentecostés.— <i>La caridad al prógimo.</i>	369
XIII de Pentecostés.— <i>El pecado mortal.</i>	377
XIV de Pentecostés.— <i>La providencia de Dios.</i>	385
XV de Pentecostés.— <i>Sobre la muerte.</i>	393
XVI de Pentecostés.— <i>Sobre la usura.</i>	401
XVII de Pentecostés.— <i>El amor de Dios.</i>	409
XVIII de Pentecostés.— <i>De las quejas contra Dios.</i>	417
XIX de Pentecostés.— <i>La Comunión indigna.</i>	425
XX de Pentecostés.— <i>Sobre las adversidades.</i>	433
XXI de Pentecostés.— <i>El perdon de las injurias.</i>	441
XXII de Pentecostés.— <i>Sobre la lisonja.</i>	449
XXIII de Pentecostés.— <i>La dilacion de penitencia.</i>	457

PÁGINAS.

XXIV de Pentecostés.— <i>De la perseverancia.</i>	465
Para el día quince de Agosto.— <i>La Asuncion de Ntra. Sra.</i>	473
Para el día ocho de Septiembre.— <i>La Natividad de Ntra. Señora.</i>	478
Para el primer Domingo de Octubre— <i>De Ntra. Sra. del Rosario.</i>	483
Para el día ocho de Diciembre.— <i>Concepcion de Maria.</i>	488
<i>Apéndice.</i> —Discurso para el día del Patron de la parroquia.	493
Para una Comunión general.	496
Para la primera Comunión.	500
Para la Comunión de enfermos.	504
Sobre el precepto pascual.	506
Para anunciar la enseñanza de la Doctrina cristiana.	508
Idem para la Confirmacion.	512
Idem la Santa Mision.	515
Idem la Bula de la Sta. Cruzada ú otra indulgencia.	518
Idem para calamidades públicas.	524
Idem gracias del beneficio del agua.	528
Idem de entrada en una parroquia.	532
Indicador de las parábolas que predicó N. S. Jesu-cristo.	541
Indicador de los principales milagros que obró N. S. Jesucristo.	543

PCAR-3/0001

PARA EL DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO.

CREER EN JESUCRISTO.

Abjiciamus ergo opera tenebrarum.....
Sed induimini Dominum Jesum Christum...
(Epist. B. Pauli ad Rom. x. 12, y 14.)

Estas palabras, amados feligreses míos, van dirigidas á todos. Nosotros que somos los encargados de anunciaros hoy la venida del Salvador en nombre de nuestra madre la Iglesia, cuydamos á la vez de haceros conocer este Rey digno de reynar solamente por la verdad en nuestras almas, y por la gracia en nuestros corazones. Jesucristo nos es el Maestro que debemos escuchar, el modelo que debemos imitar, y el solo camino que puede conducirnos al cielo. Todas las devociones que haceis, todas las instrucciones devotas que escuchais, todas las funciones y trabajos de nuestro ministerio se dirigen á aumentar el conocimiento de Jesucristo y prepararos para recibirle debidamente. Dichoso sería yo, hijos míos, si ya apartados de los vicios y maldades del mundo digera de vosotros lo que S. Pedro decia de los primeros fieles: *Que amais á Jesucristo sin haberlo jamas visto: que creeis en él, aunque jamás lo habeis*

visto con vuestros propios ojos. ¿Sois cristianos, haceis profesion de conocer y de creer en Jesucristo? Pero ¿sabeis lo que significa creer en él? Tener sus mismos sentimientos, su mismo lenguaje, ó á lo menos, su deseo y su voluntad eficaz de conformar vuestra vida á la suya. Pensad como cristianos, hablad como cristianos, y vivid como cristianos y creereis en Jesucristo. Consultad, hoy vuestra conciencia y ved á la vista de estas consideraciones si podeis decir lo que S. Pablo decia de si mismo. *Yo creo en la Fè del Hijo de Dios, el cual me ha amado, y se ha entregado asi mismo á la muerte por mi amor.*

Este grande Apòstol en su carta á los Filipenses nos señala un punto, que encierra en si como en compendio toda la moral cristiana. Hermanos míos, dice, tened los mismos sentimientos, y los mismos quererres de Jesucristo: *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.* (Ad *Philip.* c. 2. v. 5.) Aunque infinitamente rico, pues todas las cosas las hizo en él; con todo quiso nacer, vivir y morir como pobre. Ved aqui el menosprecio de las riquezas, y el amor á la pobreza. Aunque era igual á su Padre, con todo se anonadó hasta tomar la forma de esclavo, y hasta obedecerle á la muerte, y muerte de cruz. Ved aqui el amor de la humildad, y del padecer. Si los sentimientos de Jesucristo, consisten en menospre-

ciar y huir de todo lo que pueda fomentar la soberbia, ambicion, codicia y sensualidad del mundo, vea cada uno en si mismo, cuan opuestos sean sus sentimientos á los de él.

Desde luego, digo, que bien lejos estamos de amar la humildad; no buscamos otro, que el sobresalir entre todos los demás. ¿Que aversion no tenemos en todo aquello que nos abate, y humilla? De aqui depende la poca sumision y respeto que teneis para con los superiores, aquella dureza, aquella altanería, y menosprecio con los inferiores: aquel espíritu de distincion que afectais entre vuestros iguales; y la ridícula prontitud en sentirnos agraviados á la menor palabra, al mero gesto que pueda ofender la opinion que os habeis formado de vosotros mismos.

Además de esto, todavia os pregunto. ¿Vivis contentos en la condicion baja ó alta de vuestros estados que la providencia divina os ha colocado? ¿Sufris los menosprecios y humiliaciones de buen animo ó pacientemente? ¿Las mirais como gracias venidas de la mano de Dios? ¿Mirais tales humiliaciones de suerte que digais con el santo rey David: *Era necesario, Dios mio, que yo fuese humiliado: este es un beneficio que me habeis hecho, del cual os doy las gracias?* ¿Teneis vosotros, acerca de vuestros bienes los sentimientos que Jesucristo, el cual ha echado tantas maldiciones contra los ricos? ¿Pensais lo que él mismo pensó, ó bien lo con-

trario; que es mucho mejor ser rico, que pobre, mirando siempre la pobreza como el mayor mal del mundo? ¿No poneis toda vuestra confianza y vuestro corazon en las riquezas? ¿Pensais sériamente que la gracia es preferible á todo lo de la tierra? ¿Estimareis perder antes todos vuestros bienes, antes que perder la gracia divina? ¿Y si él os pidiese en este momento un sacrificio de todo lo que poseeis, estariais prontos á hacerlo? ¿Y lo hariais de sincero corazon? Amados hermanos míos, si no estais en estas disposiciones, si pensais de otro modo, no creéis en Jesucristo, no sois verdaderos cristianos.

Y no puedo deciros otra cosa: pues no huimos como el veneno de nuestra vida de las aflicciones, del padecer, de la persecucion, y adversidad, mientras que Jesucristo clavado en la cruz no cesa de decirnos: *Dichosos los que lloran, los que son perseguidos y sufren por la justicia*: mientras que la Fé nos enseña que el padecer es el camino del cielo, la contraseña del amor de Jesucristo que ha de conducirnos á la vida eterna; mientras que vemos que todos los Santos se hacen encontradizos con la cruz, la buscan, la abrazan, se gozan y se engolfan en un mar de alegría en medio de la tribulacion y de la pobreza? ¡Ah buen Jesus! confesamos convergencia nuestra, que la mayor parte de aquellos que se reputan cristianos, no tienen tal modo de pensar, y que menos tienen tal lenguaje.

Pasaron ya los primeros dias del cristianismo, en los cuales el nombre de Jesucristo, y las máximas que nos dejó en su Evangelio resonaban en todas las conversaciones de los fieles. No se decía entonces como ahora: *Dejemos aparte la Religion; prescindamos del Evangelio*. Se sabia entonces, que se habian de dirigir todas las acciones todos los pensamientos, todas las conversaciones en materia de Religion y moral á Jesucristo, porque sin él no puede haber verdadera Religion, ni moral, ni virtud sólida. Asi se creia, y asi se hablaba. Nosotros lo sabemos y asi lo creemos; y con todo hablamos ordinariamente como si el Evangelio ya no existiese y como si no conociésemos á Jesucristo. El lenguaje de Religion, ya hoy no se oye, no se encuentra sino en los sermones y en los libros de piedad; fuera de los cuales, apenas se puede atrever uno á pronunciar el nombre de Jesus, como si fuera deshonra á un hijo hablar el lenguaje de su padre, ¡cosa verdaderamente deplorable! Se habla de todo, y solo serán los cristianos los que no hablarán como tales, se avergonzarán á pronunciar el nombre del Salvador, y de darse á conocer que son discípulos de Jesucristo.

No quiero decir con esto, que el Evangelio deba ser materia de toda conversacion, ni que mezeleis el nombre de Jesucristo en todo lo profano. Hay algunas compañías, en las cuales se ha de observar al pie de la letra el consejo que

nos dió Jesucristo: *Guardaos de dar las cosas santas á los perros, y de echar las perlas preciosas á los puercos, no sea que estos las pisen, y destruyan.* Esto haría aquel, que sin discrecion y sin necesidad, hablase de cosas santas delante de ciertas personas que aborrecen el Evangelio, que tienen gloria de hacer juego de la piedad y se burlan. Lo que deseo de vosotros, hermanos míos, es, que cuando habléis del vicio y de la virtud, de las riquezas, de la pobreza, del deleyte y de la afliccion, de cuanto hay bueno ó malo, feliz ò infeliz, se conozcan en vuestras palabras que sois cristianos, y que tenéis espíritu de tales. Querría que entre vosotros, algunas veces, se hablase de lo que os enseñan vuestros pastores en sus instrucciones, que hablaseis de lo que leéis en los libros devotos, que vuestras conversaciones sabieran á la sal de la verdadera sabiduria, que es Jesucristo, sabiduria eterna, opuesta á la del mundo terrena y diabólica, si tened á Jesucristo en el corazón y lo tendreis en la boca; pensad como cristianos, y hablareis como tales. Ya sabeis el proverbio santo, *que de la abundancia del corazón habla la boca.* Tened los sentimientos de Jesucristo y hablareis su lenguaje. Pero esto no basta; son muchos que piensan bien, y viven mal. Obrar como cristiano y conformarse á las máximas del Evangelio, es lo que conviene, y conoceréis y creéis en él.

Oigamos sobre este punto y concluimos con

el famoso discurso de S. Gregorio Niseno, el cual compara los cristianos á los pintores. (*Epist. I.*) Cada uno de nosotros, es el pintor de su propia vida. Nuestra alma es como la tela, y las virtudes son los colores, Jesucristo es el modelo que debemos copiar. ¡Bella idea á la verdad! De igual manera que un pintor tiene en su ánimo, idea y delante sus ojos al ejemplar ò modelo que quiere copiar en la tela, así el cristiano debe tener en todas sus acciones puestos los ojos en Jesucristo, y así como el pincel conducido por la mano del pintor aplica á la tela los colores semejantes á los del original; no de otro modo nuestra voluntad ayudada de la gracia, practicando las virtudes de Jesucristo, traslada á su alma su imagen: de suerte que nosotros somos mas ó menos cristianos, según sea mayor ó menor la semejanza que tengamos con Jesucristo. De lo cual deduciremos naturalmente, que si en nada nos asemejamos á él, en nada somos sus discípulos: nuestra fé no nos servirá sino para hacernos mas culpados.

Levantemos pues los ojos, hermanos míos, y miremos á nuestro amado Jesucristo, autor y perfeccionador de nuestra fé. En cualquiera cosa que hagais, digais ó penseis, tened puesta la vista en Jesus. Pues así vuestros pensamientos, palabras y obras correspondan en un todo á las de Jesucristo y entonces podreis decir que creéis en él. Todo lo que nos apartaremos de este divino modelo, es digno de reprobacion. En una

palabra: el mismo bien que haceis, sino lo dirijis á Jesucristo, no os servirá delante de Dios y de nada para la vida eterna.

¡Ah! Salvador mio, ya veis llenos de confusion, y como se reconocen indignos del nombre de cristiano, cuantas veces, mis oyentes, comparan su obrar con el de vuestro santo Evangelio. Cuanto mas examinan sus corazones, tanto mas los hallan contrarios sus sentimientos á los vuestros. Las humillaciones son tormentos, y la mas pequeña incomodidad se les hace insufrible, y en la pobreza solo prueban disgusto. Piensan segun el mundo, y hablan segun él; bien lejos, ¡oh Dios mio! de miraros como el modelo que deben imitar, se conforman antes con las máximas del mundo, que vos habeis reprobado siempre, no solo con vuestras palabras, sino tambien con vuestro ejemplo.

Mudad, ó Dios mio, estos corazones, y reformad todos sus afectos: haced que piensen como vos pensais, que hablen como vos hablais, y que todas sus acciones vayan animadas por Vos. En todo cuanto digan, ó hagan, no permitais que se olviden de que son cristianos, para que obren como tales y bien unidos á Vos, ó buen Jesus, por una viva fe, adelanten en el conocimiento de vuestros misterios y cumplimiento de sus obligaciones y asi en vuestro Adviento santo, los hagais partícipes de vuestra misericordia. Asi sea.

RESPECTO Á JESUCRISTO.

Beatus, qui non fuerit scandalizatus in me.
(S. Matth, c. 11, v. 6.)

Una nueva bienaventuranza se nos descubre hoy en el Evangelio, cuando leemos que Jesucristo nos dice, *que es bienaventurado, el que no fuere escandalizado en mi.* Bienaventuranza, que tiene relaciones bien particulares con las otras ocho, que sabeis, dijo á las turbas en el sermón del monte. En efecto, si la vida de Jesucristo es un ejemplar perfecto de humildad, de dulzura, de mortificacion, de pureza, de paz, de amor de la justicia, de persecuciones sufridas por ella, ¿no es una verdad, que uno imitándola, es pobre de espíritu que se humilla, un manso cuya dulzura le hace poseer la tierra, un afligido que llora, uno que tiene hambre y sed de la Justicia, un caritativo que hace y recibe misericordia, uno puro de corazón en quien no habita pecado, uno tranquilo que poseído de la paz en su interior la procura por afuera,

2

un perseguido que padece por los intereses de la virtud, y por consecuencia, para decirlo en una palabra, es eminentemente feliz, teniendo por esta última bienaventuranza la gloria y mérito de las otras? Dichoso pues y bienaventurado el que respeta la persona y doctrina de Jesucristo, y no saca motivo alguno de caída y de escándalo, *Beatus*. Por el contrario ¡que desdicha, é injusticia es no respetar ó escandalizarse de él! Aquí teneis el asunto de mi reflexion. Respetad á Jesucristo, no os escandalizeis de él: porque siempre hay el orgullo, la infidelidad y la cobardia mas repugnante en hacer lo contrario.

El que no mira con respeto y veneracion las máximas y acciones de Jesucristo, y toma de las mismas motivo de caída, y ocasion de pecar, segun san Agustin comete una especie de desercion de Jesucristo, desercion que algunas veces es pública, pero frecuentemente secreta, una confesion tácita que se tiene de abrazar un partido, cierta oposicion á su vida y sus acciones, á sus leyes, una vergüenza criminal de haberle seguido, y una resolucion porfiada de no seguirle mas. Hasta aqui llega la malignidad del corazon humano en este pecado de escándalo, que llaman los teólogos pasivo y tal es su naturaleza, que va siempre acompañado del orgullo, infidelidad y cobardia. Consultemos el Evangelio y veamos si en las tres clases de personas,

Fariseos, Cafarnaitas y los mismos discípulos del Señor que se escandalizaron de Él, si se hallan los indicados caracteres.

Primeramente notamos que Jesucristo dá á los Escribas y Fariseos, y á todos los judios las pruebas mas convincentes de su mision divina; les hace conocer visiblemente que es el Mesias esperado de tantos siglos; de edad de doce años en medio de ellos en el Templo les explica las escrituras: predica frecuentemente en las Sinagogas; hace mucho bien, y cura todos los enfermos por donde pasa. ¿Puede haber motivo de duda en estos testimonios? No obstante, consta por todos los Evangelistas que tomaron de ello un injusto y malicioso escándalo. ¿Y sería acaso por ignorancia? Ellos estaban muy instruidos en las Escrituras, sabian muy bien las profecias, y descubrian á su pesar en ellas á Jesucristo como el Mesias prometido. ¿Sería por la falta de pruebas? Los diferentes milagros que obrò en toda ocasion y á favor de diferentes personas estaban á su vista. ¿Sería por la poca relacion que hallasen entre sus acciones y su doctrina? El se espone á su mas rigurosa censura: lo que dice, lo dice en público; lo que hace, lo obra á la vista de todo el mundo; y seguros de su inocencia, desafía á sus enemigos, hasta decirles, ¿Quien de vosotros me reprenderá de ningun pecado? Pues, hijos míos, ¿cual será la causa de tan injusto escándalo? Ninguna otra que su orgullo. Vieron hacer á Jesucristo, acciones que no podia

hacerlas sino un Dios, y decian que las obraba en virtud del principe de los demonios, y tomaron partido de perseguir á los que curaba y resucitó; y como no podian negarse á estas pruebas, á todo responden: al fin es hijo de un pobre carpintero. ¡Que orgullo! Esperaban orgullosos que vendría el Mesias á sacarles de la vergüenza y de su miserable servidumbre, se lisongeaban de ser el pueblo escogido, únicos depositarios de la ley, y despreciaban á las demás naciones de la tierra. ¡Que homenaje no le hubieran tributado, con que placer le hubieran recibido, si hubiera venido con todo el brillo de su Reino? Mas como vino y vivió en la pobreza, y en la oscuridad, su orgullo no respetó sus acciones y sus palabras, y se escandalizaron de ellas.

Examinemos pues ahora, nuestras conciencias y hagámonos justicia. ¿Respetamos á Jesucristo? ¿no tomamos aun de su vida humilde y pobre un motivo de escándalo, y de caida, hallando tanta resistencia en nuestro corazon para imitarle? ¿Y esto de donde nace? de nuestro orgullo, que hace, segun san Agustin, que la humildad de un hombre Dios parezca vil y despreciable, á los que aman, y siguen la grandeza y excelencia del mundo. Nosotros encontramos en su divina persona y conducta todas las virtudes, que condenan nuestras pasiones, y nuestros vicios, y esto es para nosotros como para los Fariseos un motivo de escándalo.

¿Y cuantas veces lo es tambien de infidelidad, como en los Cafarnaitas que teniendo por demasiado duras las palabras de Jesucristo con las cuales les expuso el gran misterio de la existencia real de su cuerpo verdadero, pan de vida que bajó del cielo; tomaron ocasion de escándalo, como les dijo el Salvador. *¿Hoc vos scandalizat? ¿y de abandonarle?* La infidelidad voluntaria y el escándalo, tienen una relacion casi necesaria. El escándalo produce la infidelidad; esta aumenta á aquel. Escandalizarse, segun san Gerónimo, es tropezar, encontrar una piedra mas elevada que otra, que sirviendo de tropiezo, hace dar un paso falso y caer. Esta caida llega muchas veces hasta el cisma, hasta la heregia, hasta una separacion total de Jesucristo y su Iglesia. Asi lo veis en los impios de todos los siglos y aun en los de nuestros dias: ellos han tropezado contra Jesucristo, contra esta piedra angular sobre la que está levantado el edificio de nuestra Religion, y han caido. Pero ¿y los cristianos caen? su conducta nos dá testimonio. Como además de las verdades especulativas que se refieren á las materias de Fé, las hay prácticas, establecidas para la conducta de costumbres, en medio del cristianismo, hallamos tambien Cafarnaitas, muchos incrédulos prácticos desertores de Jesucristo, que se separan, sino de la pureza de su doctrina, por lo menos de la santidad de su moral. Si Jesus les dice, yo he bajado del cielo á la tierra por vo-

sotros, yo he muerto en una cruz, le consideran y le respetan; mas si luego añade, el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mi, esta es espresion dura, y les escandaliza. Si Jesucristo les dice, yo os he perdonado vuestros pecados, yo os he colmado de beneficios, bien luego darán gracias de tanta misericordia; pero al añadirles, yo he hecho esto para daros ejemplo, y obligaros á perdonar, amar, y hacer bien hasta á vuestros enemigos, no le respetan y les escandaliza. Mientras que Jesus satisface la hambre de cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, nadie se escandaliza de él; mas cuando propone una verdad que ha de herir á nuestro amor propio, escandaliza. Cualquiera, hijos míos, que conozca el fondo del corazón humano, verá que esta disposición hace en la moral la principal diferencia de las almas fieles, de las que no lo son. En efecto, dadme una alma fiel. Esta no solo cautivará su entendimiento al yugo de la Fé, sino que reprimirá la rebelion de su voluntad, caminará siempre en un mismo paso, esto es, humilde en la prosperidad, tranquila en la adversidad, siempre fervorosa cual otro David para correr en el camino de la ley de Dios, y siempre estará ayudada de las gracias, con que el Señor dilata y fortifica el corazón, sin tener dificultad alguna que á los demás les detiene. ¿Posee riquezas? desprende de ellas luego su corazón, hace buen uso de ellas, y bendice la mano que se

las alarga. ¿Tiene enemigos? Los gana por su dulzura, ó bien sufre la injuria por Jesus, aspirando en todo á formarse con el ejemplo de un Dios, y firme en cumplir sus deberes le vereis, apesar de las burlas y persecuciones del mundo. Mas en una alma infiel todo le parece duro, nada considera, todo son embarazos, dificultades y por último escándalos. *¡Grita san Pedro!* También, hijos míos, son muchos los que se presentan adornados de mayores virtudes y no están libres de este tropiezo. Apesar de las firmes protestas que hagamos á Dios, el escándalo es tan natural al hombre abandonado á si mismo, que los que parecen mas devotos y fervorosos en seguir á Jesucristo, lo dejan y abandonan á veces por una apostasia debil y cobarde. Ninguno mas resuelto de defender á Jesucristo, que san Pedro. Cuando el Señor anuncia á sus discípulos en la cena, que todos padecerian escándalo en él aquella noche, grita san Pedro: *aunque todos se escandalizasen en ti, yo nunca me escandalizaré*: Con todo ¿que es lo que sucede? dejado á si mismo, vacila, tropieza, y cae. Y cuando Pedro cae á la voz de una pobre mugercilla, ¿habrá que fiar de nuestra virtud? ¿una burla y un pequeño escarnio del mundo no bastará para hacernos abandonar nuestros principales deberes? ¿Cuántas veces no os habreis dejado la frecuencia de Sacramentos y otras prácticas de Religion y piedad, por no esponeros á la censura vil del mundo? Confusion criminal, ¡y como

pierdes hoy á muchos cristianos! Desde que el demonio ha hallado el secreto de presentar las máximas de Jesucristo como humillantes para el espíritu, y austeras para el corazon humano, ¿cuántos apóstatas cobardes no se aparecen todos los dias? ¿Y esto no es un escándalo para el cristianismo? ¡Ah! Jesus mio, Vos os vengais algun dia de la debilidad de estas almas. Con tal cobardía se avergüenzan de ser vuestras delante de los hombres, llegará el tiempo que Vos os avergonzareis. Ingratos, dirá, teniais vergüenza de ser míos; en mis ocasiones fingisteis no reconocerme: marchad, pues yo tampoco no os conozco.

Acabemos, hijos míos, por donde hemos empezado. Dichoso, aquel, Jesus mio, que no se escandaliza, ni encuentra motivo de ello, ni en Vos, ni en vuestro Evangelio. Que prefiere la virtud, y el ser cristiano á toda la gloria del mundo, que camina sin vergüenza por el camino de vuestros mandamientos. Que confiesa públicamente vuestro santo nombre, no solo delante de los buenos, sino tambien de los malos. Vos le recompensareis en ésta vida y despues en el cielo. Asi sea.

DIGNIDAD DEL ALMA.

(Et hoc est testimonium Joannis...
Tu quis es?
(Joan. c. 1 y. 19.)

El Evangelio de este dia nos ofrece una leccion la mas instructiva del conocimiento del hombre, que fué en otro tiempo la primera leccion de la filosofía de todos los sábios, y hoy es el primer principio de la verdadera sabiduria. El Bautista nos la da. Los Judios movidos de la fama de su santidad, le envian una embajada para preguntarle quien es: y su humildad, como dice san Gregorio, le hace arrojar de si la corona de Mesías que le querian ellos poner sobre su cabeza. El era de tan gran virtud, que pudo ser creido el Mesias enviado de Dios; mas su humildad impidiéndole elevarse sobre si, le hace responder: *Non sum*. Nunca hubiera sido tan grande y tan santo, sino hubiera sido tan humilde, que se publica una simple voz del que clama en el desierto, y sino hubiera estado penetrado de lo que era el mismo, conocimiento, sobre el que debe fundarse la verdadera santidad y grandeza.

Pues si este conocimiento es la primera leccion verdaderamente divina segun san Bernardo, que para formar al hombre segun Dios, da á todos la Religion, con igual designio hoy voy á preguntaros tambien, *¿Tu quis es?* Y os digo, hijos mios, que es para que os conozcais vosotros mismos, y que bien penetrados de igual humildad que el Bautista, echeis vuestros ojos sobre lo que hay de mas grande, de mas excelente en vosotros, sobre la grandeza de nuestra alma.

La grandeza del alma inmortal: ved aqui el grande objeto, en el cual deseo fijeis hoy vuestra reflexion, para daros á conocer vuestra dignidad. Este es el título que mas os honra. Pues por el reconocereis como primer principio y vuestra felicidad á Dios. Bajo estas consideraciones vale vuestra alma mas que todos los bienes del mundo; vuestra dignidad es mas grande que la de todos los Reyes de la tierra; y solo el título de inmortal os honra mas que todas las diademas del universo. Prestadme atencion.

Cuando consideramos la excelencia de nuestra alma en su origen, ¿qué ideas de grandeza no debemos concebir de ella, nacidas naturalmente de origen tan elevado? Desde luego vemos en ella la imagen mas perfecta de la divinidad que se puede hallar entre todos los seres criados. grabada sobre una alma inmortal,

criada á la imagen y semejanza de Dios. ¡Qué nobleza! Y puede darse origen mas elevado? Yo dirijo atento mi vista por el vasto teatro del universo, y me encuentro luego cercado de una infinidad de objetos, de criaturas, de producciones que me traen á la memoria la existencia del Criador. Todas me representan alguna cosa maravillosa y grande, en todas encuentro como una impresion de la divinidad, y ciertos caracteres grabados por la mano misma de Dios, pero en ninguna de ellas encuentro su imagen. Tal es la reflexion de san Agustin. Bien puedo yo llegar á descubrir en ellas algunas perfecciones de Dios: el sol me presentará un rayo de su gloria, la tierra una imagen de su estabilidad, la mar una idea de su inmensidad, y de la profundidad de su ser. Todo es grande y maravilloso y digno de un Dios: pero en todo esto nada encuentro que me represente dignamente su imagen, y me dé una idea de su grandeza, presentándome al vivo los rasgos de su semejanza. Paso mas adelante: penetro por entre las nubes y sombras de tanta variedad de criaturas que adornan el universo, y ofrecen á la vista un espectáculo tan grandioso, y descubro una criatura espiritual, inteligente, dotada de razon, capaz de sentimiento y de vida, el alma del hombre. ¡Ah! me digo yo entonces á mi mismo en los mas dulces trasportes de alegria: vedla ya aqui, ved aquella viva imagen de Dios que yo buscaba. En mi la encuentro, y en ella veo

como retratados ciertos rasgos de las perfecciones adorables de Dios: su belleza, su bondad, su vida, su ser. Dios al criarla se dijo á si mismo: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*. Ved el original: consideremos la fidelidad de la imagen.

Dios es vivo, y nuestra alma vive tambien; Dios es inteligente, y nuestra alma entiende; Dios es puro espíritu, y nuestra alma espiritual; Dios es eterno, y nuestra alma inmortal. No, nuestra alma no es solamente la obra, la hechura de Dios como las demás criaturas; es tambien su imagen, el rayo de su gloria, la emanacion de su ser. Los santos Padres de la Iglesia no encuentran espresiones para dar á conocer la elevacion de un ser tan noble. El angélico doctor san Tomás con san Gregorio, reasumiendo lo de otros santos Padres, penetrados de su dignidad aseguran, que nuestra alma es imagen de Dios, porque participa mas de sus perfecciones. Tiene Dios ser, tiene vida, tiene inteligencia: del ser participan los cielos, y los elementos; del vivir las plantas y los animales; del entender los Angeles: mas nuestra alma participa del ser de Dios, del vivir de Dios, del entender de Dios. ¡Qué dignidad! ¡qué grandeza!

Mas no para aquí, hijos míos, la imagen y semejanza de nuestra alma con Dios, porque entonces solo seria imágen de Dios en el orden de la naturaleza. Lo es tambien, en el orden sobre-

natural y de la gracia. Pues si tal es la belleza natural de nuestra alma, comun á los pecadores y á los justos; ¿cual sería, si fuese posible mostrarlo, la que tiene en el orden sobrenatural de la gracia, poseendo el precioso tesoro de la gracia y revestida de todos los resplandores de la misma? Esta es una belleza tan grande, que todo el brillo del sol y de los astros se eclipsa, segun san Agustin, junto á ella. Una alma de gracia, ¡que objeto tan bello para el mismo Dios! Dios se une á ella, Dios reside en ella, la belleza misma de Dios se comunica á ella. Desde el mismo punto que se ve revestida de la estola de inmortalidad que forma toda su gloria, se ve enriquecida con las riquezas mismas de Dios, santa con la santidad misma de Dios, justa con la misma justicia de Dios, y segun un oráculo del Espíritu Santo, participante de la naturaleza misma de Dios. ¿Y se reduce, hijos míos, á esto toda su gloria? No. Dios viendo en ella su imagen, le promete desposarse con ella para siempre. ¡Qué promesa mas magnífica? ¿Y de donde te viene á ti, exclama san Bernardo, ò alma humana, tal prerogativa, y tal gloria. *Unde tibi, ó humana anima, unde tibi hoc?* (Serm. 2. Dom. 1. post. Epiph.) ¿De donde ha de provenir? de la posesion constante de aquella joya preciosa con que el todo poderoso enriqueció ya en su origen, á nuestra alma, cuando hizo brillar sobre ella los rayos de su semejanza. ¡O si jamás olvidasemos la excelencia de nuestro ser,

la grandeza de nuestro origen, y la supiésemos apreciar y sostenerla por la grandeza de sus sentimientos! Pero ¡ay de nosotros! nuestra alma criada á la imagen de Dios, conserva aun algunos vestigios de su primer esplendor? Que viene á ser nuestra alma cuando la hacemos esclava del vicio y del pecado? ¿Qué viene á ser cuando por un infame placer la damos al demonio? ¿Qué imagen lleva en si? El caracter mas bajo, el de irracional gravamos sobre su frente en lugar de la imagen de Dios. Conoce, ó cristiano, dice san Leon, tu dignidad, y sabete apreciar mas: *Agnosce etc.*

Sobre lo expuesto, si hacemos buena consideracion de nuestra alma en el estado fatal y de miseria, en que se encuentra en este mundo, encerrada en la prision del cuerpo y gimiendo en un lugar de destierro, veo á vosotros, hijos mios, que clamais ¿donde está la excelencia, la dignidad y la grandeza de esta alma? ¿donde está la sabia providencia de un Dios criador, que ha esculpido en ella su imagen, y que despues de haberse esta desfigurado por la culpa, la ha restituido á su primera belleza? Mas cuando la antorcha celestial brilla sobre nosotros, cuando ilustrados con la fé y miramos con vista superior al sentido, y aun á la razon, que si esta alma se halla en este estado no es sino por algun tiempo; que Dios la ha colocado en el mundo como en un lugar de destierro para merecer la patria celestial; que algun dia se aca-

bará su infelicidad, y se romperán los lazos, que la tienen ligada al cuerpo; que salida del seno de Dios, debe volver algun dia á él para vivir para siempre; y que despues de este corto espacio de vida, las nubes del tiempo se disiparán, la aurora del gran dia de la eternidad amanecerá sobre ella, y entrando entonces en la region de los vivos, reinará allí eternamente, y vendrá á gozar de la felicidad misma de Dios; ya nada nos admira. Con sola la vista de tan grande destino, se aquieta nuestro espíritu, calman nuestras dudas, como se calmó David entrando en el santuario de Dios, y contemplando allí los destinos de los hombres. No nos admira todo lo que un Dios ha hecho por ella, hasta bajar del cielo á la tierra para salvarla: no nos admira que tantos y tan grandes Apóstoles pasen mas allá de los mares, á tierras de infieles conquistando almas: no nos admira que los ministros del Evangelio abrasados del mayor celo apliquen todos sus trabajos para sacarla del pecado: no nos admira por fin, que la misma Iglesia cual tierna y solícita madre, vele continuamente sobre la salvacion de sus hijos, y no cese de procurarles cuantos medios y socorros pueda para asegurarla.

¡Oh y cuanto interesa al corazon de un Dios la salvacion de una alma! ¿Qué es pues, hijos mios, que es lo que nos debe admirar? Lo que verdaderamente admira y pasma es, que tantos cristianos iluminados por la fé sobre la gran-

deza y dignidad de su alma y de su destino, hagan tan poco caso de ella, y la abandonen tan facilmente; y que aun aquellos que parecen tenerla en aprecio y estima, le niegan sus cuidados. Vosotros, santos solitarios, escondidos en las cavernas de la tierra, vosotros sois los que conocisteis el precio de vuestra alma, vosotros que para salvarla llevasteis como san Pablo la mortificacion de Jesucristo siempre ceñida á vuestros cuerpos, sacrificándolos á todos los rigores de la penitencia. Vosotros si que lo conocisteis, Mártires generosos, que para salvarla se os vió subir con un valor cristiano sobre los cadalsos, y espirar con gozo en medio de las mas atrozes y ardientes llamas. Mas ¿conocen la dignidad sublime, y el noble destino de ella los que no se ocupan sino en satisfacer los deseos de una carne perecedera, y olvidan y desprecian un espíritu eterno y todo celestial?

Concluyo haciendos memoria de que un gran príncipe pidió á un santo Pontífice una cosa injusta, y este le respondió: *Si yo tuviera, ó Príncipe, dos almas, podría quizás sacrificar una para daros gusto, mas no tengo sino una, y quiero salvarla.* Ea pues, hijos míos, cuando el mundo os presente sus bienes perecederos, sus funestas ilusiones, sus falsos placeres, respondedle tambien que solo teneis una alma, y queréis salvarla, lo que conseguireis, mirándola como imagen de Dios, quien le dará seguro su destino que es el cielo. Asi sea.

SOBRE LA PENITENCIA.

Et venit in omnem regionem
Jordanis, prædicans baptismum
penitentiae...

(Luc. c. III, v. 3.)

Hoy para nuestro consuelo el Evangelio, dice, que imperando en Roma el año quince de su imperio Tiberio Cesar, y gobernando por su orden Poncio Pilato á Judea, puso nuestro Señor la eficacia de su divina palabra en el Bautista, para que como voz celestial predicase penitencia en la region del Jordan, segun la profecía de Isaias, que dice, sería Juan *Voz de quien clama en el desierto:* y que su sermon se dirigiria á preparar los corazones á la penitencia para recibir al Señor. Ved porque, hijos míos, el Crisólogo nos dice, que todo él parece formado por esta virtud. Sus vestidos, pues estaba cubierto de pieles de camello; su alimento, pues no era otro que lechugas amargas, y miel silvestre; su morada, pues no vivia sino en la soledad, apartado de la compañía y de los placeres del mundo.

¿Y este ejemplar tan perfecto de penitencia en una alma tan inocente no nos ha de obli-

gar á amar esta virtud? ¿Y nosotros siendo tan pecadores, y obligados á la divina justicia por nuestros pecados, no nos determinamos á abrazarla? Nos queremos exponer á que se nos diga como á los judios rebeldes: *Raza de víboras, quienes os mostró huir de la ira, que ha de venir? No comenceis á decir: Tenemos por padre á Abraham.* Sí: no digamos que somos criaturas si no entramos por este camino, si abrazamos esta virtud. Pues su necesidad y sus recompensas que son muy grandes, nos determinan á abrazarla. Así está anunciado en el Evangelio. La penitencia es un bautismo laborioso, y bajo esta idea la predica San Juan; es pues necesaria en los adultos para expiar los pecados. Practicada con verdadero espíritu, la carne que había corrompido sus caminos, verá la salud de Dios: son pues grandes sus recompensas. Ved toda la materia que deseo pongais la intencion.

El sabio Tertuliano, nos dice, que todo pecado debe vengarse, ó por la justicia de Dios, ó por la penitencia del hombre: y todo hombre culpable no ha nacido sino para la pena. Dé manera que el hombre y la penitencia tienen entre sí una relacion tan necesaria que es la compañera inseparable del hombre en este mundo. Pues que no puede ser feliz si se aparta de ella segun el mismo: *Pæni-*

tentia hominis rei felicitas. Así lo comprendió David que hizo penitencia hasta la muerte; y lo entendieron los habitantes de Ninive que se vistieron del saco y silicio, desde el mayor al menor, por la predicacion de Jonás; así san Pedro que lloró toda su vida por su flaqueza de no conocer á Jesucristo, así... Pero ¿y para qué tantos testimonios para penetrarnos de su necesidad? Del mismo Jesucristo, eterna verdad, escuchad esta voz. *Si no hicieseis penitencia, todos de la misma manera perecereis.* (Luc. 13, v. 5.)

¿Pero en qué consiste esta penitencia que se exige del pecador? Atended bien, hijos míos Dios se empeña en perdonar al hombre, y por lo mismo éste se obliga á castigarse. Dios muda su sentencia, pero á condicion que el pecador mude de costumbres. Dios sin perder sus derechos, los confía al hombre, queriendo que ocupe éste su lugar, y que su penitencia haga el oficio de su indignacion. Ha de haber una fidelidad reciproca. Si tu descubres y manifiestas el pecado, yo lo olvidaré; si lo reconoces, yo lo perdonaré, si te acusas de él, yo te escusaré, si tu lo juzgas y lo condenas, yo no lo juzgaré ni condenaré. Ved, dice san Pedro Damiano, en lo que se empeña Dios. ¡Qué promesa tan misericordiosa! Pero debe tenerse presente que es condicional. Si nosotros faltamos en acusarnos, juzgarnos y castigarnos, Dios recobra sus pri-

mitivos derechos, y ya no salimos del orden de su justicia

Lo mismo que si cumplimos en ello, pero con tibieza ó negligentemente. Digo con tibieza, porque si el hombre es un juez delegado de Dios, se sigue, que debe imitar de igual modo en su penitencia lo que Dios haría con su justicia. Debe segun San Gregorio, llorar otro tanto tiempo como se ha pecado, aplicar á sus llagas tan profundos remedios, muy eficaces, pasar como David los dias en dolor y las noches en gemidos, ocupar el tiempo en afligirse y mortificarse, en una palabra, hacer que la penitencia no sea menor que los delitos. Es preciso, dice Tertuliano, cuando Dios nos perdona, no perdonarnos á nosotros mismos, que arreglemos si es posible la severidad de nuestra penitencia sobre el exceso de su misericordia, que asi ofendido el Señor por nuestra alma y cuerpo, empleemos un remedio comun é igualmente severo; persuadidos que la penitencia que nos libra de las penas eternas, debe dejar en nosotros por cierta impresion de un dolor violento aunque improporcionado, unas imágenes de su rigor.

He dicho tambien, que la justicia de Dios cargará sobre nosotros si cumplimos este deber con negligencia. ¿Cuántos no difieren esta obligacion para mas adelante, creyendo falsamente que pueden gozar de los deleites

presentes, supuesto que se figuran una conversion futura? ¡Estraña ceguedad! Despreciar una obligacion cierta y remitirla á un porvenir incierto, ¿no es una ilusion mas que criminal? El rico desgraciado del Evangelio pensaba en las grandes provisiones que habia hecho, y encontró el infierno que no preveia; abandonó los bienes temporales, que eran el objeto de sus complacencias, y encontró los males eternos que no esperaba. Con todo debía esperarlos, pues habia oido aquella voz de Dios: *Necio, esta noche te vuelven á pedir el alma.* Y vosotros, no podreis caer tambien en esta desgracia, si diferís esta obligacion? Escarmentemos, hijos míos. á vista de ejemplar tan desgraciado, y sacrifiquemos nuestros cuerpos á los rigores de la penitencia, si Dios nos hace la gracia de hacernos sensibles á estas verdades, y queremos nuestra felicidad.

Tratando san Cipriano de la felicidad del hombre en esta vida, la reconoce en tres estados. El primero en la del hombre inocente que conserva la gracia del Bautismo: el segundo en la del pecador que comienza á conocer la enormidad de los pecados que le han hecho perder este tesoro. Y el tercero en la del penitente que los expia por medio de unas satisfacciones penosas y los honra con la abundancia de lágrimas. El primero de estos estados se corona con las castas y hermosas

flores de una gracia que ha sido manchada. El segundo conoce por las grandes miserias de su estado presente las ventajas de aquel de que le ha despojado el pecado. El tercero aplica al mal el remedio, y se esfuerza en curar la herida, que él mismo se ha hecho. En los tres encuentra el hombre la felicidad aunque diferente: el uno por la belleza de una inocencia entera; el otro por las reflexiones de un sabio arrepentimiento; y el último por el recobro de la salud de su alma y frutos que recoge de su curacion. San Bernardo aun descubre una cuarta felicidad del hombre, que consiste en elevarse sobre sí mismo con las alas de esperanza y de la gracia, despues de los principios amargos de su conversion, para recibir en esta vida la recompensa de las penas temporales que se ha impuesto, gozando de la vista de Dios, que se presenta como sensible á los ojos de su fé por la abundancia de sus beneficios; es decir, por la remision de sus pecados, por la efusion de su gracia, por la esperanza y derecho á la gloria.

Acomodemos estos buenos pensamientos bajo una misma idea, ea la que nos dá aquel padre del Evangelio, que recibe á su hijo pródigo. Este para vivir libre y licenciosamente se fué á un pais lejano donde disipó todos sus bienes: oprimido del hambre entró en sí mismo, y pesaroso de haber ofendido á

su padre, hizo la resolucion de ir á pedir perdon y darle la satisfaccion que fuera de su gusto. Este padre benigno que le vió venir á lo lejos, le recibió con gozo y una alegria particular; y para darle todas las muestras de su bondad, corrió delante de él á recibirle, le echó sus brazos, se arrojó sobre su cuello, le dió su ropa más preciosa, le puso un anillo en un dedo é hizo matar el mejor ternero para regalarle. ¡Qué bondad! pero ¡y qué circunstancias tan consoladoras para los penitentes, de quienes el hijo pródigo, que ha reconocido sus pecados, es una figura! Dios padre de misericordia, cuando vé á los pecadores contritos venir hacia á él, les previene para darles testimonio de que quiere regocijarse con ellos, trata tambien de absolverlos para perdonarlos; no se contenta con este perdon; los reviste de la primera ropa, les dá la santificacion de espíritu que habian recibido en el bautismo, les pone el anillo de la fé en su dedo, les alimenta, no con un alimento estraño, sino con su propia carne, los restablece en sus primeros derechos, y les promete su herencia. ¿Y qué más puede hacer este padre benigno, este padre de misericordia? Abraza á los pecadores, los besa para que se unan á él, y no sean ya mas sino un mismo espíritu con este casto y tan celestial esposo. Era poco para su misericordia infinita no haber cerrado sus entrañas á

estos miserables; quiere tambien abrirlas para recibirlos, y unirlos á él, y con una union tan estrecha, que su caridad y omnipotencia no la pueden encontrar mas grande, que es una transfusion de un mismo cuerpo y de un mismo espíritu, segun el Apóstol: *Unum corpus, et unus spíritus.* (*Eph. 4.*)

Pues si esta union es el favor que concede Dios aquí á los pecadores para consolarles en los ejercicios de su penitencia, ¿cuál será la gloria que gozarán cuando reinen con él? Motivo tenemos de dar gracias inmortales á la misericordia infinita de Dios, que despues de tantos crímenes y excesos, despues de tantos menosprecios y rebelion, despues de tan grandes recaidas é infidelidades, nos promete tan gran recompensa, si nos queremos convertir y hacer penitencia. ¿No nos hemos penetrado de esta verdad? No tardeis, concluiré con el Eclesiástico, en convertiros al Señor, y no la dilateis de día en día: porque su ira vendrá de improviso, y en el tiempo de la venganza os perderá. (*Eccl. 5.*) Quereis pues huir de su ira, y de sus venganzas? Haced penitencia, que ésta es la única tabla que nos puede librar del naufragio que amenaza á todo pecador; y el único medio para obtener de la mano de Dios la gracia y felicidad verdadera. Así sea.

NACIMIENTO DE N. SEÑOR.

Apparuit gratia Dei Salvatoris
nostri omnibus hominibus...
(*Ad Tit. c. II, v. 11.*)

La gracia de Dios nuestro Salvador ha aparecido á todos los hombres: *apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus.* Tales son, hijos míos, las buenas palabras con que el Apóstol hoy nos felicita y yo aprovecho oportunamente, para daros el parabien por el mismo objeto. ¿Qué gracia es esta que san Pablo dice haber aparecido? Esa gracia por escelen- cia es aquel á quien un profeta llamaba el mas hermoso de todos los hombres, aquel en cuyos labios deben estar retratadas las gracias, aquel cuyas gracias son el objeto de las complacencias del Eterno Padre; es el Verbo hecho carne por la mayor de todas las gracias, por una gracia sin la cual todos estábamos perdidos sin remedio, y que juntos todos los hombres jamás hubieran podido merecer y que es el principio de todos los merecimientos que ha habido hasta ahora y que ha de haber en todos los

siglos. ¡Motivo de grande gozo y reconocimiento! Id pues hijos de Israel, según este anuncio, id á las naciones y decidles, que el Señor viene á echar los cimientos de su reino; y vosotros, cielos, regocijaos, y dé saltos de placer la tierra, conmuevase la mar y cuanto ella encierra y los campos y los montes den á su modo muestras de la parte que toman en la gran noticia de que ha venido el Mesias y que desde el primer momento de su nacer está dando las mas patéticas lecciones.

Y ¿es así? si por cierto, hijos míos, os digo con san Agustín. Al nacer el Salvador, su pesebre es una cátedra elocuente desde donde confunde á la sabiduría y prudencia del siglo, condena altamente á la impiedad, y traza admirables reglas de templanza, de equidad y de piedad. Bajo este punto de vista nos lo propone san Pablo, y la Iglesia le considera. Dedicémosnos pues á examinar tal acontecimiento, pásemos hasta Belén, y con los pastores del contorno veamos lo que allí pasa, examinemos bien su establo, su pesebre, sus pañales; agreguemos á dichas consideraciones las que nos excitan á imitar las virtudes que él practica. Las mismas me proporciona la materia que vais á escuchar este día con atención.

En cumplimiento del edicto que mandó publicar el emperador César Augusto, para que

todos los habitantes del imperio romano se matriculasen en la ciudad donde eran oriundas sus familias, con el objeto de formar el padrón ó estadística del mismo imperio, salen de Nazareth dirigiéndose á Belén María señora nuestra y san José. Paremos un poco nuestra atención y preguntémosnos. ¿Porqué una vírgen que apenas habia salido de su casa, una vírgen de tierna edad, muy delicada en el cuerpo, hallándose en cinta de nueve meses, en lo mas rigoroso del invierno va á pie por un áspero y montuoso camino? Angeles del cielo ¿no os ha mandado Dios, que seais guardias de vuestra soberana Reina? ¿Como la dejais sola? ¿No os ha ordenado que la lleveis en palmas, para que no tropieze? ¿Como no bajais del cielo á cumplir con vuestro encargo y ministerio? Parecía increíble este desamparo, hijos míos, si no fuera mayor la circunstancia que voy á referiros. Llegan José y Maria á Belén, y cuando esperaban descansar de las penalidades del camino en alguna de las posadas de aquella ciudad, ¡oh fatal golpe, capaz de aturdir al ánimo mas esforzado! tocan á las puertas de la casa de sus parientes y conocidos, y no abren. Suplican, ruegan, cuentan sus angustias á los que encuentran, no responden. Ciérrase la noche, crece la oscuridad y el horror, y perdida la esperanza de hallar en aquella desapiadada ciudad abrigo, salen al campo á buscar algun rústico albergue. Y no hallan si no pegado al muro

una angosta y triste gruta caballeriza de dos animales. ¿Este es, ò Dios mio, el hospedage que tienes prevenido á tu Madre? ¿Una cueva ha de ser el palacio de esta real princesa? ¿El estiercol y las pajas han de ser la alfombra de sus pies? ¿Las telarañas y el polvo han de ser los tapices y colgaduras? ¿El duro suelo ha de ser la silla, la mesa y la cama? ¿Estos son los preparativos de tu parto? ¿Un pesebre ha de ser tu cuna? ¡Oh buen Jesus! ¿Quien maldecirá su suerte? ¿Quien puede quejarse de su fortuna, por adversa que sea? Hijos míos, ¿Quien no soportará todos los trabajos, viendo á la Reina de los cielos, á la madre de Dios, y al mismo Dios reducidos á una suma é inaudita miseria? Entrad, os ruego, en esa cueva, y si preguntais, porque nace en una suma pobreza, nace almas terrenales y apagadas á los bienes de este mundo, os diré para reparar la injuria que con vuestra codicia, vuestra inquietud, vuestra desconfianza y vuestras murmuraciones habeis hecho al que debe ser el centro de todos vuestros pensamientos.

Sigamos en el pesebre y reflexionemos mas. Ya se acerca, hijos míos, la hora mas sagrada y feliz para el mundo, la hora del parto de María. No son sus anuncios las ansias, las congojas los dolores que en este trance experimentan todas las hijas de Eva en castigo del pecado de Adán. El color purpúreo que hermosea su delicado rostro, el fervor que siente su pecho, las

delicias que inundan su alma, son en sentir de los santos Padres las señales con que conoce la madre la proximidad de su parto. Puesta de rodillas, levantados los ojos al cielo, toda entregada en manos de Dios aguardando su beneplácito, luego veis aqui que dá á luz un niño hermoso á un pequeño infante Dios inmenso, sin menoscabo de su virginidad. ¡Oh parto admirable! ¿Quién oyó, quien vió prodigio semejante? ¡Una madre Virgen! ¡Un hijo sin Padre en la tierra! Yo no se puesto en aquella cueva, á que parte volverme, diré con san Tomás de Villanueva: *¿Quo me vertam, fratres?* porque se ha transformado en un espacioso teatro de estupendas maravillas que arrebatan mi atención. Allí miro el gran patriarca san José atónito y asaltado de contrarios afectos: al ver á Jesús nacido se alegra, al mirarle entre las pajas se entristece; ni se aparta cariñoso, ni se acerca reverente, inmóvil le adora. Allí veo á María señora nuestra anegada de gozo, y en sus brazos descubro al niño Dios. Parece que estoy viendo, como la madre le envuelve, le arrulla, le halaga y le acaricia, y como el hijo con pueriles y graciosos ademanes le agradece tanta fineza. La humildad de la madre la arrojaba á los pies de su hijo, y de su Criador: la dignacion del hijo cruzaba los brazos con su cuello, levantaba el rostro, para que con dulces òsculos le viniera por la boca un océano de gracias. ¡Qué gracias! Desfallece el ánimo. Faltan pa-

labras para enaltecer tanta dicha. Continuemos la historia.

Pero si he de referir cuanto nos dicen los Evangelistas de tan grande acontecimiento, no sé de que medio valerme; pues cada una de sus cláusulas merecen consideraciones muy extensas, y excitan y conmueven á la mas torpe lengua á que prorrumpa en las mas animadas expresiones. Porque á la verdad ¿cuando nos dicen que María señora nuestra no tiene otro lugar que un pesebre en donde reclinar á su amado hijo, podré dejar de clamar contra la delicadeza de tantos que gustan dormir en ricas y mullidas camas adornadas de raras y preciosas telas? ¿cuando nos dicen, que este divino Salvador recuesta su cabeza en una poca de paja, contra los que reposan en sofás preparados con muelles los mas delicados? ¿cuando nos dicen, que él deja su reposo para venir á buscar nos en medio de la noche, contra vosotros, que si es que abandonais el vuestro para venir á rendirle vuestros homenajes lo haceis con cierto sentimiento? y cuando leemos que esta noche, cuya memoria celebran con tanta pompa y magnificencia los ángeles en el cielo y todo el mundo cristiano en la tierra, ¿podré dejar de clamar contra los que les parece una noche pesada y fastidiosa? ¡Oh! y ¿cuantos se hallarán aquí que se habrian ido á los bailes y otras reuniones peligrosas!

¿Como diciéndonos, que los pastores al pri-

mer aviso, que un ángel les da del nacimiento del Señor, corren á Belen á adorarle, puedo dejar de quejarme de la tardanza y dureza de tantos cristianos, que insensibles á las voces del cielo, no solo no corren, pero ni aun se mueven á buscar al Señor, que los llama? ¿Como diciéndonos, que tras los pastores llegan los ángeles del cielo, que rendidos al rededor del recién nacido cantan la gloria de Dios en las alturas, y anuncian la paz del hombre en la tierra, puedo dejar de proponeros, amados hijos míos, en la persona de este niño la divina y humana naturaleza? Es Dios, pues le adoran los ángeles: es hombre, pues yace en su pesebre. ¿Y puedo dejar de deciros, que para gozar de la paz con Dios, que los ángeles publican, es menester que le tengais buena voluntad, *hominibus bonae voluntatis*?

A fé mia os aseguro, hijos míos, que Jesús nos merece una buena voluntad en correspondencia de la que él nos tiene. Porque en este pesebre está todo enamorado de nosotros. Quanto padece, lo padece por nuestro amor. Esas sus penas son primicias de las que ha de padecer toda su vida hasta morir en una cruz para redimirnos. ¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Oh niño precioso! Tus lágrimas lavan las manchas de mis culpas, tus gemidos son mi regocijo, tus pañales cubren mi desnudez. ¡Oh amable Jesús! te reclinas en un pesebre, para que yo me sienta en la gloria: sufres la compañía de los animales

para que yo sea compañero de los ángeles, te alimentas de la leche virginal, para que yo guste de las delicias celestiales. Tu pobreza es mi patrimonio, tu flaqueza mi esfuerzo y tu abatimiento es mi gloria. Todo cuanto sufres es mio: mias son las lágrimas, tus gemidos y sollozos son mios, el frio que tienes es mio. Todo eres mio; porqué lo expendes, y sacrificas en beneficio mio. Y yo soy todo tuyo, no tanto por haberme criado, como por haberme redimido.

No deberíamos, hijos mios, apartarnos de un pesebre en que está el niño Dios; porqué con sus tiernas caricias atrae nuestras voluntades, y con su magisterio alumbra nuestros entendimientos. Es el pesebre una cátedra, desde donde enseña el ejemplo que despues ha de enseñarnos con las palabras. Enseña humildad, obediencia, paciencia, misericordia, caridad y todas las virtudes. Persuade á todos, como dice san Pablo, que renunciando á las pompas y vanidades del siglo, y á los torpes deleites de la carne, vivamos sobria y piadosamente. No escuchéis pues al mundo y sus amadores que intentan daros una doctrina del todo contraria á la del nuestro amado Jesús. Cerrad vuestros oidos, por no oír esas voces lisonjeras pero venenosas, que os presenta. Acercaos mas y mas al pesebre, inclinad la cabeza, y bebed las aguas de la fuente del Salvador: *Haurietis aquas de fontibus salvatoris*, aguas cristalinas, puras, limpias, aguas de virtud y de vida eterna.

CONOCER Á JESUCRISTO.

Erat pater ejus, et Mater mirantes
super his, quæ dicebantur de illo.
(Luc. c. II, v. 33.)

Cuanto mas estudiemos en Jesucristo, tanto mas descubriremos en él nuevas maravillas. Su Concepcion, su Nacimiento, su Muerte, su Evangelio, su Religion, sus Misterios, han sido siempre desde el principio del mundo la esperanza de los Patriarcas, la admiracion de los Profetas, el consuelo de los justos, la alegria del cielo, el tesoro de la tierra, y la felicidad del universo. No es pues de estrañar, que María santísima señora nuestra, á quien mas particularmente que á ninguna otra criatura eran notorios los secretos de la divina providencia, se maravillase de ver, que se iban descubriendo, y cumpliendo en su divino Hijo. Lo que mas sorprende, es ver, que la mayor parte de aquellos, los cuales hacen profesion de creer en Jesucristo, apenas le conozcan: que se eche de ver en los cristianos tan poco deseo de andar en busca de los tesoros de la verdadera

ciencia, que se encierran en Jesucristo: que entre el pueblo se encuentren ancianos que digan se han olvidado de él; que tambien se hallen personas ilustradas é instruidas, que si fueren preguntadas por su fe, nada, casi nada saben de lo que hablan las Escrituras.

¿Se necesita acaso, para conocer á Jesucristo, ser instruidos, y haber leído grandes libros? No, amados hijos míos. El Hijo de Dios haciéndose Hombre, se ha hecho visible y sensible á todos los hombres, sin distincion de rudos é ignorantes, ó sabios que sean. Para todos se ha puesto en estado que puedan conocerlo. Sobre esto voy á haceros una reflexion familiar, que con gusto escuchareis, como os lo pido atentamente.

Ningun hombre se halla en el mundo, hijos míos, por rústico que le querais suponer, que no conozca á sus padres. Si alguno habiéndolos perdido en su tierna edad, no se recuerda de haberlos visto, no por eso deja de tener conocimiento de ellos, por todo lo que ha oido decir, y bien facilmente sabrá decir de él mismo. Mi padre era de tal condicion, vivia en tal lugar y murió en tal tiempo. Hablará tambien de su familia, de su posicion, de sus derechos, de sus desgracias, y de mil otras cosas sucedidas, aun antes de que él naciese, las cuales por consiguiente no vió, pero se las contaron, y conserva fresca la memoria de ellas. Hablad igualmente al la-

brador mas ignorante, y decidle: Amigo mio, os doy la nueva, de que ha muerto lejos de aqui cuarenta horas un hombre rico, el cual os ha dejado heredero en su testamento de sus bienes. ¿Qué hará este hombre? sea ignorante como se quiera aunque no entienda de intereses, no perderá tiempo, sino que irá al tal punto; se hará instruir luego de lo que le pertenece de la herencia, y de la persona que se le ha dejado. Vuelto á su casa, informará á su muger é hijos, vecinos y cuantos le preguntan.

Estos pues, á quienes por su rusticidad decís que no son hombres, sino por el bautismo, tienen con todo inteligencia y memoria, cuando se les trata de su familia é intereses temporales; y quereis que pierdan de un golpe todo el juicio, la memoria y sentido comun, cuando se les habla de Jesucristo, se les pregunta de su Religion, y se les diga: Mirad, hijos míos, Jesucristo es el padre de vuestras almas; es el Hijo de Dios, el mismo que se hizo Hombre; ha vivido mas de treinta años en la tierra para enseñarnos el camino del cielo; y habiendo muerto por nosotros, ha hecho un testamento, os ha hecho hijos y herederos, pero de bienes, que valen mas que todos los tesoros del mundo, ¿Se necesita, por ventura, mas talento y memoria para retener cuanto nos enseñan acerca de la vida y muerte de Jesucristo, que para saber lo que se dice de nuestros padres, ù otras personas que jamás hemos conocido? Si Dios no se

hubiera hecho Hombre, confieso, que las personas poco instruidas é ignorantes no le hubieran conocido tan facilmente, porque entonces hubiera sido un puro espíritu, el cual no tiene cosa alguna sensible á los sentidos y que penetre á la imaginacion; pero no un Dios vestido de nuestra carne, que vivió entre los hombres, el cual lo han visto, oído y tocado con sus propias manos; que ha comido y bebido con ellos; que ha predicado con su propia boca el Evangelio que creemos; que ha fundado y establecido la Religion en que vivimos; que nos ha abierto la puerta de la vida eterna que esperamos, y nos ha enseñado, no menos con su ejemplo, que con sus palabras, el camino por donde hemos de ir para conseguirla. Este Dios, se ha hecho sensible á todos los hombres, aun los menos instruidos, para que le considerasen y le conociesen y estudiasen bien.

Tambien cuando se nos cuenta la historia del nacimiento, vida y milagros, la pasion y muerte del divino Salvador, que fué concebido por obra del Espíritu Santo, que estuvo nueve meses en el vientre de su santísima Madre; que nació en un pesebre; que vivió pobremente; que el pueblo le seguia en el desierto y en los montes para oír la divina palabra, que los enfermos corrian detrás de él para conseguir la salud; que los pérfidos judios le crucificaron; que su cuerpo fué sepultado, de donde resucitó gloriosamente; que despues de cuarenta dias

subió á los cielos á vista y presencia de los Apóstoles, y que al fin del mundo vendrá á juzgar á los buenos y malos, siendo todas estas cosas sensibles se nos imprimen facilmente en la imaginacion y quedan en la memoria del cristiano por sencillo é ignorante que sea.

Añadiré á esto, hijos míos, que cuanto mas nos interesa una cosa, tanto mas facilmente se imprime en nosotros. Ahora pues, os pido, me digais, ¿qué cosa hay mas interesante en el cielo y la tierra, y que mas nos pertenezca que Jesucristo? Por nosotros nació, vivió, padeció y murió en una cruz. ¿Quién hay en el mundo que no pueda decir con san Pablo; El se humilló hasta mi estado, para levantarme al suyo: él me amó, y este su amor lo llevó hasta la muerte: toda mi gloria la pongo en sus humillaciones; su pobreza es mi riqueza, sus enfermedades constituyen mi fortaleza; su pasion mi consuelo; su muerte mi bien y esperanza? Jesucristo me ha amado. ¡Oh cuan dulce es esta palabra! Todo cuanto ha hecho, por mi lo ha hecho. ¡Oh inefable ternura! Tendría un corazon de mármol, si al nombre de Jesús no me enterneciese. Su amor excita mi agradecimiento, y este produce mi amor en el corazon, y este mi amor me llena de un santo deseo de conocer cuanto pertenece á su adorable persona. Envidio la suerte de aquellos que tuvieron la dicha de verlo y oírlo. ¡Oh quanto desearía recorrer todos los lugares santificados con su pre-

sencia y besar todas sus santas y venerandas huellas!

Demos un paso mas y llegue nuestra reflexion al calvario. Allí mi represento y hasta me parece el ver mi buen Jesús vivo y conversando con los mortales. Toda su divina persona se me representa al vivo. Veo aquellos divinos ojos los cuales con una sola mirada convertian los pecadores: aquella boca amable, sobre la cual muchos años antes David habia visto estaban como en su asiento todas las gracias, cuyo soplo ahuyentaba los demonios, destruia el poder del infierno, y llenaba á los Apòstoles del Espíritu Santo: aquella boca, de la cual el menor suspiro hubiera sido suficiente para santificar el mundo, la cual con una sola palabra pacificaba la mar, curaba los enfermos, resucitaba los muertos: aquella boca que ha hablado por mi, ha rogado por mi y que por mi ha suspirado: veo aquellas omnipotentes manos, cuyo tacto curaba los leprosos, daba vista á los ciegos, el oido á los sordos, el habla á los mudos, y hacia caminar á los paralíticos: veo aquellos adorables pies, los cuales han hecho tantos pasos por mi salvacion, los que besò la penitente Magdalena y bañò con sus lágrimas dolorosas. Si, lo vuelvo á repetir, quisiera recorrer todos los puntos por donde pasó, adorar y besar hasta todas las huellas de sus suspiros.

Todo esto es una verdad muy palpable y puesta al alcance de todos. Con todo, ¿será posi-

ble que nuestros corazones, el de cualquier cristiano, sea de la condicion, ó instruccion que se quiera, sean insensibles, no piensen en Jesucristo, se olviden, è ignoren sus misterios? ¿No está Jesucristo puesto continuamente delante de los ojos de todos? ¿y no se nos hace sensible continuamente de igual modo para el sabio que ignorante por la Religion, que nos renueva su memoria, y nos obliga á no perderlo de vista?

Concluyendo mi reflexion, os pregunto, hijos míos: ¿Pues de que cosas se trata en los sermones que oís, en los Sacramentos que recibís, en las fiestas que celebráis, en las ceremonias, á las cuales asistís en la iglesia, y en las oraciones que hacéis? No se trata de otro que de Jesucristo. De este divino Salvador os hablaron vuestros padres, cuando os enseñaron vuestra Religion vuestros Pastores en el catecismo, en los sermones y en todas las instrucciones que os han hecho, así en público, como privadamente. Jesucristo es el que os ha hecho hijos de Dios en el bautismo, el que os dá el Espíritu Santo en la confirmacion, que perdona vuestros pecados en el tribunal de la Penitencia, que os alimenta con su propia sangre en la Eucaristia, el que os fortalece y consuela en vuestras enfermedades, el que bendice y santifica vuestros matrimonios, el que os envia sin interrupcion los Pastores que os iluminan, guien y os distribuyan perennemente sus gracias. En conclusion, he de deciros, que todos los ejerci-

cios de nuestra Religion, y de piedad, no tienen otro objeto que Jesucristo; todo comienza en él, se hace y se acaba en él. ¿Y podremos decir, que Jesucristo no está tan visible y sensible para todos igualmente? ¡Oh insensatos exclama san Pablo dirigiéndose á los Galatas, *¿quién os ha maldado para no obedecer á la verdad, vosotros á los cuales se os ha dejado ver Jesucristo, y ha sido crucificado entre vosotros?* Semejante queja podia hacer á muchos de los cristianos, y decirles: *¿Quién os ha cegado? ¿Quién os impide el ver á Jesucristo, que teneis siempre delante de vuestros ojos? ¡Ah! depende esto de no poner vosotros la atencion en aquello que veis, oís, y aun en lo que haceis, cuando se trata de Jesucristo, de su Evangelio de sus Ministros, y de todo aquello que se refiere al culto exterior de la Religion que él ha establecido, y que vosotros profesais. Cada uno se emplea en lo que ama: ni se piensa en Vos, Jesús mio, por que no sois amado. El rico piensa en sus riquezas, el pobre en su miseria, el soberbio en su mérito, el avaro en su dinero, el disoluto en su maldad; pero en Vos, Salvador mio, ò nada, ó muy poco se piensa, por que no sois amado.*

Dadnos pues, Señor, vuestro amor. Haced que nuestros corazones se sientan llenos de él y no pensaremos en otra cosa, que en Vos. Y en todas las acciones de la vida, sereis el único modelo que debemos conocer é imitar. Asi sea.

CIRCUNCISION DE N. SEÑOR.

Postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer: vocatum est nomen ejus Jesus.
(Luc. c. II, v. 21.)

Aunque Dios hubiese ordenado á Abraham que todos los niños descendientes suyos fuesen circuncidados al octavo dia de su nacimiento, y que Jesucristo para manifestarse tal segun las profecías, vemos sugetarse á una ley tan humillante, á un sacramento tan doloroso, y á una ceremonia tan sangrienta, sin embargo, no deja de causarnos cierta admiracion. Pues aunque la circuncision sea una buena señal de que Jesucristo era el Mesías prometido, habiendo de ser descendiente de Abraham, y un eficaz argumento de que fuese un verdadero hombre, contra el error de los Maniqueos que blasfemaban que su cuerpo era fantástico, ¿puede serlo para que le creamos verdadero Dios? Antes bien, hijos míos, diré con san Bernardo, (*S. Bern., serm. 3. in Cir.*) parece la mejor señal, para que el Padre Eterno, si fuese posible, le desconociera. ¿No es evidente que la circunci-

sion es una señal y remedio de un pecador? Pues como por ella ha de darse á conocer aquel que debe estar libre de todo pecado? ¿aquel que segun Isaías, desde su niñez ha de tener por su divisa una sabiduría que reprobará lo malo y elegirá lo bueno? ¿como pues circuncidándose quiere aparecer Jesucristo señor nuestro con la infame nota de pecador?

Es un misterio la Circuncision, hijos mios, y el primero que se nos presenta en la vida de Jesucristo despues de su nacimiento. Por lo mismo es admirable è incomprendible. Sin dejar pues de tener esta consideracion, habièndoos de hablar del mismo asunto, os propondré dos causas aparte de otras que tuvo Jesucristo para circuncidarse; las cuales sin quitaros la admiracion, serán motivos de vuestro aprovechamiento. Si no adivináis cuales sean estas, os diré que son la obediencia y humildad. Fijemos nuestra atencion en ellas y aprendamos mucho.

Los teólogos, hijos mios, hallan no poca dificultad en arreglar la verdad de la impecabilidad de Jesucristo con el mèrito de su obediencia á los preceptos. Pues es una dificultad que aparece á primera vista; porque el mèrito de obedecer lleva consigo la libertad y potencia de no obedecer; y esta infiere como consecuencia la posibilidad de pecar. Dejo ahora de explica-

ros las ingeniosas soluciones que han inventado los mas esclarecidos talentos de la ciencia, porque no confio, habia de conseguir dar una explicacion que la entendièseis sencillamente y porque veo os basta, hijos mios, el convencimiento que ya tenéis de que Jesucristo no pudo pecar, sin que dejara de merecer en la obediencia de los mismos preceptos que no pudo quebrantar, tomando del apòstol san Pablo, que en su carta á los Filipenses declara, que Jesucristo en premio de su obediencia hasta la muerte, mereció su exaltacion y la gloria de su nombre. (*Philip. II, v. 9.*)

Añado tambien, que hablando de la circuncision de Jesucristo, estamos fuera de los términos de la dificultad propuesta. Porqué el Señor no estaba verdaderamente obligado á guardar el precepto de la circuncision, que impuso Dios á Abraham y su posteridad. Pudo muy bien sin pecar quebrantarlo; pues establecido únicamente para los que habian contraido la culpa original, no le comprendia á él, que ni fuè concebido por obra de varon, ni habia contraido dicha culpa, ni tenia alguno de los motivos que lo fueron para que Dios impusiera aquel precepto. Voluntariamente, hemos de decir, que cumplió su observancia, de igual modo que cumplió á los cuarenta dias de su nacimiento, la ley de la purificacion de su madre á que no estaba tenido. Y cuando se cumple con una ley que no obliga ¿cómo debe lla-

marse el tal cumplimiento? Si se le quiere llamar obediencia, debe llamársele *obediencia llevada al grado mas perfecto que puede concebirse*. Pues este nombre es el único que puede darse á la que el Hijo de Dios ejercitò en la circuncision; *obediencia cuya perfeccion apenas es dado concebir*, y por la cual merecio la mayor alabanza. Asi nos lo enseña el Doctor Angélico, (*S. Th. III. p. q. 37. a. 1.*) diciendo que cumplió dicho precepto para darnos ejemplo de obediencia, y para comprobar y autorizar con su observancia las sagradas leyes que Dios promulgó por boca de Abraham y de Moyses. De igual modo que un rey con su ejemplo da vigor á las leyes, y mueve á su observancia, asi Jesucristo y por el mismo fin lo practicó con la antigua ley en el tiempo que todavia obligaba. Y asi como es voz digna de la magestad de un príncipe, segun decian los emperadores, Teodosio y Valentiniano, confesarse obligado á sus leyes, asi tambien fué voz digna de la magestad de nuestro legislador soberano confesar por san Mateo, que no vino á quebrantar, sino á cumplir con la ley.

Y en verdad el Señor en toda su vida fue consecuente á lo que dijo y á lo que hizo en su principio. Jamás quebrantó la ley que habia de abolir en su pasion y muerte. Bien pensaron los judios haberle encontrado menos exacto en su observancia, cuando vieron y le acusaron que permitia á sus discipulos recoger es-

pagas en un sábado y daba la salud á un paralítico. Pero bien quedò burlada su malicia estas ocasiones como su acusacion desvanecida. El Señor les dijo: ¿Acaso en los sábados no soltais vuestros bagages para que vayan á pacer á los campos? ¿Porqué pues no he de permitir yo á mis discipulos hambrientos, que recojan las espigas precisas para su alimento? ¿Acaso en sábado no sacais el bagage que se os atascò en algun charco, ó se os cayó en algun pozo? ¿Pues porqué en el mismo dia no he de curar yo á un pobre paralítico?

No tuvieron que replicar los judios á esta satisfaccion. Ciertamente que nosotros no podremos dar respuesta igual cuando el Señor nos haga el mismo cargo que aquellos le hicieron. Porqué ¿que podremos decirle nosotros? ¿Nosotros, que por una ligera indisposicion dejamos el ayuno? ¿que por un sórdido interés dejamos de tratar como era justo con nuestros propios padres y hermanos? ¿que por un vil gusto momentáneo atropellamos las leyes mas santas? ¿Podremos decirle al Señor que hizo otro tanto? ¿podremos reconvenirle, que quebrantó la ley, cuando vemos que observó aquella que no tenia obligacion de observar, hasta la de la circuncision dura y sangrienta, hasta la de la muerte mas infame? ¡Ah! Cómo debe confundirse nuestra inobediencia en la obediencia de nuestro Salvador. ¿Y nuestra soberbia no se confunde en su humildad?

No le fué posible á san Pablo ponderar la obediencia de Jesucristo sin la humildad. *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem.* Por lo mismo para concluir mi reflexión, hijos míos, ¿cómo he de hablar de esta virtud que practicó el hijo de Dios en su circuncision? Bien sabeis que en todos los misterios de su vida mortal la manifestó, pero he de decir, que en ningun otro fué tan grande como en la circuncision.

Mucho se abatió Dios, en su encarnacion, tomando la forma de hombre. Mucho se humilló al nacer pobre y débil en un establo; pero entonces no fué toda humiliacion: la noche se iluminó con resplandores del cielo, los ángeles bajaron á cortejarle, los reyes vinieron á rendirle sus cetros. Mucho se deprimió cuando fue presentado en el templo y rescatado por el precio de cinco ciclos; pero entonces no fué toda depresion: Simeon se llamó Salvador del mundo, Ana publicó sus grandezas, y los circunstantes oyeron con asombro las maravillas que de él se contaron. Mucho se abatió en su bautismo, dejándose ver con la apariencia de pecador; pero entonces no hubo abatimiento: los cielos se abrieron, el Espíritu Santo descendió visiblemente, oyose la voz del Padre Eterno que decía: *Este es mi Hijo amado, en quien me complace.* Mucho en fin, se abajó cuando quiso ser crucificado entre dos ladrones; pero entonces hubo algo mas de abjeccion: se eclipsó el sol,

ss ennegreció el aire, tembló la tierra, se rasgó el velo del templo, se partieron las piedras, se abrieron los sepulcros, y gritaron los hombres. *Verdaderamente este hombre era hijo de Dios.* Jamás, hijos míos, se humilló el Señor en la tierra, sin que el cielo publicara su magestad y su gloria. Solamente en su circuncision, quedó digámoslo así su humildad sin desquite. Contemplad bien y en ella vereis que nada hay que indique gloria, nada se descubre que indique magestad. Ni los ángeles cantan, ni los reyes adoran, ni el Espíritu Santo se manifiesta, ni el Padre Eterno dice una palabra. Diríase que el divino Padre desprecia á su Cristo, *despexisti Christum tuum*: diríase que el Espíritu Santo desconoce su obra: diríase que el Hijo de Dios olvida su propia dignidad. Tanto es lo que aquí se humilla, tanto lo que aquí se abate. Se humilla hasta el punto de no parecer ya Dios, se abate hasta el extremo de tomar la semejanza de lo que mas desdice á su santidad, de lo que mas deslumbra á su gloria. Ya no es semejanza de hombre la que toma, ya no es forma de esclavo la que adopta. ¡Es la forma y semejanza de pecador!

¡Oh dulcísimo Jesús! ¿hasta donde ha querido bajar vuestra humildad? Apenas os distingue mi vista, tanto os habeis humillado. Y ¿hasta donde, hijos míos, quiere subir vuestra soberbia? Apenas os distingue mi vista, tanto os habeis elevado y engrandecido. ¿Qué dis-

tinto camino llevais, qué opuestos son vuestros designios á los de nuestro maestro y redentor? su majestad medita ocultar su gloria; y vosotros meditais como encubrir vuestras ignominias. ¡Qué criaturas! ¿Cuándo dejareis la soberbia? ¿Cuando empezaremos á ser humildes? Cuando nos decidiremos á seguir el admirable ejemplo de humildad que el Hijo de Dios nos da en el misterio de la Circuncision? No olvidemos que la humildad es una virtud necesaria para salvarse: *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum Cælorum*; no olvidemos que Dios, al paso que exalta á los humildes, abate á los soberbios: *Deposuit potentes... et exaltabit humiles*.

Poneos pues reconocidos de esta verdad delante de nuestro dulcísimo Jesús recién nacido y circuncidado, prometiendo aprovecharos de su ejemplo. Prometed obedecerle, y cumplir los preceptos de su santa ley: y humillaros de todo corazón ofreciéndooos en sacrificio. ¡Amabilísimo Jesús! si aprenderémos de vos la obediencia y la humildad que os prometemos y arrepentidos de haber faltado hasta hoy á estas virtudes, os decimos, que nos pesa con todo el corazón. Misericordia, Jesús mio, misericordia.

65

DEBERES DE LOS PADRES.

Futurum est enim ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.
(Matth., II, v. 13.)

No teniendo, hijos míos, el presente domingo evangelio propio, ni haciendo número entre los del año, me coloca en un estado indeciso para determinar el asunto de hoy. Bien quisiera hablaros otra vez del nacimiento del Señor, cuya festividad en algún modo continua hasta la epifanía; de su circuncision, misterio tierno y devoto, que poco há celebramos; de las glorias de san Juan evangelista, por ser este día octavo consagrado á su memoria. Y en verdad ¿qué asuntos todos al parecer tan propios? ¿Qué abundante materia darían para completar bien vuestra satisfaccion espiritual de estos días?

Pero fijé mi atención en un evangelio pasado, y viendo que apenas nace Jesús y le buscan para matarlo se me ofreció la reflexion que apenas vuestros hijos luego de bautizados y alistados al número de Hijos de Dios se os entregan, digo dentro de mi mismo lo que ois-

teis poco há: *Herodes buscará á estos niños para hacerlos morir.* Pobres niños: vosotros ahora sois puros como los Angeles. Pero ¡ah! si Dios os conserva la vida, cuando llegueis á tener el uso completo de razon el demonio buscará vuestras almas para hacerlas morir. Padres amados, estad hoy muy atentos. Pues ya que fué tan grande el cuidado de san José y Maria santísima señora nuestra para salvar al niño Jesus de la crueldad del rey Herodes, me veo precisado á daros justas, y particulares quejas contra los padres descuidados en la obligacion de educar bien á sus hijos. Quiera Dios que no las merezcáis los que estais presentes; pero si acaso es asi, yo no puedo dejar de deciros, que estais perdidos, si no es otra vuestra conducta.

Ningun hombre que tenga hijos, se halla, que ignore la obligacion que tiene con los mismos, de alimentarlos, proporcionarles la carrera conveniente, procurarles el bienestar temporal posible, etc., etc. Estos deberes que pertenecen al cuerpo y á la vida presente, generalmente hablando, no hay necesidad de inculcarlos á los padres; porque son muy pocos los que los olvidan, y quiera Dios que muchos no se ocupasen tanto de ellos. No tengo pues necesidad de detenerme en este punto. Pongo la consideracion sobre otra clase de deberes que

pertenecen al órden moral y religioso, sobre los que miran al alma, á la vida espiritual y religiosa de los hijos.

¿Se encuentran pues padres y madres que descuidan del alma de sus hijos, les dejan perecer, y contribuyen asi á su ruina? ¿Se hallan padres y madres reos de tan grave pecado? ¿Si, hay muchos. El desorden es bastante general hoy dia. Educarlos bien segun el mundo, y poco ó nada segun Dios; pensar mucho en su fortuna temporal, y cuidar poco de su salud eterna. Yo no se, hijos mios, si habeis atendido esto.

Instruir á los hijos en la Religion, y enseñarles á conocer á Jesucristo, corregir sus defectos, y reprimir sus malas inclinaciones, ponerlos en el camino de la virtud, formar su espíritu segun las máximas de piedad, es la primera obligacion que incumbe á los padres. Pensad ahora, observad, y despues decidme si la mayor parte de los padres no tienen que enmendar alguna cosa en si mismos.

No hablaré aqui de los ricos y grandes de la sociedad, que se eximen de este deber, y fian á manos estrañas la educacion de sus hijos. Ni quiero examinar, si la sabiduria y habilidad verdaderas ó supuestas de los Maestros á quienes se confian, dispensan delante de Dios á los padres de velar por si mismos sobre la conducta de sus hijos. Ni voy á deciros tampoco que la vigilancia de los tales mira solo á que sus hijos sean

instruidos en las ciencias, algunas inútiles, otras perniciosas, sin poner despues el cuidado en adornar sus almas de las virtudes cristianas y de formar su corazon segun las buenas máximas de la piedad. Me basta por ahora, que se paise bien, que el instruir á los hijos pertenece á vosotros primero que á cualquier otro y no á los maestros que os han de ser de ayuda.

A vosotros, fieles míos, me dirijo que educáis á vuestros hijos, y los teneis siempre á la vista. A vosotros hablo, y os pregunto: ¿Dais á vuestros hijos el pan que alimenta sus almas? Quiero decir, les instruis en las verdades de la Fé? ¿Se las imprimis en su memoria, entendimiento y corazon? ¡Ah! que cuanto haceis, veo se reduce á enseñarles cuatro oraciones estropeadas, cuatro respuestas del catecismo, cuyo significado no entienden, cuatro fórmulas devotas que recitan como los papagallos.

Leemos en las divinas Escrituras, particularmente en el Eclesiástico estas palabras: *Filii tibi sunt? erudi illos, et curva illos á pueritia illorum.* (Ecli. .vii, 25.) ¿Tienes hijos? dice, instruyelos, y edúcalos desde la infancia. ¡Oh que cosa tan bella seria el ver á un Padre cual otro Tobias, á quien alaban las escrituras, porque desde la infancia ya enseñó á su hijo á temer á Dios y á huir del pecado! Seria muy digno de encomio ver á un padre en su casa, sentado en medio de sus hijos, con un crucifijo en la mano, hablándoles asi: Venid, hijos: míos, venid, y

observad: este es el libro de los cristianos, este es el libro, el cual pueden leer los mas rudos, como los mas doctos. En este libro quisiera que aprendierais á quereros, y á sufiros mutuamente, á tolerar con paciencia el calor, el frio, la hambre, la sed, la desnudez, y todas las aflicciones que Dios quiera enviaros. En este libro quisiera que aprendierais la mansedumbre, la templanza y todas las demás virtudes.

Mirad á Jesucristo nuestro buen Salvador clavado en la cruz por nuestro amor. El pecado lo ha puesto en el estado en que lo veis. Huid pues, amados hijos míos, huid del pecado, como huyerais si vieseis una bestia la mas feróz que viniese á devoraros. Huid la vanidad, la envidia, la maldicion, las riñas, la cólera, los juramentos, la venganza, el hurto, las mentiras las malas palabras, las conversaciones y acciones deshonestas. Queridos hijos míos, yo os amo como á mis entrañas, y no vivo sino por vosotros; pero sabed, que quisiera antes yo mismo morirme, que veros cometer un solo pecado mortal, porque éste dá muerte segura al alma, y crucifica á Jesucristo.

Si así se educasen los hijos, estos harían seguramente mil preguntas, que darían ocasion á un padre de instruirles en sus obligaciones, y de instruirse á si mismos. Pero no, no se les habla de vos, ó Dios mio, pero si de todo lo demás; y aun en la mayor parte de las familias el nombre de Jesús, aquel nombre adorable, que

los hijos deberían tener en sus labios luego que comienzan á hablar, ya casi jamás se pronuncia. Ellos os han ofendido mil veces antes de conoceros. Se les deja vivir en una ignorancia, que les sumerge en toda clase de vicios, de los cuales huirían, si tuviesen la instruccion conveniente. Padres y madres, todos habreis de dar cuenta algun dia á Dios de vuestros hijos, que por falta de educacion los dejais miserablemente perecer. ¿Qué escusa dareis cuando se os pida cuenta? ¿direis acaso que no sabeis para instruirlos, y que no podeis enseñarlos? ¡Buen Dios! ¿Y puede admitirse esta escusa? ¿La admitiriais vosotros, si os digese que no predico, que no enseño, porque no sé? Si no sabe, diriais debe saber; y sino ¿porqué toma el empleo? Pues os doy la misma contestacion: si no sabeis la doctrina de vuestra Religion, debeis saberla; y sino ¿porqué os habeis metido en el estado de tener hijos, si no podeis cuidar de la mas esencial, y principal obligacion? No basta que vuestra ignorancia os lleve á la perdicion, sino que conduzca tambien á ella vuestros hijos.

Acaso tambien direis, que somos nosotros los pastores los obligados de predicarlos é instruirlos: es verdad; pero á mas de ser vosotros los primeros pastores de vuestros hijos, esta escusa os llena de confusion, y os hace mas inexcusables: porque si hay Pastores. ¿porqué no vais á oirlos? ¿Porqué os avergonzais de asistir al Catecismo? Pues de él aprendereis el modo de ins-

truir á vuestros hijos y al mismo tiempo os aprovecharéis. Pero no solo no venís, pero ni aun dejais venir muchas veces á vuestros hijos. Vuestros negocios temporales, demasiado los sabeis, y yo me averguenzo el decirlo, os llevan mas de mil veces la atencion, que las almas de vuestros hijos y de vuestros domésticos. Acabaré bien este punto aplicándoos las palabras de Jeremias: Hasta los animales mas feroces dan el pecho á sus hijos. La hija de mi pueblo mas cruel que una fiera, niega la leche á su niño: *Sed et lamiae nudaverunt mammam, et lactaverunt catulos suos, filia populi mei crudelis.* (Jerem. Thren. 43.)

Por último, el cuidado de vuestra instruccion no debe limitarse á inculcar vuestros hijos las anteriores é indicadas máximas de piedad, sino que ha de conducirlos hasta á su ejercicio y práctica. ¿Pues de que servirá, si un padre exhorta á sus hijos á la mansedumbre, si de allí poco pasa á las furias á su madre y maltrata á sus domésticos? ¿Con que corazon enseñará es menester perdonar á los enemigos, si lo vé dispuesto á tomar venganza de los vuestros? Y vosotras madres que os lisongeis de dar buena educacion á vuestras hijas. ¿Con que gusto hubiera escuchado yo las lecciones que les dais sobre la caridad que debemos tenernos mutuamente, despues de haberle hablado de los defectos de esta, ó aquella; despues de hablar mal de cuantos os han ocurrido! Afectais buen

modo para insinuar la vergüenza, la modestia y el retiro: ¿pero como lo habeis ejecutado? despues de haber mostrado en presencia de vuestras hijas los placeres que probasteis en la juventud: despues de haberles contado, tal vez con satisfaccion, la historia de vuestros amores, de vuestras liviandades, y otras cosas que deberiais callar, y solo recordarlas para hacer penitencia de ellas. No voy á deciros mas, fieles mios. Lo dicho basta para incitaros á hacer seria reflexion sobre la obligacion que teneis de instruir, y dar buen ejemplo á vuestros hijos.

Sed pues como sus Angeles de guarda, dirigidos por el verdadero camino con vuestros buenos ejemplos; guardad sus almas como las niñas de vuestros ojos. Enseñadlos á conocer á Jesucristo; procurad en todas ocasiones á hablar de él. Habladles con mas frecuencia de la herencia que les espera en el cielo, que de la que les habeis de dejar en la tierra. Con este medio y la gracia de Jesucristo, á quien debeis ofrecer todos los dias, rogándole les bendiga y santifique, les vereis crecer en sabiduria, á medida que crecen; y despues de haber sido vuestro consuelo en este mundo, serán vuestra alegria, y vuestra corona por toda la eternidad, que os deseo. Asi sea.

EPIFANÍA DEL SEÑOR.

Magi ab Oriente venerunt...
et obtulerunt ei munera.
(Matth. II., v. 1 et 2.)

Aun no há ocho dias que festejamos la Circuncision, hijos mios, en que se deja ver el Salvador bajo la forma de un pecador sin serlo, ya recordamos hoy la adoracion de los santos Reyes que es el primer público testimonio que dió de su divinidad. por cuyo motivo la Iglesia nuestra madre la llama *Epifania*, que es lo mismo que manifestacion. Los santos Padres llaman á esta solemnidad que por ocho dias celebramos, *fiesta de las luces*; porque en aquella adoracion comenzó el Señor á difundir la luz que iluminó á las gentes, y disipó las tinieblas de la idolatria, que ocupaban toda la redondez de la tierra.

Dia es este muy festivo, amados mios, decía san Leon á sus oyentes. Dia del Señor le llama la Iglesia; del mismo modo que al dia de pascua; porque así como entonces, tambien hoy despues de la ignominia y humiliacion se os-

tenta glorioso. Día alegre para los gentiles, aun mas que para los judios, porque el conocimiento ó la fé del verdadero Dios, antes reducido á los términos de Judea, ya se dilata por todo el orbe. Día alegre para vosotros, fieles míos; porque viendo á vuestro amado Jesus adorado de tres Reyes, se ensancha de gozo el corazon, oprimido antes con la pena de verle en la soledad y angustia de una cueva. Y si en el día del nacimiento allí aprendisteis quien era vuestro Dios. Rey y Salvador, en este día al considerar que hombres de tanta inteligencia, y los mas poderosos de la tierra lo abandonan todo para buscarlo, y sin dudar, sin detenerse, emprenden una marcha aunque incierta, y se entran por reinos estraños, arrastrando todo peligro, en este día debemos aprender tambien nosotros el modo de buscar á Jesús. No busquemos pues otra causa del misterio de hoy que esta. De ella sacareis bastante edificacion. Asi lo vais á ver.

San Mateo que es el único evangelista que nos habla del misterio de hoy, nos dice, que despues que Jesucristo hubo nacido en Belen, unos Magos vinieron del Oriente. *Magi ab Oriente venerunt*. Pero ¿quienes eran estos Magos? Eran tres cosas á la vez: eran reyes, es decir hombres muy celosos de su independenciam, enemigos de toda sugesion y opuestos á rendir va-

sallage á toda magestad extranjerá. Eran filósofos, esto es, sábios que solo escuchaban el dictámen de su propia razon, sofistas que negaban todo cuanto no alcanzaban con sus luces. Eran idólatras, á saber, hombres que no tenían idea alguna del verdadero Dios, que desde su infancia venían adorando á deidades falsas.

Y sin embargo, estos reyes, estos filósofos, estos idólatras, á pesar de su orgullo natural, á pesar de su presuncion filosófica, á pesar de sus muchas supersticiones, en un momento abren los ojos á la verdadera fé y los veis con afectos iguales á los de los antiguos patriarcas que suspiraban por el que Dios habia de enviar á curar las llagas de la humanidad perdida. Sino hubieran sido tales ¿qué les habria importado ver la nueva estrella con que los cielos indicaban que habia ya nacido el que debia unir á la tierra con ellos? ¿Cuántos otros la verian y con todo ó ignoraron su significado, ó abismados en la carne y en la sangre prefirieron su tranquilidad á la dicha de ver el recién nacido? El que ellos pues al verla se pusiesen en camino, indica bien claramente, que eran sabedores de su significado y que tenían una conviccion profunda de que primero es Dios que nada, y su santa decision á preferir á los intereses del cuerpo y de la tierra, los mayores del cielo y de sus almas.

Verdaderos apreciadores de los verdaderos bienes todo lo dejan por hallar á Jesucristo, todo lo

abandonan por poder conocerle y adorarle postrándose á sus pies, y á todo se exponen, por adquirir las bendiciones que la vista del Salvador debe atraer sobre ellos. Y buscar á Jesús de este modo es el medio seguro de hallarle. San Ambrosio dice que merecerá los bienes sempiternos el que desprecie los del siglo. Por eso abandonan sus casas y familias, sus diversiones y quehaceres; y sin hacer caso de las privaciones y peligros que les ofrece el desierto, de las incomodidades y fatigas de un viage largo y penoso por medio de él, de los peligros y asechanzas que pueden hallar en un pais extraño; sin que nada en fin los contenga, fijan su vista en la estrella que Dios les ha dado por guia, y por todo arrostran, por todo acometen, hasta que logran hallar al recién nacido que buscan.

¡Cristianos! ¿que otra leccion esperais para dirigiros en busca de vuestro Salvador? Como para los piadosos Magos debe ser el objeto de vuestras pesquisas, y cual á ellos la estrella, asi tambien os ha dado á vosotros la antorcha de la fé para que os alumbre y guie. San Pedro llama á esta una lámpara que alumbra en el tenebroso lugar de este mundo, y sus rayos no os indican otro punto que á Jesús. Teneis pues aun mas ventajas que los Magos de parte del cielo; de vosotros nace, de vuestra pereza el que ellos viajen con mejor éxito que vosotros por el mundo. Ellos pisan el desierto, vosotros es-

tais enamorados de él; ellos desprecian las delicias de la carne, vosotros las buskais y las amais; despreciadlas cual ellos las despreciaron y lograreis lo que ellos lograron.

Sin que los hubiesen acobardado las fatigas y las privaciones del camino, llegaron estos santos hombres á Jerusalem y preguntan en donde está el que ha nacido rey de los judios. Hé ahí el norte que debe guiar á todos los que llamados por el Señor se hallan en dudas sobre el camino que deben seguir en circunstancias oscuras. Preguntar al que debe saber: á la Iglesia y á sus ministros. ¿Qué importa que algunos de estos sean malos y no llenen las obligaciones de su estado? Nada bueno en Herodes, y á él se dirigen los Magos; pésimas intenciones tenia, y con todo Dios se vale de su medio para que sepan aquellos á quienes ha conducido milagrosamente hasta allí la senda que deben seguir. Es verdad que las gestiones de Herodes para saber donde Jesús se halla, llevan por fin el perder á este; pero Dios que sabe sacar bienes de los males, se sirve de las intenciones de Herodes para ilustrar á los suyos, y aniquila los proyectos del impio burlándolos completamente. No hagais pues, hijos míos, caso alguno jamás de los consejos tímidos de la prudencia humana; que no os detengan para obrar bien los peligros que puede correr la Religion. Confesad que buskais á Jesús aunque sea delante de Herodes y su corte; si necesario fuese, pregun-

tad á los malos de entre los que están autorizados por su ministerio para saberlo, sobre vuestras dudas... ¡Ah, no temais! Dios burlará como siempre las malas intenciones de los enemigos de su Hijo, y.... ó proporcionará el que los mismos malos os ilustren, ó sino, os dará en premio de vuestra humildad alguna nueva luz milagrosa que os guie al término que deseais.

Mirad á los santos Reyes: preguntaron y oyeron que el que buscaban debia nacer en Belen de Judá. Esto era muy claro y debia ser muy sabido en Jerusalem. Pero era muy incierto y dudoso el decidir si habria ó no nacido ya; de consiguiente no sacaba á los Magos de todas las dudas que podian prudentemente formar. No obstante, ellos han hecho cuanto está de su parte que es todo lo que Dios pide, y el Señor se encarga de cumplir lo que falta, haciendo que vuelva á aparecérselos la estrella que los habia traído hasta Jerusalem y que se les habia ocultado desde que se aproximaron á esta ciudad. Ya no hay dudas para ellos, ya no hay obstáculos que detengan su viage. Belen es ya el término cierto á que caminan; Belen es el punto seguro á que llegan, y en Belen hallan el premio de sus fatigas, el descanso de sus trabajos y la dicha de sus corazones que los indemniza de cuanto han podido sufrir. Belen que interpretado significa, segun san Gerónimo, *la casa del pan*, es para nosotros el símbolo de la gloria, casa de la eternidad en donde sere-

mos felices con la abundancia de nuestro Dios que será nuestro pan y todas nuestras cosas si buscando como los magos á Jesus lo hallamos, y hallándole le servimos y agradamos cual ellos le agradaron y sirvieron.

Vinieron los santos Reyes y su venida es una completa leccion que nos edifica. Vinieron y hallando á Jesucristo con Maria su santísima Madre, se postran á sus hijos, le adoran, y le ofrecen oro, incienso y mirra. ¿Porqué le ofrecen oro, incienso y mirra? ¿qué significan estas dádivas? Todos los santos Padres con la Iglesia nos han dicho, que el oro simbolizó la caridad, el incienso la devocion y la mirra la amargura de la penitencia. Los santos hombres ofreciéndole lo mas precioso que en sus paises tendrian acaso no pensarian en que como primicias de la gentilidad de que la Iglesia católica se habia de componer, le llevaban lo que figuraba la perpétua ofrenda de su agrado; pero el espíritu divino que los guiaba les hizo escoger estas cosas por que ellos efectivamente habian de ser lo que hasta el fin de los siglos habia de constituir la oblacion mas grata que se pudiera presentar despues de hallado nuestro Salvador, reconociéndole como nuestro Rey, Dios y un hombre mortal que en su muerte habia de sepultar consigo á la muerte eterna del hombre.

Buen ejemplo, hijos míos, nos dejan los santos Reyes, para que seamos muy obsequiosos con Dios, y muy facil para todos. No exige el

Señor riquezas que el pobre no podría ofrecerle. ¡Ah! á todos nos ha dado un corazon, porque á todos nos quiere salvar, y ¿que cosa mas facil que el que entrando dentro de nosotros mismos le ofrezcamos en este corazon que él nos pide oro acendrado amando, inciense odorífero adorando piadosos, y balsámica mirra arrepiñiéndonos porque mucho le ofendimos, no habiéndole buscado con la mayor prontitud? Nos ha dado un corazon, y en él todo cuanto podemos necesitar para complacerle. No se exige el que hagamos grandes viages, el que practiquemos penosos trabajos. Que entremos dentro de nosotros mismos, que le ofrezcamos nuestro corazon, el corazon que él nos ha dado revestido de la necesidad de buscarle y amarle... Hé ahí todo el secreto, hé ahí todo el gran negocio de hoy.

¡Dichosos los que sepan obsequiar á Jesucristo haciendo este sacrificio del corazon! ellos seguirán voluntaria y deliciosamente á los santos hombres que hoy los primeros reconocen y predicán al Salvador del mundo; lograrán hallarlo, y en esta vida igualmente que en la otra, lograrán ofrecerle el oro, inciense y la mirra que mas le agradan.

EL DOLOR DE LOS PECADOS.

Pater tuus et ego dolentes querébamus te.

(Luc. II. v. 48.)

Hoy nos refiere el Evangelio la imponderable pena que tuvieron María santísima y san José, cuando volviendo de Jerusalem á su casa perdieron á su amado Hijo. ¿Con qué tristeza quedaron al reparar que no iba con ellos? ¿Con qué ansia preguntaron á sus parientes y amigos si le habian visto? ¿Con qué priesa volvieron á Jerusalem á buscarle? ¿Qué pasos y que diligencias no hicieron por sus calles y plazas? ¿Qué lágrimas no derramaron en aquellos tres dias? ¿Y que consuelo no tuvieron al encontrarle en el templo, disputando entre los doctores de la ley? Bien lo manifestó Maria santísima diciéndole delante de todos: Hijo mio ¿Qué motivo te hemos dado, ó que causa has tenido para dejarnos? Tu padre y yo te hemos buscado penetrados de dolor. *Pater tuus et ego dolentes querébamus te.*

Cuando una madre tan santa, tan paciente, tan humilde como María se queja de la ausencia de Jesús, es claro que no hay mal alguno en este mundo que pueda sentirse mas y compararse con esta ausencia. Pues bien, si esta ausencia ó separacion tuvo su causa fuera de los padres del Señor, ¿qué será cuando sea motivada por las malas obras de aquellos que la obligan y necesitan? ¿No ha de sentirse con mayor dolor cuando vuestros pecados tienen obligado al Señor á dejaros? ¿No ha de llegar un dia en que le digais: Señor, os buscamos con el mas vivo dolor de haberos perdido?

¡Ah dolor cristiano, que necesario sois á los pecadores! Llámese como se quiera, dolor perfecto ó imperfecto, de contricion ó de atricion segun nos explica el catecismo, es cierto que para ser sincero y cristiano debe ser dolor de corazon y de todo corazon. Escuchadme y quiera el cielo, que persuadidos vuestros entendimientos de esta verdad, inmuten vuestros corazones.

Ninguna cosa es mas facil y que se haga con mas frecuencia, hijos míos, que manifestarse dolorido ó contrito de los pecados. Pues apenas se hallará uno que en el discurso del dia no diga muchas veces: *Señor, Señor mio Jesucristo, me pesa de haberos ofendido*. Pero tal vez Dios le responderá por el profeta: este me pide per-

don con los labios, y su corazon está muy lejos de mi.

No penseis que voy á reprobar el ejercicio ó practica frecuente de esta devocion. Ella de si es muy devota, muy propia para recoger el pensamiento fijandole en la infinita bondad de Dios, en los beneficios recibidos de su mano, y en la obligacion que teneis de satisfacerle con el arrepentimiento de vuestras culpas. Pero creer que ella sola basta para reconciliarnos con su magestad y alcanzar el perdon, teniendo el ánimo oculto de ofenderle, es un error manifesto. Bien podeis decir mil veces: *Señor tened misericordia de mi*, que no le conseguireis á menos que no hagais la voluntad de su Padre.

¿Qué es pues lo que quiere el padre de las misericordias? No otra cosa, fieles míos, sino que se aplique el remedio donde esté el mal: que por donde empezó vuestro pecado, empiece vuestra penitencia: que semejantes á los diestros cirujanos descubrais á fondo la llaga, hasta encontrar la raiz y arrancarla. Vuestro corazon fué el que os apartò de Dios, y el mismo con Dios ó con su ayuda debe acercaros otra vez á él. En vuestro corazon se abrigó el infame placer de las criaturas; y en el mismo ha de formarse el mas vivo dolor de haber abandonado á vuestro criador.

Explíquese como se quiera la justificacion de un pecador, siempre se ha de hallar en ella, dos objetos, los pecados cometidos y Dios ofendido.

Los pecados para detestarlos y Dios para satisfacerle y aplacarle. Y nada de esto podrá hacer, si el corazón no tiene la primera y mejor parte. Nada de esto, si no adquiere un espíritu y un corazón nuevo. Un espíritu, para conocer la nada de las criaturas que estimaba y un Dios infinito que despreciaba: un corazón nuevo para aborrecer lo que amaba, y amar á Dios que aborrecía. Y ni uno, ni otro puede tener el pecador, si el Dios de piedad no renueva su espíritu, erie un corazón nuevo destruyendo el antiguo, segun nos lo da entender el mas perfecto ejemplar y verdadero maestro de penitentes, el real profeta David por estas sentidas palabras: *Cor mundum crea in me Deus et spiritum rectum innova in visceribus meis.* (Ps. L. v. 12.)

De otro modo, fieles míos, serán equívocas todas las señales de vuestra penitencia. Bien podreis llorar cuanto quisieris: será penitencia de vuestros ojos. Bien podreis confesaros y acusaros de vuestras culpas: será penitencia de vuestra boca. Mortificaos con ayunos: será penitente vuestra carne. Ayunos, confesiones, lágrimas sois sombras y máscaras de penitencia como dice el Crisóstomo, *Penitentia larva et umbra*, serán inútiles, si el corazón no tiene parte en ellos. Pero, ¡Oh felices lágrimas, cuando naceis de un corazón herido de dolor! ¡Oh saludables confesiones cuando las hace un corazón humilde! ¡Oh ayunos, limosnas que agradables sois

á Dios, cuando, no solo sois hijas de un dolor de corazón, sino de todo corazón!

El apóstol san Pablo nos dice que en un mismo hombre hay dos hombres bien diferentes. Uno exterior descubierta, que postrado, y lloroso se confiesa pecador á los pies de un sacerdote; y otro interior oculto en el corazón que abatido y humillado delante de Dios, cierto de haberle ofendido, incierto de quedar absuelto le dice como el publicano: Sed piadoso conmigo pecador: *Propitius esto mihi peccatori.* Algunas veces van de acuerdo entre si estos dos hombres; pero muchas veces funestamente se dividen. A veces el hombre exterior promete abandonar la culpa, y el hombre interior se queda en ella. A veces el hombre exterior conmovido del horror que infunde en la imaginación el fuego de un infierno, quiere convertirse; y el hombre interior embelezado con las delicias que goza, no quiere. El uno se halla muy debil para buscar el bien que apetece: el otro muy fuerte para retener el mal que posee: y en este combate de inclinaciones tan opuestas sucede, segun nos dice san Agustin, que el hombre quiere y no quiere: por que no quiere, ni se convierte á Dios de todo corazón.

Pecadores ¡Cuando habeis de reconciliaros todos enteros con aquel Dios, que no quiere partido con otro el derecho que tiene en vosotros? ¡No veis que habiéndole aborrecido de todo vuestro corazón, no podeis satisfacerle, sino

amándole y amándole de todo corazón? Se ofende de vuestro dolor superficial y aparente, se irrita de que le entregais un corazón partido. Perecerás, dice por Oseas, pues divides tu corazón entre mi y las criaturas: *Divisum est cor eorum, nunc interibunt*: (Osee X. v. 2.) Reprehende á los que quieren colocar en su templo al ídolo de sus propias pasiones. Malditos llama en el Deuteronomio á los que fabrican un ídolo que ocultan. Acusa por Jeremias á los judíos que le adoran con engaños y á medias: *Non est reversa ad me praevaricatrix Juda in toto corde suo, sed in mendacio*. (Jer. III. v. 10.) Y lo mismo dice Dios á un sinnúmero de cristianos idólatras ó esclavos de uno ú otro vicio, sin que por eso dejen de venerarse y creerle propicio. Porqué hay muchísimos, que reconocen en si mismos una pasión dominante bien sea la ira, la avaricia, la vanidad, ó la lascivia y en lugar de reprimirla, la fomentan.

Prorrumpen invectivas contra los vicios que no tienen. El avaro abomina al deshonesto: este acusa al iracundo; y así mutuamente se acriminan unos á otros. Y tienen razón; pero no la tienen en abrigar en su corazón una pasión delincuente. ¿Qué importa deshonesto que seas misericordioso con los pobres, qué importa avaro que seas muy modesto, si absolutamente no detestais todo género de pecados? Vuestro corazón está partido entre Dios y el demonio. No veneraban los Judíos y Benjamitas otro ídolo

que el de Baal, y con todo les decia Dios: *Non est reversa ad me praevaricatrix in toto corde suo, sed in mendacio*. ¿Qué importa que al confesar vuestras culpas os manifesteis muy contritos, si volveis á vuestras casas con los mismos vicios? Si haceis un círculo vicioso de la confesion y del pecado, pecando hoy para confesar mañana, á la mañana confesando para pecar á la tarde, ¿qué confesiones son estas? Ese dolor que manifestais de haber ofendido á Dios, ¿es dolor de todo corazón? No por cierto.

Para que lo sea es menester que de lo mas profundo del corazón desarraigéis esa pasión ó inclinacion delincuente que os domina. Es menester que la enmienda de vuestra vida sea testigo de la entereza de vuestro dolor. Es menester toméis el consejo que daba Josué á los Israelitas. Bien sabeis, les decia, cuantas veces habeis ofrecido servir á vuestro Dios y no ofenderle; y tambien sabeis cuan mal habeis cumplido vuestra palabra: no podeis negarlo: *Testes vos estis*. (Jos. XXIV. v. 22.) Ea pues, les dice, penetrados del mas verdadero dolor de vuestra infidelidad, arrojad bien lejos de vosotros todos los ídolos, y entregad todo entero el corazón á vuestro Dios: *Nunc ergo auferte deos alienos de medio vestri*.

Advierte san Agustin (*in Jos. lib. VI.*) que Josué así hablaba con los Israelitas, cuando no se veia ningun ídolo entre ellos, y con todo les inculca que los aparten de si, para darnos á

entender, dice el santo, la precaucion con que debemos registrar nuestros corazones, para ver si hay algun idolo escondido en ellos, algun excesivo apego á las riquezas, algun deseo de venganza, algun impulso de vanidad. Miradlo bien, y si hallais alguno de esos idolos, apartadle de vosotros con el mas vivo dolor de haber dividido entre él y Dios vuestro corazon. Apartadle, aunque sea á costa de la mayor mortificacion.

Ningun trabajo perdonaron Maria santísima y san José por hallar á su amado Hijo. Dejaron la compañía de todos, volvieron á Jerusalem, lloraron y gimieron; por que sabian que su pérdida merecia sentirse con todo el extremo del dolor. Y lo mismo, hijos míos, haced vosotros en este dia si acaso antes le perdisteis, decidle con Maria santísima *¿Fili, quid fecisti nobis sic?* Padre amoroso, ¿como os apartasteis de nosotros? Sin duda fue por nuestra culpa. El dolor de esta pérdida penetra enteramente nuestros corazones, y nos hace pedir humildemente que nos admitais á vuestra gracia. Perdonadnos, dulcísimo Jesús, por vuestra infinita bondad. No es la lengua, todo nuestro corazon os lo dice. Merezcamos estar en vuestra compañía por todos los siglos de los siglos. Asi sea.

89

DEL PROPIO ESTADO.

Et dicit ei Jesus: Quid mihi, et tibi est mulier? nondum venit hora mea.

(Joann. II, v. 4.)

Hoy, segun el Evangelio es convidado Jesucristo á una boda, y no lo rehusa. Jesucristo santificador de todos los estados, ha querido honrar á las bodas con su presencia, para hacer ver que no solamente no desechara el estado matrimonial, sino que era uno de los que debe componerse la Iglesia; que los que se empeñan en él, no eran incapaces de recibir sus bendiciones; y que en fin debe sacarse de él una infinidad de escogidos. Jesucristo llamado á las bodas de Caná, acude á ellas con sus discípulos para autorizarlas, acude tambien la santísima Virgen, quien viendo que los convidados no tenian vino, se toma la libertad de representar á su Hijo sus necesidades, y pedirle á su favor un milagro. Y Jesucristo aunque estaba determinado á obrarlo, le dice; *¿Muger, que nos va á mi y á ti? aun no es llegada mi hora.*

Ved, hijos míos, de donde yo saco una reflexión muy interesante para nuestra instrucción. No conviene para nuestra santificación abrazar cosas extrañas á nuestro propio estado, cuando se olvidan ó menosprecian las de la propia profesión. Figémos la vista en un asunto tan necesario. Es preciso cumplir los deberes propios del estado á que Dios nos ha llamado. Con todo ¿que es lo que sucede? sucede muchas veces, que pensamos más en otros asuntos que en los de nuestro estado. Para corregir este desorden, dice Jesucristo. ¿De que os embarazais? ¿Es esto lo que yo os pido? *¿Quid tibi, et mihi?* Aplicarse pues á otras cosas, y menospreciar las del propio estado, es no hacer nada para la salvación. Escuchadme.

Es una obligación de todo cristiano aplicarse á lo que mira á su perfección, y por buenas que sean las acciones y obras que haga por otra parte, le serán inútiles, si menosprecia y olvida las de su estado. Para entender bien esto es preciso suponer dos cosas muy importantes. La primera, que además de las obligaciones generales, que el cristianismo nos impone, hay otras particulares que van unidas al estado que hemos abrazado. Hay leyes universales que sin distinción miran á todos los hombres, como la obligación de adorar á Dios, de amarle, de servirle, y así de las demás; pero hay también

otras leyes especiales para el estado de cada uno para los Eclesiásticos, y para los seglares; para los amos y para los criados; para los que llevan una vida privada y para los que tienen cargos públicos. La segunda, que Dios en la distinción que hace de las diferentes condiciones de la vida, ha querido que se satisficiera no solo á los deberes generales, sino también á los particulares, ha querido que se le adorase, que se le amase, y que se le sirviese por relación al propio estado, y á los diferentes grados de gracias que en él se han recibido. Su providencia y justicia unen algunas veces la salvación de una alma á pequeños deberes de su profesión, atendiendo á la fidelidad con que los cumple, y concediéndole la milagrosa mudanza de costumbres por el cumplimiento de ciertas obligaciones comunes, que ordinariamente se miran con indiferencia.

Paremos la atención á nuestro Evangelio y veamos una prueba de esta verdad; En él vemos, que Jesucristo sabiendo el milagro que iba á hacer, mandó á los que servían en la mesa, que llenasen de agua seis hidrias ó vasijas grandes de piedra que allí había, y luego que las hubieron llenado, se mudó esta agua en vino. ¿No podía Jesucristo obrar este milagro de convertir el agua en vino independientemente de esta condición? Sin duda que podía. ¿Pues porqué les mandó que llenasen de agua aquellas vasijas? Para que hubiese, dice san Juan Crisóstomo,

tantos testigos de esta milagrosa mudanza cuantos eran los convidados y sirvientes de la mesa; para dar á conocer, dice san Agustin, que la ley de Moysés, que era una ley fria, y esteril como el agua, iba á ser mudada en vino ò sea de la de gracia, dulce, fecunda y eficaz: para enseñarnos tambien, dice san Irineo, que hay ciertas acciones comunes y propias á nuestro estado, á que une Dios algunas veces el milagro de su gracia y de nuestra conversion, tomando de nosotros, y de lo que está al rededor de nosotros la ocasion de nuestra justificacion y de nuestra salud. No mandó por ejemplo á los que servian á la mesa salir de la sala del convite donde se hallaban, para hacer grandes provisiones, quiso que se sirviesen de las hidrias que allí estaban; y sin obligarles á poner en ellas ningun licor de gran precio, se contentó con hacerlas llenar de una cosa que nada cuesta con hacerlas llenar de agua; *Implete hidrias aqua.*

No son, unas cosas extraordinarias, ni prácticas difíciles, ni estrañas las que Dios nos pide, son unas obras comunes, las funciones mas familiares de vuestro estado, y las que muchas veces os parecen menos meritorias. Vosotras mugeres, es la continuacion en hacer de buena voluntad y con exactitud lo que mira al gobierno de vuestra familia: maridos es la aplicacion á vuestro negocio, á vuestros asuntos. Criados, y criadas es vuestra sugesion á esos ministerios humillantes, y laboriosos que ejerceis. Amos, y

dueñas, es vuestro acierto en mandar, es vuestra fidelidad en las acciones mas ordinarias de vuestra profesion, y en hacer bien lo que Dios quiere que hagais. ¿Cumplis estos pequeños deberes con un espíritu cristiano? Pues no es ciertamente sino un poco de agua que poneis en una vasija; mas porque los haceis por obedecer á Dios que os lo manda, esta agua se convierte en vino, y estas acciones bajas é inútiles en la apariencia, serán algunas veces mas meritorias que otras. Por el contrario, si por un espíritu de singularidad menospreciáis lo que pertenece á vuestro estado por ocuparos en acciones de mas lucimiento; si por una devocion escesiva, por unas mortificaciones indiscretas, os sujetais á lo que hay de mas difícil, mientras que menospreciáis lo que os sería mas facil, ó por lo menos mas propio de vuestro estado, ¿qué os sucederá? Lo que hubiera sucedido á los cristianos de las bodas, si no hubieran hecho lo que Jesucristo les mandó, que en castigo de su negligencia ó de su orgullo les hubiera negado este milagro. Sea lo que fuere, lo que sucede cuando se menosprecian los deberes de su estado, y que ocupado el hombre en cosas estrañas á él aunque sean buenas, se cuida poco de los que miran á la profesion que se ha elegido; lo que sucede es, retirarse la gracia, y caer en alguna grande aberracion, y entonces se verifica lo que la santísima virgen decia á Jesucristo. No tienen vino: *vinum non habent*: que

les falta el vino de la gracia, que dá un mèrito infinito á las pequeñas acciones.

¿Quereis pues recibirlo y haceros como dice Tertuliano, agradables á Dios á poca costa? Encerraos en vuestra profesion, permaneced en el órden y situacion en que Dios os ha colocado, examinad cuidadosamente vuestras propias obligaciones, y reconociendo, que el órden de la caridad exige empezar por vosotros mismos, registrad sin embarazaros, y discernid con una prudencia cristiana lo que os es estraño, y lo que la providencia de Dios os pide en vuestro estado. Cuando yo hablo de este modo no creais que me opongo á los que siguen los consejos evangelicos, á los que abrazan ciertas prácticas de piedad que la Iglesia autoriza, á los que dirigiéndose mas allá de los límites de los mandamientos que observan, aspiran á lo que hay de mas perfecto. Id enhorabuena, santas, y generosas almas, á donde el espíritu de Dios os conduce, seguid los nobles sentimientos de su gracia, llevad á todas partes la antorcha del Evangelio y del buen ejemplo, y vivid seguras, que cuanto mas os hayais sabido aprovechar de los talentos que se os han confiado, y los hayais hecho valer á beneficio de vuestros prójimos, la corona de la gloria que os espera será mas grande. No hablo yo de estos espíritus envidiables: hablo con san Agustin de aquellas gentes que por un efecto de su fantasia y orgullo, quisieran mudar de condicion para servir mejor á Dios

y cumplir mas fielmente sus deberes: de aquellas personas, que llevando sus propias debilidades en el fondo de su alma, parecen á aquellos enfermos inquietos, que quisieran cada momento cambiar su lecho ó situacion, con la esperanza de pasarlo mejor, de aquellas que en vez de reformar su vida, se empeñan por un falso zelo en reformar á los demás, que en lugar de convertirse, desean vanas mudanzas, de que ellos se hacen por adelantado cierto honor. ¡Oh y si estuviera yo en un claustro, dicen algunas mugeres, apuradas quizás de las faenas domésticas, que las fastidian, como serviria yo á Dios con mas placer, y libertad! ¡Oh y si fuera eclesiástico, dicen algunos hombres del siglo, cuanto cuidado no tendria yo de las almas que me fueran confiadas! Ved aquí que se puede decir de ellos lo que el sabio dice en los Proverbios, que no se les encuentra jamás en su casa: *Non est vir in domo sua.* (cap. 7.) Tanta indiferencia tienen ellos, y tanto menosprecio por las obligaciones de su estado.

¡Ceguedad lastimosa, fieles mios! por la cual Jesucristo les hace esta reprehension. De que os embarazais? *Quid mihi et tibi?* Pensad en vuestras propias miserias, y no en las necesidades de los otros: examinad seriamente lo que habeis debido hacer, y lo que no habeis hecho en toda la extension de vuestra vocacion, y del estado que habeis abrazado, y agradecedme el que pudiendo yo pedir os cosas dificiles,

me contento con las que son propias del estado á que os he llamado. No pide Dios mas: ¿y esto poco que pide se lo hemos de negar? Y si no lo cumplimos; ¿qué gracia podemos esperar? Habiendo una pobre viuda hecho ver á Eliseo su extrema miseria, le dijo este profeta: ¿Qué quereis que yo os haga? ¿que teneis en vuestra casa? *¿Quid vis ut faciam tibi? ¿Quid habes in domo tua?* (IV. Reg. 4.) y respondiendo esta muger, que no tenia mas que un poco de aceite, le mandó preparar muchas vasijas, para llenarlas todas por la multiplicacion y milagroso aumento que haria de él. Vosotros, fieles míos, reconocéis vuestras miserias espirituales: el vino os falta como en las bodas de Caná; no os queda mas que un poco de aceite, ó de agua; pero consolaos: si hasta ahora habeis perdido el fruto de vuestras buenas obras, por haber menospreciado las de vuestro estado, consolaos, que á poca costa aun os podeis enriquecer. Qué teneis en vuestra casa? ¿En que os habeis empeñado? ¿Cuales son las obligaciones de vuestro estado? Esto es lo que os pide. Si las cumplis fielmente la gracia como el aceite de la viuda se aumentará y el cielo derramará mil bendiciones sobre vuestras ocupaciones ordinarias.

PCOR 3/3501

97

LA ORACION DEL PECADOR.

Cum autem descendisset Jesus de monte, secuta sunt eum turbae multae: Et ecce leprosus veniens, adorabat eum...

(S. Matth. VIII, v. 1. et 2.)

Cuando leo las palabras del presente Evangelio, me represento un dia de gran solemnidad, en que los fieles convocados á nuestra Iglesia se agolpan al rededor de Jesucristo, que bajado del cielo sobre nuestros altares, le miran como un Rey en medio de su pueblo, como un padre rodeado de sus hijos, y como un médico circundado de enfermos. Los unos adoran á Dios con una conciencia pura, en cuyo centro está, y es el amor que los rige. Otros comparecen delante él con una alma cubierta de la lepra del pecado; pero que vueltos sobre si mismos, han abierto los ojos para ver su estado infeliz, y el pesar y la intencion de mudar de vida les llevó á la presencia de su Salvador.

Aun veo mas, fieles míos, veo otras almas endurecidas en el mal, las cuales no piensan dejar su mala vida, y con todo vienen á pre-

sentarse delante de Jesucristo, á adorarle y á suplicarle exteriormente en compañía de los demás. Estraña conducta á la verdad, acerca de la cual, yo no me atrevería á calificarla, si el Espíritu santo en el libro de los proverbios no lo hubiese hecho en sus propios términos; *que la oracion de aquel que vuelve á otra parte el oido para no oír la ley de Dios, es una oracion abominable.* ¿Pero si la oracion del que no quiere oír la ley de Dios es *abominable*, ¿cual será la del que resiste obstinadamente á la ley y á todas las inspiraciones de la gracia? Si la considero por lo que mira á la disposicion del pecador que la hace, es un acto ridículo, lleno de contradiccion y de mentira, y por consiguiente injurioso á Dios á quien se dirige. Hagamos reflexion un poco sobre este punto, y quiera el Señor, que ellano sea inutil.

El culto que damos á Dios es la cosa mas séria é importante: y siendo la oracion la principal parte de dicho culto, no ha de dejar de ser lo mas serio é importante de el. Por la oracion rendimos homenaje al ser supremo, el que ha criado todas las cosas, y las conserva por su bondad. La oracion hace conocerse al hombre delante de Dios, su dependencia á el, y su imposibilidad para conseguir cualquiera cosa. La oracion penetra á los cielos, hasta el trono del

Omnipotente, desarma su justicia, conmueve su misericordia, abre el tesoro de sus gracias, las arrebatá, si asi se puede decir, y vuelve llena de bendiciones. ¿Pues qué cosa puede haber mayor y mas importante entre los cristianos, que la oracion? En la del pecador nada hay de todo esto, aunque se vean sus apariencias.

Habla el pecador de la omnipotencia de Dios, de su bondad, de su justicia, de su misericordia, del cielo y del infierno. Habla de la pasion, muerte y de los méritos de nuestro señor Jesucristo. Habla de sus propios pecados, de su fragilidad y de sus necesidades. Dice señor Dios mio, se arrodilla, inclina su cabeza y cruza sus manos; pero todo esto no es mas que una ficcion. Pues acabada la oracion, ya no hay mas Dios para él: y mientras ruega y suplica, piensa en los gustos que probó, cuando cometió el pecado, ó lo que quiere nuevamente cometer.

Le oirémos decir, *Señor, siento con todo mi corazon el haberos ofendido, propongo firmemente no ofenderos jamás.* Asi hablando ¿no creeríais vosotros, que seriamente se convirtió? ¿qué quiere mudar de vida, y que cual oveja perdida viene á echarse á los brazos de su pastor bondadoso? Nada menos que esto: estos actos en su boca nada significan y no dicen mas que mentiras delante de Dios: porqué es falso que este pecador se arrepiente y quiere convertirse, confesarse y dolerse de haber ofendido á Dios. El propósito de no ofenderle más, su con-

fesion, todo está bien lejos de él. ¿Puede mentirse mas impunemente?

Aplicad igual reflexion á los actos de Fé, Esperanza y de Caridad ó amor de Dios y á todos los demás que se incluyen en su oracion. ¡Qué manifiesta contradiccion! Pues dice, yo creo, y vive como si no creyese en nada. Dice espero, y vive como si no esperase, ni temiese nada. Dice: Dios mio, yo os amo, y vive aborreciéndole; mientras ruega tiene la voz de Jacob, habla como cristiano, y dice: *Jesucristo, Virgen santísima, santos del cielo, Padre mio, salvador mio, vuestra ley, vuestra santa voluntad etc.* Este lenguaje es de Religion; pero sus manos, esto es, sus hechos son los de Esaú, toda su vida es la de un infiel, bajo la cubierta de cristiano. Sus palabras, las acciones, el exterior no es mas que una mentira y contradiccion. ¿Puede darse cosa mas ridícula que dicha súplica que anuncia y significa cosas que no hay?

Finalmente vereis que la oracion del pecador comienza y acaba con la señal de la cruz. *En nombre del Padre*, que le ha criado á su propia imagen; pero esta imagen, la ha profanado haciéndose semejante al demonio, que ha escogido por su padre, á quien obedece y á quien quiere seguir en todo: *En nombre del hijo*, que le ha redimido con su propia sangre, pero esta sangre preciosa la hace inútil, pisándola con sus pies, crucificando nuevamente á Jesucristo en si mismo, conservando la voluntad de

crucificarlo: *En nombre del Espiritu santo*, que le habia santificado con su gracia; pero á esta ha rechazado de su alma, cerrándole la puerta para no darle entrada.

Y en vista de estas abominables disposiciones ¿basta decir que dicha oracion es un acto ridiculo, lleno de mentira, y de contradiccion? ¿Y no podemos añadir, que es un ultrage ó insulto hecho al mismo Dios?

Quando Jesucristo fué conducido al pretorio, rodeándole todos los soldados, le despojaron de sus vestidos y en su lugar le cubrieron de un raído manto de púrpura: le coronaron de espinas, le pusieron una caña, le abofetearon, le escupieron en la cara y despues de haberle asi maltratado, añadiendo la burla á la crueldad, le saludaron, doblaron la rodilla y le adoraron. ¿Hubo insulto mas amargo que este?

Ciego y obstinado pecador, esto mismo es lo que ciertamente haces. Despues de haber en cierto modo renovado las llagas á Jesucristo, *despues de haberle crucificado dentro de ti mismo*, como se expresa san Pablo; mientras lo clavabas en la cruz con tanta obstinacion, no queriendo dejar el pecado, que le clava en ella, doblas la rodilla delante de él, le adoras, le llamas tu Rey, y único Dios, y asi le dices: *Os amo, me pesa de haberos ofendido.* ¿Se puede dar insulto mas injurioso?

Tal vez dirás, que esta no es mi intencion, cuando yo rezo, ¡Dios me libre! ¡Ah hijo mio!

¡Qué bella excusa! La intencion del que peca no es de perder la gracia, y con todo la pierde, y no es esto lo mas culpable. El sabe muy bien, que no se puede hacer, decir, ó pensar la tal cosa, sin perder la gracia. La intencion de todos los cristianos que están en el infierno, no era ciertamente de condenarse; ¿pero dejan por eso de ser condenados? No; porqué sabian que incurrirían en la pena eterna, si vivian como vivieron. La intencion de aquel que determina pecar, no es de insultar, ni ultrajar á Jesucristo; pero con todo será menos verdadero el decir que no le ultraja? No; porqué sabe bien que se hace un insulto, y una burla, diciendo una cosa, y haciendo otra; diciendo á Jesucristo, yo os amo, cuando no le ama, ni lo quiere amar, antes bien le hace continuos insultos, prometiéndole con la boca jamás pecar, y de confesarse cuanto antes, cuando en nada menos piensa que en convertirse y en confesarse.

¿Pues cual es tu intencion pecador cuando vienes á la Iglesia y oyes Misa, haces mañana y tarde aquello que llamas oracion? Pretendiendo, dirás, hacer un acto de Religion, de dar á Dios el honor y la gloria que le son debidos; ¡Oh ceguedad! ¡Oh impiedad! ¡Pretender honrar á Dios con mentira! es decir, pretender honrarlo con aquello mismo que se le deshonra; querer agradarlo con aquello que mucho le ofende; querer glorificarlo con lo que se le ultraja más. ¡Oh abominacion! tener en los labios el

nombre de Jesus, y tenerlo crucificado en el interior del corazon; juntar lo mas sagrado con lo mas abominable, el servicio de Dios con el servicio del demonio, ofrecer á Dios una alma, que se prostituye al pecado y prostituir al pecado una alma que se ofrece á Dios en la oracion.

¡Desgraciado cristiano! ¿no es esto lo que haces, cuando despues de haber ofrecido todo tu mal corazon á Dios en la oracion de la mañana, te abandonas despues á la pasion durante el dia? ¿cuando despues de haber ofrecido asi tu corazon á Dios en la oracion de la tarde, satisfaces tu pasion á la noche? Y esto ya hace mucho tiempo, sin hacer nada para enmendarte y sin deseos de mudar de vida.

Si despues de todo esto pensais, que es una exageracion el decir, que la oracion de tal pecador es un ultrage hecho á Dios mismo, porqué no es otra cosa que un tegido de mentiras y contradicciones, echadle en cara el Espíritu santo, el cual nos dice, que la tal oracion es abominable.

Será pues preciso, dirás, que yo no venga mas á la Iglesia, que no oiga Misa, y que no haga mas oracion. ¡Ah! hijo mio, no permita jamás Dios, que sea este el fruto de las reflexiones que habeis oido. Venid, y venid amenudo á la Iglesia, pues ella es el refugio y asilo de los mayores pecadores. Haced oracion y hacedla frecuentemente; asistid, y asistid amenudo al santo sacrificio de la Misa, en el cual la san-

gre de Jesucristo solo se derrama por los pecadores; haced oracion, y hacedla frecuentemente; hablad á Dios, pero en todas estas cosas pensad bien lo que haceis. Hablad seriamente al Señor: pero mientras vivís malamente, no le digais: Dios mio, yo os amo; sino decid: Dios mio, conozco que no os amo, mudad mi corazon, y haced que yo os ame. No digais Dios mio, me pesa el haberos ofendido, os prometo de no volver jamás á pecar, y de confesarme cuanto antes porque nada de esto es verdad; sino decidle: Dios mio, bien lejos del pesar de mis pecados, tengo ahora mismo voluntad de cometer otros mas. ¡Ah! Jesus mio, arrancadme esta voluntad; pues siento en mi mismo repugnancia para confesarme, y mudar de vida.

Si asi hablais, hablareis como debeis, y vuestra oracion creedme, fieles mios, será preciosa delante de Dios, y si perseverais en ella, será sin duda oida. Bondad infinita de mi buen Dios á quien las almas mas endurecidas en el mal os son agradables, que no dejais de dar al pecador la gracia suficiente para salir del pecado, aunque se obstine y resista; dad la uncion de vuestro espiritu á las palabras que habeis puesto en mi boca, para darles á conocer hasta que punto os ultrajan, cuando no oran sino con los labios, conservando en el fondo de su corazon una voluntad eficaz de perseverar en el mal.

Quarta parte de la oracion de San Jeronimo para el día de la Epifanía.

NUESTROS ENEMIGOS.

Et ecce motus magnus est in mari,
ita ut navicula operiretur fluctibus...

(Matth. VIII. v. 24.)

Nuestra alma, hijos mios, está sujeta á mil pasiones, asechada de mil tentaciones, expuesta á mil peligros, y verdaderamente semejante á una nave cubierta de olas, combatida de la tempestad, que á cada momento está para perderse. Cualquiera que quiera velar sobre los pensamientos de su inteligencia, y sobre todos los movimientos de su corazon, probará por experiencia, que la vida del cristiano en este mundo, es una continua peléa, y una continua tentacion. Con todo. ¿cuán raros son aquellos cristianos que á ejemplo del rey David, *llevando su alma en sus propias manos*, no la pierden de su vista?

Dos cosas, amados hijos mios, en vista de este pensamiento se me ofrecen, me hacen temblar, y me afligen. Son el número, y el poder de los

enemigos que nos ponen asechanzas, y la quietud con que vivimos en medio de los peligros que nos amenazan. Bien puedo decir una turba de ladrones rodéa vuestra casa; tiemblo por vuestros bienes, y por vuestra vida; pero temo más, si sé que al mismo tiempo dormís plácidamente en la cama, y no pensais en vuestra defensa. Abramos pues hoy los ojos, vigilemos sobre los enemigos de nuestra salvacion, aprendamos primero á conocerlos y despues veamos la manera de vencerlos. No puede ser mas interesante nuestra reflexion.

Nuestros verdaderos enemigos no son los que nos quitan la fama, ó nuestros bienes, y los que asechan á nuestra vida. Estos solo son instrumentos de los cuales se sirve la divina providencia, para santificarnos, ofreciéndonos buena ocasion de practicar la humildad, la mansedumbre, la caridad y la paciencia y de amarlos, mas bien que odiarlos, si tenemos un poco de fé. Nuestros verdaderos enemigos son aquellos que procuran despojar nuestra alma de su inocencia, quitarle los tesoros de la gracia, haciéndola morir delante de Dios, echándola al infierno. ¡Oh quanto se han de temer tales enemigos! Y de estos hallamos en el interior y exterior, á derecha é izquierda, en todas las cosas y por todas partes. Dentro nosotros mismos están, y si no los conoceis, permitidme, hijos

mios, que yo entre en vuestros corazones, que los llame por sus propios nombres, los examine, y os los haga, por decirlo asi, tocar con las manos, y ver con vuestros propios ojos.

Observad primero aquel desordenado amor, aquella complacencia secreta que experimentais en vosotros mismos de la cual estais llenos. Vosotros os gloriais interiormente de vuestros méritos y prendas, de vuestras riquezas, de vuestros talentos, de vuestros amigos y familia, menospreciando á los otros, poniéndoos sobre vuestros iguales, é igualándoos á vuestros mayores.

Aquello poco que habeis adquirido, tal vez por caminos injustos, y que os hace olvidar de vuestro pasado, è infeliz actual estado: aquella posicion que obteneis, Dios sabe como; la fisonomía que Dios os ha dado, y que juzgais mas hermosa y agradable que la de los demás; todo esto, y otras muchas cosas mas, cuya narracion seria muy larga, hinchán vuestro corazon, y esta hinchazon se deja ver en vuestras palabras, en vuestro modo de obrar y en toda vuestra conducta. Estais atentos, y sois sensibles á la manera con que os hablan y con que os saludan; una palabra un poco áspera, emitida por inadvertencia, un gracejo, un acogimiento, que os parezca un poco frio, y menos festivo de lo acostumbrado, todo esto os ofende y os hace padecer. ¿Veis acaso y conoceis la soberbia, y la vanidad que os predomina?

Si los negocios de vuestro prógimo van mejor

que los vuestros; si consigue una hacienda, que no esperaba; si gana muchísimo en su comercio; si alcanza una colocacion, á la cual aspirabais; si adelanta en un negocio, en el cual habeis perdido algo por vuestra culpa, os palpita el corazon, os poneis pálidos y os avergonzais: la mudanza del semblante y vuestro silencio, manifiestan mas que vuestras palabras, los movimientos de tristeza, y la indignacion que os contrurban. Pero si al contrario le sucede algun contratiempo, que ponga en mal estado sus negocios, que le humille, ó algun percance, que se haga menor que vosotros, es preciso que os hagais violencia para no alegraros con su adversidad. ¿Veis pues y conoceis la envidia que os roe, y que silva como una serpiente al rededor de vuestra alma?

No podeis ver, ni oír aquella persona, que inocentemente os ha ofendido, y tal vez no os ha hecho jamás ninguna injuria; no sabeis hablar de ella sin decir mal, importándoos poco, si es verdad ó mentira; os habeis empeñado á perderla, ó bien con vuestras habladurías ó de otro modo: y por esto probais una singular satisfaccion, cuando oís que se murmura, sabiendoos mal cuando se habla bien, buscando todas las ocasiones para desacreditarla. ¿Veis y conoceis el odio, la venganza que os predomina y os atormenta?

De dia y noche no pensais en otra cosa que en vuestros negocios. No hablais sino de interés,

y en este solo fijais vuestros pensamientos; si orais ó estais en la Iglesia, no estais atentos sino á los medios que habeis de adoptar para un proyectado viage, para las personas que habeis de tratar, para hacer bien este negocio, y llevar á cabo otro. Iriais treinta leguas lejos para ganar un doblon, y no dariais treinta pasos para oír una Misa; para hacer una obra de caridad, no dariais un paso. Luego que se trata de ganancia, ó que tengais temor de hacer alguna pequeña pérdida, no existen para vosotros ni fiestas solemnes, ni domingos, ni os detienen mandamientos de Dios, ni preceptos de la Iglesia. ¿Conoceis la avaricia que os carcome, que os ciega, y condena?

¿Qué otra cosa no es aquella deshonestidad que tanto os estimula y predomina? No pensando desde la mañana hasta la noche, sino en cosas deshonestas, en buscar las representaciones y objetos mas impuros, secundando todos los malos deseos, mirando vuestros ojos, aunque con pesar vuestro, el no poder conseguir objetos halagüeños, que os seducen, engañan y corrompen, estando siempre dispuestos para daros á obras lascivas, y diversiones las mas vergonzosas de la carne?

Estos son, fieles míos, aquellos enemigos de quienes os fiais, ni procurais guardaros; y si examinais vuestro corazon, vereis que están allí todos recogidos como en su asiento. Yo no os he señalado sino los mas sensibles, pero cuanto

mas examinaréis vuestro corazon, otros tantos mas descubriréis. A la manera que el profundo del mar está lleno de una infinita muchedumbre de peces de toda especie y grandeza, no de otro modo el corazon humano encierra en si un hormiguero de malas inclinaciones, unas mas fuertes que las otras: pero todas dignas de temerse, no dejando de ser, aun la mas mínima, suficiente para perdernos, si no se tiene el cuidado de reprimirla.

A los enemigos exteriores se juntan los domésticos, los cuales les ayudan, les fortifican, les prestan armas, y los colocan en estado de ejercitar su malicia. Todas las cosas las hizo Dios para el bien y servicio del hombre; pero que indiferentemente le pueden ser útiles ó dañosas, segun el uso que de ellas se haga. La pobreza, la afliccion, el dolor nos llevan á la desesperacion; las comodidades nos disipan, nos hacen olvidar de nuestras obligaciones y de nosotros. En cualquiera estado que nos encontremos y en cualquiera situacion, por todas partes encontramos incentivos para las tentaciones, y enemigos con quien pelear. Aqui nos malean las malas conversaciones; allí los malos ejemplos nos incitan al pecado; acá nos corrompen los malos libros el entendimiento; por otra parte las malas compañías gastan nuestra voluntad.

Asi velando, como durmiendo, comiendo ó bebiendo, trabajando ó descansando, teneis siempre asechanzas que evitar y tentaciones que ven-

cer, de modo que con mucha verdad podemos conocer lo que dice el apóstol san Juan: *Que todo lo que hay en el mundo es, ó concupiscencia de la carne, ó concupiscencia de los ojos, ó soberbia de la vida.* (Joan. Epist. Cat. c. 2. et 16.) Que traemos en nosotros mismos la semilla y raiz de todos los vicios; que cada uno de nosotros es tentado, seducido y arrastrado de su mala inclinacion; que todo lo que nos rodea puede ser ocasion de pecado; que el demonio determinado á perdernos, emplea sucesivamente de nuestra mala inclinacion para abusar de las criaturas y de estas para excitar nuestras malas inclinaciones. ¿Y no exclamaremos con san Pablo? *¿cuando seré libre yo de la carcel de este infeliz cuerpo, que parece que solo se me ha dado para atormentarme, humillarme, y para ser el instrumento de miserias?* Y con el santo rey David: *¿Quién me prestará alas como de paloma, para volar, huir, y alejarme de esta miserable tierra, en donde solo encuentro lazos, y tentaciones de toda especie?*

En todo lo que veo, oigo, digo y hago, siento un peso, que me atrae hácia al mal. Si me siento á la mesa, apaciento la sensualidad y la temperancia. Si me divierto, me salen al encuentro la disipacion, las conversaciones frívolas ó inútiles, si trabajo, me sorprenden la avaricia, la vanidad, y la trizteza. Si hago oracion, me acometen la negligencia, la distraccion y el enfado. En las adversidades me atormenta la

impaciencia; en la prosperidad me halaga la soberbia; las alabanzas me llenan el corazón; las injurias me excitan la cólera: en suma, en todas las cosas se encuentran asechanzas, infortunios y piedras de escándalo.

Esto, amados hijos míos, es lo que ha hecho temblar á los mayores santos y ha poblado los desiertos de tantos anacoretas. Esta es la causa de tantas oraciones, de tantos ayunos, y austeridades; y de aquella vida retirada y escondida en Jesucristo, que eligen algunos para combatir y vencer tantos enemigos. Preciso es pues que acabemos con el Profeta, diciendo: Señor abrid mis ojos para que estemos atentos siempre sobre nuestros enemigos, de modo que no nos sorprendan, nos den la muerte, y no se jacten de habernos vencido. Haced que despertemos de nuestro letargo, que nos levantemos para pelear por la vigilancia y la oración, con huir de las ocasiones, y con una continua atención sobre los movimientos de nuestro corazón. Son estos los medios, amados hijos míos, que el mismo Jesucristo nos ha dictado y que espero emplearéis, mediante la gracia de Dios y la ayuda de vuestra oración. Así sea.

PCOR-3/0001

113

PARA EL DIA DE LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

PURIFICACION DE N. SRA.

Et postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

(Luc. c. II. y. 22.)

Al principio del año, fieles míos, la Iglesia celebrando la circuncision del Señor, nos presenta al Hombre Dios, que recién nacido empieza á padecer y á derramar su sangre por nosotros, ya para que sepamos que sin él todo lo humano es nulo con respecto á Dios, y ya tambien para que nos convenzamos de que si hemos de entrar en el año nuevo de la gracia ahora y de la gloria despues, ha de ser circuncidándonos de vicios completamente. Así el primer mes del año es la espresion de una importante verdad, es la manifestacion de misterios multiplicados, todos del mas soberano interés para nosotros. El segundo no lo es menos. Si en aquel nos presenta la Iglesia á Jesucristo mereciéndonos y enseñándonos como Jefe y cabeza de los escogidos, como Dios que nos salva por la humanidad en que comunica con

114

nosotros, en este nos ofrece á María como á madre de todos los hombres que nos merece y nos enseña con bastante eficacia y energia. Allí es Jesús el que se presenta á su Eterno Padre, y le dice: *Ecce veni*; aquí estoy en el cuerpo que me dispusiste á hacer tu voluntad que es la santificación de los hombres por la humiliación; aquí es María que tomando la personalidad nuestra se presenta ya en el templo del modo mas humilde para que el señor la reciba y admita como salvada por su hijo. Si, María elegida por Dios para cooperar á nuestra reparación, es amabilísima y muy poderosa para edificarnos cuando sin tener impureza alguna, se sujeta á una ley que puesta para las mugeres comunes y ordinarias la confunde con ellas, y oscureciendo sus brillantes cualidades de Virgen madre y de esposa del espíritu de Dios que ha concebido y parido milagrosamente, la deja ver como una muger ordinaria, sin preferencia alguna sobre todas las mugeres.

Admiremos pues el misterio que hoy cumple con su humiliación. Pues al mismo tiempo es la regla ó la norma de lo que nosotros tenemos que hacer para ser purificados, y agradables á Dios. Prestemos atención á esta verdad.

Lo que engrandece mas al hombre en este mundo es la virtud de la humildad. Por consiguiente, lo que mas le pierde es la práctica de

la soberbia. Esta es una de las mortíferas inclinaciones que nos excluye del paraíso, es la mas funesta de las pasiones que nos separan de la gracia. Por ella nos perdió nuestro primer padre, por ella nos volvemos á perder con mucha frecuencia aun despues de ganados por Jesucristo. Otras pasiones no tienen mas tendencia que á un objeto determinado, y aunque nos arrastren á él, es fácil conocer su marcha, y contener si se quiere sus progresos; ¿pero la soberbia? En todo se mezcla, hasta en las mismas acciones virtuosas se introduce; y con tal astucia, con tanta sagacidad y cautela, que siendo imperceptibles sus pasos, es gravísimo no obstante el daño que causa. Aquí era pues donde debia aplicarse la mayor fuerza del remedio que nos debia curar, y á esta llaga fué á donde efectivamente se aplicó. Pues ¿Y qué espera la humanidad á quien María representa y en la que es hoy purificada? No le queda otro recurso que circuncidarse enteramente del germen del orgullo, y dejarse ver humilde como se manifestó María cuando *cumplidos los dias de su purgación*, se dejó ver en el templo como impura siendo pura, y cual una muger vulgar siendo la sola bendita entre todas las mugeres.

Impleti sunt dies purgationis Mariæ: nos dice el santo Evangelio: se llenaron los dias de la Purificación de María; ¿pero de qué tenia ella de purificarse?... ¡Ah! ella de nada: nosotros en ella de todo: por eso esperando á que se llenase

el tiempo mandado por la ley para presentarse en el templo, y presentándose luego que se llenó, nos dice lo que debemos hacer para ser dignos de que Dios nos reciba cuando á él nos presentemos; y no ya personificados en otro, sino en nuestras mismas personas, que es el fin que la Iglesia se propone en la festividad de hoy, y el objeto para que con tanta minuciosidad nos describe la historia santa de lo que pasó en este dia en Jerusalem.

Impleti sunt dies purgationis Marice. Mandaba Dios en la ley antigua que toda muger esperase despues de su parto á quedar limpia del profluvio ó del flujo de su menstruacion para presentarse en el templo á ofrecer al Señor el sacrificio que debia completar su total y legal limpieza. Hasta entonces era inmunda y debia serlo; porque figurando ella á la humanidad en aquel estado en que dijo: *poseí á un hombre en vez de Dios.*, ¿qué tenia ella que ver con las cosas santas? ¿Ni como aspirar á la participacion de ellas, cuando envuelta en las inmundicias asquerosas de su profluvio era una imagen cabal y la mas completa de Adan lanzado del paraíso cubierto de su pecado, nadando en el sudor que le ocasionaba la maldicion que pecando atrajera sobre la tierra, y no teniendo otro abrigo que una cubierta de asquerosas pieles? Concibiera en pecado, pariera en dolor, era por consiguiente necesario que esperase á la estancacion de su flujo para poder presentar á Dios

la humiliacion de su alma y el sacrificio de su corazon contrito. Pero es claro de consiguiente que esta ley solo debia entenderse con las que concebian y parian humanamente. ¿Qué relacion personal podia ella tener con la que habiendo concebido por un milagro se vió consagrada por un parto divino? La naturaleza en ella subordinada á la gracia, ninguna impureza fisica contrajo, porque estaba esenta de toda inmundicia moral; y si bien como hija del primer Adan representaba á todos sus hermanos, y estaba sujeta á todas las miserias de estos por naturaleza: como madre del segundo fue preservada de ellas por gracia, y en su persona sagrada todo era santidad y pureza; todo limpieza y perfeccion.

Con todo, la ley está puesta y la señora prescindiendo de si á solo nosotros atiende: pudiera escluirse de una observancia que va á degradarla á los ojos de los hombres; pero no quiere porque es humilde, y porque sabe que la humildad solo puede levantarnos á los caidos. Vedla, pues, que con pasos mas bellos que los de la hija del príncipe de que nos habla Salomon en los cantares, se encamina al templo llevando a su Hijo en los brazos... ¡Hijos necios del orgullo que por singularizaros y que os tengan por espíritus fuertes afectais una impiedad de que se estremece vuestro corazon! Miradla. Y vosotros insensatos que porque no os confundan con el vulgo, ni os tengan por devotos otros mas inmorales y no menos necios que vosotros,

dejais de cumplir con los deberes que os impone la Religión, ó los cumplís á escondidas y como avergonzados de lo que mas debiera honraros, reparad á la más santa de las criaturas; ella pierde verdaderamente en sugetarse á una ley que la degrada, y ¿vosotros os declarais enemigos de una ley que os ennoblece porque una ilosoria preocupacion os hace creer que sereis tenidos en menos?

¡Oh! ¡renunciáis á Dios por no humillaros con Maria cuando tantos títulos teneis para humillaros como ella, caso que se exigiese de vosotros el que como ella os humiliaseis! ¡Cobardía indefinible! ¡Humiliacion espantosa! Vender el alma, la paz del corazón, la felicidad temporal y eterna por una miserable aura que ni popular es siquiera, por captarse la benevolencia y los aplausos de lo que hay mas despreciable y mas inmoral en el mundo! ¡Y estos hombres estrañarán mañana el que la eterna justicia castigue con un infierno sin fin tamaño desorden!

Ya que renuncia en lo exterior á su admirable título de Virgen Madre, porque yendo á purificarse se hace ver cual una cualquiera madre, pudiera hacer su presentacion legal fuese acompañada de alguna ó de muchas de aquellas cosas que llaman la atencion y aprecio de los hombres. Boato, magnífico acompañamiento, riqueza en los presentes y ambicion presuntuosa de sobresalir entre sus iguales; todo esto pudo Maria desplegar, ya porqué las ofrendas de los

Magos la habian puesto en el caso de que pudiese hacerlo, ya porque sin ellas su hijo pudo hacer que naciesen bajo de sus pies el oro y las preciosidades. Pero en vez de aquello es la oscuridad de la pobreza la que adopta y de la que entra con la que es recibida por el anciano Simeon en la casa del grande, á quien solo los pobres de espíritu agradan. El Evangelio nos dice que Maria solo lleva para ofrecer al Señor la ofrenda de los miserables que es un triste par de pichones. ¿No hubiera podido llevar siquiera un cordero? Id, pues, ¡oh vosotros! los que por buscar y adquirir riquezas volveis la espalda á todos vuestros deberes para con el Señor, id en vista de este ejemplo en pos de la felicidad! Y los que creéis que la dicha del corazón humano se halla en el aparato y en la ostentacion del oro, andad aprisa tras este humo que con el mas leve viento se disipa: si la dicha no puede estar donde Dios no está, y Dios no quiere hallarse donde la ciega ignorancia da mayor valor á un poco de tierra brillante, que á las riquezas inmortales de la gloria, todo vuestro andar será nulo, todo vuestro correr no será mas que cansarse en vano. Escrito está que todos los que así corrieron, todos los que así se fatigaron, los hombres de riquezas todos durmieron su sueño y nada encontraron en sus manos al despertar de la muerte, ¿No dejaron por acá al morir cuanto habian aglomerado con tanto crimen? Luego es claro

y evidente que solo llevaron consigo los crímenes y el relato de que se hicieron culpables al reunir sus escandalosos caudales. ¡Y esto no es la mayor desdicha!

Por consiguiente feliz será solo aquel que profesándose humilde se abraza con la santa pobreza, imitando á la reina de las virtudes todas; siquiera porque esta pobreza admirable es uno de los medios mas seguros de combatir el orgullo que nace con nosotros, y que nos dejó de herencia nuestro padre Adán: si ella no fuese tan eficaz al efecto ¿para qué la habria profesado hoy con tanta ostentacion la Señora de todo lo criado? ¿Ni á qué su divino Hijo habia de haber venido tan pobre que ni de niño, ni de grande tuvo donde reclinar su cabeza? Desengañémonos pues; el que ha venido á demostrarnos la verdad y el verdadero camino de levantarnos á la perfeccion de nuestro abatido ser, al par que con el ejemplo suyo y de su Madre santísima nos dice: *Hæc est via*, este es el sendero que conduce á la verdadera gloria. Si nada manchado ha de entrar en el reino de Dios, necesario es que nos purifiquemos de nuestro orgullo, de nuestros deseos á las riquezas, y si bien se mira, es visto que no hay otros medios de lograr esta purificacion que los que hoy pone en práctica la Reina de los cielos. Y estos medios no son muy complicados, pues como hemos dicho, se reducen á que nos humillemos.

SOBRE EL TRABAJO.

Quid hic statis tota die otiosi?

(*Matth. c. XX. v. 6.*)

La primera verdad, fieles míos, que hemos aprendido de nuestros padres, la primera que vosotros mismos tambien enseñais á vuestros hijos, es, que Dios nos ha colocado en la tierra para el trabajo con el cual debemos ganar el cielo: de lo que se sigue, que el hombre el mas ocupado, el mas laborioso, no es sino un hombre ocioso, si pasa su vida sin hacer cosa alguna que mire á su último fin, que es salvar su alma. Todos los movimientos, pues que yo hago, de nada me sirven, si no atiengo principalmente á mi salvacion. Esta es una verdad que sabeis, que confesais, y que vosotros mismos publicais. ¿Cual, pues, pensais que sea mi intento, cuando os dirijo hoy las palabras de nuestro Evangelio? ¿Va á ser por ventura á persuadiros, que dejeis vuestras ocupaciones, y vuestro estado, para que solo penseis en vuestra salvacion? No: antes bien vengo á exhortaros al trabajo, á haceros conocer su necesidad, y á proponeroslo

como el medio el mas propio para vuestra salvacion: porqué trabajando, hacemos la voluntad de Dios, puesto que nos ha obligado á él; somos útiles al prógimo siendo una obligacion que nos imponen las leyes de la sociedad; y á nosotros mismos, porque apartamos el ocio, que es el origen de todos los vicios.

Oid por tanto estas tres reflexiones, que os servirán bien y de infinito provecho, si las considerais con atencion y os las haceis vuestras. Atencion, que no seré mas largo de lo que acostumbro.

Considerad bien, hijos mios, que el trabajo al que Dios ha condenado á todos los hombres, es un consiguiente castigo del pecado. ¿Infeliz Adan, que hiciste? Te habia preparado una vida feliz, una deliciosa situacion en el paraíso terrestre; pero con tu desobediencia, todo lo has perdido. Esta tierra que yo bendigo, será maldita por tu pecado; producirá espinas y abrojos de toda especie, para castigarte y ejercitarte en la paciencia. No vivirás de tus frutos, si no te los procuras con el sudor y el trabajo de toda tu vida; las fatigas sucederán las unas á las otras, desde la primavera hasta el otoño, y desde el otoño hasta la primavera: comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que te vuelvas polvo, del cual fuiste formado.

Esta es la sentencia que Dios pronunció des-

de un principio contra la tierra, y contra todos los pecadores que la han de habitar. Ella se mudó luego en una mansion de penas y trabajos, en un lugar de destierro y en un valle de lágrimas. Las criaturas que Dios habia hecho para contento y felicidad de nuestra vida, se mudaron en instrumentos de su justicia, reservándolas á su gusto, para infundir el terror y consternacion sobre la tierra.

Ahora llama á los furiosos vientos, que vienen de todas partes, para echar á tierra nuestros frutos, arrancar las plantas, destruir las casas, conmover al mar en sus abismos, levantar sus olas, y tragar las naves, de las cuales está cubierto. Ahora hace llover impetuosamente á las nubes, se hinchan los rios, é inundan nuestras hermosas campiñas, cubriéndolas de estéril arena, penetrando hasta dentro de nuestras casas, llevándose consigo los hombres y cuanto hay en ellas. Aqui hace sazonar las mieses con el ardor del Sol: allá mientras hace retumbar el trueno, envia el granizo que destruye los frutos de la tierra; ahora tal vez junta una prodigiosa cantidad de insectos, que roen, y destruyen las plantas. A tantos males, suceden tambien por su orden las guerras, las cuales la tiñen de sangre, sembrándola de cadáveres; suceden tambien las enfermedades contagiosas, que infestan unas provincias tras otras, arrastrando consigo por donde pasan el horror y la muerte. Estos, amados mios, son los terri-

bles efectos de aquella maldicion, que Dios fulminò contra la tierra, despues del pecado de Adan. En efecto, ¿qué ha sido la tierra despues de aquella maldicion, sino el teatro de las miserias humanas, las cuales se suceden de siglo en siglo, y de año en año? ¡Oh tierra avara, que no produces frutos, sino á fuerza de cultivo, y aun parece los das de mala gana! ¡Oh tierra de afliccion y de amargura, que produces espinas no solo para aquellos que te cultivan con el sudor de su rostro; mas aun para todos los pecadores que la habitan!

Ciertamente estas espinas las hallamos todos en cualquiera estado en que la divina providencia nos ha colocado. El artesano las prueba en su oficio; el mercader en su negocio; el padre de familia en su gobierno; el soldado en el ejercicio de las armas; el magistrado en el estudio de las leyes; el pastor en su ministerio; el grande en su grandeza; el rico en sus riquezas; en fin recorred y seguid todos los estados, desde el soberano hasta el mas infimo súbdito, y no encontrareis un empleo, un oficio, una profesion, un estado cualquiera, aunque sea de los mas elevados, al cual no estén ligados la fatiga, la sugesion, la repugnancia, ó bien que le agravan el desagrado, la afliccion y la tristeza.

¡Oh Dios mio, nacido ya en una tierra maldicida por vos, con profunda humildad me someteré al yugo impuesto á todos los hombres!

Las ocupaciones de mi estado, las aflicciones del cuerpo y alma, sus compañeros inseparables, son las consecuencias del delito de mis padres, os las ofreceré, pues, en remision de mis pecados. Trabajaré, no meramente para sustentar mi vida, para atesorar bienes, y dinero, no por espíritu de avaricia, por ambicion, por lograr crédito y estima en el mundo; pues de esta suerte alimentara un fin temporal, mi sobervia: en este caso, en lugar de servirme de penitencia el trabajo, seria un nuevo pecado; sino que trabajaré, porque Vos asi me lo habeis impuesto, y condenado, ò Dios infinitamente justo, á comer, durante mi vida, el pan con el sudor de mi rostro. Si, el principal fin que me propondré en mis oraciones, será el hacer vuestra santa voluntad. Todo lo sufriré con buen corazon por amor vuestro, y porque soy pecador.

Esta es, fieles mios, la primera razon que nos debe obligar á sufrir la fatiga. A Dios lo debemos que nos ha condenado á trabajar como pecadores. Y no menos á nuestro prógimo y á la sociedad, de la cual somos miembros.

Con mucha verdad el apóstol san Pablo dijo, que vosotros sois miembros unos de otros. Y de igual modo que los miembros del cuerpo humano se ayudan entre si, se sustentan y mutuamente se alivian, asi en la sociedad hay muchos estados necesitados los unos de los otros, y asi debe ser. Pues si todos los hombres cultivasen la tierra, ¿Quién administraría justicia?

¿Quién nos defendería de nuestros enemigos?
¿Quién haría las funciones del sacerdocio? Y así discurremos en todos los demás.

Pero no dejemos de observar, que cada uno en su estado trabaja para servir á los otros. El Juez no lo es para si; el sacerdote no lo es tampoco para si mismo: el mercader, el labrador, el artesano trabajan todos los unos por los otros; en fin observad, que cualquiera que sea el oficio ò el empleo que teneis, podeis decir: Yo trabajo por una iufinidad de personas que trabajan por mi. ¡Oh cuan eficaz es esta reflexion para inspirarnos el amor al trabajo, y el desprecio á los ociosos!

En verdad, ¿qué concepto podeis formar de un hombre ocioso? Este es semejante á aquellos humores carnosos que nacen muchas veces en el cuerpo humano, que se alimentan de la misma sangre y substancia que los miembros mas útiles. Es un abejorro, que se come la miel de los panales, una mala yerba, que consume el yugo de la tierra, destinado para hacer crecer las plantas útiles y necesarias, un ingrato que nada hace por ninguno, mientras todos por él trabajan. Un arbol inutil, y solo bueno para el fuego; una especie de monstruo en la sociedad, que, como dice san Pablo, no debe comer, ni merece estar en el mundo, porque no trabaja.

Dios mio, ¿cómo se puede vivir sin trabajar? se vive, no como cristiano. lo diré mas claro, se vive para deshorrar la Religion y la humanidad;

con toda especie de vicios, que son inseparables de una vida ociosa, motivo y razon, que hace necesario el trabajo y que nos obliga á amarlo.

El espíritu santo nos enseña, todo el mundo lo dice, la confirma la experiencia, no hay cosa mas verdadera, que el ocio es el padre, el maestro, la escuela, y la fuente de mil vicios y miserias. No salgamos de la experiencia. Leedla en la sagrada Escritura. Mientras que Sanson puso la mira y cuidado en vencer á los enemigos de su pueblo, conservó su fuerza y su gloria; y luego que se echó á dormir á los pies de una muger, perdió su fuerza, su valor, y toda su honra. ¿Quién hizo caer á David? el ocio: mientras marchó al frente de los ejércitos, fué casto, manso, y justo. Luego que quedó ocioso en su palacio, le veis cambiado en un adúltero, y homicida. Mientras Salomon atendió y cuidó de la fábrica del templo, fué el mas sabio de todos los Reyes: luego que cesó en su cuydado y trabajo, se volvió tan necio, cuan sabio habia sido antes.

No os abandoneis, pues al ocio: trabajad desde la mañana á la noche, y haced que siempre se os halle ocupados en alguna cosa buena y honesta. Somos hijos de un padre pecador, y nosotros tambien lo somos. El trabajo es una penitencia que Dios nos impuso: trabajemos, pues, con espíritu de penitencia y de humildad. Somos todos ciudadanos del mundo, y somos miembros los unos de los otros: trabajemos, pues, para hacernos útiles á la sociedad, de la cual saca-

mos provecho de toda especie. Trabajemos, pues, con espíritu de agradecimiento y caridad. Somos inclinados naturalmente al mal, y sujetos á mil pasiones: esforcémonos, pues á vencerlas con un continuo trabajo y la ayuda de Dios. El vicio nace, crece, y se fortifica en medio del ocio, como se engendran los gusanos en la carne corrompida.

Y vos, gran Dios, que habiendo establecido todos los estados y condiciones, habeis señalado á cada uno de nosotros el empleo en que debemos ocuparnos, haced resplandecer sobre nuestras almas un rayo de aquella sabiduria eterna, que preside á todas vuestras obras, y haced que domine, y rige ella todos nuestros trabajos; que quede y trabaje con nosotros; que sea la norma y fin de nuestras acciones todas, para que todas ellas las dirijamos á gloria vuestra, á la utilidad del prógimo, y al bien de nuestras almas. Despues esperaremos la recompensa de nuestras fatigas, reposando con vos y en vos Dios mio. Así sea.

LA PALABRA DE DIOS.

Jesus hæc dicens clamabat: Qui
habet aures audiendi, audiat.
(Luc. c. VIII. v. 8.)

La magestad de Cristo hoy nos previene, diciendo, que le oygan los que tienen oídos para oír. ¿Acaso los oídos pueden servir para otro que para oír? Y por ventura cuando el Señor habla ¿no merece la mayor atención de los oyentes? Pues ¿porqué previene que le oygan los que tienen oídos para oír? No por otro, hijos míos, sino para manifestar á las turbas la importancia de la parábola que les propuso. Salió un hombre á sembrar, les dijo, y una parte de la semilla, que cayó junto al camino, fué pisada de los pasajeros, ó comida de los pájaros: otra que cayó entre piedras y que por su sequedad no fructificó: la que cayó entre zarzas y espinas quedó sufocada: solamente la que cayó en buena tierra produjo copiosos frutos.

No bien acabó el Señor de proferir esta parábola, cuando levantó mas la voz para decir: Los que tengan oídos oygan su explicación. Aquella

semilla es la divina palabra: palabra, que cae á la orilla del camino, y se la lleva el demonio: palabra, que escuchada de otros duros de corazon como las piedras, ni echa raices, ni fructifica: palabra, que escuchada de muchos llenos de las espinas y zarzas de la vanidad, de la avaricia y de la lascivia, se sufoca.

¿Qué parábola tan misteriosa? ¿Qué explicacion tan clara y tan propia? Cualquiera de vosotros, que tenga oídos para oír, oiga, y sepa cuales son las causas que malogran la eficacia de la divina palabra. En unos lo es la dureza y en muchos el amor desordenado de los deleites, riquezas y honras del mundo. Así lo dió á entender Jesucristo á las turbas: y lo mismo quisiera daros á entender esto mismo hoy. Oído con la debida disposicion y sean abundantes los frutos de virtud y de vida eterna que de vuestra atencion alcanzeis.

El labrador que ha venido á sembrar el trigo es el Hijo de Dios, que salido del seno de su eterno Padre, ha bajado á la tierra para cultivarla el mismo, y sembrar la palabra de verdad, que fué anunciada á toda especie de hombres sin distincion alguna. Cuando un labrador siembra, procura esparcir el grano en solo el terreno que ha trabajado, todo lo que cae allende, es contra su intencion. No lo hizo así Jesucristo, el cual ha esparcido la preciosa semilla

de su palabra en las calles públicas, en los desiertos, sobre los montes, y entre las espinas; quiero decir, que ha sido predicada así á los ricos, como á los pobres, á los grandes y á los plebeyos, á los buenos, y á los malos; porque ella tiene virtud de arrancar las espinas, de romper las rocas, de ablandar las piedras, de mudar los corazones, y de trocar el mas estéril, y horrible desierto, en una tierra fértil, y abundante de toda especie de obras.

Estos serian los efectos que la palabra de Dios produciria en cada uno de nosotros si quisiésemos quitar los obstáculos que le opone especialmente nuestra miserable dureza de corazon. Por esto con gran propiedad se compara en el evangelio á la semilla que cae entre las piedras. Pues así como esta por falta de humedad no se arrayga ni fructifica en las piedras: así tambien la divina palabra por falta de piedad y de uncion no produce abundantes frutos en muchos de sus oyentes. Verdad que la oyen con gusto, segun decia Jesucristo: *Cum suscipiunt verbum*. Pero si su alegria fuera como la que tenia san Andrés cuando oyó la voz del Señor que le llamaba al apostolado, fueran ciertamente felices: *Beati qui audirunt verbum Dei*. Mas siendo su alegria como la que tuvo Herodes al ver y oír á Jesus, creyendo que obraría algun milagro en su presencia: siendo su gusto aparente, hipócrita, sin que en él tenga parte su corazon: ¡Ah infelices! no les ablandará el

oleo de la gracia y quedarán tan duros como una piedra. Qué digo, mas duros, mas insensibles que ella segun la voz del Espiritu santo: *Indurati sunt super petram.*

Tal vez me direis ahora, si hoy los predicadores hicieran aquellos prodigios que admiró Israel en sus profetas, y la cristiandad en sus apóstoles, se ablandaría nuestro corazon. ¡Ay de vosotros! ¿Qué fé es la vuestra? ¿Acaso negais que la divina palabra tenga ahora la misma eficacia que en la ley antigua, y en los principios de la nueva? ¿Por ventura aquellos milagros que creéis obrados en aquellos tiempos para confirmacion de las verdades que ahora se os predicán, no las persuaden bastantemente? Si. Bien las creéis, pero con una fé muerta sin las obras buenas. Bien las creéis con el entendimiento; pero vuestra voluntad no tiene la pia afeccion que debiera, no quiere hacer lo mismo que cree. Teneis horror á los pecados en general, pero no el que debierais á los que habeis cometido. Escuchais con gusto predicar contra la avaricia; pero no quereis desprenderos de vuestras riquezas para socorrer á los pobres. Abominais la torpe lascivia; pero no apartais de vuestro pensamiento y voluntad el objeto que á ella os cautiva. A tiempos creéis, decia Jesucristo, y en el tiempo de la tentacion caeis en ella: *Ad tempus credunt, et in tempore tentationis recedunt.*

¡Monstruosa mezcla de cristiandad y paganis-

mo! ¿De dónde proviene tan irregular conducta? De que falta en vuestros corazones la docilidad y uncion que los santifica, ó segun el Evangelio, la humedad que ablanda y fertiliza la tierra. Veis al sol de la verdad; pero entre las espesas nieblas que levantan los inmundos vapores de vuestras pasiones. Quereis instruiros en las leyes evangélicas; y luego que su observancia os parece incómoda, buscais ensanches, ú obráis como si no los hubiera. ¿Qué importa que os horrorize la infame apostasia de los que reniegan de nuestra santa fé, si vosotros por vuestras obras, sois en el rebaño de la Iglesia, lobos cubiertos con la piel de ovejas? ¿Qué importa que vengais con gusto á oír la divina palabra, si vuestros corazones ni se conmueven, ni se mejoran? ¡Ah miserables, exclama san Agustin, que queriendo ser malos, no quisierais que hubiera suprema infalible verdad que condenara á los malos! ¡Ah miserables, que conociendo la gravedad de vuestras culpas, no quisierais que hubiera un Dios justo que las castigara! ¡Ah miserables, que oyendo con gusto declamar contra los vicios ajenos, no podeis sufrir que se reprehendan los vuestros! ¿Qué ha de ofenderos la verdad evangélica desnuda, dicha segun todo lo que en si comprende? ¡Ah miserables! ¿Qué ha de ser vuestra fé temporal y á medias, caendo en el tiempo de la tentacion? Con vuestras reincidencias os endureceis mas y mas de

cada día, esterilizando la divina palabra, para que no fructifique en vosotros.

Otra de las causas que señala Jesucristo de la ineficacia de la divina palabra en muchos de sus oyentes, es el demasiado apego á las cosas terrenas; y los compara á aquella tierra que estando llena de espinas, se sufoca la semilla que cayó también en ella. Estos no son tan delincuentes como los otros, porque ni se halla en ellos el desprecio de los que desatentos oyen la divina palabra: ni la sórdida avaricia de los ricos, que cierran en sus corazones el amor al dinero: ni la inmunda lascivia de los que se abandonan á los deleites del sentido. No es de admirar que la semilla evangélica ni se arraigue, ni fructifique en una tierra tan mala. Los hombres con quienes hablo, son por una parte liberales, modestos en sus acciones, y muy deseosos de su salvación; pero por otra están muy agitados de los cuidados de la tierra: unos buscan su comodidad y descanso: otros anhelan por engrandecer su familia; y unos y otros piensan algunas veces en Dios, y en la eternidad; pero casi siempre en sus conveniencias é intereses temporales. Y así, según nuestro Evangelio, dejan crecer las espinas mezcladas con el grano. ¿Y en estos no produce la divina palabra abundantes frutos? No por cierto, según lo declaró Jesucristo: *Quod in spinas cecidit, hi sunt qui audierunt, et á sollicitudinibus,*

á divitiis, et á voluptatibus vitæ euntes, sufocantur et non referunt fructum.

No quisiera, fieles míos, que infirierais, ser los cuidados temporales invencible estorbo á vuestra salvación. No. ¿Cuántos ricos, poderosos y empleados en el gobierno de las repúblicas se salvaron? Pero quisiera que infirierais, que no debéis sacrificaros á los negocios del mundo, de suerte, que os falte libertad y tiempo para pensar en los del cielo, que son los más importantes: que debéis usar de los bienes de la tierra con un desasimiento cristiano, poseendolos sin ansia ni anhelo: que debéis recogeros y entrar dentro de vosotros mismos, para buscar el reino y la justicia de Dios, dejando todo lo restante á la providencia. Esta es una consecuencia legítima de lo que os he dicho, y la resolución que debéis tomar para que caiga en una tierra limpia de espinas la semilla evangélica.

Yo he caminado sobre las ondas del mar, decía la sabiduría, he corrido toda la tierra, he gobernado todo el mundo, después de haberle sujetado con mi valor; pero no por esto dejé de buscar un lugar de descanso, y de escoger por posada á la casa del Señor: *In omnibus requiem quæsi, et in hæreditate Dómini morabor.* (*Eccli. XXIV. v. 11.*) Y el mismo lenguaje de la sabiduría pueden hablar aquellos verdaderos justos, que caminan sobre las ondas de los negocios temporales, sin sumergirse en ellas: que corren toda la tierra, siendo su conversación

en los cielos : que en medio del mundo no viven del espíritu del mundo, sino que poniéndosele bajo sus pies con el desprecio, fijan la vista en Dios, y se recogen en su casa para oír con tranquilidad y fruto su divina palabra.

Envidio vuestra dicha, oyentes míos, y lloro al mismo tiempo la desgracia de los que estais perturbados, y como enzarzados con los cuidados del mundo. Poco importa que se malogre en vosotros la divina palabra, no por la dureza de vuestros corazones, sino por vuestro demasiado apego á las cosas temporales; porque de cualquiera suerte es segura la ganancia del demonio, y es funesta y culpable vuestra pérdida. Al modo que es infeliz por su culpa el labrador que malogra su cosecha, arrojando la semilla junto al camino, entre piedras ó entre espinas. Arrancándolas pues de raiz, ablandad vuestra dureza, recoged el pensamiento, y conociendo que no tenéis fuerzas bastantes para tanto, pedídselas al Señor, segun el consejo de san Agustin. Dad, ó Dios mio, á mis oyentes un espíritu recogido, piadoso, tranquilo : un alma que sea terreno apto para recibir con fruto vuestra santísima palabra. Dadles lágrimas de penitencia, para bañar la tierra ingrata, de sus corazones.

200R-3/2001

137

LOS PECADOS DE ESTE DIA.

Consummabuntur omnia, quae scripta sunt per Prophetas de Filio hominis.

(Luc. c. 18, v. 31.)

En el dia de hoy, fieles míos, la Iglesia nos da en el Evangelio una anticipada idea de la muerte de Jesucristo. Nos recuerda aquellas asambleas tumultuarias de los judios, cuando tramaban la condenacion de Jesucristo, á quien habian jurado la muerte. Aquella tropa de soldados y de ministros que andan vagamundos toda la noche con faroles y antorchas, armados unos de puñales, otros de palos, que van en busca del Salvador al huerto de Getsemaní para arrastrarlo á manera de malhechor. Nos pone delante de los ojos las sogas con que le ataron, los golpes con que le hirieron, las espinas con las cuales fuè coronado, la púrpura que por burla le vistieron, las salivas con que le ensuciaron el rostro; en suma todos los oprobios que recibió; segun los Profetas habian anunciado.

¿Y es agena de estos dias la memoria de esto?

Nunca mas propia ; porqué vosotros en aquellas reuniones donde reina la desenvoltura y disolución, que resuenan canciones tan deshonestas, gritos enormes, conversaciones tan licenciosas é impúdicas celebrando los placeres del carnaval, todo aquello lo repetís. Con vuestros pecados renovais sus tormentos, entregais Jesucristo á sus enemigos : *Tradetur gentibus*: le haceis burla *illudetur*: y despues de azotarlo, le quitais la vida: *postquam flagellaverint occident eum*. Creed pues á nuestra madre la Iglesia, oidme cuando con estos pensamientos voy á persuadiros de que hoy se cumple aquella triste profecía de la entrega del hijo del hombre á sus enemigos. *Et consummabuntur omnia etc.* Quiera Dios que logreis el provecho conveniente.

Aunque san Pablo nos diga que Jesucristo haya existido siempre, existe ahora, y haya de perseverar por todos los siglos futuros, *Jesus Christus heri, hodie, et in saeculo*, (*Hebr. XIII. v. 8.*) podemos sin embargo decir, que no ha existido del mismo modo en todos tiempos. Pues antes de su encarnacion existia en figuras y sombras que ya pasaron. Despues vivió en el mundo por espacio de treinta y tres años, fisica y corporalmente. Pero despues de su muerte y ascension á los cielos, está en los hombres espiritualmente por la comunicacion de

su gracia. En este sentido entiende el apóstol sus propias palabras, cuando de si mismo dice: Vivo yo, mas no soy yo el que vivo, vive en mi Jesucristo: (*Gal. 2. II. v. 20.*) Y así debeis entender que vive Jesucristo en los justos, muere en los pecadores: que los que le aman le reciban, y los que le ofenden le apartan de si, y le entregan á sus enemigos: *Tradetur*.

¡Quisiera Dios que fuera exageracion lo que os digo! ¡Pluguiera á Dios que el evangelio que nos demuestra á Jesucristo entregado á sus enemigos, fuera una narracion de lo que pasó, y no una historia de lo que está sucediendo en estos dias! ¡Mas ah! Los excesos del dia de hoy, los horribles desórdenes que se cometen, nos persuaden que ahora se cumple aquella triste profecía de la entrega del Hijo del hombre á sus enemigos: *Et consummabuntur etc.*

Verdad es que nos consta que Judas fué el que entregó á su divino maestro á los escribas y fariseos: que estos le entregaron á Pilatos, quien volvió á entregarle á los judios; pero tambien sabemos muy bien, que los pecados de los hombres fueron la causa motiva de estas infames entregas: *Traditus est propter delicta nostra*: (*Rom. IV. v. 25.*) Y aun el eterno Padre, si entregó á su Hijo unigénito, como escribe san Pablo á los Romanos, le entregó para que muriera por los pecados del mundo. Y si Jesucristo se entregó á si propio, se entregó para satisfacer la justicia de su Padre, ofendida de

los pecadores. En el Padre eterno el entregar á su Hijo, fue un inefable decreto de su voluntad. En el Hijo el entregarse, fue un voluntario sacrificio de su amor. En Judas, Fariseos y Pilatos, el entregarle fué traicion, y una iniquidad execrable; y lo mismo es en los pecadores, que con sus pecados dieron y dan la causa y el motivo.

Con gran horror, fieles míos, contemplamos la cruel acción de los hijos de Jacob, que arrojaron en una cisterna, y entregaron á los Ismaelitas á su hermano José: á aquel hermano, digo, que impaciente de verles y regarlarles con lo que su padre le habia entregado, preguntaba á todos: *¿en donde están mis hermanos? á mis hermanos busco.* Más debemos indignarnos contra los que en los días de hoy ingratos, traidores publicamente arrojan muy lejos sus depravadas conciencias, y apartan de sí, y entregan al desprecio ó á sus enemigos á Jesucristo: á Jesucristo, digo, que habiéndose hecho hombre, se hizo hermano de los hombres, y está diciendo: *Fratres meos quero.* A mis hermanos busco, para abrazarlos y regalarlos con los dones de la gracia de mi Padre. ¡Oh perfidia! ¡Oh Dios mio! Dejasteis la casa de vuestro Padre, dejasteis el seno de la divinidad por uniros á nuestra naturaleza, y por amor á los hombres: ¿y que los hombres en estos días hayan de huir de Vos por amor de las criaturas? Interrumpisteis, Señor, el reposo eterno de los cielos, por

vivir en la tierra entre inquietudes, penas y trabajos. ¿Y los hombres no han de mortificarse sus sentidos por gozar de vuestra compañía en una felicidad eterna? Que los judios os entregaran á vuestros enemigos no os conocian; pero que los cristianos á quienes os habeis dado á conocer por vuestra bondad infinita, os abandonen, es un delito sin excusa y medida. Y lo peor es que no paran aquí: pasan los pecadores en estos días á llenar de confusión y de oprobio hasta crucificarle al rey de la gloria.

Las burlas é ignominias que sufrió Jesucristo en su propia persona bien lo sabemos. En casa de Cayfas le vendaron los ojos, y dándole de bofetadas, le decian: *Adivina quien te dió.* En casa de Herodes por desprecio le vistieron una vestidura blanca. En la de Pilatos los soldados insolentes le doblaban la rodilla y por burla le decian: *Ave Rex Judæorum.* Y puesto en la cruz, los judios con irrisión le decian, que bajara, si era hijo de Dios; el mal ladrón que estaba á su lado le blasfemaba, y todos á una vez publicamente le maldecian é injuriaban.

Pues no es menor la afrenta que padece Jesucristo, despues que subió á los cielos, en las almas de los pecadores, porqué estos quebrantando las santas leyes que impuso el Señor en el evangelio desprecian su autoridad suprema, y hacen burla de su soberanía, no menos que los vasallos injurian al príncipe, cuyas leyes atropellan. Ya tambien porque nuestras almas

son imágenes de Dios, hechura de sus manos ; y al modo que injuriase á nuestro rey el que afeara su imagen ó retrato: así injuria y ofende á Dios el que con la mancha del pecado desfigura y afea su alma.

Estas razones comprenden todos los pecados, pero hoy tienen mas fuerza contraídas á los que se cometen estos días. Pues en otro tiempo del año ocultan los pecadores, los torpes desahogos de su pasión, pero hoy insultan á Dios cara á cara; atropellan todos los respetos divinos y humanos, hacen publicamente burla de la ley y del Señor que la impuso, haciendo vanidad y gala de quebrantarla con las glotonerías mas brutales y liviandades mas aboninables. ¡Oh santos cielos! ¡Cómo permitís se haga en la tierra burla de vuestro rey soberano! ¡Oh adorado Jesús! Alabada sea la paciencia con que sufrís que á las afrentas añadan vuestros cristianos la crueldad de quitaros la vida.

Todos los que pecan mortalmente, dice san Pablo, crucifican de nuevo al hijo de Dios: *Ite- rum crucifigentes filium Dei.* (Hebr. VI. v. 6.) ¡Qué pecador pues no se estremece y se irrita contra si mismo al contemplar que pecando quitó la vida al amigo mas fiel, al dueño mas liberal, al padre mas benigno y mas amoroso, al mismo Jesucristo? ¡Oh Dios mio! Bien sabia que yo era obra de vuestras manos ; pero ignoraba que Vos lo fueseis de las mias. Bien sabia que habiais sufrido por mi mas de lo que puede

sufrirse ; pero no creia que yo era el que os habia hecho sufrir tantos tormentos. Me miraba como objeto de vuestra pasión, no como instrumento de ella. Pero ya, adorado Salvador, ya conozco por lo que san Pablo dice, que yo os he atado á una columna, os he azotado, he puesto mis sacrilegas manos sobre vuestra sagrada persona. Vos habeis sido el objeto de mi crueldad ; siempre que he cometido un pecado mortal, os he quitado la vida.

Así hablaba, fieles míos, no menos que un san Bernardo, ejemplar de penitencia, considerando y confesando que habia pecado mortalmente ; y así hoy deberán hablar todos aquellos que no contenidos en los términos de la moderación, se ven entregados licenciosamente á todos los desórdenes del carnaval, provocando con acciones las mas escandalosas á que pequen todos volviendo á crucificar á Jesucristo. ¡Oh, si Dios diera á mis palabras la elocuencia eficaz para convenceros de que con los excesos de hoy ofendeis al Señor, y que remedio teneis ; Pero aunque no lo merezcan las mias, es una misma la verdad que os anuncia san Pedro, cuando despues de haber dicho á sus oyentes, que con sus pecados habian crucificado al Señor, les inculcaba: *Pœnitentiam agite.* (Act. II. v. 38.) Este es el único remedio, haced penitencia. No os mezcléis saliendo del templo con las compañías de los malvados, no permitais en vuestras casas la disolución, el desacato y cualquiera

libertinaje. Mortificad los sentidos, ahora que son mas provocativos los objetos: *Agite penitentiam*. La penitencia ò mortificacion es necesaria en todos tiempos; pero mucho mas en este.

Cuando mas cruda era la persecucion de los gentiles contra los cristianos en los primeros tiempos del cristianismo, entonces, como nos dicen las historias eclesiásticas, doblaban estos sus oraciones para aplacar la divina justicia, se mortificaban para alcanzar de Dios la conversion de los idólatras. A este mismo fin os ha congregado hoy la Iglesia, para que postrados á los pies de Jesucristo, le pidais gracia para resistir la persecucion que padecen vuestras conciencias, y para que á imitacion de Moyses, que por una parte queria vengar á Dios de las injurias que le habian hecho los judios idolatrando el becerro de oro, y por otra pedia humildemente el perdon de aquel delito.

Admirad la sabiduria y la penitencia de aquel caudillo de Israel, y esforzaos á hacer otro tanto por vuestros hermanos. Ya hablaba con Dios á favor de su pueblo: ya hablaba con el pueblo á favor de Dios. Pedid al señor que alumbré á esos ciegos, que se abandonan á los mas execrables desórdenes, y persuadid caritativamente á esos impios que se reconcilien con Dios Grande será vuestra gloria si lo alcanzais.

145

Pop. 3/2001

PARA EL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.

SOBRE LAS TENTACIONES.

Jesus ductus est in desertum á Spiritu, ut tentaretur á diabolo.
(*Matth. c. 4. v. 1.*)

El desierto, fieles míos, es el teatro donde hoy Jesucristo se deja ver. La soledad es el campo de batalla que su Magestad elige para la pelea. Un ayuno de cuarenta dias que hace sufrir todos los rigores del hambre y de la necesidad, le disponen para esta grande empresa. El campo está ya descubierto; ya el fuerte armado para que la victoria de Jesucristo sea mas gloriosa se presenta en el con todas sus fuerzas. Este astuto enemigo que á manera de un diestro guerrero siempre acomete por donde flaquea la fortaleza, se aprovecha del hambre que padece Jesucristo para tentarle. Toma dos piedras, las presenta al Salvador, y bajo el disfraz mas engañoso, como si sus trazas se pudieran ocultar, le dice con aire halagüeño y lisonjero. ¿Es posible que te has de dejar consumir del hambre y de la necesidad? Si los mas grandes milagros no te cuestan mas que una

palabra, di que estas piedras se conviertan en pan y podrás comer. Infeliz satanás, ya sabes tu con quien mides tus fuerzas? ¿No miras que es Jesús, cuyo nombre atemoriza á todo el infierno? Oye y confúndete, espíritu tentador, el triunfo está en Jesucristo. *No de solo pan vive el hombre*, le dice este Señor, *mas de toda palabra que sale de la boca de Dios*.

Satanás habia de huir cubierto de confusion. No huye, sino que tiene la osadia de tentarle segunda y tercera vez; y Jesucristo triunfa siempre de su soberbia. Pues si Jesucristo esencialmente bueno, que es la misma fortaleza está expuesto á las pruebas y artificios de un enemigo tan cruel, ¿extrañaremos ser tentados nosotros? Jesucristo, dice san Tomás, es tentado ya para nuestra cautela, ya para nuestra seguridad. Reflexionando lo primero, vemos en su persona, que ninguno por virtuoso que sea puede verse libre de las tentaciones, y en lo segundo, instruyéndonos con su ejemplo, pone en nuestras manos los medios oportunos para conseguir siempre el triunfo. Ved lo que hoy exige vuestra atencion y como podemos principiar el tiempo santo de la cuaresma.

Desde el momento mismo, fieles míos, que nos dejamos ver sobre el mundo, nuestra vida, segun el santo Job, es un continuado combate. El espíritu pelea contra la carne, la razon con-

tra las pasiones, la fé contra los sentidos, el demonio contra el hombre, y el hombre contra el mismo. Por esto San Pablo, para armar-nos para esta milicia, nos hace desde luego un broquel de la fé, una coraza de la justicia, un morrion de la esperanza, un escudo de la fortaleza, encargándonos que nos revistamos de estas, y otras armas espirituales para la pelea. Ved aqui un principio por el que se puede conocer la necesidad indispensable de la tentacion; de manera que es un error, segun decia san Gerónimo á Heliodoro, querer persuadir, que puede hallarse algun cristiano libre de ella. Si: la tentacion nace con nosotros, y nos acompaña en todas las edades, en todos los tiempos y en todas las condiciones de la vida. ¡Qué dominio tan universal! Ella se halló en el paraíso con Adán, en la casa de Laban con Jacob, en la de Putifar con José, entre los horrores de la soledad con Israel, en la corte de los grandes con Daniel, en medio de los combates con Saúl, sobre el trono mismo con David, y en el desierto con nuestro adorable Redentor. ¿Y un Dios tan sabio como lo habia de permitir, si ella no fuera necesaria para el ejercicio de nuestra virtud? Un Dios tan santo como se habia de esponer á ella, si no fuera capaz de proporcionarnos las mayores ventajas? Nos es pues necesaria, porque ella prueba nuestra fidelidad, aumenta nuestro mérito, y nos prepara buena corona.

Y ciertamente, si la tentacion no fuese la piedra de toque donde se prueba el mérito de los cristianos, ¿cuando darian á conocer sus virtudes? Si Abraham no hubiera sido tentado, ¿cuando hubiera dado pruebas de su extraordinaria obediencia? Si Israel no hubiera sido tentado, ¿cuando hubiera dado á conocer que amaba verdaderamente á su Dios? Si Tobias no hubiera sido tentado, ¿cuando hubiera sido elogiada su piedad, su virtud y su religion? Con un cielo sereno, fieles mios, y un mar tranquilo cualquier piloto, dice San Basilio, sabe guiar la nave; mas el piloto diestro se prueba en las tempestades, y en medio de los peligrosos encuentros de los vientos, y de las fuertes borrascas. El soldado aunque sea cobarde, sabe mostrarse generoso debajo de las tiendas; mas él verdaderamente valeroso en el campo de batalla y entre las espadas enemigas es donde descubre en valor. Asi pues, dice el mismo santo prueba á un cristiano la tentacion. Por eso Dios por una providencia particular, á los mas santos permite mas espuestas tentaciones.

Al paso que la virtud se prueba con la tentacion, el mérito se aumenta. ¿Qué aumento, qué caudal de méritos no viene á conseguir un alma justa que sabe pelear con valor, en tan gran número de victorias que sucesivamente consigue sobre el mundo, demonio y la carne? Asi como la tempestad arraiga los árboles, la virtud crece, y se arraiga en medio de la ten-

tacion. El santo Job por medio de estas pruebas, ¿de un justo irreprochable no llegó á ser un héroe casi inimitable? Y el apóstol san Pablo donde llegó á hacerse tan poderoso sino en medio de estas peleas? A un joven virtuoso, agitado de las mas molestas tentaciones, le dijo un Padre del yermo: *¿Quieres hijo que ruegue á Dios te libre de esas tentaciones que no te dejan vivir en paz una sola hora?* No, Padre, respondió el joven. porque con la gracia de Dios resisto á ellas, y practico continuos actos de virtud. Tengo mas oracion, ayuno mas, velo por mas tiempo. No es pues solo la tentacion una prueba que quiera tomar Dios de la virtud: es tambien un medio de que su Magestad se sirva para arraigarla mas y mas en el alma; de modo que sin este ejercicio poco, ó nada se puede adelantar en ella. La ciencia de la salvacion por este medio se consigue.

¿Y cuantas coronas no se irian de entre nuestras manos, si no fuera por las continuas peleas que nuestros enemigos nos presentan? Segun el orden de la Providencia, nadie puede ser coronado en el cielo, sin haber peleado legitimamente sobre la tierra. Querer conseguir una corona de gloria sin triunfar primero de nuestros enemigos, es querer alcanzar la victoria sin pelear, el triunfo sin exponerse al combate; y esto es lo que puntualmente se pretende cuando queremos vivir sin tentacion, ó sin combatir con una fortaleza cristiana con nuestros

enemigos. No nos engañemos, fleles míos; para ganar el cielo es necesario combate, y un combate sostenido con dignidad, y sufrido con constancia; porque el reino de los cielos, dice Jesucristo, padece fuerza, y solo se puede ganar á título de conquista. Si pretendéis pues conquistarlo, sin ejercitaros antes en el arte de pelear, sereis semejantes á aquellos soldados visos, que no hacen mas que presentarse al combate cuando ya rinden las armas. La destreza en este arte no se adquiere sin el ejercicio de la tentacion, y sin una pelea legitima con el socorro de la gracia en los varios ataques de nuestros enemigos.

Si es necesario que seamos tentados para probar nuestra fidelidad, aumentar nuestro mérito, y prepararnos nuevas coronas, tambien es preciso que estemos continuamente armados para resistir á nuestros enemigos. Todo está lleno de peligros, todo lleno de lazos que ellos nos tienden para perdernos: ¿qué resta pues sino que nos armemos con las armas de justicia de que habla san Pablo, para prevenir sus asaltos, y conseguir sobre ellos un seguro triunfo? Jamás Dios permite, segun el mismo Apóstol, que seamos tentados sobre nuestras fuerzas; y segun sus sabios designios, toda tentacion no debe contribuir sino á nuestra mayor utilidad. ¿Pues no sería un dolor renunciar á esta ventaja, cuando la gracia está poniendo en nuestras manos las armas para el triunfo? Pero ¿y cuáles son

las armas que debemos manejar? En pocas palabras os las voy á decir. Presencia de Dios, vigilancia cristiana, oracion: aqui las teneis.

Presencia de Dios. ¿Qué arma tan poderosa! Dios nos vé, dice san Agustin, cuando somos tentados. Dios está presente á todos nuestros combates. Dios nos vé: ¿qué pensamiento para pelear de un modo digno de un cristiano! El olvido de Dios es la causa de ceder tan facilmente á la tentacion, y de cometerse en el mundo tantas maldades. Todo hombre que traspasa su lecho, dice el Sabio, todo adultero grita: ¿Quién me vé? Las tinieblas me rodean, las paredes me cercan, y ninguno me está mirando: ¿já quién temo? ¡Ah insensatos! Dios os vé, responde el mismo, Dios cuyos ojos son mucho mas claros que el sol, que registran todos los caminos de los hombres, hasta los senos mas ocultos. Considerad pues que Dios os mira, y á ver si podeis pecar: considerad que Dios os mira y vereis que arma tan poderosa para vencer todas las tentaciones.

Pero velad, tambien, os dice Jesucristo, sino quereis caer en la tentacion: *Vigilate*. No tiene que dormir el que tiene enemigos. Vigilancia, pues, y rechazar desde luego el enemigo nuestro mas temible, que es la carne segun el Apóstol, tanto mas peligroso, cuanto mas íntimo, tanto mas invidiable, cuanto mas lisongero en sus ataques. ¿No son estas las armas que han manejado los santos? ¿No vigiló y se cubrió David

de un rudo silicio, cuando en medio de las pompas y placeres de la corte se sentia turbado de sus propios pensamientos, y molestado de los deseos de su corazon? ¿Y un san Pablo no trataba rigurosamente á su cuerpo, no le hacia esclavo con sus castigos, para que no se revelase contra el espiritu? ¿Pues somos nosotros de otra condicion que David y san Pablo? ¿còmo pues nos será posible triunfar de este enemigo sin esta vigilancia y mortificacion cristiana?

Finalmente, fieles mios, la oracion es la arma mas poderosa de cuantas puede manejar un cristiano para conseguir un completo triunfo de sus enemigos. Para vencer las tentaciones es absolutamente necesario el socorro de la gracia; y no hay una siquiera que no pueda ser vencida, si la gracia del Señor no nos viene á fortalecer. Por eso decia san Pablo: *Todo lo puedo, en aquel que me conforta.* (Phil. 4.) Pues esta gracia no nos la concederá Dios, sino por medio de la oracion, juntando esta virtud á nuestra vigilancia y mortificacion. Vigilad, y orad, nos dice Jesucristo, si no quereis caer, si quereis ser victoriosos. La tentacion es necesaria. Por medio de ella, la virtud se acrisola, el mérito se aumenta, la corona de la gloria toma un nuevo brillo ¡Que ventajas! Estemos pues siempre dispuestos para pelear contra ella y vencerla. Asi sea.

SOBRE LA SALVACION.

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum,
et Joannem fratrem ejus... Et trans-
figuratus est ante eos.

(Matth. c. XVII. v. 1 et 2.)

Nuestro divino Salvador, fieles mios, que en toda su vida no aspiró mas que á la gloria de su eterno Padre, y á nuestra mayor utilidad, quiere hoy animar á sus discípulos en las grandes empresas que habian de acometer por su honor, y determina por un efecto de su bondad, darles á conocer alguna parte de aquella gloria que esencial á su divinidad y muy debida á su grande alma, estaba aun escondida bajo el velo de una humanidad humillada. San Pedro, Santiago y san Juan, estos Apóstoles tan privilegiados son los espectadores de esta maravilla. Los toma Jesucristo consigo, los sube por la montaña sagrada, y al llegar á su cima ¡qué prodigio! Toda la gloria del cielo parece bajar de un golpe sobre el Tabór. Allí aparece este Rey de la gloria, desplegando los rayos de su divinidad, con su rostro mas resplandeciente que

el sol, sus vestidos brillando mas que la nieve, de modo que siendo el resplandor tan superior á la debil vista de los Apóstoles, no la soportan sus ojos, se arrojan, y se postran en tierra. Lo que Jesucristo les hace ver allí, no es mas que un rayo de su gloria, una gota de aquel mar de delicias que reserva Dios en la otra vida para los que le sirven en esta. Esta sola gota sobrepujo las fuerzas de su espíritu: sola bastó para que en dulce transporte de satisfaccion solicitasen allí ya su firme estancia: *Bonum est nos hic esse.*

Si esto, fieles míos, produjo tan maravillosos efectos, ¿qué será cuando Dios nos de á gustar todo el lleno de sus delicias? se embriagarán, dice David, sus espíritus con la abundancia de vuestra casa, cuando dareis á probar á los hombres el torrente de vuestras dulzuras. ¿Qué ceguedad pues es la nuestra, despreciar esta gloria, cuando una pequeña parte de ella puede embriagar al alma, haciendo mirar con desprecio todos los gustos del mundo? Figémonos hoy en este punto tan esencial. No hay cosa mas digna de consideracion del hombre en toda su vida, y que le puede obligar á ser mas cristiano, que el asegurar esta felicidad, pero trabajando con empeño en esta vida para lograrla. Oidme. El negocio de la salvacion que es el negocio del hombre, es el que mas se descuida.

No hay cosa mas digna de consideracion del hombre, fieles míos, que su fin. David pedia con instancias á Dios que se lo diera á conocer, como que de él dependia toda su dicha, y el es el que entre todas las causas tiene el primer influjo. ¿Pues cual es este fin superior á que Dios ha destinado al hombre? ¿Es acaso para vivir enteramente para sí mismo, y para las cosas del mundo, hasta que quiera el Salvador volverlo á la nada de su origen? No sería este un fin digno de la sabiduría de un ser supremo, que todo lo ha criado para su gloria: no sería un fin digno del hombre, cuyos pensamientos, ideas, proyectos y deseos se elevan mas allá de todos los tiempos. Con nosotros nace cierta inclinacion infinita hacia el bien, y hacia la felicidad. ¿Y qué bien de los de aquí bajo nos la puede procurar? Nadie como Salomon llegó á probar todas las dichas y satisfacciones de este mundo, y se vió obligado á exclamar, que todo era vanidad. Nuestro mismo corazon nos dice seguidamente, que cuanto hay en el mundo es muy poca cosa para satisfacerle, y que hay un bien superior, infinito, capaz solo de llenar su vasta capacidad, en cuya feliz posesion puede solo consistir nuestra verdadera dicha. La posesion pues de Dios es quien hace la felicidad del hombre, y hasta que descanse en él, siempre estará, dice san Agustin, inquieto nuestro corazon. Pues si en la posesion de Dios consiste nuestra felicidad eterna, ¿no podré yo llamar al nego-

cio de nuestra salvacion el negocio mas interesante del hombre? Trabaje el incrédulo en forzar su razon, diga cuanto quiera, que á pesar de todos los errores de su entendimiento, y de la corrupcion de su corazon, ha de hallar en sí cierta luz interior, que le hará confesar con el Sabio, que esto es todo el hombre. Este negocio es el que unicamente merece toda nuestra aplicacion, porqué es el mas apreciable é interesante ; el que exige nuestra constante aplicacion, porque es el mas necesario.

¿Y es este el mismo concepto que habeis formado vosotros de vuestra felicidad? ¿Se mira hoy como un negocio, que pide nuestra aplicacion, y todos nuestros desvelos? ¡Ah, fieles míos! Confesémoslo de buena fé, aunque sea con oprobio de nosotros mismos. ¿Qué es lo que se vé en lo comun de los cristianos, aun en aquellos en quienes el espíritu de religion parece ha echado muy hondas raices? ¿se vé mucho celo por la salvacion? Aun que este es el único del hombre, me atrevo á decir, que es el que se descuida mas, el que menos se estima, el que menos se busca y el que por menos se trabaja.

Al ver el poco cuidado que tienen muchos de su salvacion, se diría que les es estraña su alma; ó que no han nacido sino para este mundo. Entrad en exámen, yo os lo ruego, examinaos sin pasion y decidme: ¿Qué puesto ocupa en vuestro corazon un asunto de tanta importancia como este? Si por la eficacia de los me-

dios que se aplican para conseguirlo, hemos de deducir lo que en fin se desea, se estima, y se ama, ¿qué medios eficaces se os ven poner para conseguir vuestro destino eterno? ¿Hacen mucha impresion sobre vuestros espíritus las verdades del Evangelio? ¿Tratais de ejercitar alguna virtud? Hacedis mucha violencia para sujetar las pasiones? ¿Se frecuentan los santos Sacramentos? ¿Se procura con un santo y justo empeño la reforma de la vida? Cuando se mira con empeño un asunto del que esperamos algunas ventajas, ¿què vigilancia! ¿qué atencion! ¿qué medidas no se adoptan! ¿qué solicitudes no se emplean! No se pierden ocasiones. Se hace asunto ordinario de nuestras conversaciones, hasta el punto de hacernos molestos á todos. Cuidados, estudios, consultas, todo se hace solo por lograrlo. ¿Se os ha visto hasta ahora mirar con este empeño un asunto tan apreciable como el de la salvacion? ¿Qué sacrificios habeis hecho para asegurarla? Aun en aquellos momentos en que os parece ser dados á Dios, ¿gastais mucho tiempo como David en contemplar los años eternos? ¿Los haceis muchas veces asunto de vuestras conversaciones, para aborrecer el camino de la maldad? ¡Ah! qué asuntos tan serios incomodan mucho el amor propio, y turban las infatuadas satisfacciones de la vida: el mundo no gusta de que se le hable de las cosas de Dios. Bastaría que uno se empeñase en decir una espresion que tubiese relacion con la eter-

nidad, para que se digera : ¿quién ha dado á este comision para echarse á predicador? Asi, todo su cuidado se reduce á ciertas exterioridades de religion, practicadas con precipitacion, como por ceremonia, como si Dios estuviera obligado á suplir todo lo demás. Si media algun interés, aun este poco se omite: se hace traicion á la ley, y se olvidan las mas esenciales obligaciones. ¡Qué delirio! ¿Y no es esto descuidar la salvacion? ¡Ah que os entreteneis, dice Jesucristo, en mil vagatelas, que no duran mas que fugitivos instantes, á la manera, como dice el Crisóstomo, de aquellos niños, que se entretienen en la orilla del mar en pintar conchitas, y en disponer castillos de arena, que el menor viento los trastorna ò son tragados por la primera ola. ¿Y esto es obrar por un principio de razon? ¿Qué juicio formariais de un Príncipe, que por derecho de nacimiento podia aspirar á una rica corona, y sin poner cuidado en adquirirla, ciñera todas sus pretensiones á un corto rincon de tierra? Pues esto es lo que haceis vosotros, cuando abandonais una corona inmortal por unos bienes y placeres perecederos.

Si por seguir el gran mundo, no se hace ningun caso de la salvacion. No se estima una corona inmortal : se abandona, se olvida, se desprecia ; y un puñado de tierra, que no son mas todos los intereses del mundo, los gustos, las riquezas, los honores, merece nuestra estimacion, y nos roba todo el afecto. ¿Y el correr con

afan tras ellos, no es lo que hace en el dia la mas seria ocupacion de casi todos los mundanos? Que lo digan esas víctimas de la ambicion, y de la avaricia, ¿qué es lo que ocupa su cabeza, qué es lo que absorbe todas las fuerzas de su espíritu, qué es lo que hace toda la ocupacion de su vida? Buscar medios para satisfacer esa pasion infame, que tiene avasallado su corazon. Que lo digan esos hombres del mundo, á quienes, ó el nacimiento ó la fortuna hace mirar tan bajos á los demás; ¿en que se ocupan? La diversion, el placer, el juego, ved en lo que pasan el tiempo, en lo que consumen sus mas bellos dias, en lo que sacrifican sus intereses; poco dige, sus almas. Pero decidlo tambien vosotros, esclavos del trabajo, artesanos y labradores; ¿qué es lo que llama vuestra atencion, y en que empleais vuestros desvelos? Ocupados servilmente en vuestras manufacturas y en vuestras tierras, todos vuestros afanes se encaminan, sino á adelantar vuestra casa, á que no falte un escaso sustento á vuestra familia. Dios bendeciría vuestros trabajos, si supierais darles una direccion correspondiente á vuestra salud eterna. ¿Pero pensais una sola vez en vuestra alma? Si llega un dia de fiesta, cuando no la profanais continuando estos trabajos, estos dias consagrados al Señor y al cuidado de vuestra salvacion, ¿què son para vosotros? Ya lo sabeis: como si la cesacion de las obras serviles os diera licencia para todo, os entregais á toda suerte

de disolucion, al juego, á la embriaguez, á la maledicencia, gastando quizás en un dia con perjuicio de vuestra familia, lo que os ha costado ganar una semana. ¡Ah! el vicio es quien domina, el mundo quien se lleva toda la atencion y el cuidado de la salvacion, es lo que menos se piensa.

Mas prudentes son, decia Jesucristo, los hijos del siglo para sus asuntos temporales, que los hijos de la cruz para su salud eterna. ¿Qué no tuvieron que sufrir los Alejandros, los Césares, los Anibales, los Escipiones y todos los soberbios conquistadores del mundo? ¿Qué no tiene que sufrir un comerciante para llevar adelante su comercio? Y un atleta, que es el ejemplo que nos propone el Apóstol no espone tambien su vida en la lid, por el deseo de la gloria? Y todos estos ¿para que se fatigan tanto? Para alcanzar una corona corruptible? ¿Y á nosotros que tenemos á nuestra vista una incorruptible é inmortal, nos ha de parecer cualquier trabajo demasiado costoso? ¿Un bien perecedero puede tanto, y tampoco un bien eterno? ¡Ah que engañados vivimos! ¿No veis que este es el único negocio del hombre, el mas importante y necesario? ¿Qué os detiene, fieles míos? Un vil interés que vá á fenecer al sepulcro. Unos gustos y placeres de un momento, que no dejan trás de sí, sino amargura y dolor. Determinaos á romper con ellos: mirad que en esto va la salvacion. ¿Sois débiles? llamad al cielo, y buscad la gracia.

LA RECAIDA EN EL PECADO,

Fiunt novissima hominis illius
pejora prioribus.

(Luc. XI. v. 26.)

Jesucristo sorprende á la Judea, segun el Evangelio de hoy, por la misericordia habida con un infeliz poseido por el demonio, volviéndole el habla. Tambien debe admirarse la grande beneficencia con que tantos ministros de la Iglesia tan zelosos en este tiempo, por la autoridad recibida del mismo Señor obran igual prodigio, lanzando al demonio del corazon de los pecadores. Mas hay, ¿que pensais, cristianos, de esta curacion? Hay que fiar mucho de ella? Oigamos al mismo Señor: Cuando el inmundo espíritu, dice, ha salido de un hombre, anda por lugares secos buscando reposo; y cuando no lo halla, dice: Me volveré á mi casa de donde salí. Y cuando vuelve, la halla barrida y alhajada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus, peores que él, y entran dentro y moran allí. *Y lo postrero de aquel*

hombre es peor que lo primero. Ved lo que sucede al pecador. El demonio codicioso de un corazón purificado ya por el sacramento de la Penitencia, le prepara ataques mas furiosos.

Aviva desde luego esos restos de pasiones, que aun despues de su conversion quedan siempre en el hombre de sus primeros desvarios: busca sus auxiliares; llama en su socorro otros enemigos mas peores que él; lo átan con todas sus fuerzas; lo vencen; y viene á ser al fin el último estado de estos hombres infelices aun peor que el primero. ¿Y no es esto lo que vemos en tantas recaidas de los pecadores? ¿Los fines de estos hombres desgraciados no vienen á ser peores que sus principios? ¿Qué importa que el Señor haya lanzado el demonio de sus almas, si vuelven á ser poseidos de él? ¡Oh si yo pudiera dar firmeza á vuestra resolucion y arrancar para siempre el pecado! A esto voy á encaminar mi reflexion, haciéndoos ver la causa de vuestras recaidas y su último resultado. Oídlo: La causa de vuestra recaida es la falsa penitencia y en último resultado la impenitencia final.

¿Quién hay que pueda dudar que la causa principal de la recaida de los pecadores es la falsa penitencia? Yo me hallo persuadido, que apesar de verse todas las mayores apariencias

de pecador, rara vez se hace una penitencia verdadera. ¡Ojalá que este pensamiento no fuese mas que una ilusion! Pero el dolor es, que se ve demasiado realizado todos los dias. La penitencia, dice san Gregorio Niseno, es la ruina del pecado; de este pecado que ha perdido á los Angeles, que ha desolado todo el universo, que ha ensanchado los abismos, que ha destruido las mas grandes obras de Dios, y que Jesucristo derramando su última gota de sangre, aun no ha podido aniquilar con su muerte, por la ingratitud del pecador. La penitencia, dice San Bernardo, es el sentimiento de un hombre irritado contra si mismo, y lleno de una santa indignacion contra su pecado, y yo añado, que esta cólera que el hombre pecador concibe contra si, tiene la virtud de aplacar la ira de Dios, y de hacerle mudar en amor un odio eterno. Ved la idea de una penitencia cristiana y verdadera, la mas conforme al espíritu de la Iglesia, y la que hicieron todos aquellos penitentes, que quisieron satisfacer á Dios por sus pecados. Con todo creen muchos falsos penitentes, que despues de un año de libertinaje y de una vida disipada de el desorden, que basta emplear un cuarto de hora en prepararse, otro tanto en acusarse de sus pecados, y quizas menos en satisfacer á la justicia de Dios ofendida, cumpliendo rapidamente una corta penitencia que se impone; y esto sin salir de las ocasiones de pecar, ni reparar los daños he-

chos al prójimo, ni renunciar al mundo, ni á sus vanidades, sin desprender el corazón de los objetos criminales que han llevado al mal, sin sufrir ninguna incomodidad, ni hacerse violencia. ¡Qué ilusión! ¡Qué poco honor se haría á la gracia de Jesucristo, si esto bastase para una verdadera penitencia! La penitencia debe estar fundada sobre un dolor sincero y sobrenatural de haber pecado, sostenida por una resolución firme y eficaz de no cometerlo jamás, y coronada por unas nuevas fuerzas que ella da contra el pecado, de las que se debe aprovechar el pecador para no recaer en la culpa.

Para que una penitencia no sea sospechosa, es necesario un dolor que esceda todo otro dolor. No digo yo, que este dolor haya de ser extremo en su actividad, como el de aquella pecadora insigne que refiere un sabio Cardenal, que dá la vida á su violencia, como el de aquel famoso pecador que se vé espirar á los pies de San Vicente Ferrer. No pretendo yo que vaya tan adelante vuestro dolor. Con todo el debe penetrar hasta lo mas íntimo de él, debe ser superior al que se concibe por cualquier pérdida temporal. ¿Cual pues es nuestro dolor en estos casos? Ved una muger cuyo esposo ha venido a ser cruelmente asesinado. ¿Quién podrá explicar la pena y el dolor que concibe contra una acción tan bárbara ó inhumana? La sola vista del puñal matador es capaz de privarle la vida. Es preciso quitarle de delante de

sus ojos, para que no muera de pena los vestidos ensangrentados de su esposo: no se resolverá á pasar por el sitio donde el asesinato se ha cometido, hará un eterno divorcio con todo lo que pertenece al asesino; y quisiera destruir hasta su memoria. Ved los efectos que debe producir en el corazón una penitencia sincera por relación al pecado, que ha sido el asesino de su alma: todo cuanto ha contribuido á perder á Dios, debe causarnos horror y aborrecer hasta su memoria. ¿Y un pecador que tenga estos sentimientos es capaz de recaer? Es capaz de rendirse segunda vez y sin resistencia alguna á la primera tentación?

El propósito que debe acompañar al dolor incluye una voluntad absoluta de no ofender mas á Dios, por fuerte y poderoso que sea el placer á que se nos convida, el interés que se nos presenta, el perjuicio que nos amenaza, y por violenta que sea la tentación que nos lleva al crimen. ¿Y es posible tener esta voluntad firme y constante, y rendirse á la primera ocasión que se presenta? Esta voluntad debe ser eficaz; es decir, que es preciso desear evitar el pecado, como un avaro desea las riquezas, como un enfermo la salud, como un necesitado el socorro. ¿Qué digo yo?

Aun es necesario llevar el deseo mas lejos. Ni la voluntad, ni la libertad, ni ningun otro interés temporal se debe desear tanto como el no perder la gracia, pues por no perderla, todo se debe

sacrificar. Yo apelo pues ahora al tribunal de vuestro corazon. ¿Creereis que un hombre que al dia siguiente de su confesion, vuelve á los mismos vicios, ha tenido mas voluntad de enmendar su vida, que de vivir y enriquecerse? Donde no se ve enmienda, dice San Gregorio, toda la penitencia que aparenta el pecador, ha de ser vana. Mas, ¿como ha de haber enmienda, si no se trata de resistir á las pasiones y de oponerse á los hábitos mas inveterados que llevan al crimen? Si quisierais romper con ellos y dejarlos para siempre, muy distintos serian vuestros combates, mas firme vuestra resolucion.

Finalmente la verdadera penitencia haciendo volver á la gracia, nos da unas nuevas fuerzas contra el pecado. La gracia nos atrae una poderosa proteccion que nos hace temibles á los enemigos de fuera y aleja de nosotros, debilita y desarma nuestros enemigos domésticos; de manera que en lo sucesivo por un efecto regular de esta gracia de proteccion, se vé el pecador convertido mas dificilmente tentado, y siente en si una mayor fuerza para resistir con mas firmeza los ataques de los enemigos. Mientras que somos enemigos de Dios, poca pena tiene el tentador de empeñarnos cada dia en nuevos pecados. El demonio es señor de la plaza, como tal todo lo posee en paz, todo está á su direccion. Mas si la viene á atacar un guerrero mas poderoso, se hace dueño de la fortaleza, quita al vencido todas las armas en que ponía

su confianza y lo pone ya fuera de estado de poderle hacer mal. Ved lo que hace la gracia que se comunica al verdaderamente convertido en el Sacramento de la Penitencia. Ahora pues, si despues de algunos esfuerzos por los que habreis recobrado la gracia os dejais aun vencer, si recaeis en los mismos excesos y con igual facilidad que antes, si no sentis mas horror al pecado; ¿no es una señal de que el tirano aun no se ha desarmado, y que aun os dueño de vuestro corazon? San Pablo escribiendo á los hebreos dice, que es imposible, que los que una vez fueron iluminados y gustaron el don del cielo y fueron hechos participantes del Espíritu Santo, si despues de esto han caido, es imposible sean otra vez renovados á penitencia. Para la conversion de estos es necesario un milagro de su providencia y misericordia que no obra Dios sino rara vez. ¿Y no dice Jesucristo, que el que pone su mano al arado, y vuelve atrás por la recaida en el pecado, no es apto para el reino de los cielos? Concluyamos pues, que no se muere verdaderamente al pecado; y de consiguiente que la falsa penitencia es el motivo de la recaida de los pecadores.

¿Y cual es su efecto? La impenitencia final. Me buscaréis, dice Jesucristo á estos pecadores reincidentes, me buscareis, y no me hallareis, sino que morireis infelizmente en vuestro pecado. (Joan. VII. 34). Y les cerrará Dios acaso las puertas de su misericordia? Qué no nos ha cria-

do á todos para el cielo? Este es nuestro fin: pero ¿ como es posible que lo consiga, el que con continuas caidas y recaidas pone un obstáculo inseparable á su salvacion? Todo concurre á hacerlo insuperable, el demonio, nosotros mismos, el mismo Dios. Jesucristo parece nos quiere dar á entender que esta dificultad de salvarse los pecadores reincidentes viene del espíritu maligno, el que habiendo sido arrojado una vez del corazon del hombre, no vuelve á atacarlo sino acompañado de otros siete espíritus aun peores que el, para ponerse en estado de volverle á poseer y ya no dejarle. ¿Que poder no tiene en este estado el demonio! Cierra el corazon del hombre, enmudece su lengua para no confesar sus pecados, hace pasar toda la vida de pecado en pecado, de vicio en vicio, injuriando continuamente á Jesucristo, de un abismo á otro abismo siendo toda su vida un tejido de iniquidades, y con tantos obstáculos puestos á su salvacion, le hace por fin morir en el pecado ó impenitente.

Ved ya, fieles míos, el término á que llega el pecador; ved la causa y el efecto de la recaída en el pecado. La falsa penitencia es la causa y la impenitencia final su mas seguro efecto. ¿Que-reis evitarlo? Estais á tiempo. Con verdadera penitencia acudid á la misericordia de Dios, implorad su gracia, prenda segura de la eterna gloria.

DE LA HUIDA DEL MUNDO.

Jesus ergo cum cognovisset, quia venturi essent, ut raperent eum, et facerent eum Regem, fugit iterum in montem ipse solus.

(Joan. VI. v. 15.)

Jesucristo durante su vida en el mundo nos ha enseñado, que la soledad ó el desierto era su mas agradable morada. Si vino al mundo es en un establo donde algunos pastores se retiran: y de treinta y tres años que vive, pasa los treinta en la oscuridad de la tienda de un artesano. Si se deja ver al mundo, para cumplir la obra que su Padre le ha confiado, pasa luego despues del bautismo al desierto por un movimiento del Espíritu Santo que lo conduce á el: si quiere hacer brillar sobre su adorable humanidad algunos rayos de aquella gloria que cercaba su grande alma, toma tres discípulos, los lleva á una alta montaña, y á su presencia se transfigura: si quiere disponerse á una muerte próxima busca el silencio de la noche

y se va al monte de las olivas para la oracion: en fin si sabe que se le va á presentar una corona en reconocimiento de haber alimentado cinco mil personas que le han seguido al desierto se separa de ellas y se huye en derechura á la soledad, como dice el evangelio de hoy.

¡O dichosa soledad, que encantos no tienes desde que Jesucristo le ha honrado tanto con su presencia! ¡O mundo, cuan miserable y pernicioso eres despues que lo menospreció, y nos ha enseñado á alejarnos de tu desorden! Efectivamente, la renuncia que hoy hace Jesucristo de una corona que se le va á ofrecer, nos enseña á menospreciar la falsa gloria del mundo; y su huida al monte nos enseña á huir de las peligrosas y fatales caricias del mundo. Somos cristianos y por la razon y la conciencia debemos de huir del mundo. ¿Y por qué? Fijad la atencion. El mundo es tan miserable de si, que nada hay en el que pueda hacernoslo amar.

Una de las cosas que se recomiendan con mas frecuencia es la huida del mundo, pero es, que de lo que se entiende menos ó se tiene formado un falso concepto: pues ordinariamente se hace consistir tal huida del mundo en un alejamiento exterior y corporal como el de los religiosos y solitarios que se retiran á los claustros ó á la soledad, cuando huir del mundo es

no amarlo, y que amarlo, aun cuando se viviera en el mas espantoso desierto, se traeria consigo, y no seria huirlo. A vosotros, fieles mios, que estais en medio del mundo, es á quienes yo hablo de huir del mundo, enseñándoos como podeis en vosotros mismos formaros una especie de soledad, por un desprendimiento interior y por un menosprecio secreto, que no solo el cristianismo, sino vuestra razon os lo inspira. Cuando esta es santa y recta, dice San Agustin, os lleva á buscar un bien, que sea bastante grande para satisfaceros: bastante sólido para satisfaceros siempre: bastante perfecto y puro para satisfaceros sin mezcla de ninguna inquietud y de temor: porque si le falta alguna de estas tres cualidades, no merece sino vuestro desprecio ó por lo menos vuestra indiferencia. Pues, las riquezas, las diversiones, los cargos, las grandezas, las coronas del mundo por brillantes que parezcan, no tienen ninguna de estas ventajas, nada tienen que satisfagan, van mezcladas con motivos de dolor, y si por imposible llevaran un gozo puro, este seria momentáneo. En el mundo las ventajas son pequeñas, los disgustos muy grandes, la posesion muy corta. ¿Y esto es lo que se debe amar? ¿No se debe menospreciar por las razones alegadas? ¿No nos lo dice asi la religion y nuestra fe? Podemos decir, que la sola experiencia y la razon bastarian para autorizar esto.

Efectivamente, imagínese el hombre mas rico,

y poderoso del mundo, cercado de gran número de criados lisengeros, alojado en magníficos palacios, amado y honrado de las mejores damas, alimentado con diversiones y juegos, elevado á tan gran fortuna, que llena sus cofres con sumas inmensas de oro y plata: ¿y se tiene por feliz y por contento? No sin duda. Porque ¿cómo ha de satisfacerse con tal posición que es una sombra que nada tiene de real, como una flor que se seca en el momento de abrir, como un fantasma que se disipa luego que aparece? Tales pues son los bienes y honores del mundo que siendo por si mismos tan pequeños, y hallandose divididos en una infinidad de sugetos, entretienen á muchos, mas no sacian, ni satisfacen á ninguno. ¿Y como los han de satisfacer si su insaciable codicia no les permite ningun descanso, y se hallan menos llenos de lo que poseen, que impacientes de tener lo que no tienen? Como el mundo nada tiene que corresponda á la vasta capacidad de nuestra alma, nos deja, dice Casiano, y luego nos cansa, ya la pobreza del deseo, ya el disgusto del goce. ¿Recibimos ya lo que buscamos? Nos cansamos luego de ello, porqué no encontramos lo que nos habíamos propuesto. ¿No lo tenemos aun? Lo procuramos con empeño; y ya que lo poseamos, ya que estemos privados de él, no dejames de pasar nuestra vida en un continuo flujo y reflujo de deseos, siempre deseosos y famélicos, pero siempre engañados, y

jamás satisfechos. Esclavos del mundo, si esta es vuestra suerte, ¿No deberiais tener hacia él tanta deferencia y apego? Nunca se ve mas falta de conducta y razon, que en amar un mundo tan miserable, tan pobre, tan vacío, y tan despojado de razon de verdaderos bienes, que aun apenas tienen apariencias que pnedan engañar. No dejais con todo de encontrar en ellos alguna cosa que os satisfaga, y que os empeñe en él. Ambiciosos, vosotros hallais en él cargos; avaros, riquezas; impúdicos, placeres; libertinos, independencias; vosotros encontrais en él blandura y lujo, diversion y disolucion. Pero ¿de cuantos temores, inquietudes, enojos, espantos, y amarguras se halla mezclado el mas corto y pernicioso placer? Si en él hallais mezclado el bien y el mal, es decir, el reposo y la pena, el consuelo y temor, el gozo y la tristeza, con tanta diferencia, que el mal se levanta sobre el mal ¿que es lo que la razon os puede hacer elegir? ¿Será mejor huir ó empeñarse en el?

Nada hay mas mudable que el mundo en sus dulzuras y menos inconstante en sus miserias; nada hay mas fragil ni traidor que el mundo en sus prosperidades y buenas gracias; mas nada hay mas constante que el en sus adversidades. Prometer mucho y dar poco; no levantar al hombre sino para hacerlo caer; no hacerlo grande sino para traer sobre el un peso de muchos deberes y necesidades, no colocarlo en los primeros puestos sino para aumen-

tar sus malas noches, y turbar su reposo por un larguísimo trabajo; no ponerlo sobre las cabezas de los otros sino para excitar sus envidias, y aumentar los motivos de espanto y de temor: este es el verdadero caracter del mundo. Yo llamo aqui, no vuestra conciencia, sino vuestra experiencia y vuestra razon. ¿Vuestra vida se halla siempre sin desgracias. vuestra calma sin tempestad. vuestros dias sin nubes, vuestras noches sin turbacion y desvelos? ¿Qué de cruces en el matrimonio por mil ocasiones de divorcio, ó indiferencia que interrumpen su placer? ¿Qué de infidelidades entre los amigos, que de traiciones, y dobleces aun en las mas fuertes relaciones? Qué de temores en tantas familias, que queriendo encubrir la pobreza, hacen tan grandes esfuerzos como los ricos, como para desprenderse de las miserias que causa la indigencia por la dura afectacion de no sufrirlas. Es muy cierto, no hay sino miserias y cruces en el mundo por mucho que prometa. Dice San Agustín, es un pérfido que devora á sus amadores, no un amigo que los lleve tranquilos sobre sus hombros. Y siendo esto así, ¿que principio de sabiduria y de buen sentido nos puede hacer amar el mundo? ¿Se halla acaso algo que os pueda satisfacer?

Mas yo supongo que os satisfaga, y que la satisfaccion que hallais en el sea pura, y sin mezcla de dolor, ni de temor. Estos bienes, estos honores, estos placeres durarán siempre, y este mundo que encontráis tan amable os será

fiel é inviolable compañero? No dudeis todo lo del mundo se halla salto de duracion, tiene por herencia la inconstancia y la fragilidad. ¿Qué es la gloria del mundo? Un humo, dice San Agustín, que se espesa y se levanta, que cuanto es mas grande es mas vano, cuanto mas se estiende mas pronto se acaba (*In psal. 36.*) ¿Y que son los bienes, herencias, palacios y posesiones del mundo? Unas aguas, dice San Gregorio, cuya superficie está helada, y parece sólida, pero que en su centro están en un movimiento perpetuo, y sucesivamente cuelan y perecen (*cap. 33 in Job.*) ¿Más que podeis pensar de su gloria, de sus placeres, de sus riquezas, de sus honores, cuando lo veais despojado de todos sus adornos, y os diga el último adios? ¿Qué pensareis en aquel momento fatal, en que arrojéis inutilmente los ojos sobre el, como para detenerle que se ria de vuestro dolor, y de vuestros vanos y ridiculos esfuerzos? cuando os veais cercados de parientes, de amigos, que esperarán con impaciencia el momento de vuestra muerte para repartirse vuestros despojos? ¿Qué distintos serán los sentimientos de los que desprecian el mundo y de los que lo aman! Oygamus la descripcion que de estos hace San Cipriano á su amigo Donato. Os compadecerán de ellos decia, si subiendo sobre una alta montaña. os tomarais el trabajo de considerar lo que pasa en el mundo. Aqui veriais un avaro que como un pagano á su ídolo, tiene mayor apego

á su oro y plata, lo oculta con cuidado, lo conserva con una inquietud criminal y que defiende con ardor, y aun con peligro de su vida este objeto infame de su adoracion: allá una tropa de ambiciosos y de mugeres soberbias, que adornan sus idolos con todo el arte y magnificencia, que sus locas pasiones les inspiran, y que les dan todos los atractivos y gracias de atraerles la admiracion, de una parte veriais una multitud de impúdicos y de glotonos, que tienen por Dios á su vientre, y que alimentan con delicadeza sus cuerpos, para dar nuevo ardor á las llamas que los devoran; de otra, los tristes y escandalosos efectos de esta delicadeza y vanidad. Este es el mundo. ¿No dirémos, pues, feliz y sabio el que como David aparta sus ojos de estos objetos engañadores para no ver su vanidad, ò que semejante á Jacob oculta y sepulta bajo el terèbinto estos idolos? Yo concluyo pues con las espresiones tan tiernas que decia San Juan á sus discípulos: Hijuelos míos, no ameís al mundo, ni lo que hay en el mundo: desde el punto que no lo ameís, todo irá bien para vosotros. Huid pues de esta Babilonia, sino quereís padecer con sus objetos; si quereís haceros acreedores á la gracia, y conseguir la eterna gloria.

SOBRE LA MURMURACION.

Nunc cognovimus quia
dæmonium habes.

(Joan. VIII. v. 52.)

No hay cosa, fieles míos, tan mal recibida en el mundo que la verdad, y de tal manera, que muchas veces basta solamente el anunciarla, para ganarse cualquiera un enemigo. Asi vemos, que la doctrina de Jesucristo tan infalible, que salia de la boca de la misma verdad, doctrina apoyada sobre su conducta irreprehensible, como lo convence hoy á los Judios, confirmada con los mas señalados y admirables prodigios, que no se podian esconder á su vista, no obstante ella no fue oida, ni respetada, ni seguida. Mereció la indignacion de un pueblo obstinado y rebelde, del que con muchas lágrimas Jesus se compadeció. ¡Con que odio tan terrible no persiguieron los fariseos al Salvador, porqué les anunciaba la verdad! Llegaron hasta á arrojarle de la Sinagoga á los que la abrazaban y seguian: ellos llegaron con sus malignas

intrigas hasta maquinarle la muerte: ellos se armaron de calumnias, para desacreditarle del alto concepto que se habia ganado con su predicacion, hasta echarle en cara que se hallaba poseido de Satanás, y que conocian ellos que tenia demonio.

No acabò este vicio con las ruínas de la ingrata Sinagoga. Hay aun hoy entre los cristianos quien usa de estas armas de la calumnia y de la murmuracion para desacreditar la virtud. ¿Cuántos como el áspid sin piedad derraman su veneno sobre sus hermanos? ¿Qué infamia! ¿que dolor! Ved porqué me determino hoy á declamar contra este vicio: vicio el mas opuesto á la caridad cristiana, que con oprobio de la humanidad y Religion que profesamos, cuyo lazo es la caridad, se ha hecho comun entre los cristianos. Oidlo. La murmuracion es el vicio más abominable.

Proponiéndome el hablaros, fieles míos, del vicio tan infame de la murmuracion, os hablaré de ella en cuanto comprende la calumnia: que es imputar al prógimo un falso crimen; la detraction, que es dar al público un defecto oculto, y hablar mal de él en su ausencia con ánimo de desacreditarlo; el convicio que es echarle en cara cualquier defecto ó delito capaz de avergonzarle; los chismes, que son ciertas relaciones malignas que se hacen de él pa-

ra que cayga del concepto en que justamente se le tiene; y la simple murmuracion, que es hablar mal de la conducta de alguna persona. La murmuracion pues generalmente aceptada, en cuanto comprende todos estos crímenes, y que consiste en debilitar ó destruir la reputación del prógimo, os digo yo, que es entre todos los vicios el más abominable.

Ninguno mas indigno del hombre y ninguno que Dios aborrezca mas. Ninguno mas indigno del hombre, porqué no hay vicio que degrade mas su naturaleza, ni que atraiga más sobre si el menosprecio y la abominacion de los demás. ¿Hay cesa mas vil, ni más contraria á la hombría de bien, de que tanto nos lisongeamos, que dar riendas á un vicio, que no tiene otro atractivo que el bárbaro placer de echar por tierra la fama del prógimo? En los otros vicios hay siempre alguna cosa capaz de atraer nuestro corazon y ganarle, y que segun la mayor ó menor presion que tenga sobre nosotros, hace al hombre mas ó menos inexcusable en su crimen. El ambicioso tiene puestos y dignidades, de las que puede hacer un uso cristiano; el avaro riquezas y bienes del mundo, de los que pudiera sacar muchas ventajas, si quisiera hacer buen uso de ellos; el vengativo aquel imaginario recobro de su honor, que aprecia mas que su misma vida, y que solo quisiera vindicar; el impúdico aquellos vanos placeres, á que la corrupcion de su naturaleza le inclina

con demasiado peso. Pero el murmurador ¿qué atractivo tiene? debemos decirlo con oprobio de nosotros mismos: la ruina sola del honor de sus hermanos. ¡Qué vileza! acometer en sus malignos tiros á un hombre indefenso, y que no se halla en disposicion de rebatirlos! Porque ya, ya se guarda el murmurador de acometer á cara descubierta; es el demasiado advertido en su iniquidad para que se atreva á embestir de cara á cara. Traicion execrable, porque atrae sobre si el desprecio y abominacion de todo el mundo. En efecto, ¿que hombre de buen juicio, no mirará al detractor con horror? ¿Hay cosa mas odiosa que un hombre, á cuya censura están todos espuestos, y en tribunal erigido por propia autoridad, decide con soberania del mérito de los demás, sin perdonar á ninguno de cualquier estado y condicion que sea? Todos han de huir de un hombre de mala lengua como de una serpiente ponzoñosa. Aun cuando por cierta inclinacion hacia el mal se alargará un oido gustoso, la reflexion de que vuelta la espalda hará lo mismo de los que lo oyen. ¿no lo ha de hacer para ellos objeto de abominacion? El se hace tanto mas temible, cuanto su lengua inflamada segun la expresion de Santiago con el fuego del infierno, abrasa sin piedad á los prógimos, siembra discordias siempre en las familias, desune las sociedades, y turba toda una sociedad, y aun todo un reino lo pierde y destruye. ¿Y será de admirar

que todo el mundo lo abomine y desprecie? Podemos decir mas. Aun se gana el desprecio y abominacion de Dios; porqué además de ser cada vicio una escuela de maldad, como dice, un Apostol, va el directamente á desterrar del corazon la caridad cristiana. Estamos obligados á amar á nuestro prógimo como obra é imagen de Dios, como conquista y precio de la sangre de un Dios: debemos amarle como á hermano nuestro, como á miembro de un cuerpo, como criatura destinada al mismo fin soberano que nosotros. Todo esto lo olvida el que murmura. El se arma para destruir la caridad; pero ¿y con que golpe mas terrible? La arranca de aquel á quien murmura, del que con gusto le oye, de si mismo; de aquel de quien murmura. ¿Qué partido decidme, ha de tomar un hombre, que se ve victima de las mas negras calumnias de una lengua murmuradora? Mirará acaso con ojo sereno despedazar su honor, ó ir su fama por tierra, ó podrá ver con tranquilidad á los que le asaltan, á los que en lo mas vivo le hieren? Es menester mucha virtud para hacer este sacrificio. El se ha de ver violentamente tentado á oponer calumnia á calumnia, oprobio á oprobio, murmuracion á murmuracion. Pocos habrá como David sepan sufrir á un Semei insolente que insulta; Y el que lo oye? Sea ya por un cierto placer que se toma en oír mal de otros, ya por una ciega temeridad que hace creer todo lo malo que de

los demás se dice, pocos hay que no se vean inficionados de este veneno. Pues el murmurador ¿que llaga mas profunda no abre en su alma? Si dice el padre San Bernardo, porqué su lengua es una vívora, que con una sola mordedura envenena á tres personas; es una lanza que con un solo golpe á las tres traspasa; Qué crueldad! ¿Y un crimen tan ruinoso no ha de ser digno de toda la abominacion de un Dios? San Clemente Papa y San Gerónimo llaman á los murmuradores homicidas, como desde el principio del mundo lo fue el demonio, á quien San Agustin hace autor de este vicio, pues quitó la vida á nuestros primeros padres, no con el acero, sino con la lengua.

¿Y con que castigos Dios no ha manifestado su abominacion, particularmente cuando la murmuracion se ha dirigido contra Dios, contra sus ministros ó contra algun superior? ¿Quién cubrió á Maria hermana de Moisés de una inmunda lepra, sino el haber murmurado de su hermano, mostrándose Dios implacable, segun San Basilio, aun cuando este intercede por ella? ¿Quién abrió la tierra en el desierto, para preparar en sus entrañas á Core, Datán, y Abirón un funesto sepulcro, sino el haber desatado sus lenguas contra su Caudillo? ¿Quién hizo bajar fuego del cielo para abrasar más de catorce mil israelitas, sino este crimen? ¿Y quién sino él hace acudir un sinnúmero de serpientes, que hacen en ellos un terrible es-

trago? Además de estos castigos ejecutados con un pueblo murmurador, ¿quién quitó la vida al desgraciado Alcimo rival del antiguo Judas, sino el haber hablado tan libremente contra este ilustre Macabeo? ¡Qué castigos! Tan abominable es pues á los ojos de Dios la murmuracion. Pero mis murmuraciones, dirá alguno, no son de consecuencia. ¡Ah! que la caridad es muy delicada. Es como la luna de un espejo la cual se empaña y se quita su brillo con el mas leve aliento. El honor, el buen nombre, es mejor segun el Sábio, que las muchas riquezas, es un bien tan superior, que nadie lo aprecia menos que las pupilas de sus ojos. La murmuracion pues aunque parezca en si ligera, incluye cierto carácter de deformidad que la agrava; pues una sola palabra, dicha tal vez con ligereza, puede hacer un daño considerable, asi como una centella que en poco fuego puede abrasar, dice Santiago, una grande selva.

¿Pero si no hago yo mas que oir al murmurador? ¡Ah, que ilusion! ¿Hace acaso menos daño el que á unos discursos malignos alarga su oido atento, que el mismo que murmura? Aun quizas es mas criminal. Y sino, decidme, quien es mas criminal el que pega fuego á una casa ó el que pudiéndolo apagarse está calentando á su llama? No se yo, dice el padre San Bernardo, cual de los dos hace mayor daño, y si es mas criminal, el que murmura, ó el que oye con complacencia despedazar el honor de su

los demás se dice, pocos hay que no se vean inficionados de este veneno. Pues el murmurador ¿que llaga mas profunda no abre en su alma? Si dice el padre San Bernardo, porqué su lengua es una vívora, que con una sola mordedura envenena á tres personas; es una lanza que con un solo golpe á las tres traspasa; Qué crueldad! ¿Y un crimen tan ruinoso no ha de ser digno de toda la abominacion de un Dios? San Clemente Papa y San Gerónimo llaman á los murmuradores homicidas, como desde el principio del mundo lo fue el demonio, á quien San Agustin hace autor de este vicio, pues quitó la vida á nuestros primeros padres, no con el acero, sino con la lengua.

¿Y con que castigos Dios no ha manifestado su abominacion, particularmente cuando la murmuracion se ha dirigido contra Dios, contra sus ministros ó contra algun superior? ¿Quién cubrió á Maria hermana de Moisés de una inmundada lepra, sino el haber murmurado de su hermano, mostrándose Dios implacable, segun San Basilio, aun cuando este intercede por ella? ¿Quién abrió la tierra en el desierto, para preparar en sus entrañas á Core, Datán, y Abirón un funesto sepulcro, sino el haber desatado sus lenguas contra su Caudillo? ¿Quién hizo bajar fuego del cielo para abrasar más de catorce mil israelitas, sino este crimen? ¿Y quién sino él hace acudir un sinnúmero de serpientes, que hacen en ellos un terrible es-

trago? Además de estos castigos ejecutados con un pueblo murmurador, ¿quién quitó la vida al desgraciado Alcimo rival del antiguo Judas, sino el haber hablado tan libremente contra este ilustre Macabeo? ¿Qué castigos! Tan abominable es pues á los ojos de Dios la murmuracion. Pero mis murmuraciones, dirá alguno, no son de consecuencia. ¡Ah! que la caridad es muy delicada. Es como la luna de un espejo la cual se empaña y se quita su brillo con el mas leve aliento. El honor, el buen nombre, es mejor segun el Sábio, que las muchas riquezas, es un bien tan superior, que nadie lo aprecia menos que las pupilas de sus ojos. La murmuracion pues aunque parezca en si ligera, incluye cierto carácter de deformidad que la agrava; pues una sola palabra, dicha tal vez con ligereza, puede hacer un daño considerable, asi como una centella que en poco fuego puede abrasar, dice Santiago, una grande selva.

¿Pero si no hago yo mas que oír al murmurador? ¡Ah, que ilusion! ¿Hace acaso menos daño el que á unos discursos malignos alarga su oído atento, que el mismo que murmura? Aun quizas es mas criminal. Y sino, decidme, quien es mas criminal el que pega fuego á una casa ó el que pudiéndolo apagar se está calentando á su llama? No se yo, dice el padre San Bernardo, cual de los dos hace mayor daño, y si es mas criminal, el que murmura, ó el que oye con complacencia despedazar el honor de su

hermano. Toda la causa de la murmuracion la viene á refundir el padre San Gerónimo en quien la oye: porqué sino se alargára un oido gustoso al detractor, ¿quién se atrevería á proferir contra su hermano unos discursos malignos? ¡O si se considerasen sus consecuencias, cuanto no se aborreceria este crimen! ¿no son las más funestas sus consecuencias? ¿y sus daños los mas irreparables? Cuántas veces sucede, que una doncella infamada pierde su fortuna, y quizás viendose ya sacrificada su reputacion por la lengua de su detractor, prostituye su pudor, y se abandona? Cuántas una muger casada, por un crimen falso que se le impute, ó por que se describe, se desfigura, se aumenta un crimen verdadero, se ve maltratada de su marido imprudente, que quizás solicita un divorcio? ¿Y cuántas tambien un pobre sirviente pierde un empleo que era la subsistencia de su familia, se ve arrojado de él, por los chismes de un falso calumniador? ¿Qué daños! Y á pesar de que el repararlos sea moralmente imposible, ¡qué comun se ha hecho este vicio! ¡O vicio infame! Huid de el como de una vívora encrespada y envenenadora. Pedid á Dios como David una guarda para vuestra boca y para vuestros labios una puerta que los cierre por todas partes. Detestad para siempre un vicio tan abominable y comun. Si desconfiais de vuestra debilidad clamad al cielo, suspirad por la gracia.

SOBRE LA INCONSTANCIA.

Hosanna filio David, benedictus
qui venit in nomine Domini.

(Matth. XXI. v. 9.)

Jamás se vió triunfo mas distinguido, ni pompa mas magestuosa, que la que hoy á Jesucristo le prepara el pueblo hebreo, para solemnizar su entrada en Jerusalem, capital de la Judea, que habia sido el teatro de sus maravillas, y que habia de ser para corona y complemento de su mision el de sus últimas victorias. No hay bastantes palmas en Cades, ni ramos de olivo y laurel en los campos de Jericó para ocupar las manos y satisfacer las ansias y vivos deseos de honrarle, de los que con repetidos vivas y aclamaciones publican la gloria de sus triunfos. Cada cual pretende ser el primero en estender sus vestiduras por los caminos públicos por donde ha de pasar el Salvador para hacer su entrada triunfante en Jerusalem. Un inmenso concurso cubre las calles y los caminos y los niños hebreos siguiendo el

espíritu que anima á sus padres, esfuerzan mas que nunca su voz para gritar *Hosanna*, esto es, salud y gloria al Hijo de David: Bendito el que viene en nombre del Señor.

¿Y quién creeria que este pueblo empeñado hoy en hacerle los honores debidos á su persona y en solemnizar su triunfo, no le habia de estar eternamente unido? Pero ¡ó inconstancia del corazon humano! Aquellos mismos que hoy le acompañan con tanta gloria, cinco dias despues lo sacan de Jerusalem con todo el oprobio de un reo de estado, no tardan en poner asechanzas á su vida, y pedir su muerte, en la misma semana le cargan sobre sus hombros un madero afrentoso para crucificarle, en el viernes siguiente echan suertes sobre sus vestidos y queda despojado de los mismos. ¿Qué contraposicion de sentimientos! ¡qué cosas tan contrarias! Ved aqui, fieles míos, una imagen de lo que hoy pasa en otro pueblo mas favorecido. ¿No se vé renovada esta escena con dolor en muchos de los cristianos? Reflexionad sobre su conducta: veamos la inconstancia de nuestro corazon, que nunca se fija con constancia en los caminos de Dios.

Solo Dios es inmutable. Los estados se trastornan, los imperios se mudan, los reinos se acaban; pero Dios siempre es el mismo. Este es uno de los atributos que hacen su gloria; ser

siempre constante en sus designios, determinaciones y consejos. Lo que tiene decretado en la eternidad, esto ejecuta constantemente en el tiempo. Yo soy, dice el mismo, yo soy el Señor, y no me mudo: *Ego Dominus et non mutator* (Mal. 3.). El hombre que criado á su imagen debia esforzarse á imitar su constancia, no solo es mudable, sino que se desmiente á cada paso asimismo en sus resoluciones y propósitos. Agitado de unas pasiones que continuamente le embisten, y que el mismo abriga en su seno, no puede vivir un instante en sosiego: él se encuentra en una agitacion continua y que le expone á mil desgracias ¡Qué situacion tan triste y debil! Un pobre bagel combatido de los vientos, y hecho juguete de las amotinadas olas de la mar, es la imagen mas propia de nuestro corazon. Un deseo le deja, otro le toma, este le acomete por una parte, aquel le asalta por otras y en medio de tanta vicisitud y en cuentros de deseos, ni el mismo sabe lo que quiere. Lo que hoy apetece, mañana reprueba: lo que ahora quiere, al momento lo desapruueba. De aquí la pesada carga de la inconstancia que le oprime, y bajo cuyo peso andamos todos encorvados. Todos pagamos tributo á una pasion tan opuesta á los sentimientos nobles de una alma, que debia regir con imperio todos los movimientos de nuestro corazon.

Tal es el hombre dejado á si mismo. Pues ¿y de donde nace esta inconstancia del corazon

humano? De donde nace, que somos tan inconsecuentes á nosotros mismos, fluctuando, como decia Seneca, entre dos deseos, que hacen como un juguete de nuestra vida, alternando la virtud y el vicio, la penitencia y la codicia para sostener nuestra inconstancia? ¿De donde ha de nacer? De que jamás nos determinamos á arrojar de una vez de nosotros el espíritu del mundo; de que no habemos aun arrancado del fondo de nuestro corazon la maldita levadura de las pasiones que contamina todas nuestras obras. ¡Qué ilusión! Nos parece haber vencido al mundo, y ser ya del partido de Jesucristo, y el mundo está siempre dentro de nosotros. ¿Qué es vencer al mundo? Vencer al mundo es renunciar á todas sus máximas, á su espíritu enteramente contrario al de Jesucristo: vencer al mundo es superar la impresion de todas las criaturas que nos traen á su amor, y á poner en el goce de ellas nuestra felicidad; vencer al mundo es oponernos con generosidad á todos los artificios de nuestro enemigo, que conociendo nuestras debilidades, y la parte por donde flaquea nuestro corazon, está continuamente aplicado en servirse de las criaturas para seducirnos, y no para de estudiar nuestras inclinaciones para mostrarnos los vicios por la parte mas propia para empeñarnos en ellos.

Para conseguir esta victoria, es necesario mucha vigilancia, dice San Juan Crisóstomo porque el combate es continuo, los enemigos

con quienes combatimos irreconciliables, y nunca se fatigan. Si una tentacion no les basta, luego oponen otra mayor; si encuentran á nuestra alma fortificada por una parte, la acometen por otra. No escapamos de un lazo, que ya nos tienen otros preparado, pues que como leones rabiosos braman sin cesar al rededor de la presa para devorarnos.

Pero vengamos al principio mas inmediato y principal por el que no somos constantes en el camino de Dios. ¿De donde nace principalmente esta inconstancia? De que quisieramos conciliar los derechos de Dios con los del mundo, de que quisieramos unir los intereses de la virtud con los de nuestro amor propio. De que quisieramos servir á dos señores y esto segun la sentencia del Salvador es imposible (Matth. 6.). Espiritus dobles y debiles, segun los llama Santiago, han de ser inconstantes en todos sus caminos, y jamás podrán fijarse en la virtud (*Cap. I.*); y envidiando á los que van delante de ellos siguiendo al mundo, la inconstancia hará un carácter, y los llevará, segun el mismo, á toda suerte de maldad. Esta inconstancia que nos hace faltar á nuestras resoluciones, y desmentirnos á cada instante á nosotros mismos, tiene su principio en el desorden de una concupiscencia fatal, que llega hasta á quitar la razon, y por esto el Espíritu Santo compara al inconstante á un hombre sin juicio. El amor del mundo y de las criaturas,

el amor de los placeres de la carne, ved lo que avasalla vuestro corazón al vicio y os hace inconstantes.

Pero ¿y para qué cansarnos en añadir razones que os convenzan de esta verdad? Apelo á vuestro corazón mejor, y os pido, que seais vosotros jueces de vosotros mismos. Decidme pues vosotros, hombres mundanos, que al mismo tiempo que quereis poner vuestro corazón en Dios no lo podeis arrancar de vuestras riquezas, ni de vuestros placeres obscenos, que os hacen ya presentar á la vista de los santos Angeles la imagen fea de un condenado: vosotros que quisierais conciliar la virtud con el vicio, y la felicidad mundana con las máximas del Evangelio: ¿Qué es, decidme, qué es lo que hace olvidar vuestras obligaciones respecto á Dios en la primera ocasion que se os presenta, qué es lo que os allana el camino del infierno por esa confusa alternativa de caidas y recaidas, de confesiones y de nuevos pecados? Decidlo tambien vosotros, mugeres del dia, que dominadas de la vanidad y corrompidas por el placer; no se os puede hablar de vuestros gastos superfluos, de vuestros comércios impuros, de vuestros ademanes provocativos, sin que volvais vuestros desdenes y vuestros menosprecios, y aun quizás vuestras envenenadas lenguas contra el ministro de Dios, que á nombre suyo las condena. ¿Quién, decidme, quien aleja tan presto de vuestro espíritu, y apaga en vuestro

corazón aquellos santos deseos, aquellos propósitos y resoluciones que quizás habreis formado de negaros á lisongeros amantes, de reformar vuestras vanidades y vuestras galas, y renunciar de nuevo á las pompas del demonio, fieles ya al juramento de vuestro bautismo? La gracia quiso empezar su obra, unos discursos cristianos os habrán quizás medio inflamado en la virtud, los rayos del Evangelio os habrán hecho temblar, algunas lágrimas se habrán arrancado de vuestros ojos, y aun habeis dicho alguna vez á Dios con David: *Señor. decid á mi alma, yo soy tu salud.* (Psal 34) Unos deseos sinceros de vuestra santificacion; os habrán llevado á los pies de algun ministro de la alianza, á quien en el tribunal de la penitencia habreis abierto los senos de vuestras conciencias, y descubierto todas las llagas de vuestro corazón. Dóviles por entonces á la voz de Dios, habreis tomado sus instrucciones y abrazado unas penitencias necesarias para sugetar vuestras pasiones, y curar las heridas de vuestra alma. Ya correis de tropel con los Judios á salir al encuentro de Jesucristo: ya penetrados de consuelo y de gozo lo recibis dentro de vuestros corazones: ya os juntaís á los gritos de los niños hebreos, salud y gloria al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del señor. Pero ¡ó inconstancia del corazón humano! Esto dura un momento, como una ráfaga de luz que al punto se desvanece. A pocas horas, y qui-

zás en breves momentos se renueva la misma escena que en Jerusalen. El mundo alega sus derechos, aumenta el demonio sus trazas, la carne pone en juego sus pasiones, y luego como aquellos Israelitas impios, de quienes habla David, *conciben disgusto de la virtud, tienen en nada las promesas de Dios, murmuran de la Religion y que no oyen la voz del Señor* (Psal. 105.) Poco es esto, Llenan á Jesucristo de oprobios, le forman un calvario en su propio corazon, y lo vuelven á crucificar, como dice San Pablo (Hebr. 6.).

¿No es así, fieles míos? ¡Qué dolor! ¿Donde está nuestra Religion? Esta Religion divina, que salió del ejemplo y doctrina del Salvador, esta Religion santa y pura que nos hace abjurar las pompas de Satanás, y el lujo escandaloso del mundo? Corazones inconstantes, ¿cuándo os fijareis en vuestras resoluciones? ¿cuándo renunciareis de buena fe á vuestras pasiones, y á vuestros vicios? ¿No veis que es imposible la alianza de la virtud con el vicio? ¿No veis que es imposible servir á dos Señores! Pues ¿hasta cuando habeis de permanecer en vuestra illusion? Desterrad la inconstancia de vuestro corazon. ¿Necesitais la gracia? Pedidla á Dios y por ella que domine como absoluto dueño en medio de vuestro corazon.

193

ACOR-3/0001

PARA EL DIA DE LA ANUNCIACION DE NTRA. SRA.

ANUNCIACION DE NTRA. SRA.

Missus est Angelus Gabriel à Deo in civitatem Galilææ, cui nomen Nazareth, ad Virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph, de domo David, et nomen virginis Maria.

(Luca, I, v. 26-27.)

Acabais de oír, fieles míos, una lectura del Evangelio eterno de nuestro Señor Jesucristo, segun San Lucas: y yo cual vosotros, he atendido en él, el gran sacramento de nuestra redencion y la mayor obra de todas las obras de la diestra del Todo poderoso; veo el pensamiento eterno de un Dios y el medio de manifestar su bondad inmensa, su caridad infinita, y su sabiduria adorable; la obra que contiene toda la economia de su amor y gracia. Ahí se ve lo eterno, lo infinito, lo inmortal, lo fuerte, lo divino, que se une á lo temporal, limitado, pequeño, débil, enfermo y humano; la historia de ese gran suceso está en esas palabras que habeis oído; dos solas personas hablan. El Ángel, que conocemos con el nom-

bre de Gabriel saluda á la preciosa flor de Nazareth, la Virgen Maria, y á su humilde contestacion, *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*, tenemos que admirar en una sola fiesta la Anunciacion de Maria y la Encarnacion del Hijo de Dios. Este misterio que es importantísimo se nos refiere con la mayor sencillez en el Evangelio que habeis oido, y del cual voy á daros una sencilla exposicion. Espero pues, fieles míos, que á su grandeza é importancia correspondais con el agradecimiento que es debido y la santa Iglesia nos enseña somos todos deudores.

Tan importante, católicos cristianos, es el misterio de la encarnacion del hijo de Dios en las purísimas y virginales entrañas de Maria Santísima, que es el primer artículo de nuestra santa fe, de los que pertenecen á la humanidad de Jesucristo, y el mas alto é inefable de los misterios, despues del de la Santísima Trinidad. Por este artículo estamos obligados á saber y creer, que la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es el hijo del eterno Padre, quien de su naturaleza es espíritu purísimo, y como el Espíritu santo, y desde la eternidad jamás tuvo cuerpo ni mezcla de carne ni sangre, quiso en tiempo hacerse hombre visible como cualesquiera de nosotros, tomando cuerpo y alma que es nuestra naturaleza hu-

mana. Con esta se unió tan estrechamente en persona, que para siempre será hombre, sin dejar de ser Dios: de manera que su hijo, no siendo mas que Dios antes de encarnarse, desde que despues acá se encarnó en las purísimas entrañas de Maria Santísima, hija de Santa Ana y esposa de San José, desde entonces es Dios, y hombre verdadero. Es Dios, porque es hijo del eterno Padre desde la eternidad, de quien tiene su divino ser; y es hombre, porque es hijo de Maria, de la cual tomó el ser humano, que es nuestro cuerpo y alma en el dia de hoy.

El modo con que se hizo este altísimo misterio en todo es sobrenatural, prodigioso y divino. Es en el que quiso Dios manifestar lo mas primoroso de su sabiduria, bondad y amor hácia á los hombres; porque el hijo de Dios no fué concebido, engendrado, ni hecho hombre en las entrañas de Maria con el modo que lo son los demás hombres. Su encarnacion es purísima; toda es purísima y perfectísima obra de la Trinidad santísima.

Habiendo llegado la plenitud del tiempo en que el Padre eterno tenia determinado enviar su hijo al mundo para tomar carne humana, y hacerse hombre y conversar con ellos, crió una pura criatura humana, mas excelente en santidad, más dotada de sus dones y gracias, y mas prevenida de sus bendiciones celestiales, que lo restante de las demás criaturas juntas,

bre de Gabriel saluda á la preciosa flor de Nazareth, la Virgen Maria, y á su humilde contestacion, *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*, tenemos que admirar en una sola fiesta la Anunciacion de Maria y la Encarnacion del Hijo de Dios. Este misterio que es importantísimo se nos refiere con la mayor sencillez en el Evangelio que habeis oido, y del cual voy á daros una sencilla exposicion. Espero pues, fieles míos, que á su grandeza é importancia correspondais con el agradecimiento que es debido y la santa Iglesia nos enseña somos todos deudores.

Tan importante, católicos cristianos, es el misterio de la encarnacion del hijo de Dios en las purísimas y virginales entrañas de Maria Santísima, que es el primer artículo de nuestra santa fe, de los que pertenecen á la humanidad de Jesucristo, y el mas alto é inefable de los misterios, despues del de la Santísima Trinidad. Por este artículo estamos obligados á saber y creer, que la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es el hijo del eterno Padre, quien de su naturaleza es espíritu purísimo, y como el Espíritu santo, y desde la eternidad jamás tuvo cuerpo ni mezcla de carne ni sangre, quiso en tiempo hacerse hombre visible como cualesquiera de nosotros, tomando cuerpo y alma que es nuestra naturaleza hu-

mana. Con esta se unió tan estrechamente en persona, que para siempre será hombre, sin dejar de ser Dios: de manera que su hijo, no siendo mas que Dios antes de encarnarse, desde que despues acá se encarnó en las purísimas entrañas de Maria Santísima, hija de Santa Ana y esposa de San José, desde entonces es Dios, y hombre verdadero. Es Dios, porque es hijo del eterno Padre desde la eternidad, de quien tiene su divino ser; y es hombre, porque es hijo de Maria, de la cual tomó el ser humano, que es nuestro cuerpo y alma en el dia de hoy.

El modo con que se hizo este altísimo misterio en todo es sobrenatural, prodigioso y divino. Es en el que quiso Dios manifestar lo mas primoroso de su sabiduria, bondad y amor hácia á los hombres; porque el hijo de Dios no fué concebido, engendrado, ni hecho hombre en las entrañas de Maria con el modo que lo son los demás hombres. Su encarnacion es purísima; toda es purísima y perfectísima obra de la Trinidad santísima.

Habiendo llegado la plenitud del tiempo en que el Padre eterno tenia determinado enviar su hijo al mundo para tomar carne humana, y hacerse hombre y conversar con ellos, crió una pura criatura humana, mas excelente en santidad, más dotada de sus dones y gracias, y mas prevenida de sus bendiciones celestiales, que lo restante de las demás criaturas juntas,

haciéndola tal que pudiese ser madre digna de su hijo. Esta criatura tan pura y santa es María Santísima. Ella fué el sagrado talamo, en el que quiso reclinarse el hijo de Dios. Ella es el paraiso terreno, que fué criado en justicia para el nuevo Adán. Ella es el cielo anidado, en que el divino espejo quiso tener sus mayores delicias, despues de las que goza en el seno de su eterno Padre; de la cual enamorado Dios envió al Arcángel Gabriel, fortaleza de Dios, mensagero tan amoroso, correo de tan felices y buenas nuevas, quien con la mayor reverencia la saludó, diciendo: *Dios te salve Maria, llena eres de gracia*. Tanta gracia como cabe en una alma humana á quien el Señor dió lo sumo de la capacidad, que es posible: llena de gracia hasta donde no pueden llegar las que se concedieron á todos los justos: llena sobre todas ellas, y con una excelencia tan gloriosa, que puedas llegar á ser digna y santa Madre de Dios. Llena de gracia, por lo que así agradaste á Dios, así has aparecido tan graciosa delante de El, que en Ti, como finaliza la salutación el celestial parainfo, el Señor es contigo. *Dominus tecum*. ¡Oh palabras gloriosas para María! San Bernardo, sin embargo nó se admira de ellas; porqué nada mas natural le parece que estuviera llena de gracia aquella con quien Dios estaba. No concluyó aquí la salutación del ángel. Va mas adelante y la termina con estas palabras: *Benedicta tu inter*

mulieres; como si digera: Bendita tú mas que Jael; más que Judith; bendita tú sobre todas las mugeres: tu adelantas y aventajas á todas en gracia, en dones, en belleza, en dignidad, en santidad admirable: tú ¡oh María! eres bendita singularmente: Virgen eres y lo serás, siendo además madre. Isaias la vió de lejos, y saludó á la Madre del divino Emmanuel. Bendita eres sobre todas las mugeres. porqué traerás la vida á los hijos de Eva. Ella fué autora del pecado: tú lo serás del mérito: ella perjudicó matando: tu aprovecharás dando la vida. Ella inobediente, tú sumisa: ella infiel, tu fidelísima. *Benedicta tu in mulieribus*. La Virgen María sé turbó á tal salutación de tanta grandeza. No se lo ocasionó la presencia del ángel. Era si esta salutación la vez primera que el oído humano la ha sentido; y la humilde María piensa en ella y se turba ante la grandeza, que reviste. ¡Bella y santa Reina de la humildad!.. Entendiste que estába cerca el día de la Redención, y que el Señor iba á confiarte la llave del calabozo en el que gemian tus hermanos, y al enviado del Altísimo respondes humildemente: *Vel aquí la esclava del Señor, hágase en mi según vuestra palabra*. En este mismo instante, toda la Santísima Trinidad obró este inefable misterio de la Encarnación en las entrañas de María; porqué todas las obras que Dios hace fuera de si son comunes á la Santísima Trinidad. Aquí el Padre, el mismo Hijo y

el Espíritu Santo unieron aquel cuerpo y alma á la personalidad del Hijo, concurriendo este mismo á vestirsela; y desde aquel instante el Hijo de Dios fué hecho hombre, y quedó Dios y hombre verdadero, no por obra de varon sino por la del Espíritu Santo. No por esto el Espíritu Santo es padre de Cristo, porqué no le dió de su substancia, sino de la substancia y sangre de Maria: aquí el Padre eterno vistió al hijo del humilde sayal de nuestra humanidad, el Espíritu Santo tambien le vistió; se vistió tambien el hijo y solamente este quedó vestido y hecho hombre; no empero el Padre y el Espíritu Santo quedaron hechos hombres, y así solo el hijo es Dios y hombre verdadero.

El fin y causa porqué se quiso encarnar el Hijo de Dios, fué para sacarnos de las tinieblas de la ignorancia, enseñándonos visiblemente el camino del cielo con su doctrina y ejemplo; y para redimirnos del pecado satisfaciendo de todo rigor de justicia á Dios por nuestras culpas. Esto no podian hacerlo ni todos los hombres, ni todos los ángeles, sino un Dios que juntamente fuese hombre y un hombre que igualmente fuese Dios; porqué este como fuese inmortal é impassible de su naturaleza, no podia padecer como era menester para satisfacer por nuestras culpas. Y un hombre puro que no fuese Dios, podia bien padecer, pero no podia con sus penas satisfacer, por ser todas de un valor finito y limitado; y así fué menester un hom-

bre Dios, por lo cual se encarnó el hijo de Dios, y se hizo hombre por nuestro amor y por nuestra salud.

Se deduce de aquí cual ha de ser nuestro agradecimiento, siendo el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, de tanta dignacion que no se puede bastantemente encarecer. En efecto, si el hijo de Dios no se hubiese encarnado, quedábamos en perpétuas tinieblas, condenados para siempre á eternas penas, y privados de la gloria por toda una eternidad; y encarnándose el hijo de Dios, como se ha encarnado, y padeciendo y satisfaciendo en cuanto hombre, quedamos restituidos á la gracia de Dios y vueltos al camino de la salvacion; de manera que solo por culpa nuestra podemos perdernos, y no por falta de lo que nos mereció el Hijo de Dios encarnado. Este misterio lo debemos tener muy presente en nuestra memoria pensando, meditando y venerando la humiliacion tan grande de un inmenso Dios, que no cabe en los cielos ni en la tierra, encerrado por nuestro amor en las entrañas de una humildísima Virgen y estar en ellas como en una cárcel: vestido de nuestra mortalidad el inmortal; abreviado y circunscrito el inmenso, limitado el infinito; temporalizado el eterno; humillado el altísimo; hecho carne el espíritu purísimo; y hecho hombre el criador de los hombres. La misma Iglesia santa para que tengamos este agradecimiento y memoria con-

tinua de tan gran beneficio toca las tres Ave Marias todos los dias, á fin de que con las señales de las campanas, nos postremos en la tierra y veneremos humildes tan gran misterio, saludando á María Santísima con tres Ave Marias; habiendo concedido tambien los sumos pontífices muchas indulgencias- á la devocion de este gran misterio para obligar mas á los fieles cristianos al culto y agradecimiento tan debidos. De la misma manera al oír en la santa Misa aquellas palabras del Credo: *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, et homo factus est*: y á las del Evangelio de San Juan; *Et Verbum caro factum est*: debeis adorar con profunda humildad interior y exterior al Hijo de Dios encarnado, en lo cual ganareis, fieles míos, tambien varias indulgencias, y os hareis merecedores de los frutos de la Encarnacion, de la gracia divina y la gloria celestial.

DE LA RESURRECCION

ESPIRITUAL DEL PECADOR.

Jesum quæritis Nazarenum, crucifixum: surrexit, non est hic.

(*Marc. XVI. v. 6.*)

La Iglesia santa, que es la casta esposa de nuestro Salvador deja hoy el llanto y tristeza de que estaba llena los dias pasados, enjuga sus lágrimas, convoca y junta á sus hijos para la mayor de todas sus solemnidades. Acudid pues, fieles míos, y llenad el templo desde la puerta del Santuario al pié del altar. Jerusalem cesa de llorar y se halla transformada de júbilo y alegría. Lo pide el extraordinario consuelo de hoy. Jesucristo, esperanza vuestra y mia, ha salido glorioso del sepulcro. Vengo, pues, á anunciaros su Resurreccion, para celebrar con vosotros su triunfo. Jesus Nazareno ha resucitado, como lo habia prometido

¡Qué admirable motivo de instruccion no ofrecen estas palabras de mi texto! La resur-

resurreccion de Jesucristo es una consecuencia de sus promesas, y un desempeño de su palabra. Prometamos á Dios nuestra conversion, y salgamos del pecado á la gracia ó resucitemos espiritualmente, y hagamos nuestra resolucion eficaz, como él ha hecho la suya: *Surrexit sicut dixit*. La resurreccion de Jesucristo ha sido á su vista un empeño á una vida inmortal. Si habemos recibido esta gracia de nuestra resurreccion, habiendo huido del pecado y hallándonos en la gracia, conservémosla para no morir más, asi como Jesucristo no ha muerto despues de la suya: *Surrexit sicut dixit*. Fijad bien, fieles míos, vuestra atencion.

Es muy cierto, que asi como Jesucristo ha resucitado porqué lo habia prometido, querido y resuelto, nosotros dependientemente de su gracia debemos convertirnos, porqué habemos concebido el designio de ello, formado la resolucion y tal deseo. Que asi como Jesucristo ha resucitado apesar de los obstáculos que se oponen á su resurreccion, nosotros con el auxilio de la misma debemos superar todos los que se oponen á la nuestra. En resumen Jesucristo ha resucitado como lo habia prometido; á nosotros pues toca cumplir como él nuestra palabra, y hacer nuestra resolucion bien eficaz.

No, fieles míos, no puedo yo persuadirme, que estos santos dias en que la Iglesia por

una ley expresa os manda llegaros al tribunal de la penitencia, y á la mesa eucarística, no lo hayais deseado, querido, y prometido á Dios vuestra conversion. Por lo tanto, si habeis pues prometido á Dios, y resuelto vuestra conversion; y quizás si hasta de aqui no lo habeis cumplido la palabra, debeis al presente de cumplirla, de manera que se pueda decir proporcionalmente de cada uno de vosotros como de Jesucristo. No busqueis á este hombre en el sepulcro que estaba: no está ya: *Non est hic*, porqué ha resucitado como lo habia prometido. *Surrexit sicut dixit*. No se podrá jamás dar este testimonio á vuestro favor, á menos que no formeis de esto una resolucion absoluta y sin limitarla, como lo habeis hecho muchas veces condicionalmente, y por esto ha impedido la mudanza de vuestras costumbres. Es cierto, que por lo que mira á Jesucristo su promesa y resolucion de resucitar era absoluta, y que respecto á vosotros debe ser un designio firme, que nazca del corazon, y que delante de Dios os haga tan fieles, como os gloriáis de serlo delante de los hombres, cuando habeis hecho algun juramento. Nuestro corazon corrompido casi nunca tiene parte en nuestra conversion. Nuestra boca la tiene, pues la pedimos á Dios; nuestro espíritu la tiene, pues formamos algun proyecto de ella; nuestra imaginacion la tiene, sobre la bella idea que de ella formamos, por la que nos creemos convertidos; mas ordina-

riamente no la tiene nuestro corazon, ó es un corazon que se divide entre Dios y el mundo, un corazon que habla por el uno y el otro, con esta diferencia, que lo que quiere por el mundo, lo quiere absolutamente, y lo que quiere por Dios, no lo quiere, sino en parte. Con relacion á otras cosas no tenemos medias voluntades, decimos absolutamente yo lo quiero, yo lo haré: solo en lo mas principal y mas importante, que es nuestra conversion, tenemos estas resoluciones partidas, fluctuantes é ineficaces. De esto viene, que jamás nos convertimos, ó que falsamente creemos estarlo, cuando aun nos hallamos inclinados á los mismos objetos encadenados por las mismas pasiones, empeñados en los mismos lazos que no queremos romper. ¿Y porque? Porque estas promesas son estériles y nada producen para la mudanza de una alma.

Corrijamos pues, católicos hermanos, corriamos tan pernicioso desorden, y corriámosle sobre el ejemplo de Jesucristo resucitado. Este Señor habia resuelto, querido y prometido su resurreccion, lo habia prometido y prevenido todos los esfuerzos que sus enemigos harian para impedirle salir de su sepulcro. El mundo toma muchas veces las mismas precauciones para oponerse á nuestra conversion, que tomaron los Judios para impedir la resurreccion de Jesucristo. Ellos pusieron guardas al rededor del sepulcro; no se fiaron de los soldados romanos, y

tomaron los de su nacion. Ellos sellaron este sepulcro y pusieron una piedra gruesa sobre él, para que el cuerpo que encerraba no pudiese salir de allí, ni ser robado por sus discipulos. ¡Débiles y ridiculas precauciones que no han servido sino para hacer conocer mejor la divinidad de Jesucristo, y mostrar que habia resucitado como lo habia prometido! Sus enemigos han caido por este medio en los lazos que ellos se habian aparejado asimismos. Cuanto mas han tratado de impedir, que Jesucristo no cumpliera su palabra, tanto mas han contribuido á la gloria y esplendor de este milagro. Cuanto más furor han tenido para levantarse contra este Dios, mas han adelantado su muerte, y su verguenza á igual modo de que aquellas bestias feroces, que habiendo sido heridas por un diestro y vigoroso cazador cuanto mas corren y hacen esfuerzos para arrojarse sobre él, tanto más se clavan el hierro que les ha herido, y precipitan su muerte. Crueles é insensatos Judios, esto es lo que os ha sucedido. Las frecuentes palabras que Jesucristo habia dado de su resurreccion futura, la promesa por la que se habia empeñado en restablecer el templo de su cuerpo tres dias despues que fuese destruido, eran otros tantos dardos que este vigoroso cazador ha enviado hácia ellos: el hierro quedaba clavado aun en sus costados; y para que la resurreccion no se verificase, pusieron sobre el sepulcro una gruesa piedra, la sella

ron y unieron, añade un historiador, con anillos á las demás. Pero ¡que funestas han sido para ellas estas precauciones! Decretado estaba que Jesucristo resucitaria apesar de estos obstáculos, que preveia se le habian de oponer, y cuando más los han multiplicado, más han adelantado su propia confusion, y haber hecho conocer claro y publicamente que ha resucitado como lo habia predicho. *Surrexit sicut dixit.*

Procedamos á su aplicacion. El mundo, católicos hermanos, se opone á vuestra resurreccion espiritual; el demonio y la carne toman las mismas precauciones para impedir que os convirtais. Las malas compañías que os cercan, y que os pueden dejar, los falsos encantos, ó las amenazas de las criaturas, las tentaciones de sataná que quiere hacer inútiles vuestros buenos designios, los hábitos viciosos que habeis contraido, son como otras tantas piedras que ellos séllan y unen á las otras, para impedir que resuciteis. Pero valor, fieles míos, á vosotros toca burlar estos tan vanos empeños, á vosotros oponer á estas precauciones malignas la firmeza de vuestra resolucion, á vosotros quitar á la muerte su aguijon, y decirle donde está su victoria; y á vosotros tambien pedir á Dios que os dé este espíritu de intrepidez y de fortaleza, que os haga superar todos los obstáculos. Ellos son grandes, y parecen casi invencibles. Por buenos deseos que hayais concebido, y por resolucionos y promesas que hayais hecho, ellos

os espantan; y me imagino que acaso decis lo que aquellas mugeres de nuestro santo Evangelio. ¿Quien nos quitará la piedra que hay sobre el sepulcro? Ellas confesaban su debilidad, sabian que sin un socorro extraño no podian levantarla. Excelente figura de un penitente que reconoce su enfermedad, y que confiesa que no podrá jamás levantar por si mismo la piedra del mal hábito, que impide salga de su sepulcro. Aunque reconocen su debilidad, siguen su camino, no dejan la empresa, y en su esfuerzo se descubre lo que debeis hacer para que hagais eficaz la resolucion que habeis hecho de convertirlos. Otras hubieran dicho: nuestro Maestro se contentará con nuestra voluntad, nosotros quisieramos rendirle nuestros últimos deberes; pero ¿y los soldados insolentes que guardan el sepulcro? ¿Y la gruesa piedra que lo cubre? ¿Y el sello de Pilatos aplicado á ella? ¿Cómo podremos superar estos obstáculos? Mas el valor è impaciente zelo de aquellas piadosas mugeres todo lo supera. Ved lo que debe hacer un penitente con el auxilio de la gracia, que no le faltará. Dirá el orgullo, se juzgará mal de mi; mas yo me cuido poco de los juicios de los hombres, y si he sacrificado á Dios por mis amigos, ya es preciso los sacrifique á Dios. Dirá el amor propio; se me reducirá á una rigorosa abstinencia; se me hará renunciar á los placeres; mas ¿y como satisfaré yo á los excesos pasados sino con estos sacri-

ficios? Asi responde la gracia en el corazon de un verdadero penitente, que deseoso de resucitar con Jesucristo quiere salir verdaderamente del sepulcro de sus pasiones.

Toda la gloria de Jesucristo resucitado consiste en no haber hecho presa sobre él la muerte despues de haber salido glorioso del sepulcro; y toda la dicha y santidad de un cristiano de no volver al sepulcro de sus pecados. Asi el misterio de la resurreccion de Jesucristo que ha sido un empeño á una vida inmortal, y la gracia del mismo, habiendonos sido una vez dada, es un grande y poderoso motivo para perseverar en ella. Debeis, pues, fieles mios, ya mirar la tierra como un lugar de destierro, y no aspirar sino á llegar á aquella feliz morada, feliz y eterna donde reina Jesucristo triunfante. El estado, de este Señor despues de su resurreccion era como un estado violento, por la impaciencia que tenia de volver á su Padre; y sobre este estado digo yo, que nos debemos afirmar para perseverar en la gracia que hemos recibido. Tened, fieles mios, los mismos sentimientos de Jesucristo dejémonos tocar de la gracia y de su virtud y empeño de ir hácia á Dios, de no hablar sino de Dios, de no querer sino a Dios, de renunciar á todo lo que nos pueda apartar de Dios, para tener despues la dicha de gozar eternamente de él en la gloria.

PODR - 8/0001

209

PARA EL DOMINGO DE CUASIMODO.

SOBRE LA FALSA PAZ DEL PECADOR.

Pax vobis.
(Joan. c. 20, v. 19.)

Entre todos los diferentes cuidados que ocupan la vida de los hombres, se puede decir, que cada uno no busca ni ansia, ni desea, sino la paz del corazon. Sin ella todo falta en la tierra, nada se posee; con ella todo abunda, se posee todo. Sin ella todo desagrada, todo disgusta, todo dá que sufrir, con ella el mundo mismo por miserable que sea, la vida por enojosa que parezca, nada tiene que no sea soportable. Por esto mismo, para consolar bien Jesucristo á sus amados discipulos afligidos con su muerte, se deja ver de ellos. les ofrece como fruto de su Resurreccion, anunciándoles con su propia boca, el don de una paz toda divina, que les lleva la paz y tranquilidad á su corazon: *Pax vobis*. La paz. ¡Que don mas precioso!

Aplicad, fieles mios, aqui vuestra atencion, y entendad, que segun el Evangelio de hoy no

una sola vez el Salvador les anunció que les daba la paz, sino por tercera vez. Y esto no es hecho sin un grande misterio, dicen muchos santos Padres, y si hemos de creer á los mismos, es para enseñarnos é inculcarnos bien, que sentamos un principio falso, cuando trazamos en el mundo el plan de una felicidad capaz de satisfacer nuestro corazón: que se marcha mal, cuando se cree, que no sirviendo á Dios se pueden llegar á probar las dulzuras de una paz, reservada solo para una alma cristiana, que satisfecha en su interior de su fidelidad á la gracia, aleja con empeño de sí cuanto pudiera romper la justa correspondencia entre Dios y ella. Deduzcamos, pues, de esto sin extraviarnos del asunto; que el pecador por mas que se esfuerce en adquirir la paz será siempre una paz turbada durante su vida. Pues ¿no es una verdad, que las locas satisfacciones del pecador, aun las mas inocentes, serán turbadas siempre por las amarguras del vicio? Falsa es la paz del pecador. Ohídlo bien.

Mucho imagina y discurre el espíritu humano, como nuestro gran Dios, que es la misma santidad y justicia por la que se ve obligado á recompensar la virtud, y á castigar el vicio: y le parece por lo regular dar á aquella y á este una suerte igual sobre la tierra. ¿Que digo? Si hay alguna dulzura, alguna felicidad en el

mundo, parece que los pecadores llevan la mejor parte, y todo lo que se llama dicha de este mundo parece está reservado para ellos. Suspendamos empero tal juicio, fieles míos, apartemos nuestra curiosidad, ni queramos decidir temerariamente sobre la conducta de Dios, siempre adorable en todo lo que hace. No obstante de que la idea de que Dios nada promete para esta vida á los discípulos del Evangelio, y que todo lo tiene reservado para la otra; la idea de que en el día postrero comenzarán dos eternidades, una para el justo y otra para el pecador, nos pueden explicar los intereses de la gloria de Dios sobre este punto, no lo necesitamos. Dios no espera de hacer sentir al pecador todos los golpes de su justicia en el otro mundo; también aquí se ven algunos que justifican su providencia contra el que le niega el homenaje de su corazón, y no se quiere sugetar á su ley y hacer su divina voluntad.

Bastaría recordar el aviso de San Pablo para esta verdad, cuando nos dice; La tribulación, la cruz, la amargura, la pena, la aflicción por de dentro y por de fuera. Esto es, de las criaturas en donde busca el reposo, viene sobre todo hombre que obra mal. Tendríamos bastante con recordar las terribles amenazas que leemos en las santas escrituras. ¿Que cumulo de estas no se ven! Infelices de vosotros, dice el Señor, que habeis violado mí alianza y sacudido el

yugo de mi obediencia. Vosotros recogeréis con dolor los frutos amargos de vuestras iniquidades, y una secreta maldición os seguirá á todas partes. Por cualquier camino que andeis estaré con vosotros para castigar vuestros desvarios; y opondré al rededor de vuestra casa una cerca de aflicción: yo sembraré abrojos y espinas sobre todos vuestros pasos: y sereis despedazados apesar de vosotros mismos por vuestra propia infelicidad y sentireis lo que os cuesta haber abandonado al Dios de Israel. ¡Qué terribles amenazas! No me quiero detener en presentarlos por prueba de la infelicidad del pecador. Ni quiero llamar la atención para que observeis la mano de Dios, que aun aquí bajo castiga tarde ó temprano á los pecadores de una manera sensible y que hace llover sobre ellos, segun la espresion del Profeta, el fuego, el granizo, el espíritu de tempestad entre otras plagas, que hacen brillar su justicia, queriendo Dios presentarnos un lastimoso espectáculo á la vista del universo. Todas estas pruebas las dejò á vuestra reflexion y me contentaré con discurrir en las penas comunes que hacen, y han hecho siempre el yugo de los hijos de Adan. Digo, puas, que ellas son de doble peso para las almas mundanas y pecadoras, que son siempre grandes é insoportables para aquellos cuyas pasiones no se ven aun domadas por el freno de la Religion y de la piedad cristiana.

Esta es la verdad mas evidente ¿Es en efecto

posible encontrar en ninguno mas sensibilidad que la que experimenta en la pérdida de un bien temporal el que goza con apego de el, y pone toda su dicha en poseerle? ¿Quién puede sufrir menos una injuria, una afrenta, una injusticia, que una alma soberbia, que jamás ha sabido delante de Dios renunciar á un deseo? ¿Quién padece mas en las sorpresas que acompañan á una enfermedad mortal, que el que jamás ha sabido formarse idea ó deseo de la eternidad, y se ha hecho insensible á las santas promesas de su vocacion, creyendo ser inmortal sobre la tierra? ¿Quién siente despedazarse con mas dolor su corazón por la envidia, que aquel que busca á todo precio la estima y gloria del mundo? Amán es dueño de la corte de Asuero, como un segundo monarca con quien se divide el brillo de la corona, y con todo cree que todo le falta, solo porqué Mardoqueo le niega un corto obsequio. ¿Y es menester más, mundo profano, para destruir la imaginaria felicidad de que te lisongeas? Hombres insensatos, ¿Quién se ve más afligido en el trastorno subitò de un proyecto temporal que se formaliza, que aquel que limita sus pensamientos y deseos á gozar de él? Quién pierde con mas sentimiento la ocasion de un placer que un corazón que no vive sino de estos infatuados placeres? En una sola palabra, ¿quién prueba con mas dureza y dolor la inconstancia tan frecuente de las cosas humanas que una alma que apegada á la

tierra, no piensa sino gozar de las criaturas? Vosotros lo sabéis, y quizás muchos de los que me escuchan tendrán ya en sí mismos una larga experiencia. La virtud del alma justa hace su remedio en los mas grandes males, y el mundo muchas veces no lo puede encontrar en las mas pequeñas penas. Hay ocasiones en que un solo revés de fortuna viene á emponzoñar la mas aventajada posicion, y una ligera desgracia es capaz de turbar el reposo de toda la vida. ¿Donde está pues esta paz de que tanto se lisongea el mundo? ¿Donde estos hombres tan felices que pretende formar? Seamos ingenuos, confesemos, que es un estado bien duro y bien violento verse cercado de penas sin mérito y sin fruto, y cargado de cruces sin conformidad, ni paciencia; y quitándole al pecador el fruto de la paz, hagamos este honor á la gracia de Jesucristo, tributemos esta gloria, que solo en ella puede un corazon encontrar la tranquilidad y la calma.

Mas yo quiero que un peoador sepa tener valor, y encontrar el secreto de sobreponerse á todas las penas que pueden turbar su paz por defuera. ¿Será posible aun imaginar las que su triste situacion le hará sufrir por de dentro? ¿Qué es lo que pasa á una alma infiel entregada al remordimiento continuo é importuno de su conciencia y hecha presa de aquel gusano roedor que siempre le atormenta? Nada hay mas duro y terrible. Esta conciencia sola

ya es un infierno anticipado, este solo remordimiento es un conjunto de las mas crueles penas, y el pecador una infeliz víctima sacrificada sin cesar por sus propias manos, sobre el altar de su corazon. Ya advierte las reprehensiones severas de un testigo domestico que le acusa, que le juzga, que le condena sin piedad, ya la venganza de sus debilidades, ó de su perversidad, cuya confusion apesar de sí mismo lleva á todas partes, ya el enojo de la vida que le ocasiona la pesadez de las cadenas que le hacen gemir bajo la tirania del pecado; ya los clamores secretos, y gritos penetrantes de un corazon herido, que siente el dolor de sus llagas, y pide sin cesar un consuelo que no se le puede dar, ya por fin los pensamientos importunos que le afligen, y la impresion dolorosa de un espanto mortal que en ciertos momentos le asalta. Como es lo que merece, dice San Gerónimo, teme que una mano invisible no traese su condenacion, y que la espada vengadora de aquel cuya paciencia cansa y fatiga no cayga sobre el. Todos estos pensamientos asaltan al pecador en el seno del mismo placer, y asi en el tumulto del mundo como en la calma del retiro, reparten la turbacion y amargura en el corazon. En vano se buscan socorros para distraerse. Nunca se puede huir, dice San Juan Crisóstomo, de aquel gusano roedor de la conciencia que reparte la amargura en todo el hombre.

¿Quién jamás resistió á Dios, decia el todas Job, y pudo lograr la paz? (*cap. 3.*) Hablan, pecadores, hablad de buena fé, y sin preocupacion? ¿Quién de vosotros hasta de aquí ha podido vivir solidamente satisfecho? Traed á la memoria vuestros mas bellos y floridos años. ¡Qué de malos dias! ¡Qué de tristes noches! ¿Y habeis hallado jamás un reposo sólido en vuestro pecado? ¿Cuántas veces en medio de vuestras mas grandes diversiones, una secreta amargura ha sorprendido vuestros sentidos, y cerrado vuestro corazon? ¿Cuántas veces en medio de todos los encantos del placer habeis advertido no se que de desazón que al parecer despedazaba vuestra alma? Vosotros quizás habréis probado por una triste experiencia, que no hay paz para los impios: *Non est pax impiis.* (Isai. 21.) No hay paz para ellos en vida.

Pecadores, á quienes el pecado detiene aun con demasiada infelicidad de vuestra alma entre sus duras cadenas, ¿que partido quereis tomar? Hoy se os dá la opcion. Elegid: pero mirad que la eleccion que hagais ha de tener unas resultas eternas. Os veis colocados entre Jesucristo y el mundo: el uno y el otro os ofrece la paz. Aquel una paz sólida, fruto de una buena vida; este una paz falsa, que os hace infelices en medio de los mayores placeres de la vida. Si buscáis pues cruces y tormentos seguid al mundo, si buscáis tranquilidad y vivir en paz, seguid hoy á Jesucristo resucitado.

LA SUMISION Á LA IGLESIA.

Oves mee vocem meam
audiunt.

(Joan. c. XX. v. 25.)

Jesucristo en su Evangelio hoy nos anuncia, que no habrá mas que un redil para sus ovejas, y un pastor que las gobierne. Y esta verdad de diez y ocho siglos viene admirándose por una perpetua sucesion de fieles, y de hombres apostólicos, revestidos de su autoridad, é ilustrados de su espiritu, por una misma unidad de fé, de moral, de sacramentos, y de misterios. Reconozcamos, fieles míos, aqui la singular obligacion que tenemos á la misericordia de Dios, que nos ha puesto en el número de estas ovejas que reconocen al verdadero pastor por su palabra, mientras que millares de almas están sumergidas en las tinieblas de la idolatria, divididas y separadas de nuestra comunion por la heregia, ó por el cisma unidas á unas cátedras infestadas de varios errores. Pero reconozcamos tambien la estension de nuestra

obligacion, y las circunstancias esenciales de nuestro deber, para corresponder por nuestra parte de que no haya mas que un redil y un pastor. Para este objeto solo á la Iglesia es á quien debemos escuchar y seguir como ovejas dóciles. Sola ella tiene la regla de lo que debemos creer y obrar, y el canal por donde vienen hácia nosotros las gracias del cielo. Por consiguiente sola ella merece el sacrificio de nuestro espíritu y la sumision de nuestra voluntad. Pues que obedeciendo á la Iglesia, nada harémos que no nos santifique y tranquilize la conciencia. Prestadme atencion á la explicacion de este asunto.

No hablando, fieles míos, ya Dios mas ni por sus profetas como en otro tiempo, ni por su hijo como en la plenitud de los siglos, y no instruyendo Jesucristo á los hombres por si mismo, desde que subió á los cielos, debemos creer á la que de su parte nos habla, á quien ha revelado lo que ha querido que creyésemos. Es sola la Iglesia católica, apostólica y romana donde se conserva esta verdad, y que fuera de ella no hay sino error, ilusion y mentira y que por consiguiente sola ella tiene el derecho de exigir de nosotros el homenaje y sacrificio de nuestros espíritus. Y lo decimos, porqué sola ella tiene las señales particulares, que ninguna otra ha tenido, ni tendrá jamás. Son estas

su antigüedad, su estension, su incompatibilidad con otras sectas. Su antigüedad: ella tiene su origen del mismo Dios, y de su Hijo Jesucristo. Su estension: es escuchada, abrazada y seguida en todas las partes del mundo. Su incompatibilidad con otras sectas: jamás ha sufrido ninguna que se haya opuesto á un artículo de fé, y ha sido siempre tan celosa de la verdad, que ha arrancado de su comunión á los que han atentado contra ella. Ved aqui la verdadera Iglesia

Lo que acaba la prueba de la verdadera Iglesia y el derecho que tiene de someternos á su creencia es su infalibilidad, su inmutabilidad y su firmeza. La heregia, dice Tertuliano, es naturalmente mudable, caprichosa è inquieta, y ciega: no hay sino la Iglesia que sea constante, igual, uniforme, incapaz de innovacion y de mudanza en materia de fé. ¡Bendito sea para siempre el Dios de la misericordia y de la bondad, por habernos sugetado á la pura doctrina de esta verdadera Iglesia, fuera de la que, no hay sino error, variacion, contradiccion y mentira! Ya dice el protestantismo, que vivir sin ninguna dependencia en materia eclesiástica es abrir la puerta á toda suerte de extravagancias, y dar lugar á formar tantas religiones como pueblos: y ya sostiene que no es necesario someterse de tal manera á las decisiones de la Iglesia que no se examinen, y que un particular puede algunas veces enten-

der mejor la Escritura que los Concilios y los Santos Padres. Nosotros nos quitamos esta libertad y confesamos que no tenemos derecho alguno á interpretar las Escrituras fuera del sentido que las ha dado la Iglesia, guiada del Espíritu Santo. Conservamos á la Iglesia el derecho que tiene sobre nosotros, creyendo ciegamente todo lo que nos enseña y sacrificándole nuestro examen, nuestra crítica, nuestras falsas conjeturas, y nuestras cortas luces. Colocamos nuestro espíritu en reposo, persuadiéndonos, que seria el mismo Dios, quien nos engañaria, si por imposible nos enseñase la Iglesia alguna falsedad; y aseguramos nuestra salud y nuestra conciencia no solo por la creencia de las verdades especulativas que nos propone, sino tambien por nuestra sumision á las verdades prácticas, y reglas de costumbres que nos propone. Obedeciendo pues á la Iglesia, nada hacemos que no nos santifique y calme nuestra conciencia.

Nadie puede pasar por cristiano, aunque parezca tener virtud, que no recibe y respeta con humildad la Santa Escritura; nadie asegura su salud, si no pone su conciencia en reposo, escuchando y obedeciendo á la Iglesia. La fe es la que nos dà sabiduría é inteligencia, y en la verdadera interpretacion de las Escrituras se encuentra esta fé; y sola la Iglesia es quien nos dá este verdadero sentido de las Escrituras. De esto se sigue, que nada hay

más razonable ni cristiano, que someternos á lo que nos enseña, nada mas consolante, y que ponga nuestra conciencia en reposo, que obedecer á cuanto ella nos ordena. Ved porqué confesamos en el Símbolo, que es una santa y universal. Es una, porqué Dios que es uno la ha establecido; es santa porqué Dios que es santo, está unido á ella; es universal porqué Dios que es inmenso y se derrama por todo, la ha hecho en alguna manera entrar á la participacion de la inmensidad. Digamos, que es una sola en su santidad, porqué fuera de ella es imposible santificarse; que es universal en su unidad y santidad, porqué todo lo que representa, todo lo que manda, todo lo que encierra nos inspira, nos comunica, nos lleva á la santidad.

Fuera de la Iglesia católica no hay salud. ¡Agradable y verdadera proposicion! Ella es aquella arca misteriosa que flota entre las olas de las persecuciones y de la corrupcion del siglo. Dichosos los que se refugian á ella con el fiel Noé. Mas los que no están allí, es necesario que perezcan. Ella es la nave de San Pedro, donde entra Jesucristo para distribuir á los pueblos que le siguen á su palabra. Dichosos los que la escuchais allí, y desgraciados los que se arrojan á otras naves, donde no habrá para ellos, sino agitacion, y contradicciones. Ella es el redil de que se habla en el Evangelio de hoy. Dichosos los que como ovejas dóciles

se mantienen en él bajo el cayado de su pastor; pero desgraciados aquellos á quienes el libertinage, y el amor á la independencia alejan de él, pues se evitarán de sufrir la rabia de los leones y lobos carnivoros que los rodean para devorarlos. Hablemos en este asunto sin figuras. Fuera de la Iglesia no hay medio alguno de santificarse y de salud, solo ella, dice Tertuliano, es la única y singular en santidad, solo ella nos puede justificar y salvarnos. ¿Y porqué? San Pablo nos lo dice, y es que para salvarse es preciso acercarse á Dios, y para acercarse á Dios tener fé, y esta no se encuentra sino en la Iglesia. San Cipriano tambien contesta, y dice, que no someterse á la direccion y leyes de Iglesia, es no estar con Jesucristo y no recoger con él. Y cuando no se está con él, se está contra él, y cuando con él no se recoge, se disipa y pierde el fruto de su trabajo. No se puede llorar bastante con él la desgracia de aquellos que subtraidos de su providencia, y teniendo por otra parte bellas cualidades, han sido reprobados por no haber querido sujetarse á su enseñanza y ley divina. Bien los vereis sobrios, castos, desinteresados, valerosos, caritativos, llenos de buena fé en sus comercios, de integridad en sus cargos, de paciencia en su adversidad, de moderacion en su prosperidad, de fidelidad en sus palabras, de compasion en las desgracias del prógimo, y con todo han sido condenados. ¿Y porqué? Por qué

no escucharon á la Iglesia, y el que no la oye es desechado de Dios como un pagano, y no recibe recompensa alguna.

Pues ¿y que consuelo y satisfaccion no ha de dar al cristiano que obedece las leyes de la Iglesia? Esta es santa en todas sus cosas y nada hay en ella, que no sea para la salud de sus hijos. Lo es en si misma, porqué ella está unida á la misma santidad que es Jesucristo de quien es el cuerpo y el edificio. Cuerpo que el vivifica y anima, edificio que sostiene; y que hace incorruptible en medio de la corrupcion de los siglos; y esposa toda bella y hermosa, toda perfecta, sin mancha ninguna, segun la espresion del Apostol; ella es santa y hace santos por una perpétua comunicacion de santidad, por una abundante efusion de gracias, que encierran los Sacramentos que distribuye. ¿Venimos al mundo hijos de cólera? Nos hace por el bautismo hijos de la gracia, ó hijos del mismo Dios. ¿Tenemos una fe pequeña y languida? La fortifica por el sacramento de la Confirmacion que nos da. ¿Morimos á la gracia? Nos resucita por la penitencia, y el ministerio de las llaves. ¿Estamos en peligro de ser corrompidos por comercios impuros? Consagra por decirlo asi, nuestra concupiscencia misma por el Matrimonio. ¿Tenemos necesidad de alimento y de fuerza en nuestro destierro? Nos da la sangre y cuerpo de su Esposo en la Eucaristia. ¿Hemos de combatir contra los temores de la

muerte y tentaciones del demonio? Nos anima y consuela con el último sacramento de los moribundos. ¿Somos deudores de algunas penas á la justicia de Dios despues de la muerte? Intercede por nosotros cerca de el, nos abre sus tesoros, y nos hace participes de sus oraciones y sufragios. En fin, ella es santa, por la pureza de su moral y de su ley, que santifica á todos los estados, que regula todas las condiciones y que se opone á todos los vicios.

Ved católicos hermanos, si hemos de sugerirnos docilmente á la Iglesia, si hemos de obedecerla. Creamos pues á la Iglesia, obedezcámosla, que con esta fe informada por la caridad, plantarémus en nuestra alma las virtudes, crecerán con el riego de la gracia y nos conducirán á la gloria.

PLACERES DE LA GLORIA.

Tristitia vestra vertetur
in gaudium,

(Joan. c. 16. v. 20.)

Dios rico en su misericordia para con sus escogidos, los quiere llevar ordinariamente á la posesion de la gloria eterna por el camino de la afliccion. El Sabio dice, que Dios castiga á quien ama: Job, que es bienaventurado el que es corregido por el Señor: y el Evangelista San Lucas, que por el camino de la tribulacion nos conviene entrar en el reino de Dios. Por esto mismo queria el Señor que caminaran sus discipulos, lo que hizo quizás nacer en su espíritu en el estado de su debilidad algun sentimiento de turbacion. Pero en el Jesucristo para consolarlos les dice, no os turbeis. Llorareis y gemireis vosotros, al paso que el mundo se alegra. Os contristareis. Y vuestra tristeza se convertirá en gozo. Se verificó esta prediccion en la Resurreccion de Jesucristo,

pues que Dios les dió á sus discípulos una alegría muy superior á su tristeza, pero por esto no les libró de la tribulacion, en cuyo extremo Dios les queria ejercitarlos. Sucede igualmente á los buenos cristianos, en esta vida, que sus males parecen continuos, pero muchas veces su gozo comienza mucho tiempo antes del fin de ella.

No es para esta vida la completa alegría de los corazones fieles á Dios en medio de las tribulaciones. Es para la vida venidera ó eterna gloria. El mismo Apóstol para esforzarnos á sufrir nos lo advierte cuando dice: *Todo esto breve y momentáneo de tribulacion ha de producir en nosotros un eterno peso de gloria.* (2. Cor. c. IV. v. 17.) ¿Y que es todo lo que podemos sufrir en esta vida en comparacion de la eterna gloria que nos espera? Ved aqui donde requiero la atencion. Nada son todos los trabajos que podemos padecer en esta vida, si nos han de merecer la gloria. Oidlo bien. Los placeres del cielo, son tan grandes, que nos deben inspirar un santo menosprecio de los de la vida.

Los placeres del cielo son tan elevados sobre nuestra expresion, que San Pablo que descubrió una parte de ellos en aquel admirable éxtasis, en que, como él mismo nos lo asegura, fue arrebatado hasta el tercer cielo, no los sabe explicar sino con misteriosas exclamaciones, porquè las cosas reveladas al Santo Apos-

tol fueron inefables, y de las cuales no es posible que un hombre pueda dar idea á otro hombre. Por esto nos dice el mismo: *Que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazon de hombre subió, lo que preparó Dios para aquellos que le aman* (1. Corin. c. 2. v. 15.). Estos bienes inefables y tan superiores se deberán repartir sobre nuestra alma y sobre nuestro cuerpo, de modo que hemos de discurrir de los bienes eternos con relacion á los dos que hacen toda la gloria del hombre.

Y en primer lugar, ¿cual pensais será en el cielo la gloria de nuestra alma? San Agustin nos dice, veremos á Dios, lo amaremos, lo poseeremos sin temor de perderle. Mientras vivimos en este mundo, nuestra fé que nos descubre á Dios, es como una antorcha que brilla en medio de una noche oscura. Veremos á Dios; pero esta virtud ¿que objetos tan inefables presentará á nuestros ojos? Veremos aquellos grandes misterios que durante esta vida ejercitan nuestra fe; admiraremos las efusiones de la bondad infinita sobre nosotros, apesar de nuestros desvarios, descubriremos los decretos impenetrables de su providencia en la conducta del universo; contemplaremos aquellas perfecciones inefables, de que ahora tenemos tan escasa idea; en una palabra, veremos á Dios, veremos la belleza admirable de su rostro, sin sombra, sin nube, sin oscuridad, y en el todas las cosas. ¡Qué placer! ¡qué felicidad!

Mostradme Señor vuestro rostro, decia Moysés á Dios, y ya estoy satisfecho. ¿Y porqué no ha de ser este nuestro suspiro y sentimiento? A la vista de Dios, hallamos toda la satisfaccion, y todo debe merecer nuestro menosprecio. Grandeza, riquezas, placer, lujo, vanidad, todo debe ser indigno de nuestras inclinaciones y deseos.

En el cielo veremos á Dios, y le amaremos. La voluntad de los bienaventurados, no tendrá menos parte en esta gloria que su entendimiento, y todas las potencias de nuestra alma se verán transformadas en Dios. Amaremos á Dios y le amaremos con todo nuestro corazon. Todas nuestras inclinaciones se iran hácia él. ¿Y con que ardor? La piedra que va hácia su centro, el fuego que sube hácia su esfera, son débiles imagines de la actividad con que nuestro corazon se irá hácia Dios. Amaremos á Dios, y le amaremos como Dios, como merece ser amado, como se ama asimismo, sin tivieza, sin division, sin reserva, sin fuerza, sin temor. ¡Qué pena en este mundo conocer á Dios, amarle y no saber si nos ama, ó si está resuelto á privarnos para siempre de su presencia! ¿Qué es esto, Dios mio? Siempre dudar si somos agradables ó no á vuestros ojos? Siempre enemigos que combatir, pasiones que apagar, tentaciones que vencer. Me puedo condenar, puedo perder un alma, y mi Dios cuantas veces respiro. Basta una mirada, un solo pensamiento

para echar por tierra muchos años de méritos. Continuamente en guerra conmigo mismo, yo no soy dueño de mi voluntad, quiere lo que no quiero, ama lo que aborrezco, y desea lo que no puedo dejar de huir, sino me he de perder. ¡Qué vida! ¡Qué miseria! Esta es pues ahora nuestra suerte. En el cielo no habrá ninguna de estas penas, ninguno de estos temores. La voluntad de los bienaventurados estará eternamente unida á Dios. Será tan feliz, dice San Agustin, que se verá eternamente saciada, y esta saciedad se verá acompañada del deseo de poseer lo que saben que gozan. Deseareis, pero este deseo se verá satisfecho por la posesion y esta posesion excitará mas y mas, é inflamará vuestros deseos.

Si: veremos con inefable placer á Dios, viéndole le amaremos, amándole le poseeremos. Ved, fieles míos el término y el colmo de toda la felicidad de la gloria. Poseeremos á Dios, y en Dios todos los bienes, como el mismo Señor dijo á Moyses: *ostendam omne bonum tibi.* (Exodo 33.) Poseeremos las riquezas, y todos sus tesoros, los honores y todo su esplendor, los placeres y todas sus delicias. Tendremos, no solamente lo que deseamos, sino tambien todo lo que es necesario para no desear nada, pues se llenará enteramente el apetito de nuestra voluntad. Por grandes è inmensos que sean nuestros deseos, seremos entonces satisfechos mas allá de nuestros deseos mismos. En la plena

posesion de todos los bienes, probaremos lo que dice el Profeta. Cuan bueno y suave es el Señor. Poseeremos á Dios, y en Dios todos los bienes, sin mezela alguna de males. En este mundo todos los placeres por sólidos que parezcan van siempre mezclados de alguna amargura; jamás hay un gozo puro, aun para aquellos que parece se hallan en el colmo mismo de la felicidad; jamás hay una dulzura sin alguna pena. No será así en el cielo. No habrá allí ni turbacion, ni disgusto, ni enojo; ninguno de los males de esta vida perecedera vendrá á turbar ni un momento la posesion tranquila de aquella felicidad. Por fin poseeremos á Dios, y en Dios todos los bienes para siempre. ¡Oh quien pudiera comprender el peso inmenso de la gloria que añade al paraíso celestial la certidumbre de esta felicidad inmensa en su plenitud é interminable en su duracion? Ella durará mientras que subsista el cielo, y subsistirá para siempre, mientras que Dios sea Dios, y será siempre lo que es, durante todos los siglos, mas allá de millones de siglos estarán los escogidos con Dios y en Dios, siempre grandes, ricos y felices. ¡Qué dicha! ¡Qué gloria! ¿Y desearemos aun placeres del mundo? ¿Aun los desearemos á la vista de una gloria inmortal? ¿No seria mas seguro despreciarlos, ó darles por lo menos el destino justo segun los fines de Dios? ¡Oh y que locos somos, si perdemos de vista los bienes eternos y place-

res del cielo! Fieles míos, deseamos menos ó deseamos mas. Deseamos menos de bienes perecederos que nos seduscan y deseemos mas de aquellos bienes y placeres que al alma y al cuerpo han de hacer felices por toda una eternidad.

Pero ¿y cual será la gloria del cuerpo? El cuerpo tambien encontrará su perfeccion, y complemento de su felicidad en el cielo, ya por qué estará libre de toda suerte de males, ya por el agregado feliz de todas las cualidades gloriosas. ¡Qué se ve en esta vida en el cuerpo que viene á ser el juguete de todos los males! Qué de enfermedades! ¡qué desgracias! ¡qué de aflicciones! Aun no se sale de una, que se cae en otra mayor, y á cada paso amenazan nuevos enemigos á nuestra vida. La hambre, la pobreza, la desnudez, el temor, la violencia de las pasiones, las guerras así interiores como exteriores, la incomodidad de las estaciones, de tantas enfermedades, los naufragios, los incendios, qué mas? La pérdida de la salud, del honor, de los bienes, del reposo. Ved los misterios de este infeliz cuerpo, y ved tambien por qué se presentaba como un bien á los ojos de muchos paganos. Nada de esto habrá en el cielo dice San Juan, todo estará muy distante de aquella región de la gloria. (Apoc. 21.) Nuestros cuerpos segun el Apóstol se vestirán de inmortalidad (1. Cor. c. XV. v. 53.) La claridad, la agilidad, la sutileza ó la imposibilidad serán

sus dotes gloriosos. Las pinturas sensibles que para gloria del cuerpo se nos hacen en el Apocalipsis, se quedan muy atrás y solo sirven para hacernos venir en conocimiento de otros bienes mas espirituales y excelentes que por ellas se nos figuran ¡Qué bienes! ¡Qué placeres! ¡qué felicidad! ¿Y no los desearemos con ardor? Y no nos inspirarán un santo menosprecio de todos los de la vida? ¿No seguiremos la conducta que trazò nuestro Salvador adorable, que pudiendo haber elegido abundancia, riquezas, comodidades, honores, gustos, placeres, amó con preferencia la indigencia, la miseria, los trabajos, los oprobios, las humillaciones, la cruz? El camino del cielo son las cruces; no se puede subir á la gloria sino por el trabajo.

Ciudad santa de Jerusalem, centro de las delicias y donde el omnipotente ha atesorado sus riquezas; ¡qué hayas de estar tan olvidada de los hombres! ¡qué no seas deseada con mas ardor! Almas inmortales, quereis alcanzar el cielo? ¿quereis ver Dios cara á cara, amarle, poseerle por una eternidad? Conformaos con vuestro modelo nuestro Señor Jesucristo, segun las máximas de su Evangelio, que han seguido fielmente los Santos por los trabajos y las humillaciones, el de la cruz, renunciándose á si mismos. Reformad desde hoy vuestra vida, huid del vicio, practicad la virtud, y conservad á toda costa el tesoro de la gracia, prenda segura de la eterna gloria.

DEL ZELO RELIGIOSO.

Vado ad eum qui missit me: et nemo ex vobis interrogat me: Quo vadis?

(Joan. c. XVI. v. 5.)

Hoy en el Evangelio Jesucristo dice á sus Apóstoles que va hácia aquel que lo ha enviado; y al mismo tiempo se queja de que ninguno de ellos le pregunta á donde va. Mas esta reprehension no tanto se dirige á ellos como á nosotros. En efecto, si por una parte la presencia corporal de este su amado Maestro les era de un grande consuelo, es cierto que por otra debian encontrar grandes ventajas en ser privados de ella. Pero no es lo mismo de otra presencia, que San Agustin le llama presencia de direccion y de conducta, por la que está en medio de los fieles, que profesan la verdadera Religion, y cuya pérdida no puede dejar de ser muy funesta á los que la sufren.

He de decirlo, fieles míos, con el mayor dolor. Vemos en el dia, que nuestra Religion di-

vina, es espuesta á muchos ultrajes y persecuciones que le hace la heregia; y que sufre injurias y profanaciones, á causa de la filosofia del siglo. Y no hay quien de vosotros se aflige, porqué con esto la Religion se pierde. Se ve que unos la sacrifican á su ciega política, otros á sus pasiones. ¿Debe importarnos tampoco que se alega, y que no se conserve? No. El honor de la Religion es entre todos los objetos de nuestro zelo el mas justo y el mas digno, aunque se vea á muchos con dolor muy indiferentes á ella. No hay cosa que merezca mas nuestro zelo y á la que por lo comun seamos menos sensibles.

La gloria de Dios y nuestra propia salud son los dos objetos principales á los que se ha de dirigir nuestro zelo. La gloria de Dios, porqué nos ha puesto en el mundo para honrarle y servirle: nuestra propia salud, porqué de nuestra santificacion depende solo nuestra verdadera felicidad. La una de estas dos cosas es de nuestra obligacion, la otra de nuestro interés, y ambas tienen entre si tal relacion, que son inseparables. No podemos trabajar en la gloria de Dios, sin que su misericordia nos haga este trabajo util para nuestra salud; y no podemos obrar nuestra salud, sin que Dios encuentre al mismo tiempo en esto su gloria. Sino damos á Dios la gloria debida, estamos fuera de los caminos de salud, y si menospreciamos

nuestra salud no damos á Dios una parte de la gloria que espera de nosotros, y de la que es en extremo zeloso. ¿Y cual debe ser nuestro zelo para honrar á Dios? Nuestro zelo por la Religion en la cual por su gracia hemos nacido, y este zelo debe ser lleno de piedad para honrarle, de cuidado y vigilancia para conservarla, y de valor para defenderla.

Si, fieles míos, nada ha de seros mas amable, nada ha de inflamar vuestro zelo, que la Religion que profesais. ¿Y porqué? porque á ella sola pertenece santificar á los hombres y conducirlos á su último fin, dice San Agustin. Porqué en ella sola están encerradas las reglas de una vida santa y feliz por la que se adora al verdadero Dios, como quiere ser adorado, y por la que se conoce y se le sirve con una piedad la mas pura. Asi, cuanto mas interese el deseo de glorificar á Dios y de santificarnos á nosotros mismos, tanto mas debemos estar unidos á esta Religion, que es la única que nos prescribe el culto que debemos darle, y que encierra los medios de nuestra propia santificacion. Aunque no hay lugar alguno donde Dios no puede ser adorado, pues lo llena con su admirable presencia, no obstante jamás ha sido verdaderamente honrado y servido en los primeros tiempos, sino por una sociedad de hombres, que haciendo un cuerpo de religion aparte, creian lo que les decia, y que gobernados por Gefes que eran instruidos de sus voluntades,

observaban con puntualidad la ley y las ceremonias que tenían recibidas. Bien conocia el real Profeta la necesidad y verdad de este culto, cuando gritaba en sus piadosos transportes de zelo por la gloria de Dios y decia: *Yo os alabaré, Señor, y anunciaré vuestro nombre á mis hermanos, y os alabaré en medio de la asamblea de vuestro pueblo.* (Psal 21.) Así hablaba David, convencido de esta verdad, que la gloria y adoracion que se debe á Dios, no se le pueden dar sino en la verdadera Religion, y entre esta sociedad de hombres, que hacen profesion de seguir exactamente lo que les ha prescrito para ser honrado. Este principe piadoso, atribuia á este religioso culto la proteccion que recibia del cielo, y el cumplimiento de sus súplicas. Tenia por feliz al que lejos de detenerse en el camino de los pecadores, y sentarse en la cathedra de la pestilencia; ponía todo su afecto en su ley y la meditaba día y noche; tenia por feliz al que sufriendo con paciencia las burlas sangrientas de los pueblos incircuncisos que se reían de su piedad, protestaba altamente que no se hablaria ya mas en las asambleas de aquellos hombres de sangre, cuyos nombres echaria en olvido, amando unicamente y sobre todas las cosas la belleza de la casa del Señor y el lugar donde reside la gloria.

¿Y cual era tambien el celo de este piadoso Rey por la religion de sus padres? La amaba, la honraba, la guardaba, inviolablemente hasta

en las menores ceremonias, y como dice San Ambrosio, tenia ella lugar en todos los asuntos. Ella era la luz de sus ojos, la regla de sus acciones, la alma de sus consejos, el objeto de sus mas tiernos afectos, y de su zelo. Ella lo consolaba en sus desgracias, lo sostenia en sus debilidades, lo conducia y dirigia en todas sus empresas. ¿Qué no hubiera pues hecho, dice el mismo Santo, si el hubiera tenido una Religion tan perfecta como la nuestra? Por consiguiente, ¿qué no deberemos hacer nosotros para honrarla, habiéndonos hecho nacer en ella la providencia? No habia en aquella sino una sombra de las cosas, nosotros tenemos la verdad: no habia mas que la letra que mata, nosotros tenemos el espíritu que vivifica. Su religion y su ley habia sido dada por aquellos siervos de Dios, que habia enviado á sus padres, y Jesucristo nos ha dado y es el autor de la nuestra. En su religion se servia á Dios por acciones externas, y pocos le daban el culto verdadero que merece: en la nuestra con acciones interiores, unas acciones ocultas en el corazón del hombre, un sacrificio razonable y santo, como les llama San Pablo. En su religion eran ceremonias legales, y en la nuestra, una justificacion espiritual, una entera renovacion del hombre. De aqui, se ve, que en cuanto ella ha sido instituida para honrar á Dios, tanto lo ha sido esta establecida para santificar al hombre, por lo que puedo decirse muy bien,

que nada hay que nos toque mas de cerca, y que merezca mejor nuestro zelo. Nosotros que hemos tenido la dicha de ser educados en una Religion tan santa, tan pura, tan fecunda en gracias, tan colmada de bendiciones y tan zelosa de nuestra felicidad, debemos tener tanto zelo para honrarla y defenderla, como tienen los paganos, hereges, cismáticos y judios para sostener la suya.

Veamos pues lo que hacen estos para medir per ahí nuestro zelo. Yo veo en el Genesis un Laban, que corre tras su yerno y sus hijos para recobrar sus ídolos, y en el libro de las Jueces un Micás inconsolable que llora la gran pérdida que acaba de tener, y que responde á los que le preguntan el motivo de su dolor, y de sus gritos: *Me habeis arrebatado mis Dioses, me habeis quitado mi sacerdote y todo lo que tengo de más amable, ¿y aun me preguntareis que tengo?* Yo veo en la historia eclesiástica unos hereges y cismáticos amar su religion hasta el furor, no perdonando ni dinero, ni intrigas, ni sollicitaciones, ni engaños, ni rebelion, para defenderla, uniéndose entre si, aunque divididos por otra parte, en opiniones è intereses, para combatir y destruir la nuestra. Tal fué antiguamente la union de los Melecianos y Arrianos y de estos como los Eunomianos, tal la de los Donatistas con los Maximilianistas, y los Rogacianos cuando fueron arrojados de la Africa, y tal en fin en los últimos siglos la

de los Luteranos con los Zuinglanos, y la de los Calvinistas con los mismos Luteranos, y todo esto por un zelo el mas ciego por su religion y un furor implacable contra la nuestra. ¿Y no se ha visto y se ve á los Judios extraordinariamente zelosos por el honor y defensa de su religion? Las cabezas de familia sin cesar hablaban á sus domésticos, y á sus hijos de ella, y lo que en la muerte les recomendaban á ellos más particularmente el observar todas las ceremonias, y no sufrir jamás que se hiciese contra ella cosa alguna que la deshonzase si se les hacia guerra. Como su religion les inspiraba un respeto particular por el sabado, estimaban más dejarse degollar, que combatir en un dia que hubieran creido profanar tomando las armas. ¿Y que zelo por su templo, y por todo cuanto le pertenecia, negandose á todo consuelo cuando se veian privados de él? Admirables ejemplos del zelo que debeis tener por la conservacion y honor de la Religion, que ni es falsa y supersticiosa como la de los paganos, ni ciega y errónea como la de los hereges y cismáticos, y pasagera como la de los Judios. Mirad, pues concluyo con San Agustin, una madre que tanto nos ama, volvedle amor por amor, proteccion por proteccion, y zelo por zelo. No sufrais que hijos desnaturalizados la deshoren ni que malos siervos la ultragen. Este es vuestro deber; pero por la regular hoy os veo insensibles para practicarle con el zelo debido.

Reflexionemos de momento, sobre la indiferencia, ó frialdad que se tiene al verse atacada la Religion por la impiedad. Se quisiera, dice San Agustin, defender la Religion, mas el temor de ganarse enemigos, y atraerse hacia asi algunas burlas y el temor de disgustar á unas personas de quienes se espera algun servicio, y cuyo odio se teme provocar, apaga desde luego, este buen sentido. Maldito temor, tu haces olvidar las mas esenciales obligaciones. ¿Y por no disgustar á los hombres, se ha de disgustar á Dios? ¡Horrible injusticia gritan los santos Padres! Los perros, dice San Gerónimo, conocen á su amo, y lo defienden, ¿y nosotros desconoceremos á Jesucristo cuando lo vemos perseguido? Cual será nuestro reconocimiento hácia Dios por tantos favores como de su mano hemos recibido, si nos avergonzamos de echarnos á su partido, cuando un impio le ofende? y por ingratos que le seamos, del temor de disgustar á unas viles criaturas, nos habia de retraer de defender á nuestro Criador?

Penetrémonos bien, fieles míos, de esta obligacion. Digamos con el Apóstol, que se nos da muy poco de lo del mundo, con tal que nuestra conciencia nada nos reprenda y que la gloria de Dios sea el objeto principal de nuestro zelo. ¿Y que cosa mas propia de un cristiano? Armaos de valor pará la causa de Dios. El remunerará vuestro zelo con la eterna gloria.

PCDR-2/0001

241

SOBRE LA ORACION.

Petite, et accipietis.

(Joan. c. XVI. v. 24.)

Nuestro divino Salvador no satisfecho con los insignes beneficios que nos ha hecho, y que diaramente derrama en abundancia sobre sus escogidos, ofrece aun nuevas gracias; y abriéndoles francamente sus tesoros, les abre tambien un camino espacioso á sus favores, con solo la condicion de que los pidan. Pedid, les dice á sus Discípulos, y recibireis: *Petite et accipietis*. Pero pedid en mi nombre, dice á sus Discípulos, porqué hasta ahora nada habeis pedido á nombre mio. Lo que impedia á los Apóstoles hacerlo en su estado de imperfeccion es que no estaban ellos perfectamente instruidos de todo lo que se contenia en la fé del Mediador, y de la necesidad de apoyarse unicamente sobre él, y no sobre si mismos. Desconfianza de nosotros mismos, confianza con Jesucristo ved la disposicion con que debemos acudir á pedir

á Dios sus gracias. Debemos reconocer nuestra indignidad y humillarnos delante de Dios, y estar convencidos del poco derecho que tenemos á sus favores. Con esta disposicion pedid, dice Jesucristo, pedid y recibireis.

¿Qué príncipe ha ofrecido jamás sus favores á tan bajo precio? ¡Oh bondad admirable de nuestro Salvador! Pero ¡oh eficacia de una oracion bien hecha! Sube hacia el cielo, nuestra peticion, y luego descendiendo sobre nosotros la misericordia de Dios. Ved el tesoro que hoy nos abre el Evangelio. La oracion es la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna, el origen de todas las gracias, el camino más llano y el más delicioso para ir rectamente hácia la patria celestial. ¿Y al oír este anuncio tan magnífico y lisongero, no se inflamará vuestro corazon de un deseo ardiente para abrazar este ejercicio santo? Pues oidlo bien. La oracion es el único manantial de las misericordias de Dios sobre nosotros.

La oracion es una elevacion del alma á Dios para pedirle su gracia y cuanto necesitamos para alcanzar la salvacion, ó una conversacion y coloquio de nuestra alma con Dios sobre todo lo que puede conducir á nuestra santificacion. La oracion es una obligacion comun impuesta á todos los fieles, y que cada uno debemos cumplir por si mismo si se desea eficaz-

mente su salvacion, porqué á todos los fieles ha dicho Jesucristo: *Es necesario orar, y no decaer jamás de este ejercicio.* (Luc. c. 18. v. 1.) Es necesario orar, de necesidad absoluta é indispensable, y no de conciencia arbitraria. El justo, el pecador, el sabio, el ignorante, el perfecto, el imperfecto, el hombre de negocios, y el que no lo sea, es decir, todo hombre racional, que reconozca con sus nobles facultades de conocer y amar, la capacidad de unirse á la Divinidad está obligado á ejercitarse en la práctica de la oracion. *Es necesario orar.*

De este modo los Santos Padres han entendido estas espresiones del Salvador. Ellos han aplicado todos sus esfuerzos para persuadir al pueblo cristiano el ejercicio de esta virtud. Pues es constante que la Iglesia con quien hemos sido incorporados espiritualmente por la gracia de la regeneracion gime siempre y suspira en este destierro, y no conoce á sus hijos, sino por los gemidos que continuamente envian hácia la patria celestial á donde se encaminan. Por esto el Apostol lo primero que encargaba á los fieles era la oracion; pues sabia bien que era la virtud general de todos los estados y condiciones.

Y á vista de una obligacion tan esencial habrá alguno de vosotros que tenga aversion á la oracion, aquella repugnancia tan vergonzosa, que se vé en muchos de los cristianos para acudir á los templos á implorar misericordia de

Dios? No rompereis esos lazos, con que os detiene el mundo, esas duras y pesadas cadenas con que os aprisiona, esos tan engañosos embalsos con que os alucina y os encanta, porque no entráis de cuando en cuando en el santuario de vuestro corazón á ofrecer á Dios, el suave y oloroso incienso de la oración, que le es tan grato y á nosotros tan necesario? ¡Qué vergüenza, cristianos! Se trata de un espectáculo profano, correis presurosos á él, nada os embaraza; se trata de acudir á los templos á orar, encontráis mil pretendidos obstáculos que os detienen. ¡Qué dolor! Aunque la vida del mundo no tuviera otro delito que el disgustaros de la oración, y retraernos del pie de nuestros altares, á donde debemos acudir á presentar delante de Dios nuestro corazón, solo por esto es una vida de reprobación y de pecado. Hombre mundano, muger desvanecida, esa porción de tiempo que pierdes diariamente ya en cumplimientos vanos, ya en frívolos adornos, ya en visitas expuestas, ya en conversaciones peligrosas, ya en juntas de iniquidad, ¿no estaría mejor empleada en beneficio de su alma en tratar con Dios el negocio de tu salud, en pedirle gracias de protección y de combate, y en llamar á las puertas de su misericordia para que se compadezca de tí? Si decis, que no teneis tiempo para orar oprimidos del peso de los quehaceres del siglo, luego no teneis tiempo para ser cristianos, por qué un hombre que no ora,

es un hombre sin Dios, sin culto, y sin religión. Luego habeis renunciado todo el derecho al reino de los cielos; por qué para llegar á conseguirlo, dice San Gregorio, quiere Dios ser rogado, quiere ser obligado, quiere ser vencido con cierta importunidad. Si decis que no acudís á la oración, por qué no sabeis orar, desde luego os digo, que habeis equivocado en la idea de esta virtud. Pues no consiste la oración en un esfuerzo extraordinario del alma, no consiste en una coordinación de ideas, ó en una penetración profunda de los misterios de la Religión, sino en un simple movimiento de corazón hácia el autor de su ser, en un gemido del alma vivamente movida á la vista de sus miserias, en una elevación de nuestra mente hácia el Criador. Basta presentarnos con humildad ante Dios, derramar á sus pies como agua nuestros corazones, explicar allí nuestros deseos, y este estado hablará por nosotros y nos merecerá la dicha de ser oídos y auxiliados. Este estado de Dios nos alcanzará la gracia de conocer, su grandeza para saberlo amar y de comprender todas nuestras miserias para pedirle socorro. Bien puede Dios sin dependencia de nuestras oraciones remediar nuestra necesidad por un efecto de su misericordia; pero segun el orden de su sabiduría y de su providencia hace depender este socorro de nuestras súplicas y oraciones. Es pues en cualquier situación en que se encuentre el hombre absolutamente ne-

cesaria la oracion. Veamos ahora lo que vale.

La ley de la oracion es reciproca entre Dios y el hombre. Asi como Dios nos obliga á pedirle gracias, se obliga tambien á si mismo á concedérnoslas gratuitamente cuando se las pidamos. *Petite et accipietis*. No hay cosa mas eficaz para con Dios que la virtud de la oracion. Es omnipotente, dice Teodoreto, y de tal eficacia San Juan Crisóstomo, que al parecer hace á la palabra del hombre, tanto y mas poderosa á la de Dios; porquè cuando Dios manda, le obedecen unas criaturas, más al hombre que ora en frase de la Escritura el mismo Dios. ¿Quién jamás, dice el Eclesiástico, invocó á Dios y fue despreciada su oracion? (*Eccles. 1*) Ora Moisés, y vence á los Amalecitas, ora Samuel y destruye el ejército Filisteo. El grande Elias abre los cielos con su oracion y hace bajar sobre la tierra, ya una lluvia abundante, ya un fuego abrasador que consume á los impios. El Rey Ezequias recobra por la oracion su salud, y Ana profetiza se ve libre del oprobio de su esterilidad. ¿Y los tres niños de Babilonia en medio del fuego, Daniel en el lago de los leones, y Jonás en el vientre de un monstruo con la oracion hallan su seguridad. El ladron sube por ella de la cruz al paraiso, y al primer Martir del cristianismo se le abren los cielos. ¿Que más? Con sola la oracion tienen virtud los discípulos del Señor, para dar vida á los muertos, salud á los enfermos, pies á los co-

jos, vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, y obran toda suerte de prodigios, porquè Dios no desampara, dice un Profeta, á los que le buscan, y le invocan.

Pero me direis, ¿en que consiste, que siendo tan eficaz la oracion, acudimos á nuestros templos á orar, y salimos frecuentemente con las manos vacias? En qué consiste que apenas tiene ninguna de nuestras peticiones un efecto favorable? No es otro el motivo, dice Santiago sino porquè falta á vuestra oracion alguna de las condiciones necesarias, porquè pedís mal. Pedís el don de la continencia, cuando la exponéis sin cesar con vuestras relaciones, conversaciones y lectura de libros malos. Pedís paciencia en los trabajos, cuando no buscáis sino vuestra comodidad y quizás por caminos poco conformes. Pedís la fidelidad en las ocasiones cuando no veláis sobre vuestro corazon, y despreciáis las precauciones de la piedad cristiana. Estas son vuestras oraciones y por esto no es de admirar, que Dios cierre sus oidos, cuando orais. Cuando ora la fè, acompañada de la humildad y del fervor, empieza por hacernos aborrecer todo lo que en nosotros desagrade Dios. Pues la oracion sin el espíritu de caridad, que es el alma de toda obra buena, no puede obrar. Entonces es cuando nuestro corazon puede tener confianza en la oracion; entonces es cuando es la llave del cielo que penetra las nubes y que es oida del Señor, como dice el Sabio.

Mal puede esperarse la gracia de un príncipe el que le tiene ofendido por sus maldades. Por esto Antioco no mereció la misericordia del Señor, aunque al fin de su vida, oprimido por el peso de su enfermedad, levantó el grito hácia el cielo. Tampoco es oracion, cuando el corazon. no ora; porquè Dios solamente oye al corazon. Es preciso, cuando oramos recogernos al interior, y dejar todo lo del mundo que ocupa nuestra imaginacion. Ved las condiciones de una oracion bien hecha, con las que es imposible que no sea eficaz.

¿Y vosotros no os netermiuareis á aplicarlos para obtener un feliz suceso en vuestras oraciones? Veís, fieles míos, abierto hoy un tesoro. No hay mas que alargar la mano para lograrlo. ¿No os hallais penetrados de su necesidad y eficacia? Perocereis sin remedio, si lo abandonais. Sin la oracion no podeis convertirlos á Dios. perseverar en el bien, ni obtener favores del cielo. ¿Hay cosa de más interés que la oracion? Esta es la mina de los tesoros de Dios, es la fuente copiosa de la gracia.

SOBRE EL MISTERIO.

Et Dominus quidem Jesus,
postquam locutus est eis,
assumptus est in cœlum, et
sedet á dextris Dei.

(*Marc. c. XVI. v. 19.*)

Hoy celebra la Iglesia, fieles míos, la admirable ascension de Cristo Señor nuestro al cielo. Es el sexto artículo de nuestra santa fé, de los que pertenecen á la santa humanidad de Jesucristo y expresado en el credo menor, que dice: *Se subió á los cielos donde está sentado á la derecha de Dios padre.*

Por este artículo estáis obligados á saber y creer. que nuestro Señor Jesucristo despues de haber comenzado la obra de nuestra redencion, cuarenta dias despues de su gloriosa resurreccion, en virtud propia se subió al cielo, y siendo en cuanto Dios igual en gloria con el eterno padre, en cuanto hombre fué exaltado sobre todas las criaturas. ¡Oh bondad de Dios! que con este misterio dando el último comple-

mento á la obra de la redencion del mundo, dió un triunfo que llena de consuelo á nuestra naturaleza, y de gloria á Jesucristo. ¡Qué misterio! El es el fin, la perfeccion la consumacion cumplida de todos los otros. Es la glorificacion del Salvador, el feliz término de su vida inmortal, la corona de sus acciones, el delicioso reposo de sus largas fatigas, el triunfo de sus victorias, la prueba de sus grandezas, la confirmacion de su divinidad, la felicidad de los Angeles, la alegria de los santos y la exaltacion de todo el universo. Jesucristo abandona hoy el mundo, deja la tierra, no menos por nuestros intereses que para su mayor gloria. Escuchádme con atencion.

Eleवास Señor, gritaba David, elevaos ya al lugar de vuestro descanso, y al seno de vuestra gloria. Asi exclamaba en otro tiempo el real Profeta y tal era el ardor y júbilo con que anuncio él ya muchos siglos antes la gloria del triunfo del Salvador. Gloria inmortal, que pone á este Señor en un punto de su divinidad, que escapa á nuestra comprension.

El misterio de la Ascension de Jesucristo hace uno de los mas grandes articulos de nuestra fé. Aplicaos á comprenderlo, que voy á presentar para fundar la gloria de Jesucristo la teologia de los santos Padres. Aunque este divino Salvador en la calidad de Hijos de

Dios haya poseido desde la eternidad la misma gloria con su Padre, con quien es consustancial, es no obstante muy cierto, que él es el primero de los predestinados, segun esplica San Pablo, y que lo fué á una gloria que no poseia y cuya consumacion no recibió hasta el dia de su Ascension triunfante. Ha sido pues predestinado á dos estados, que han hecho sucesivamente otros tantos misterios de humiliacion y de gloria. Lo fué primeramente á descender al casto seno de una Virgen, para tomar en él nuestra naturaleza. Ved el principio de sus humiliaciones. Lo fué tambien para volver en cierto modo al seno de su Padre, y para ocupar en el cielo el puesto que le era debido. Ved la consumacion de su gloria. El seno de Maria, el seno de su eterno Padre, estos son los dos grandes términos de su carrera. Bajó de lo mas alto del cielo ¡Qué humiliacion! Vuelve á subir con mas esplendor y magnificencia á las moradas eternas. ¡Qué gloria! Con todo es siempre el mismo. Predestinadó á la gloria que hoy recibe, no en calidad de Verbo de Dios, sino de hombre, y hoy es. dice San Agustin, cuando se dá cumplimiento á este decreto eterno.

Si: Jesucristo sube á los cielos. Montaña santa de las olivas, tu eres la dichosa, y en tu cumbre se ve brillar de una manera admirable el esplendor, la magnificencia, el poder y la gloria. Pero, ¿y que gloria? No perdemos de

vista al Salvador, y veremos como puesto en medio de sus discípulos que habia juntado en aquel lugar, desplega cuanto unos ojos mortales podian sufrir los admirables hechizos de su hermosura soberana, y hace brillar su cuerpo mejor que en el Tabor los resplandores de su divinidad, vertiendo en los corazones de sus discipulos una efusion de delicias y de alegría. Colocado entre el cielo que le espera y la tierra que va á perderle, extiende sus manos siempre benéficas, bendice á sus discípulos, y diciéndoles el último adios se separa de ellos, y les deja. Sube, se eleva, trepa los aires, y no para hasta que una hermosa nube viene á servir de peana á sus pies. Sube revestido de esplendor y rodeado de luz, como de un vestido, como dice un Profeta. El sol se eclipsa, los astros mas brillantes se oscurecen al golpe de tanta luz, los Apóstoles se pasman y toda la naturaleza sube, no á favor de un poder extraño, como la Esposa de los cantares apoyada sobre su amado, Habacuc llevado en su torbellino de luz, y Elias en un carro de fuego. Jesucristo sube por si mismo, por efecto de su virtud, todo poderoso. ¡Que triunfo! Por cualquier parte que dirijamos nuestra mirada, veremos su aparato glorioso. En el cielo vereis un tropel de Angeles que descienden rodeados de una luz celestial saliendo al encuentro de su Rey, entonando en su honor cánticos de alabanza y de victoria. Si mirais al abismo vereis á los

espíritus de las tinieblas despojados de su imperio y cargados de hierros; vereis una tropa innumerable de ilustres cautivos, de Patriarcas, Profetas, de Justos que cantan su libertad y su Libertador, libres de su penoso carcelage, y como atados al carro de su triunfo por las manos de un Dios triunfante que va á colocar al cielo estos ricos despojos arrebatados al abismo para siempre.

¿Y no es hora, fieles míos, que sea para siempre esta humanidad ensalzada y glorificada? Puertas eternas, abrid ya Espíritus celestiales destinados para guardarlas, corred esos cerrojos eternos que fabricó el pecado, y ofreced un paso franco al Rey de la gloria, que ha encadenado al demonio, que ha destruido la culpa y que ha triunfado ya plenamente del mundo. El es vuestro Rey. Es aquel rápido conquistador que viene de Edon con sus vestidos teñidos de sangre, haciendo ver en sus llagas la grandeza de su fuerza. El ya ha terminado su carrera, ha cumplido su mision, ya os ha hecho amar de los hombres, ha trabajado en vuestro honor, á expensas de una misma vida. Sube despues de un fuerte combate y una señalada victoria que ha conseguido de vuestros enemigos. Sube despues de haber satisfecho con la efusion de su sangre, vuestra justicia y cumplido todas vuestras voluntades. La hora es llegada. Exaltadle como lo ha pedido. Elevadle á un estado de gloria propor-

cionado á la grandeza de sus obras. Dadle una recompensa que corresponde á la dignidad de su persona, á la profundidad de su humiliacion, al mèrito de su obediencia. Glorificadle, padre celestial, con aquella gloria que ha tenido ya en vuestro seno antes que existiese el mundo.

Clarifica filium tuum.

Ya se verifica su exaltacion. El Padre glorifica á su Hijo. La omnipotencia de este gran Dios despliega á favor de este triunfador de Israel toda su magnificencia. Le pone en posesion de la soberana grandeza, lo eleva al mas eminente grado de gloria, y de una gloria incomunicable á toda criatura, y la hace por fin sentar á su diestra. Un trono mas brillante que el sol, y mas duradero que los siglos es, dice David, el asiento de este Rey de la gloria. Un trono, dice Daniel, de llamas ardientes, cuyas ruedas son un fuego abrasador. Un trono por fin, que es el mismo donde reside Dios. Y ved ya la sacratísima humanidad de Jesucristo asociada á la gloria del mismo Dios, y que entra á una plena participacion de todas las grandezas del Ser supremo, dignidad la mas alta que puede darse. ¿A quien jamás dijo Dios, tu eres mi Hijo, en quien pongo todas mis complacencias? A quien sentó á su diestra? A quién hizo adorar de todas las criaturas? solo á Jesucristo que era merecedor de tal gloria. ¿Pero y que nosotros no debemos entrar á la parte de sus triunfos? La ascension

del Señor no nos consigue ventajas? Si fieles mios. Porqué por medio de ella, dice San Pablo, nos abrió un camino nuevo, desconocido hasta entonces, camino digno de su poder, que ni Moysés, ni Aaron pudieron jamás abrir, camino que debe durar hasta el fin de los siglos y que solo nos podrá guiar á la vida eterna. Y porqué por medio de ella nos prepara un asiento eterno en el cielo. Entra Jesucristo en la plenitud de sus bienes, para asegurar, dice San Gregorio, nuestra esperanza y para darnos un testimonio cierto de que en calidad de miembros suyos llegaremos algun dia á poseer el reino de los cielos. ¡Qué consuelo para una alma justa! Ella alienta su confianza, ella espera, que no menos que esta tropa admirable de ilustres cautivos que lleva consigo el Salvador, llegará á conseguir su destino eterno. Ella por fin cree que seguirá las huellas de Jesucristo, que segun la bella expresion del Apostol es la esperanza de nuestra gloria. Esas moradas celestiales, esos palacios eternos que no han sido habitados sino por espíritus bienaventurados vendrán á ser su morada, por esas almas que apoyadas sobre la gracia que Jesucristo les ha conseguido, tienen la dicha de seguir su camino, que este mismo Señor los ha mostrado.

¡Oh gloria admirable! Oh gloria admirable de nosotros, que Dios nos hace sentar junto á su trono, para gustar allí del torrente de sus

delicias, de unas delicias inefables y para gozar eternamente de una felicidad llena y perfecta. Excluidos por el pecado de origen del paraíso terrenal, Jesucristo despues de satisfecha la divina justicia nos pone en posesion del paraíso eterno, nos hace sentar junto á él. Si, en cualidad de sumo Sacerdote, que ha ofrecido á Dios por nuestros pecados un sacrificio en que él mismo ha sido la víctima, empieza ahora colocado ya sobre un magnífico trono de gloria, á abogar solemnemente por nosotros, y su justicia, satisfecha ya cumplidamente por este sacrificio, dá hoy un libre curso al raudal de sus misericordias ¡Qué misericordial ¡qué bondades!

¿Y las despreciaremos nosotros, despues que el Salvador nos ha puesto á disposicion de conseguirlas con tanta benignidad y franqueza? Despreciaremos un camino que nos abre, un trono que nos prepara, una mediacion que nos ofrece? Elevemos, pues nuestras manos y nuestro corazon al cielo, donde vemos que ha penetrado y ha ascendido nuestro Salvador, donde está sentado sobre su trono eterno, y desde donde domina todo el universo. Elevemos tambien, nuestras voces, y gritemos, que allí queremos reinar donde reina una parte de nosotros mismos, que es Jesucristo nuestra cabeza, y que allí queremos ser glorificados para siempre donde es glorificada nuestra naturaleza. Pero, ¿y como hemos de ser glorificados, con nuestra cabeza, sino seguimos el camino que este señor nos ha trazado practicando todas las virtudes cristianas?

SOBRE LA COBARDIA.

Absque Synagogis facient vos:

(Joan. c. XVI. v. 2.)

La vida del cristiano sobre la tierra no es una vida de delicias. Es una vida de penalidades y de trabajos. Jesucristo al paso que á sus discípulos les promete la venida del Espíritu Consolador, les anuncia unas persecuciones que por ellas habian de verse tan odiados de los judios, que los arrojarían de sus Sinagogas. Les añadió, que lejos de escandalizarse de lo que les advertía, debian armarse de una humilde confianza, en el supuesto que estos males que sufrirían, serian nada en comparacion de los socorros que les dá, y recompensas que les prepara. De estas circunstancias del Evangelio podemos deducir dos verdades. Primera, que diciendo el Salvador, que sus discípulos no serian mejor tratados que él, no podemos nosotros lisonjearnos de ser cristianos, á menos que no superemos con valor y fuerza

todas las dificultades que se nos presenten en la práctica de la vida cristiana. Segunda, por grandes que sean las dificultades que se encuentren en el ejercicio de la piedad cristiana, no deben jamás desanimarnos, ni servir de pretexto para justificar nuestra cobardía, puesto que teniendo una entera confianza con Jesucristo, nada nos faltará para nuestro triunfo. ¿Queremos ser cristianos y pertenecer á Jesucristo? debemos esperar contradicciones, rudos combates, y estrañas pruebas. Pero escuchad, fieles míos, por penosos que sean estos combates y espantosas estas pruebas, no debemos ser cobardes, no deben desanimarnos, ni abatirnos jamás.

¿Qué pensais, fieles míos, que norma de vida señaló Jesucristo cuando llamó á los Apóstoles, y les destinó al mas honroso ministerio que ha habido? Sus Apóstoles eran sus siervos, sus domésticos, sus amigos y sus hermanos. A estos siervos les manda llevar la cruz, si quieren seguirle; á estos domésticos, que es preciso trabajar, velar, esperarlo á pie firme cuando vuelve de las bodas, si quieren recibir su salario; á estos amigos impone unas leyes duras de dejar su padre, madre, hermanos, hermanas, y de renunciarse á sí mismos, si quieren pertenecerle; á estos hermanos, que es necesario que lloren, que sean mortificados, pobres,

perseguidos, si quieren ser sus coherederos. ¿Aman la libertad? Les anuncia que los arrojará atados de pies y manos en unos calabozos. ¿El honor y la reputacion? Les advierte de antemano que se les arrojará de antemano como infames de todas las Sinagogas. ¿El reposo y las dulzuras de la vida? Les predica, que serán tratados injuriosamente, perseguidos, y conducidos á la muerte. ¿Y para qué? Para quitar á nuestra cobardía, dice San Juan Crisóstomo, toda suerte de pretextos; para enseñarnos, que lo que en nosotros no sea hacernos violencia, mortificandonos, y renunciando á nosotros mismos, no es ser discípulos de Jesucristo. Que á la santidad de la Religion, á la que nos hacemos honor de pertenecer, que no cometer por otra parte pecados, y vivir en una repugnante indolencia, es estar en mal estado; que siendo la cruz nuestra señal, la debemos llevar grabada en nuestros corazones y sobre nuestros cuerpos; que esta cobardía que nos hace huir de todo lo que se llama pena, contradiccion, violencia, renuncia, desgracia, mortificacion de pasiones, severidad evangélica, es ciertamente un obstáculo esencial para nuestra salvacion y esto por muchas razones. Penetremos de ellas para hacer guerra á nuestra cobardía, si deseamos verdaderamente nuestra salud.

La primera es, que no hay profesion alguna que no tenga sus penas y dificultades, ninguna donde los cobardes salgan bien, y vivan

en ella con honor, ninguna que no pide una aplicacion continua y donde no sea preciso contradecirse en muchas cosas. Halladme una condicion en el mundo que no tenga sus penas y trabajos. Empezemos por lo alto, en la Corte digo, ¿que aplicacion, que complacencia, que empeño, que intrigas? sufrir con una impaciencia hipócrita las repulsas de unos, calmar por una ingenuidad fingida las desconfianzas de otros, hacerse necesario á estos, ofrecer sus servicios á aquellos, dejar los parientes, amigos, hijos, diversiones por no perder el momento favorable en que se espera alguna gracia, recibir advertencias y darlas para dar gusto á un Ministro, ó á un protector poderoso, renunciar á su propia voluntad para hacer la de otro, velar, dormir, caminar, hablar apesar de sus deseos, é intereses. Ved las penas y contradiccion de la corte. ¿Se desechan? Jamás se ha visto negarse á ellas. En el palacio ¿cuántos asuntos que llevan consigo un continuado é improbo trabajo? En el negocio, ¿qué empeño á su profesion, qué inquietudes, qué cuidados? Un hombre cobarde que se quejara de sus penas, un hombre delicado y afeminado que se entregase al juego, á los festines y á toda clase de diversiones, y que emplease en estos el tiempo que debia consagrar á su profesion ¿podria cumplir bien con ella y vivir con honor? Lo que digo de estas profesiones, puede decirse de otras. En todas hay penas y dificultades. Es preciso te-

ner valor y paciencia para superarlas; y esto á que los cobardes no quieren reducirse, es lo que pone mil dificultades á su fortuna. Los que en el mundo sacan ventajas son los hombres de corazon, aquellos que despues de haber vencido una dificultad, vencen otra, y que habiendo emprendido un asunto por un mal camino, tratan de restablecerlo por otro, y viendo rota una rueda de su fortuna, sustituyen otra mejor, ardientes, laboriosos, infatigables, propios para emprenderlo todo, y para sufrirlo todo. Los cobardes que se duermen en el placer ó en la ociosidad, y nada quieren hacer, son unas gentes que el mundo mira con menosprecio y le son inútiles. Y si lo son para el mundo, ¿serán propias para Dios? Ved aqui otra razon, que nos sirve para apoyar la primera, y que nos hace sacar la consecuencia siguiente. No hay profesion, ni condicion que no tenga sus dificultades, y cuando son mas considerables, sus dificultades son mayores. Por consiguiente siendo la de los cristianos la mas santa, y la mas eminente de todas, debe tener mas grandes dificultades, y vivir en ella como si no hubiese ninguna, ó como si se pudiese salvar sin abrazarlas, es ser inutil para el reino de Dios.

Jesucristo para dar este reino á los hombres, ha puesto las condiciones que ha querido. Podía hacerles pasar de los placeres, de los honores, y de las riquezas de este mundo á las

del otro. El es el dueño del reino de los cielos, lo da y lo niega á quien le place, sin que los que no son admitidos en el, tengan derecho para acusarle de la menor injusticia. Mas como lo da, y bajo que símbolo nos le representa en el Evangelio? Ya nos lo presenta bajo el símbolo de tesoro, de una corona, de un salario, de una recompensa, de una ganancia, de un gran sueldo que es preciso para conseguir vencer mil dificultades; ya como una bienaventuranza que promete á los que poseen grandes virtudes. ¿Y quienes son estas almas felices, á las que dice ha de dar el reino de los cielos? No es á vosotros ricos orgullosos, cuya única aplicacion es gozar apaciblemente de las riquezas y gloria que habeis bien ó mal adquirido. Es á vosotros, pobres de espíritu y de corazón, que no poneis en ella vuestra afición, y que sois tan humildes y desprendidos como si no las poseyeseis. No es á vosotros, delicados y afeminados que no pensais sino en pasar el tiempo en las diversiones y disipacion, que correis de un placer á otro placer y que por todas partes, dejais señales de vuestra intemperancia y disolucion. Es á vosotros que llorais, que gemís, que sufris con paciencia las desgracias de la vida, y que suspirando por vuestra amada patria, vivis como desterrados en este valle de lágrimas y de miserias. No es á vosotros, á quienes una palabra agria llena de cólera, á quienes un menosprecio, una afrenta, una cor-

ta pérdida desconsuela, y á quienes desespera la traicion de un amigo, la persecucion de un enemigo, y la infidelidad de un compañero. Es á vosotros que besais con respecto la mano de la providencia que os hiera, que os resignais humildemente á sus órdenes, sufriendo por los intereses de la justicia las persecuciones, que se os suscitan, las murmuraciones, las calumnias, los falsos testimonios, los malos tratamientos, sin volver mal por mal, ni injuria por injuria. Vosotros que nada quereis sufrir, que huis del trabajo y de la pena, que dejais el partido de Dios, desde el punto en que es necesario mortificares ó contradiciros, ¿juzgareis que podeis ser cristianos verdaderos y pertenecer á Jesucristo? Es imposible adquirir un tesoro sin gran pena, una corona sin combate, un salario sin trabajo, ganar mucho sin aplicacion, ser militar sin fatiga, ser bienaventurados sin practicar virtudes en nuestra Religion. ¿Somos cristianos? Pues las contradicciones, pruebas, combates, cruces, dificultades, mortificaciones, ved nuestra herencia.

Por penosos que sean estos combates y espantosas las pruebas no debemos desanimarnos ni abatirnos. ¿Qué es lo que dijo Jesucristo á sus discipulos cuando les anunció trabajos y persecuciones? Dos cosas que condenan nuestra cobardia, que el yugo que impone á los suyos es dulce, y que las gracias que les dá para llevarlo son grandes.

No nos engañemos, fieles míos, lo que Dios nos pide para ser perfectos cristianos, no es tan difícil como creis. Vuestra cobardía siempre ingeniosa en engañarnos, finge, como decía David, trabajos en los mandamientos de Dios, ó por lo menos no son tan grandes como imagináis. Los principios son difíciles, pero luego se halla miel en la boca del león. Todos los obstáculos se vencen con el socorro de la gracia. Y porqué no acudís á buscar la que viene de lo alto? En las leyes que han precedido á la de gracia, los enemigos eran fuertes, nosotros muy débiles, ya vencidos sin combatir, ya combátidos y vencidos. Mas desde que Jesucristo apareció sobre la tierra, murió y resucitó, venció al demonio, todo se ha mudado felizmente. Combatimos y triunfamos, porque el combate y triunfo por nosotros, y en nosotros, y mezclándose con nosotros, nos dá su fortaleza y su espíritu. Gloriosas ventajas para los que saben usar bien de ellas, pero funestas para los que las desprecian. Somos débiles por nosotros mismos, es verdad, mas podemos todo en aquél que nos conforta.

SOBRE EL MISTERIO.

Spiritus Dei habitat in vobis?

(I. Corint. c. III. v. 16.)

¡Que Misterio tan consolante, fieles míos, hoy nos expone nuestra santa madre la Iglesia á la meditacion! El Espíritu Santo comunicado á esta Iglesia tan digna de sus favores, reunida en espíritu de oracion en el Cenáculo de Jerusalem, para sostener la Religion, difundirla por el mundo, enriquecerla y coronarla, es el rico presente que el cielo hace hoy á la tierra. Hoy es cuando este divino Espíritu descende sobre la Iglesia, para dar testimonio de la divinidad del Padre, completar las conquistas del Hijo, consumir nuestra felicidad y hacer nuestra gloria. Espíritu de pureza que nos santifica, de verdad que nos enseña, de caridad que nos anima, de fortaleza que nos sostiene, de sabiduria que nos dirige, de temor que nos aterra, de piedad que nos une á Dios, y nos hace morir en él. Espíritu en suma, que provee á todas

nuestras necesidades y llena todos nuestros deseos.

¿Y vosotros, fieles míos, os preguntaré con el Apóstol, lo habeis recibido? ¡Ah quizás algunos responderán como los de Corinto, *Ni aun hemos oido que hay Espiritu Santo*. No nos engañemos á nosotros mismos. Hay ciertas señales que demuestran su existencia en nuestros corazones. Conservémoslas y reflexionemos hoy sobre la dicha de una alma que ha recibido el Espíritu Santo.

Quando el real profeta David habla del Espíritu Santo, le da tan bellos nombres, que demuestran sus operaciones hácia nosotros, por las que podemos conocer que reside en nuestros corazones. Le llama Espíritu recto, porqué nos lleva á Dios; santo porqué lo es y nos une á Dios; dominante y fuerte, porqué nos domina y sostiene. Sin él desconocemos nuestros deberes, y no andaremos sino palpando en tinieblas que levantan en nuestro corazón las pasiones. Mas como Espíritu recto nos enseña todas las cosas, y nos señala los senderos que con su influjo debemos seguir, nos llena de todas las gracias necesarias, y nos conserva en la práctica de la virtud. Tres son los efectos admirables de su divina presencia y que hacen la dicha de una alma fiel que lo ha recibido y sobre quien habita.

Desde que el hombre se alejó de los cami-

nos rectos de Dios para seguir los suyos, desde que perdió su rectitud por el pecado de su origen, cuanto mas sigue sus propias luces, ó á si mismo, se descamina, va errante de sendero en sendero, y cuanto mas anda, mas se aleja del camino que debe seguir. Todo lo que hay dentro y fuera de nosotros no ha servido sino para engañarnos. Desde el pecado original, nuestra razon fluctuante, debil ó corrompida, nos engaña en mil cosas en que nos parece vivir seguros. Nuestros sentidos no nos abren caminos sino llenos de precipicios. Jamás volveríamos al paraíso de donde nos arrojó el pecado, si Dios por su compasion no nos hubiese deparado guías fieles que nos volviesen al verdadero camino. La conciencia, la ley y el Evangelio, estas son las que debió seguir en las diversas edades del mundo. Quando estaba en su infancia, la conciencia regia al hombre en la ley natural. Moyses inspirado por Dios en la ley escrita, y Jesucristo y el Espíritu Santo en la ley de gracia. Si, el Espíritu Santo, espíritu recto vino á purgarnos de nuestros errores y á señalarnos el verdadero camino. Jesucristo lo habia prometido á sus Apóstoles, y en sus personas á toda la Iglesia, y hoy viene á aplicarnos á las excelentes máximas que este buen Dios nos habia dejado, y á ilustrar nuestros espíritus para hacernos capaces de conocerlas. Nuestras obligaciones son tan vastas, nuestras virtudes tan imperfectas y los caminos que nos conducen á

Dios tan oscuros, estrechos y dificultosos, que tenemos necesidad del Espíritu de Dios para conocer estas obligaciones, juzgar estas imperfecciones, y caminar felizmente por estos caminos. Lo que nos parece virtud, no lo es muchas veces, y sino en la apariencia. Nuestras oraciones, nuestras mortificaciones, nuestros ayunos, nuestras limosnas, los ejercicios mismos de piedad y de religion para ser agradables á Dios deben ser perfectos y revestidos de tales condiciones que escapan por lo regular á las luces débiles de nuestra razon. Muchas veces es ligereza, la curiosidad, la vanidad, el interés, el amor propio es el principio de nuestras virtudes, y lo veremos echando una ojeada por la historia de nuestra vida. ¿Qué hace pues el Espíritu Santo cuando descende á nuestra alma? La purga de estas ilusiones, se insinua dulcemente á nuestro espíritu, lo instruye en todos sus deberes, le dá á conocer la manera, el lugar, el motivo, el tiempo, y los diferentes medios de que se debe servir para cumplirlos. El Espíritu de Dios se sustituye en lugar del nuestro para instruirnos. Este es el Espíritu Santo, el Espíritu que pedia continuamente David al Señor diciendo: *Renovad Señor en mis entrañas el espíritu recto, el cual me guie por los derechos caminos de nuestra ley hasta que yo llegue á la patria celestial.* (Psal. 50.)

Además de ser el Espíritu infalible y recto, esencialmente es santo, y este es el segundo

efecto que produce en toda alma que tiene la dicha de recibirle. Al mismo tiempo que le previene con sus luces, la santifica, y le quita toda impureza para llenarla de sus gracias. El Espíritu de Dios es llamado santo y principio de toda santidad, por qué toda la Trinidad Santísima trabaja de concierto en nuestra santificación, y así el Espíritu Santo es como el Padre y el Hijo el principio de nuestra santidad; y por qué es el amor y la bondad por esencia, no puede sufrir el pecado. Todas las figuras que nos lo han representado y bajo las que ha aparecido, nos hacen conocer esta verdad. Ha aparecido en figura de nube, de paloma, de agua, de viento, y de fuego. La nube cubre, y libra de los ardores del sol, la paloma se retira y gime; la agua lava y purifica; el viento sopla y trastorna; el fuego calienta y consume; símbolos todos de las invisibles dones del Espíritu Santo en una alma. El es que templó los ardores de la pasión en la Magdalena, el que hace gemir á San Pedro, el que lava á la Samaritana, el que trastorna á Saulo, el que consume las debilidades é imperfecciones de los Apóstoles. Semejantes gracias son necesarias para nuestra santificación, y las recibimos del Espíritu Santo. Por diferentes que sean, todas vienen del Espíritu. Nada más admirable que los prodigiosos efectos que produce en las almas. Mas siempre es uno mismo, simple é invisible, dice San Pablo, el Espíritu que los produce (1 Corint.

12.) Este Espíritu Santo y vivificante empeñado en la santificación de las almas y llenarlas de sus ricos dones, abraza y reúne en sí todos los espíritus.

La última perfección que da el Espíritu Santo á sus operaciones, es que como espíritu dominante y fuerte, concluye lo que ha comenzado. Asegura á las almas en la práctica de la virtud que por influjo han abrazado, fijando en cierta manera su libertad sin herirla y descansando como en su propio templo sobre ellas. El Espíritu Santo en este día vino como de asiento sobre los Apóstoles, y habiéndole estos recibido no lo perdieron jamás. Unidos al soberano bien, no se separaron de él, y por libertad que tuviesen en el obrar, no hicieron mal uso de ella. ¿Y por qué? Porque les animaba el Espíritu Santo ó de Dios, querían siempre insensible aunque libremente el bien que les habia inspirado. Tal fué el espíritu de perseverancia en la virtud que vino sobre los Apóstoles, y el mismo es el que viene sobre aquellas almas escogidas, sobre quienes se descansa. *Han recibido, dice San Juan, la semilla de Dios y no solamente no pecan sino que aun no sabrían pecar* (1. Joan. 31.). Esta semilla es la gracia del Espíritu Santo. dice San Gerónimo, es la caridad de Dios que derrama en sus escogidos, gracia y caridad que muda el espíritu ciego del hombre y lo ilustra; que destruye el espíritu impuro de la carne, y lo santifica; y que

determina el espíritu inconstante de nuestra voluntad, y lo fija.

Ahora permitidme que os pregunte. ¿Advertis en vosotros estas operaciones? Habeis recibido el Espíritu Santo? Este Espíritu del Señor que ha venido sobre los Apóstoles, y que como canta hoy la Iglesia, ha llenado toda la tierra, ha venido á descansar sobre vuestro corazón? Consultaos á vosotros mismos y reflexionad un momento sobre vuestro estado. ¿Seguís la senda de salud, vais rectos hácia á Dios, ó tal vez os desvia y detiene el amor á las criaturas? Os ejercitais en obras de santificación, cada uno segun vuestro respectivo estado, ó seguís traspasando la ley, apartándoos de vuestros deberes, y se destierra la santidad de vuestros corazones siguiendo el espíritu inconstante del mundo? Ved aquí las señales por las que podeis conocer si habeis ó no recibido el Espíritu Santo, si reina ó no en vosotros el espíritu de Dios. Este espíritu recto no reina entre las ilusiones y engaños del amor propio. Este Espíritu dominante y fuerte no reina en un corazón que jamás se fija en los caminos de Dios. Pidamos pues este divino Espíritu, abramos nuestro corazón á sus dones, si queremos participar de la dicha de una alma fiel, que habiéndole recibido, le sirve de asiento, de trono y de morada de su descanso.

Esta es la grande verdad que quisiera gravar bien en vuestros corazones. Reflexionad seria-

mente sobre cuanto hemos dicho de la felicidad é inmortal dicha de las almas escogidas que han recibido y conservado, el Espíritu Santo, y conocereis, cual sería vuestra desgracia si se llegara á apagar el fuego divino y tener arrojado aquel divino Espíritu. Sino hay lo suficiente, oygamos al Profeta David, que nos dá una idea de este tambien. Cuando este Santo se considera en el pecado, nos esplica las espantosas desgracias, á que le espuso el alejamiento del Espíritu Santo. Este Espíritu que era el principio de santidad y de su reposo, no lo es ya, su corazon se halla turbado por los muchos pecados que le despedazan. Este Espíritu que era su fortaleza y su perseverancia, no la hace, ya su virtud y su firmeza lo han abandonado. ¡Estrañas desgracias! por grandes que sean, aun no hacen el colmo de su infelicidad. Lo que es mas terrible y espantoso, es que cuando una alma infiel no tiene la luz y guia del Espíritu de Dios, cae en una infidelidad, y despues en la impenitencia final, que son los otros dos pecados contra el Espíritu Santo y la pone al colmo de las desgracias. Abramos pues nuestros corazones, como dice San Agustin, á los suspiros para disponernos á ser templos vivos del Espíritu consolador, sino lo somos. Elevemos nuestros gritos, como hoy lo hace la Iglesia, para que venga sobre nuestros corazones y nos comunique sus dones.

SOBRE EL MISTERIO.

Docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus sanctus.

(Matth. c. XXVIII. v. 19.)

Las últimas palabras que Jesucristo dijo á sus Apóstoles y con las que acaba San Mateo su Evangelio, anuncian expresamente el misterio del dia. Id, les dijo Jesucristo, *instruid todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*. Palabras admirables, que nos hacen conocer, en Jesucristo una autoridad independiente y universal, en los Apóstoles una plenitud de jurisdiccion para la administracion de los Sacramentos, y publicacion del Evangelio, y en los fieles una obligacion indispensable de sugetarse á todos los puntos esenciales de su ley, cuya base es la fé de la Trinidad augusta, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Si, nos enseña la fé en lo que consiste este augusto Misterio, ser un Dios en tres personas,

primer artículo de nuestra santa fé, y el fundamento de todos los otros artículos de la misma. El Padre que nos crió con su poder, el Hijo que nos ha redimido con su sabiduría y el Espíritu Santo que nos ha santificado con su gracia. Que estas tres personas son distintas realmente, esto es, que el Padre, no es el Hijo, y que el Espíritu Santo no es ni el Padre, ni el Hijo; y que estas tres personas, iguales en todo solo son un mismo Dios. Un solo Dios que nos ha criado, un solo Dios que nos ha redimido, y un solo Dios que nos ha santificado, de modo que á tan augusta Trinidad somos deudores de nuestro ser ó existencia y de nuestra santificación. Gocemos pues de los bienes que la Santísima Trinidad derrama sobre nosotros y por mas que sea infinitamente superior á nuestra comprensión y expresión. Contemplemos, una excelente idea de si misma en nuestra creación y bautismo.

Si bien es una verdad, que todo lo que Dios ha criado nos muestra lo que es, y lo que ha hecho fuera de si, ninguna de las criaturas nos descubre lo que es, y lo que ha hecho dentro de simismo. Su existencia, su unidad, sus perfecciones infinitas pueden sernos conocidas por las luces de la razón. Mas sus comunicaciones interiores y la Trinidad de las Personas en una sola naturaleza, no dejan sin el auxilio de la

fé ninguna imagen de si mismas en sus obras. Los ateos la han negado, los idólatras la han deshonrado, los hereges la han ultrajado, los judios mismos la han ignorado. Pero gracias á nuestro divino y adorable Salvador que nos ha llamado al conocimiento de este gran Misterio. Lo que á aquellos ha sido desconocido, ha venido á ser para nosotros de alguna manera familiar y sensible, habiendo dejado la adorable Trinidad, dice San Agustín, dentro de nosotros una idea de si misma. Elevemos nuestro pensamiento hácia nuestro origen, y veremos en el principio de los tiempos un Dios ocupado en sacar de la nada todas las criaturas, y que al producir al hombre, que es la obra maestra que ha salido de sus manos, se dice á si mismo: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza* (Genes. 1.). Dios, es pues el modelo de nuestro ser, y ved lo que nos conduce por medio de la fé al conocimiento del impenetrable Misterio de la Trinidad. Raciocinando con los Santos Padres podemos preguntar ¿de quién ha tomado Dios consejo, con quien ha deliberado para formar el hombre? Ha sido con otros dioses? Juliano el apóstata tuvo la insolencia de decirlo; pero el padre San Cirilo lo convenció de impiedad y de blasfemia. Dios no tomó consejo de ningún ser, que le sea extraño. Las tres divinas Personas conferenciaron entre si, y diciéndose á si mismas, hagamos el hombre, nos hacen conocer una

Trinidad de personas en la unidad de una indivisible naturaleza, y ved lo que descubrimos con las luces de la fé en la creacion del primer hombre. Pero pasemos más adelante y hallaremos en el hombre grabada la imagen de las tres divinas personas.

Hay criaturas, dice San Agustin, que no son sino sombras de Dios, y son todas las inanimadas; hay otras que son vestigios de Dios, y son las que tienen sentimiento y vida; hay otras que son imágenes de Dios, y son las que están dotadas de inteligencia y de razon, como los Angeles y los hombres. En las primeras no reconocemos sino imperfectamente á Dios; las segundas nos descubren mas lo que es; pero las terceras nos conducen al conocimiento de la unidad de su naturaleza y trinidad de sus personas. Dios es uno en todas partes, todo lo vivifica, lo mueve y lo gobierna. Nuestra alma es sola en todo el cuerpo, y ella sola lo vivifica, ella sola lo mueve, y lo gobierna. Dios está dentro y fuera, sobre el mundo, y debajo del mundo. Sobre el para conducirlo, debajo de el para sostenerlo, dentro de el para llenarlo, fuera de el para cercarlo por todas partes. Pues nuestra alma nace á proporcion lo mismo en nuestro cuerpo, y así como Dios no es mas ni menos grande por la multiplicacion ó destruccion de algunas criaturas, nuestra alma no es mas ni menos grande, ya que las partes del cuerpo crezcan, y que se debiliten ó disminu-

yan. Dios es un ser espiritual libre y eterno. Nuestra alma está desprendida de la materia por su naturaleza, es libre en su eleccion ó inmortal en su duracion. ¡Oh admirables relaciones del hombre hecho á imagen de Dios! Sobre nuestra alma ha gravado esta imagen. Y si la luz derramada al rededor de su trono nos impide conocerle porqué es una luz inaccesible, esta misma luz impresa, y como sellada en nuestra alma, nos conduce con el auxilio de la fé al conocimiento de una Trinidad increada por otra trinidad creáda que llevamos dentro de nosotros mismos. El doctor de la Iglesia San Agustin decia, si se me pregunta, de donde viene mi alma y cual es su principio, diré, que es Dios padre quien la ha criado; si se pregunta de donde viene esta razon y esta sabiduria con que se conduce de ella, diré que es Dios Hijo quien la ha ilustrado; y si se me pregunta de donde vienen esas semillas de virtudes y tan santas acciones que obra, diré que es el Espiritu Santo quien la ha santificado. Ved la imagen de la adorable Trinidad que llevamos desde nuestra creacion.

¿Cual pues no ha de ser nuestra solicitud en procurar en honrarla? Dios nos ha confiado su imagen y debemos volvérsela toda entera. No obstante, ¿qué es lo que se hace? Con pecados vosotros la habeis desfigurado, con las pasiones habeis borrado sus bellos rayos, y la habeis sustituido en su lugar, con el mundo, de-

monio y carne. Tratemos pues de restituir su belleza con el auxilio de la gracia.

La Santísima Trinidad no solo es modelo de nuestro ser, sino que es principio de nuestra santidad. Grande es la gloria del hombre el haber sido criado á su imagen, pero no serviría sino para su desgracia, si despues de haber sido desfigurada por el pecado, no hubieran tenido compasion del hombre las tres divinas Personas y no hubieran tratado de repararla. Todas tres aparecieron en el bautismo de Jesucristo, y desde entonces el agua, que por si misma no tenia efecto alguno milagroso, vino á ser fecunda para nuestra santificacion por la invisible operacion de la Trinidad que allí descendió. Desde que Jesucristo entró en el Jordan y santificó el agua, la honró con su presencia, nos purifica de nuestras impurezas, es una agua que apaga el fuego del infierno, que modera las pasiones, que anega al demonio, y al pecado, haciendo al alma fecunda en virtudes. ¿Y de donde viene todo esto sino de una invisible operacion de la Santísima Trinidad que imprime en cierto modo sobre este elemento una imagen de si misma, y que viene á ser el bautismo el principio de nuestra justificacion?

Si, el bautismo, dice San Lorenzo Justiniano, es por decirlo asi, una imagen de la Santísima Trinidad. Distinguimos nosotros tres bautismos, el de agua, el de fuego, y el de espíritu ó deseo,

y todos tres no producen sino un mismo efecto. Asi como las tres divinas personas, aunque son realmente distintas, no son con todo sino un solo Dios. ¿Y no es cierto lo mismo que ha querido dar á entender la misma Santa Escritura por aquellos dos testimonios de que habla San Juan, (1. Joan. 5.) el uno de la tierra, y el otro del cielo, donde por una parte el espíritu, el agua y la sangre dan un mismo testimonio, y por otra el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo, que no son sino un Dios? No es lo bastante. No solamente las tres divinas personas aparecen en el bautismo, como un símbolo que las representa, sino que obran tambien en el para nuestra justificacion, Y asi como en el Bautismo de Jesucristo, el cielo se abre, el Espíritu Santo descende y el Padre dá testimonio á su Verbo; asi cuando nosotros somos bautizados, el cielo se abre, el Espíritu Santo descende, el Hijo nos toma bajo su proteccion, y aplica la virtud de su sangre para purificarnos, y el Padre nos mira ya como á sus hijos. De esta manera, dice Tertuliano, se ve gloriosamente restablecida la imagen de la augusta Trinidad, que el pecado ha desfigurado en nosotros. Ved la seguridad que podemos tener de nuestra santificacion, y lo que afianza nuestra dicha. Porque si tres testigos bastan para asegurarnos de la palabra de un hombre, ¿qué seguridad no podemos tener de nuestra dicha nosotros que tenemos á las tres Divinas Personas, que son los principios de nuestra santificacion,

asi como son los árbitros de nuestra fé por la bendicion y pronunciacion de las palabras sacramentales? Todas las gracias que recibimos despues suponen esta primera, y como el bautismo no tiene virtud sino cuando se confiere en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo, toda nuestra justificacion viene únicamente de estos tres augustos testigos, que asisten invisiblemente á nuestro bautismo para ser en nuestra regeneracion espiritual los principios de nuestra santidad, asi como son en nuestra creacion el modelo de nuestro ser.

¡Oh si un solo momento tuvieramos abiertos los ojos de nuestra fé y si reflexionasemos un poco ¿no apreciaríamos y honraríamos mas á la Trinidad adorable? ¿No haríamos todos nuestros esfuerzos, para sostener nuestras virtudes personales, y por nuestras buenas obras una tan grande gracia, y la gloria de nuestro bautismo? Cumplid vuestros deberes juntando á la fé de la adorable Trinidad una obediencia completa. Si asi lo haceis, fieles míos, la augusta Trinidad, que habrá sido la regla de vuestra fé, el principio de vuestra caridad y el fin de todas vuestras virtudes, será algun dia el objeto de vuestra gloria.

DE LA PRESENCIA REAL

DE

JESUCRISTO EN EL SACRAMENTO.

Caro enim mea, vere est cibus :
et sanguis meus, vere est potus.
(Joan. c. VI. v. 56.)

No puede haber palabras mas consolantes que las que hoy Jesucristo nos dirige por el Evangelista San Juan. El mismo asegura, la presencia real de si mismo en la Eucaristia, y que este Sacramento es propiamente su carne, que es verdadero alimento y su sangre verdadera bebida. Y esto no lo pudo hacer, sino por efecto de un amor ardiente á nosotros. Por amor al hombre tomó á su cargo de repararnos, lavándonos, como dice San Juan, de nuestros pecados con su propia sangre, pero esto no bastó. Hoy echa el último esfuerzo en el don precioso que nos ofrece; memorial y compendio de todos los milagros que ha hecho.

Os consta bien á vosotros. Veis como hoy las Magestades, y grandezas de la tierra se pre-

sentan, se abateu, se humillan delante de este Dios, oculto bajo estas blancas especies, que se hacen un honor particular de tener parte en su culto. Se lleva como en triunfo con la mayor magestad y pompa por las calles de Sion. Una tropa de Levitas, se vé al rededor de esta arca santa de la nueva alianza, su vuelta ó su carrera se vé cubierta de ramos y de flores. No se ven sino nubes magestuosas que forma en los aires el incienso que le ofrecen los Ministros del altar, y todo el aire resuena con los cánticos gloriosos de alegría y de alabanza, que se dá, como allá los ancianos del Apocalipsi, al Cordero immaculado, que vive y vivirá por los siglos de los siglos. ¡Oh fieles míos! Y qué dulce, qué consolante es este divino espectáculo para los católicos. Avivemos pues nuestra fé, juntemos nuestros afectos á los de la Iglesia nuestra Madre, mientras yo os esplique, que Jesucristo se halla realmente presente en este augusto y adorable Sacramento, esperando nuestros obsequios.

Jesucristo se halla realmente en este admirable Sacramento esperando nuestros obsequios. No hay dogma mas bien fundado en toda la Religion que este, y por todas partes se nos ofrecen unos argumentos tan convincentes y claros, que es de admirar haya habido atrevimiento en el espíritu humano para hacer oposicion

tan temerariamente á ellos. La misma primera y suprema verdad, la sabiduria increada, toma á su cargo su defensa y nos la lleva hasta la evidencia y la persuacion. Jesucristo dice: *El pan que yo os daré, es mi carne por la vida del mundo. Mi carne es verdadero manjar etc.* ¿Y en que tiempo hace este divino Salvador esta promesa y se verifica? Algunos dias antes de su muerte. ¿A quienes la hace? A sus Apóstoles que habian de enseñar ó instruir y convertir el mundo. ¿Y en que sentido lo entienden estos? En el mismo que lo entendemos nosotros y toda la Iglesia. ¿Y cuales son las palabras de su Institucion? Estas. *Este es mi cuerpo: Esta es mi sangre.* No, dijo, esta es la figura, la señal, el símbolo de mi cuerpo. Si así lo hubiera dicho, ya hubiera habido Evangelistas que lo hubieran referido hasta una letra. Casi han pasado doce siglos, ni se lee que la heregia haya pensado en inventar estas voces para oponerse á tan respetable Misterio, voces tan nuevas, que me atrevo á decir contra el protestantismo, á que ni los Apóstoles, ni sus sucesores, ni los santos padres de los primeros siglos han pensado en nombrar ninguna de ellas en sus escritos.

Los Apóstoles en los términos los mas decisivos y los mas claros, han predicado al universo este dogma. San Pablo instruido por una revelacion inmediata de Dios, nos lo enseña tan claramente que los mas grandes hombres de los

tiempos apostólicos y los Padres de los primeros siglos lo enseñan con la mayor solidez en sus obras. ¿Y toda la antigüedad no está conteste en este punto? Aquellos siglos tan remotos, que los mismos protestantes se ven obligados á respetar, los primeros Concilios, de quienes ellos hacen tambien un elogio no lo aprueban ó igualmente lo sostienen? Si en aquellos tan lejanos tiempos, que no se atreven á acusar, ni de relajacion de error, en aquellos siglos en que la silla de San Pedro se veía regada con la sangre de sus Pontífices, en que la Religion perseguida creía insensiblemente bajo las espadas y sobre los cadalsos, y en que toda la gloria de sus hijos, no era saber el disputar, sino el saber morir por la fé, se creía firmemente en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia. Los fieles se alimentaban de ella todos los días, ella hacia las delicias de todos los cristianos, y si habian de ser conducidos al suplicio, se disponian para el combate con esta arma tan sagrada, que les daba fuerza y valor para vencer á los tiranos. Los hombres apostólicos y los santos doctores de la Iglesia son los que nos enseñan estas verdades, que muchos han sellado con su sangre. Los Ignacios, los Clementes, los Justinos, los Tertulianos, los Ambrosios, los Gerónimos, los Agustinos, todos nos aseguran, que el Sacramento augusto de nuestros altares contiene real y verdaderamente el cuerpo y sangre del Salvador. Nin-

guno habla de signo, de figura, de símbolo, como el impio Calvino. Ninguno mezcla el pan con la carne, como el heresiarca Lutero. Los dos grandes Apologistas de nuestra Religion, que han presentado su plan á los Emperadores, han hablado sobre este dogma como los otros padres de la Iglesia. Si se han servido en sus escritos de los términos de pan celestial, y de pan sagrado, no es porqué creyeran que quedaba sustancia alguna en este divino pan consagrado. Ellos han defendido este dogma diciendo, que en esa sagrada Hostia comiamos la misma carne y bebiamos la misma sangre formadas en el seno virginal de Maria y que contenia el mismo cuerpo, que habia sido clavado en la cruz por nuestros pecados.

Se ve pues comprobada la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia con la fé de todos los siglos, que no han creído otra cosa que lo que creyeron y enseñaron estos grandes hombres, respetados como oráculos en el cristianismo. Los progresos de este dogma no han sido otros que los de la Iglesia. Como esta esposa del Salvador reina en todos los lugares del universo, á donde ha estendido sus conquistas, este sagrado dogma ha sometido como todos los otros todos los espíritus y ha sido creído en todos los lugares, á donde ha llegado la noticia del Evangelio. Los profetas habian ya anunciado este grande triunfo de la Religion. ¡Con qué magnificencia no anuncia ya el pro-

feta el Malaquías este grande sacrificio de la ley nueva! El lo hace suceder á los sacrificios imperfectos de la antigua. Nos representa de una manera tan particular su excelencia, su santidad, su estencion y su duracion; y le atribuye las señales magníficas que caracterizan á la Iglesia. Este Profeta nos enseña, que se hallaba cansado y disgustado de los sacrificios de los Judios, que se cargaban inutilmente sus altares de presentes, que no se aplicaría mas con la sangre de animales inmolados sobre el altar. Luego anuncia un sacrificio digno de la aceptación de Dios, y que corresponderá á su santidad, á su grandeza y á su infinita sabiduría. Como yo reino en todo el mundo, dice el Señor, en todo el se me ha de ofrecer una hostia pura y sin mancha. (Malac. c. I. v. 11.) ¿Y cuál habia de ser esta hostia pura y sin mancha llena de todos los caracteres mas augustos de santidad y grandeza? El sacrificio de nuestros altares, el sacrificio de la cruz, renovado todos los dias, y en todos los lugares del universo. Este es el cuerpo adorable de Jesucristo inmolado sobre el calvario, y presente sobre el altar en virtud de las palabras que el Sacerdote pronuncia cuando consagra; esta la victima que lo desarma, que satisface cumplidamente á su justicia. Los sacrificios de la ley antigua no se ofrecian sino en Jerusalem y el de la nueva en todo el mundo. Los Apóstoles fundan sus Iglesias en Antioquia, en Roma y

en Alejandria; el oriente viene á ser cristiano; en el occidente se ve brillar el estandarte de la fé. Los Irineos la establecen en Leon, los Dionisios en Paris, los Gregorios en Inglaterra, los Eugenios é Indalecios en España, y luego se levantan altares, y se ofrece sobre ellos el Cordero sin mancilla que quita los pecados del mundo. *In omni loco sacrificatur.*

La Iglesia griega ha ido siempre de acuerdo con la Latina sobre este dogma. Los Basilio, los Gregorios, los Crisóstomos, los Atanasios, todos estos grandes hombres del oriente han hablado de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento como los demás Padres. Ella ha sido reconocida y defendida por todos los fieles. Ella ha encontrado defensores entre sus mismos enemigos, y aun se puede decir, que sus disputas y divisiones han sido otros tantos trofeos para este dogma. No hay fiel, dice San Epifanio, que apoyado sobre la promesa de Jesucristo no crea de corazón, y confiese con la boca la presencia real de su cuerpo en el Sacramento de nuestros altares. Esta es la fe de los pontífices y de los Levitas, de los sabios, y de los simples, de los Reyes, y de vasallos. Todos la reconocen, todos la confiesan, todos la adoran y la respetan. ¿Y no se han de rendir nuestros corazones? Vos Señor hablais, vos lo asegurais. Nos basta pues para cautivar nuestros entendimientos, para publicar con una fé humilde, sumisa, respetuosa que os habeis quedado real y verdaderamente

en este Sacramento augusto, para enriquecernos con vuestra presencia, para llenarnos de vuestros bienes, y de vuestras bondades, y para recibir nuestros homenajes y nuestros respetos.

¿Y ya responde nuestra conducta, fieles míos, á nuestra fé? corresponde á esta fé viva, que nos muestra á Jesucristo sobre nuestros altares, tan alto y tan poderoso como en el cielo, á esta fé victoriosa de nuestros sentidos. que penetra sin tropiezo alguno por entre las nubes humillantes de los accidentes Eucarísticos que ocultan al Dios de la gloria á nuestros ojos; á esta fé pura, sin mezcla del menor error, que os hace creer con la Iglesia la mudanza maravillosa de la sustancia del pan y de vino en el cuerpo y sangre del Salvador?. ¡Oh cuantos hay que desmienten por su conducta la fé que publican por su boca, y el culto respetuoso que este Señor espera de nosotros! Dichoso yo, si oponiendo vuestra conducta á vuestra fé, pudiera tocar saludablemente vuestros corazones y les hiciera rendir á Jesus Sacramentado Ofrecedle un culto de respeto como á nuestro Padre, un culto de adoración como á nuestro Dios, y de inmolación como nuestro Señor. Venid pues, adorémosle, postrémonos delante de su magestuosa presencia, por que el es nuestro Señor, y nuestro Dios.

289
PDR-2/0001

DE LA INSTITUCION DE LA EUCARISTIA.

Homo quidam fecit coenam
magnam, et vocavit multos.

(*Luc.* c. XIV. v. 16.)

El Evangelio de este dia presenta á nuestra vista un gran convite, al que todos somos llamados. Un hombre, dice, hizo una cena y llamó y convidó á ella muchos. ¿Y quién es este hombre tan generoso, que prepara tan magnífica cena á los convidados? Responde el Apóstol, que es nuestro Señor Jesucristo: *Dominus Jesus.* (1. *Corint.* 11.) ¿Y cual es esta magnífica cena que Jesucristo nos prepara tan generosamente y con tanto amor? La institución admirable de la Eucaristia. Si: Jesucristo, cuyas obras hechas todas con infinita sabiduría, son unas expresiones del amor mas fino hácia al hombre, en las últimas acciones de su vida no aspira mas que á ganar nuestro corazón. Pero ¿y de que manera mas admirable?

Se sirve de un medio á que el espíritu humano no puede resistir. Se sirve de un medio que empeña su omnipotencia, su sabiduria, y su amor. La institucion de la Eucaristia, es obra, segun San Agustin, de estos tres artículos, pero mas especialmente es obra de su excelentisima caridad. Habiendo amado, dice San Juan, á los suyos que estaban en este mundo, les amó hasta el fin, es decir, quiso darles al fin de su vida, unas muestras las mas particulares de su amor (Joan. 13.).

Ved lo que en este Misterio debe llamar hoy la atencion para avivar nuestra fé, y escitar nuestro reconocimiento. Oidlo. La Institucion admirable de este Sacramento es la grande obra de amor de Jesucristo hácia á los hombres.

Por mucho que admiremos las obras de misericordia de Jesucristo, en ninguna obra se nos deja ver mas descubierto el amor infinito de Dios empeñado en llenarnos en un solo golpe de todos los tesoros de su bondad, que en la institucion admirable de este tan adorable Sacramento. El es el exceso, el colmo del amor, á lo último donde puede llegar. Aunque un hombre pudiera hablar el lenguaje de todos los Angeles, el de todos los hombres, ¿sería por ventura capaz de dar una idea cabal y perfecta de aquel amor tan generoso, tan ardiente, y tan constante, que aqui nos mani-

fiesta un Dios, que del modo mas maravilloso, superior á los sentidos y á la razon y que en obsequio á la fé cautiva todo entendimiento, se dá á si mismo á sus criaturas en este Sacramento? Ved el dueño y Señor de todo el universo, el Rey de Reyes, Señor de los Señores, en cuya presencia toda la grandeza de los mayores potentados de la tierra no es mas que una simple sombra. Vedle encerrado en este Sacramento augusto por nuestro amor. Mirémosle despacio con los ojos de la fé, y le veremos rodeado por todas partes de magestad y gloria. Aquel cuerpo purisimo que el Espíritu Santo vino á formar en el casto seno de la mas pura de las vírgenes; aquella alma tan grande, mayor que todo lo criado, que el Padre Eterno llenó de todas las gracias, y que desde el instante de su creacion fué ya bienaventurada, el Hijo mismo de Dios igual al Padre en todos sus atributos y perfecciones, ved el que hallariamos en esa sagrada Hostia, donde le tiene encerrado su amor, si nos fuera posible correr el velo, miradle con atencion. ¿Y que maravillas, que prodigios no llegareis á descubrir en su persona? La dulzura, la bondad, la misericordia, la clemencia, la verdad, todas las virtudes y en toda su perfeccion se hallan pintadas sobre su bella frente y caminan delante de él. El lleva, como lo vió Isaias, sobre sus espaldas todas las insignias de un reinado eterno. La misma magestad, la misma soberania,

el mismo poder brilla en su persona que acá en la tierra y todo aquel conjunto de perfecciones y atributos que hace admirarse en el cielo por los bienaventurados, por su presencia real de este Sacramento augusto, que nos ha querido dejar como en testamento por el último y mas grande testimonio de su amor. *In finem dilexit eos* (Joan. 13.).

¡Amor excesivo de un Dios á todas luces admirable! ¿Que hace en esta Institucion Jesucristo por el hombre? Consideremos atentamente todas sus circunstancias. Por su amor el mas generoso no se quiere quedar en este sacramento solo en símbolo ó en figura, como lo fingió la heregia siglos pasados, se queda todo entero, para ofrecerse todos los dias al Padre Eterno en el sacrificio de nuestros altares como víctima de propiciacion por nuestros pecados. Por un amor el mas vigilante se queda en este Sacramento, cuando se le prepara la pasion mas dolorosa y en las visperas de su misma muerte. Por un amor el mas ardiente, se queda por via de alimento para incorporarse con nosotros, é introducirse mas facilmente por las puertas de nuestros corazones. Por su amor el mas constante se quiere quedar en todas partes del universo y hasta que se acaben los siglos. Amor generoso de todo un Dios. ¿Y puede llegar á más su amor obligándose á quedar el mismo en persona. Los siglos lo celebraron. Aplauden bien la generosidad de aquellos principes,

que para testimonio de su amor ordenaron en su testamento se entregase su corazon á este ó á aquella persona, nada es cierto por lo que hace nuestro adorable Salvador. No nos deja su mano, esta expresion era corta para satisfacer su amor. Nos deja su cuerpo, su sangre, su corazon, su alma, su divinidad; todo Jesucristo se halla en este Sacramento, y se queda vivo, como cuando vivia en este mundo, aunque con apariencia de muerto segun dice San Juan en su Apocalipsi: *Tamquam occisum* (Apoc. 5). Pero, ¿y para que se queda? Aqui debemos admirar el colmo de sus esfuerzos, cuando vemos, que fué para sacrificarse todos los dias por nuestro amor. Por eso lo ha instituido bajo dos especies distintas y realmente separadas, que misticamente nos representan la separacion real del cuerpo y alma de Jesucristo sobre la cruz. Pues el sacrificio de nuestros altares es una viva representacion del que se ofreció sobre el calvario, y un recuerdo de la pasion del Salvador. Ved lo que ha hecho decir á San Ambrosio, que la Iglesia celebra todos los dias las exequias y funerales de su Salvador; y ved tambien lo que á muchos Santos y siervos de Dios ha arrancado las lágrimas de sus ojos, y ha llenado de un temor respetuoso el celebrar los santos misterios. ¿Un San Ignacio de Loyola podia acaso contener las lágrimas de sus ojos, al celebrar el sacrificio inefuente de nuestros altares? La viva representacion del sacrificio del calvario que el

celebraba, era quien producía tan prodigioso efecto. ¿Y dudaremos del amor de un Dios, que nuevamente le hace sacrificarse todos los días todo entero por el hombre? ¡Buen Dios! muy generoso es vuestro amor. Vos lleváis con admiración de toda la naturaleza los excesos de este amor tan fino hasta á aquel punto dichoso, que escapando á la comprensión de todo entendimiento criado, solo puede ser comprendido á las luces de la fé. *In finem dilexit eos.*

No apartemos de vista, fieles míos, á nuestro adorable Salvador en el acto mismo de esta Institución. ¿Y que vigilante no encontraremos su amor, si consideramos el tiempo en que instituyó este Sacramento que fué cuando se le preparaba la pasión mas dolorosa, y en las visperas mismas de su muerte? Cuando no parece, que no debía ocuparse de otra cosa que en cuidar de si mismo, cuando todos sus conatos debían encaminarse á escaparse de las manos de sus enemigos que le tenían comprada su vida; olvidado de si, no cuida sino de nosotros, quedándose para nuestro consuelo, al celebrar su última cena en este Sacramento augusto. ¿Pues qué no ve ya este divino Salvador, á toda la Sinagoga puesta en movimiento para perderle? No ve ya á sus enemigos trazar las últimas acechanzas á su vida? No ve ya un discípulo perverso, que corre presuroso á los príncipes de los sacerdotes, para concertarse con ellos sobre el precio por el que debe entregar á su divino

Maestro? No ve ya á todos los Escribas y Fariseos, no ve á todos los ministros de los Judios convenidos en prenderle aquella misma noche? De donde pues tanto descuido en nuestro adorable Salvador, de donde tanto olvido de si, y tanta atención, solicitud y desvelo en cuidar de nosotros? ¡Ah! que su amor es muy vigilante, y ve que si deja perder esta ocasión, ya no se ha de poder distinguir mas con el hombre, á quien estima, dice San Agustín, mas que á su misma vida. ¡Qué amor! A nosotros una aflicción que nos sobrecoja, un accidente ligero que nos asalte, un mal demasiado próximo que nos amenace, nos trastorna, nos abate, nos abruma, y nos confunde. Lejos de ocuparnos entonces en asuntos de otros, toda la atención se lleva el mal que nos amenaza. El es el asunto ordinario de nuestros discursos; nuestras reflexiones, y nuestras palabras todas van á parar á él, siempre está el presente á nuestra imaginación, no lo podemos apartar un momento de nuestra vista. Ahora pues, todas nuestras aflicciones todos nuestros trabajos, todas nuestras tribulaciones ¿qué tienen que ver con las que amenazaban á nuestro adorable Salvador? Un discípulo que lo entrega; un Apóstol que lo niega; un pueblo tan favorecido que lo desconoce, y que va pedir su vida y su sangre para sacrificarla á su furor; los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, no son estos fieros objetos, que presentes ya á su imaginación no-

bilísima cansaban en tonces los mas aensibles tormentos á su alma? Y no obstante, ¿tranquilo en medio de tantas penas, se ha de ocupar solamente en la institucion do este Sacramento? ¡Que vigilante es el amor de nuestro Salvador adorable! pero al mismo tiempo ¡qué activo! que ardiente! No parece sino que aspira á unirse infinitamente con nuestro corazon. Ninguna union mas íntima puede darse, para con nosotros, cuando con las especies sacramentales tenemos el mejor alimento que nos sustenta. El que come mi carne, dice este Señor, y bebe mi sangre él está en mi, y yo en él. ¡Qué dicha para una alma que ama á Jesucristo verle con sus propios ojos, tocarlo con sus manos, recibirle en su boca, y aposentarle en su corazon! Y esto no en cierta ocasion. A toda hora lo tiene, no hay un solo momento que no se pueda comunicar con él, abrirsele el corazon, exponerle las necesidades, y pedirle gracias; no hay un solo instante en que no pueda sentarse con el á este divino convite, á ese banquete celestial preparado para todos. ¡Qué beneficencia! ¡qué amor hácia á los hombres!

¿Tan grande y excesivo amor de Jesucristo no será aun bastante para ganar nuestro corazon? ¿No será muy justo, que agradecidos á tantas bondades, le amemos nosotros con un fino y constante amor, habiendonos él amado antes excesivamente? Corazones cristianos, amemos á quien tanto nos amó.

LA MISERICORDIA DE DIOS.

Gaudium erit in celo super
uno peccatore poenitentiam
agente...

(Luc. c. XV, v. 7.)

El Evangelio de hoy, nos presenta á nuestra consideracion la idea de un pastor caritativo, que habiendo advertido que una oveja se le ha perdido, se ve asaltado de un movimiento de celo ó de una santa impaciencia, para ir á buscar esta oveja, que se ha descarriado de su rebaño; de un buen Pastor, que abandona sus noventa y nueve ovejas, para ir en busca de una sola que se le ha perdido. De un Pastor tierno y compasivo, que batiéndola encontrado, la cargó alegre sobre sus espaldas y vuelta á su rebaño, se regocija con sus amigos, quiere que se le felicite de tan feliz recobro. ¡Qué figura mas expresiva y al mismo tiempo mas consolante de lo que hace el celestial Pastor con todo pecador que se vuelve á Dios por una verdadera penitencia! ¿Qué sentimientos no asaltan á un bondadoso corazon? Sentimientos de paciencia, de ternura, de zelo para bus-

carle y esperarle? Sentimientos de alegría y de gozo para recibirle. Hasta el cielo se felicita y se llena de gozo por la conversion sincera de un pecador. *Gaudium erit in cælo.*

Si: Dios es tan bueno, y su misericordia tan infinita, que está siempre dispuesto á perdonar aun á los mas grandes pecadores. Dios quiera, que grabe bien esta idea en vosotros é inspire unos sentimientos tan conformes á la bondad de nuestro Dios.

Al intentar persuadir la confianza grande que debemos tener en la misericordia de Dios, no me dirijo á aquellos pecadores que se sirven de ella para mantenerse en el crimen, y que se obstinan en el pecado. Contra todos estos Jesucristo firmó la sentencia de reprobacion, cuando por San Juan, les dice, que le buscarán y no lo encontrarán, sino que morirán infelizmente en su pecado. Hablo si y me dirijo á aquellos, que algun tanto sensibles á los auxilios de la gracia que les convida, quieren volver á Dios, pero no lo quieren con eficacia. Aquellos á quienes la viva imagen de sus pecados arroja una tímida desconfianza, no atreviéndose casi á esperar en Dios y á confiar en su misericordia por haberle tantas veces ofendido. Para alentar pues el espíritu abatido de estos cristianos tímidos, para desterrar la cobardia de su debil corazon, para reanimar su confianza, les digo

yo, que Dios les espera y busca con bondad por efecto de su misericordia infinita.

Dios es infinito en todas sus perfecciones. Asi es que es infinitamente misericordioso, pues la misericordia es un atributo tan especial, que con respecto á nosotros le da un caracter muy singular. La misericordia de Dios, dice un Profeta, es la que mas brilla en todas sus obras. Mas ¿y como será posible llegar á comprender la inmensa extension de esta misericordia, que como nos lo asegura el Sabio, no tiene otra medida que la de su poder. No es ella un oceano que no tiene fondo, y cuyos dilatados limites no es posible descubrir? Asi se la representa San Agustin, quién experimentò tan de lleno sus admirables efectos. Por esto, un pecador que desea emprender su conversion, debe hallarse persuadido que Dios lo espera con bondad, y que todo está preparado por parte de Dios. Nos ama Dios con un amor eterno, nos ama cuanto puede amarnos; y en virtud de este amor está siempre concibiendo sobre nosotros pensamientos de paz, y no de venganza y afliccion. Si nos hallamos unidos á su Magestad, nos acaricia, nos consuela, nos regala, y llega hasta derramar sobre nosotros todas las riquezas de su bondad. Si nos desviamos de él por el pecado, ¿con que paciencia no sufre nuestras injurias, con que bondad no nos espera para compadecerse de nosotros? El aborrece al pecado, con un odio mortal, pero no por eso deja

de amar al pecador. ¿Y porqué no lo ha de amar? Por pecador que se suponga nos es aun su criatura, no es aun su obra, y lo que es más que todo no es aun su hijo? ¿Un padre tierno, una madre compasiva puede acaso olvidar al hijo de sus entrañas? Aun cuando ella fuese capaz de olvidarlo, yo no me olvidaré de ti, dice el Señor. Es Dios nuestro Padre. Si se me pregunta, decia el grande Agustino, que es lo que excita en mi mas la misericordia de mi Dios, yo responderé que la augusta cualidad de hijo suyo á que me ha elevado en Jesucristo, y su misma augusta imagen que tengo el honor de llevar.

Es verdad que el pecador la desfigura por sus pecados, se hace indigno por ellos de las benignas miradas de un Dios misericordioso, pero tambien es cierto que con nuestros pecados es el objeto mas propio de esta gran misericordia y donde brilla con mas esplendor. No hay que temer que ella nos desampare en medio de nuestros descaminos. Espera siempre con bondad nuestra vuelta y nuestra conversion. Cuando nosotros pecamos, su santidad se separa de nosotros, su justicia quiere que seamos castigados, su inmensidad que lo seamos en todas partes, su eternidad que lo seamos en todos tiempos, su poder y sabiduria proporciona medios para ejecutar este castigo; sola su misericordia, esta misericordia inmensa, que parece formar un caracter particular de Dios tan

bueno, es la que aboga á nuestro favor. Ella suspende, por decirlo asi, el ejercicio de los demás atributos; detiene su indignacion, su ira, y aquellos rayos fulminantes que tenia ya aparejados su justicia; y como que disimula nuestros pecados, para obligarnos dice el Sabio con su bondad y con su paciencia á que los expiemos. ¡Qué solicitud en impedir la accion de las criaturas armadas contra el pecador, cuya muerte y castigo pide todo el universo! Aquí se me representa en este Dios tan misericordioso, aquel Rey santo que arrojado de su Real trono por la ambicion maligna de su hijo rebelde que se levanta contra el, conserva no obstante hácia este hijo tan cruel todas las ternuras de su amor, al mismo tiempo que para asegurar su vida, se ve obligado á poner en campaña á su formidable ejército, que contenga su rebelion. ¿Pues que no es Absalon un hijo rebelde, ambicioso, revolucionario, cruel, pérfido é ingrato? Si, dice David; pero al fin es hijo, y quiero que me lo salveis. ¿Y no es esto lo que Dios hace todos los dias con el pecador? Recibiendo tan gran número de ultrages, y pudiendo facilmente vengarse de ellos, no solo los sufre con entrañas de Padre, sino que resiste á la voz de las criaturas que claman por su castigo. No quiere que perezcan, y solo difiere el vengarse para darles tiempo, dice San Pedro, de volver á él por una saludable penitencia.

Dios además de esperar al pecador, lo busca.

Este es el rasgo mas admirable de su misericordia. Buscar el mismo Dios con empeño al pecador, que es su declarado enemigo, ¡qué dignacion! ¡qué amor! ¡Qué se pensaria de un Juez que convidase á un malhechor, que le hubiese ultrajado, á un reo de muerte á recibir su gracia? Pues aun hace más Dios con el pecador que además de convidarle con su gracia, él mismo lo busca con empeño. El Evangelio para darnos una idea de este inefable rasgo de la divina misericordia, nos lo presenta hoy como un Pastor solícito, que deja su escogido rebaño para ir en busca de una oveja descarriada que se le ha huido, atravesando campiñas, desiertos, tierras escabrosas, hasta que lo encuentra, y entonces con el mas dulce placer de su corazon la carga sobre sus hombros, para que volviendo al rebaño no se fatigue. ¿Y no demuestra esta parábola en nuestro gran Dios una misericordia la mas benigna y eficaz? ¡Qué bondad! Pues ved aquí una imagen de lo que Dios hace todos los días con los pecadores, y de lo que ahora quizás está ejecutando con vosotros.

Por poco que observemos la conducta de este buen Dios sobre los pecadores, vereis que apenas se ha alejado de su Magestad, cuando lo pone todo en movimiento para buscarle. Desde luego excita en su corazon una turbacion y remordimientos de conciencia que les despedazan. A estos se siguen los mas vivos pensamientos. Le representa en la imaginacion, to-

do el horror de su conducta criminal, y cuales puedan ser sus consecuencias funestas. Le hace conocer la vanidad de un placer que pasa en un momento, y la amargura de un arrepentimiento que quizás será eterno. Le trae a la memoria el primer estado en que vivia antes de su pecado y le hace confesar apesar suyo, que no ha encontrado en él la satisfaccion que buscaba. ¿Y quien puede explicar el lenguaje secreto que la gracia hace oír al pecador? Pues este es el primer paso que dá la divina misericordia en busca de una alma que se le ha perdido por la culpa. Si á estas impresiones resiste el pecador, ¿habrá aun gracias en la misericordia de Dios? Aun las hay, fieles infos, si el pecador huye de la presencia de Dios, Dios le seguirá en seguida. ¿No es verdad, pecador infiel, que Dios te seguia sin cesar á cualquiera parte que fueses, y que tomaba ocasion de todo para hablar á tu corazon? Te sucede alguna desgracia. Dios se encuentra cerca de ti para hacerte oír, que serás infeliz mientras que seas pecador. Caes en alguna enfermedad. Luego está Dios á la cabecera de tu lecho, para advertirte que tu alma se halla en mal estado. Vas á tomar algun descanso. Te sigue allí Dios para hablar á la conciencia y decirte que no está en reposo, que está expuesta en cualquier accidente pasarlo del lecho al sepulcro y de este quizás el infierno. Irá tambien Dios, pecadores, irá á buscaros hasta en los lugares donde menos lo esperais y pensais,

aunque os escondais á su vista, irá hasta el lugar de vuestro placer y os señalará sus amarguras.

¿Qué bondad, Señor, puede imaginarse superior á la que vos mostrais en el pecador? ¡Que empeño en buscarle! Aun en medio de sus desvarios le adviertes y exhortas á que abandonada su malicia crea en ti. Parece que en perdonar nuestros pecados, hallais vuestra gloria haciendo brillar los prodigios de vuestra misericordia sobre todo pecador, á quien esperais con los brazos abiertos para decirle con amor.

Parece que despues del pecado, no debia tener Dios hácia al pecador sino sentimientos de indignacion y de odio, pero esto seria desconocer á Dios y á su misericordia. ¿Y en verdad, como podia ser, mi Dios, que Vos que habeis esperado con tanta paciencia y bondad al pecador, que Vos lo habeis seguido con tanta empeño en su huida, ¿no lo recibieses con el mas tierno amor cuando vuelve á Vos? Si arrojabais sobre él miradas de compasion cuando os ultrajaba, ¿lo mirareis con indiferencia cuando venga á arrojarse entre vuestros brazos? No temais, pecadores, no seais tímidos y desconfiados. No os espante jamás el peso inmenso de vuestras maldades. Por profundas, por mortales que sean las llagas de vuestra alma, ninguna hay que no pueda ser curada por la misericordia de Dios, dice San Bernardo. Abrid pues los oidos á la voz de la gracia, prenda segura de la gloria.

POOR - B/0001

X 305

SOBRE LA VIDA DEL PECADOR Y DEL JUSTO.

Nihil cœpimus: in verbo
autem tuo laxabo rete.

Luc. c. V. v. 5.)

Hoy en el Evangelio se nos abre camino á las instrucciones mas saludables, para conocer la vida inutil y penosa de los pecadores en contraposicion de la vida util, dulce y meritoria de los justos. ¿Qué diferencia tan estraña entre los Apóstoles que se quejan de que habiendo echado sus redes para pescar durante la noche, nada han cogido, y entre los mismos, que habiendolas arrojado por obedecer el mandato de su divino Maestro, han encontrado en ellas una prodigiosa multitud de peces, que se vieron obligados á pedir socorro para descargar sus barcas! ¡Qué diferencia tan estraña entre una pesca inutil que se hacen en su ausencia y sin intervencion de Jesucristo, y una pesca feliz, y abundante hecha por su orden, y como

dice San Cirilo de Alejandria, á sus ojos y bajo sus auspicios! Segun este Santo Padre aun hay más diferencia, entre los que trabajan por el mundo y en estado de pecado, y los que trabajan por Dios, y en estado de gracia. Trabajar por el mundo, es trabajar durante la noche sin saber lo que se halla, *per totam noctem*. Es trabajar hasta agotar sus fuerzas; *Laborantes*: Es trabajar y no ganar nada: *Nihil capimus*. Por el contrario trabajar por Dios y en estado de gracia es trabajar en el lleno del dia: *Laxabo rete*: Es trabajar con feliz éxito, y recoger mas frutos, que los Apóstoles multitud de peces. En suma trabajar por el mundo como lo hacen los pecadores sin la gracia de Dios, es un trabajo penoso é inutil. Trabajar por Dios y con la gracia como lo hacen los justos, es un trabajo dulce y meritorio.

Ved aqui, fieles míos, un asunto de los mas interesantes. Elegid pues, uno de los dos caminos. Si elegís el primero, por grandes que sean las penas que os tomeis por el mundo, cogereis pocos frutos de ellas. Elegís el segundo, por pequeñas que sean las penas que os tomeis por Dios, sacareis de ellas grandes ventajas.

En una noche fué, dice San Lucas, y en ausencia de Jesucristo cuando los Apóstoles trabajaron y arrojaron sus redes en la mar, y no cogieron nada. Y en la noche tambien del pecado,

y separados de Dios trabajan los que viven segun el espíritu del mundo sin sacar de sus trabajos ningun provecho. Tres circunstancias encuentro yo indispensables en su fatal estado. Su ceguedad, sus penas, y sus miserias. Su ceguedad, porqué no saben ellos lo que hacen. Sus miserias, porqué no consiguen fruto alguno de lo que hacen. Su ceguedad porqué trabajan en una profunda noche. Sus penas, porqué se empeñan en un trabajo improbo y penoso. Su esterilidad y sus miserias, porque nada ganan y no recogen provecho alguno. *Nihil capimus*. Y trabajar sin razon sin conocimiento, sin consuelo y sin recompensa, ¿no será ciertamente para todo pecador un trabajo penoso é inutil?

Tal es la suerte infeliz de los pecadores y de los pretendidos sabios del mundo que no buscan el camino de salvarse. ¿Cómo es posible dar el título de hombre de bien, de prudente y sabio á un hombre que se dedica á todo lo que es extraño á la obligacion que le pertenece y no á lo que necesariamente le conviene? Cómo se dirá que obra con razon un hombre, que empeñándose en ir por caminos difíciles, despreciando la guia verdadera y fiel, caminase por la noche sin el socorro de la luz? Pues bajo estas ideas la Escritura nos pinta la ceguedad espantosa del pecador, que toda lo hace por el mundo, todo para si y nada por Dios. Del pecador que en la noche lobrega del

pecado, no produce sino obras de tinieblas y de muerte. Del pecador ya que no haga nada, ya que no haga bien lo que está obligado á hacer, está reducido á la clase de siervo inútil ó por su inacción, ó falta de gracia y de pureza de intención. De este habla el Real Profeta, cuando dice, que ni tiene inteligencia para conocer á Dios, ni rectitud para buscarla. Pues le falta luz que lo ilustre, guía que lo conduzca, socorro que lo sostenga, y principio que lo santifique. Y así él se aleja del buen camino. Bien se puede decir, que es un hombre ilustrado y sabio, pero este es de aquellos de que asegura Ezequiel, que tienen ojos y no ven; y Jeremias, que andan á tientas en el mas lleno mediodía. Llegará el fin de sus días, morirán en su ceguera, y entonces segun el Sabio, gritarán. ¡Qué insensatos hemos sido! Nos hemos apartado del camino de la verdad, y el sol de justicia no se ha levantado sobre nosotros (Sap. 4). Envueltos en tinieblas, no hemos conocido los senderos del Señor, sino que hemos andado los caminos del pecado y de la perdición. Y no solo esto. Nos hemos empeñado en seguir unos caminos difíciles y penosos, en los que nos hemos fatigado. *Lasati sumus in via iniquitatis.*

El pecador no solo camina ciego, sino que se cansa, y se fatiga. Trabaja, pero su trabajo lo consume y lo acaba. ¿Qué distinto el trabajo de un hombre, el de un justo y el del pecador!

El primero es trabajo de condicion, el segundo de bendición y el tercero de castigo. El trabajo del hombre es la señal de su pecado, el del justo la satisfacción y el del pecador la pena del pecado. Seamos justos, ya pecadores, somos hombres, y todos debemos trabajar. Más ¡qué diferencia tan grande entre unos y los otros! Los justos templan y suavizan por su inocencia el rigor del trabajo. Los pecadores añaden trabajo sobre trabajo y pena sobre pena. Hablando del primero David, lo mira como un trabajo dulce y agradable, y del segundo, como un trabajo penoso y difícil, privado de todo consuelo. Un ejemplo de la Escritura nos hará mas sensible esta verdad. El trabajo de Adán en el estado de inocencia, ¡que distinto era del trabajo despues del pecado! En aquel la tierra naturalmente fecunda le abre su seno, para darle frutos en abundancia; y en el segundo la cultiva, le siembra y tiene que arrancar las espinas y los abrojos. En aquel estaba puesto en el Paraiso como un hijo docil, que trabajaba á los ojos y bajo los auspicios de su padre; en este como un esclavo rebelde, condenado á trabajos penosos y á las órdenes de un amo que lo emplea en ellos para su castigo. Tal es pues el trabajo penoso y humillante de los pecadores? Y no hay una infinidad que llevan una vida cómoda y que no trabajan sino lo que les da gusto y se alejan de las penalidades comunes á los otros hombres? Convengo en ello:

pero y sus pasiones ¿no les atormentan cruelmente mas que á un vil esclavo, su furor, su envidia, su inquietud, y los asaltos de su cólera? El temor de la muerte, y de los juicios de Dios no los sigue á todas las partes? Al ver esa muger ociosa que nada hace, y que solo se ocupa en sus modas y devaneos ¿quién no la creeria feliz? No obstante impaciente de verse pospuesta á otras que no tienen tan buen nacimiento como ella, inquieta y afligida de que el mal estado de su familia, ó ahorros del mando no le permitan gastar mas, envidiosa de que no le hacen los obsequios que á las otras, que no tiene que sufrir? Al ver ese hombre que hace una bella figura en el mundo, que tiene buena mesa, que todo le sobra, que se divierte, que se le rie la fortuna, ¿quién no envidiará su suerte? Con todo ¿que tormento en su espíritu, si teme perder un pleito, ó que sus injusticias se descubran! ¿Qué cólera contra un rival que se le opone; contra un enemigo que lo persigue, contra un falso amigo que lo vende! ¿Qué temor, ó de la pérdida de un protector poderoso, ó de un trastorno de fortuna, de una enfermedad que le asalte, ó de una muerte que le sorprenda y prive de todo? No hay paz para los impios: todo es para ellos guerra, trabajo y ningun consuelo.

¿Y podrán esperar ellos alguna ventaja para lograr una eternidad feliz? Despues de verse agitados nada pueden esperar, ni del mundo,

ni de parte de Dios. Nada de parte del mundo, ¿Cuantos hay que habiendo trabajado por el y esperaron en él y vieron fallidas sus esperanzas? Infeliz Aman, tu lo esperabas todo de la generosidad de Asuero, tu te lisongeabas, que despues de haberle tan fielmente servido, despues de haber humillado tus enemigos y apartado de la corte todos los que eran sospechosos, gozarias de una larga prosperidad; y el patibulo te está preparado. tu vas á morir á las manos de un verdugo. Desgraciado Joab que habias servido tambien á David, que habias expuesto tu vida por la defensa de sus estados y de su persona; tu esperarás los mas eminentes cargos de su reino; y se da orden á un soldado de ir á matarte á los pies de un altar, donde creias hallar tu asilo. Asi el mundo paga á sus adoradores. Nada tambien de parte de Dios. Si le ofendeis gravemente, aun con un solo pecado, vosotros perdeis grandes bienes, dice el Sabio. Oraciones, limosnas, vigiliass, mortificaciones todo se pierde para vosotros, es decir para los que morais habitualmente en el pecado. ¿Habeis perdido á Dios todo lo habeis perdido. Cuando Dios deja una alma, todas sus buenas obras la dejan. ¿Cuantos cristianos, que habiendo puesto sus esperanzas sobre acciones moralmente buenas, podrán decir en un sentido mas trágico que los Apóstoles. Toda la noche de este mundo hemos trabajado, y nada hemos cogido! *Nihil cepimus*. Pues esta es la infeliss suerte

de los pecadores y el fruto de su vida presente.

Otra es la suerte y el fruto de los justos. Por pequeñas que sean las penas que se toman por Dios, sacan de ellas grandes y preciosas ventajas. Ni San Pedro, ni los otros Apóstoles despues de haber arrojado segunda vez las redes á la mar, se quejaron de haber tenido pena alguna en su trabajo, todos estuvieron alegres y consolados. Se siente un no se que de dulzura y suavidad cuando se trabaja por Dios, y bajo los ojos de Dios. Mi jugo decia Jesucristo es suave y mi carga ligera. Almas justas, decidme; ¿No es verdad que gustais cierta suavidad interior, que no gustabais antes, derramada en el fondo de vuestro corazon, un no se que de disgusto de vuestro antecedente estado, en el que los mas grandes placeres se veian destemplados con frecuentes amarguras, y que encontráis dulce la vida nueva que habeis abrazado, por penosa que por otra parte sea? ¡Oh dulzuras inefables de la gracia! David decia: Un solo dia en vuestra casa, ó mi Dios, vale más que mil fuera de ella (*Psal.* 83.)

Ahora pues, fieles míos, que partido elegís? No dudeis mas un momento: y supuesto que no podeis servir á dos señores, abandonad al mundo, trabajad bajo los auspicios de Dios ofreciendole vuestros servicios y vuestros trabajos que él recompensará con su bondad mas allá de todo mérito.

DEL AMOR Á LOS ENEMIGOS.

Omnis qui irascitur fratri suo,
reus erit iudicio.

(*Math.* c. V. v. 22.)

El Evangelio de hoy es muy interesante para la caridad cristiana. Jesucristo soberano legislador de los hombres hoy prohíbe no solo el homicidio, sino aun los movimientos de una cólera irrazonable y apaga las enemistades en su origen. *Todo aquel, dice, que se enoja con su hermano, obligado será á juicio.* ¿Será posible dispensarse de esta ley teniendola por demasiado severa? Habrá algun Fariseo, que ciego con los resplandores de la misma luz, busque interpretaciones arbitrarias para eludir su obligacion? Habrá algun impio, se atreva á decir la blasfemia, que esto de amar á nuestros enemigos se eleva tanto sobre una naturaleza que solo puede ser de perfeccion, y de consejo, y no de precepto, y que si lo es, bastante se cumple con no aborrecer ó no hacer mal á nues-

tros hermanos? Estraña ilusion del espíritu de venganza y fatal principio por el que esta passion infame ha llegado á tomar ascendiente en el corazon humano. Vicio desfigurado bajo las apariencias de buena crianza, de honor y aun de virtud, mientras los otros por cierta fealdad grosera que los envilece llenan de horror, y no se atreven á mostrarse á la vista del mundo, este levanta orgulloso su cabeza, por parecerle llevar cierto caracter de justificacion. Jesucristo pues lo confunde y sepulta este monstruo entre sus ruinas, obligándonos á deponer todo resentimiento, y á substituir á el para con nuestros enemigos con un amor interior y sincero, un amor efectivo y bienhechor. Escuchadme.

Cuando las obras exteriores no van de acuerdo con el corazon, aun en lo mas virtuoso y tanto no es delante de Dios sino una declarada hipocresia. ¿De qué aprovecha un exterior humilde, si nosotros mantenemos un corazon soberbio y altivo? Todo el culto aun el mas religioso que rendimos á Dios, no mereció jamás su aprobacion si la verdad y el espíritu no acompaña al exterior. Bien puede Israel ofrecerle víctimas, que sin este respeto no merecen ellos sino los menosprecios de Dios. Por eso sus santas leyes, formadas to las con infinita sabiduria, no solo se encaminan á la direccion de las acciones exteriores, como las de los

hombres, sino que miran principalmente al arreglo del corazon. Ved por que no bastan segun nuestra Religion esas señales exteriores de reconciliacion con las que se satisface el mundo, para quien conserva en su interior ciertos resentimientos, que á manera de brasas encendidas entre la ceniza, pueden encender de nuevo el mas funesto incendio en el corazon. Son fingidas todas las reconciliaciones que no anima la caridad cristiana, y no sirven sino para perpetuar bajo tristes apariencias de una amistad engañosa los resentimientos y odios mas terribles en toda sociedad. Y sino ¿de donde tanta desunion entre aquellos mismos que moran bajo un mismo techo, que comen á una misma mesa, y que á toda hora, en toda ocasion es preciso verse juntos, sino de que falta la sinceridad á su reconciliacion? ¡Ah! que si el amor que debe enlazar los corazones fuese interior y sincero, ya seria la union mas constante y duradera! Es una sombra, un fantasma de reconciliacion, la que no se funda en la caridad. ¿Cómo puede ser esta verdadera, si el corazon no se muda? ¿cómo se verificará haberse muda to el corazon, si en lugar de los pasados resentimientos no advertimos en nuestro interior todos los afectos del mas sincero amor? La venganza está muy escondida, y hace llegar aquellos funestos instantes en que romperá su furor. Es una serpiente que muerde en silencio, pero que al fin viene á explicar todo

el veneno de su indignacion. Ved en Saúl un príncipe empeñado en extremo de alabar á David. ¡Qué elogios no hace de la fidelidad de este capitán de Israel! No podia esperar de la boca de un enemigo confesion mas gloriosa. Alaba su generosidad, engrandece su valor, hace lenguas de su piedad, y parece que se olvida de si mismo por enzalzarle, llamándole á la vista de todo Israel, varon el mas justo, que él. No paran aqui las muestras de su amor. Sentido sumamente de haberle perseguido injustamente le dice en el tono de mayor sinceridad: *Pequé, vuelvete á mi, hijo mio David, no te haré ya en adelante mal ninguno; conozco que he obrado mal, y que ignoraba muchas cosas acerca de ti, que me debian precisar á quererte.* ¿Quién creeria que no tenia mudado su corazón, y que ya le profesaba amor sincero, en lugar del odio antiguo? No obstante, todo es disimulo; y como no nacia del fondo del corazón tales demostraciones, no se hacia más que suspender por un breve tiempo los ímpetus de su furor.

¿Y no es esto, fieles míos, una imagen de lo que en el día se ve en vuestras reconciliaciones? No hay apenas uno que diga, perdono de corazón al enemigo, que no le desea mal, y que le ama segun Dios dispone. Más ¿qué especie de amor es este, que tiene todos los caracteres de odio, y ninguno de caridad cristiana? Si le amais, y verdaderamente, porqué esa alteracion

sobre vuestra frente, cuando os presentais delante de él! Para qué os asalta esa especie de palpitacion oculta, cuando oís hablar de su persona? Si le amais, porque no echais á eterno olvido sus injurias y ofensas, y no que contais los instantes para ir á arrojar al seno de vuestros amigos, vuestros resentimientos y quejas? Porqué tan ciegos para sus buenas cualidades, y tan ilustrados para notar sus defectos? porqué tanta indiferencia sobre su fortuna y felicidad, y tanta alegría y placer cuando le sobreviene alguna desgracia? Finalmente, si le amais, ¿porqué tanta vigilancia en torcer sus intenciones, y en arrancar de entre sus manos la gloria, la reputacion, cuando el prógimo quiere hacer justicia á su talento, y á su virtud? Nada hay más comun que esta especie de conducta en el mundo; y por esto la falta de tanta sinceridad en nuestras reconciliaciones, y se cumple, como dice San Juan Crisóstomo, tan pocas veces el precepto del Señor de amar á nuestros enemigos, apesar de las muestras exteriores que se dan de un amor hipócrita, que no sirven más que para lisongear, y ocultar nuestros resentimientos. No hay sino fingidos Joabes que entretienen sus odios con falsas y engañosas caricias y que no alargan al amigo una mano benigna para acariciarle, sino para llevar con la otra el puñal hasta sus entrañas con el mayor disimulo y crueldad.

¡ Ah ! enemistades disfrazadas, y como os per-

petuais con tanto perjuicio de las conciencias en la sociedad humana! Infelices, sino teneis pecho para perdonar una injuria, si no os atreveis á echar al olvido una ofensa, ¿cómo couvidaríais á la mesa como Isaac á vuestros más implacables enemigos, y los haríais entrar á la parte de vuestras satisfacciones cuando Dios providencialmente los hiciese caer en vuestras manos? ¿Cómo lloraríais como David con lágrimas muy amargas la muerte de su más implacable perseguidor? ¿Cómo tomaríais satisfaccion del Amalecita homicida, y obligaríais á las hijas de Israel, á que juntasen con los vuestros sus lágrimas y suspiros? ¿Cómo agradeceríais como Job las ofensas de vuestros contrarios y llenaríais de mil bendiciones á aquellos mismos, que hiciesen de vuestras desgracias el objeto de sus burlas y de su furor?

Acaso me direis, que no os es posible, porqué es mi enemigo? Ah! por enemigo que se suponga el que os ha injuriado, deja de ser nuestro prógimo? ¿Deja de ser obra de Dios y llevar la imagen de la divinidad en su alma? ¿Deja de ser rescatada por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo? Aunque sea nuestro enemigo, aunque nos haya hecho las mayores ofensas, quizás delante de Dios será vaso escogido de predileccion, y nosotros vasos de ignominia. Debemos pues perdonarles todas las injurias como Jesucristo lo hizo á sus enemigos; no basta esto; debemos amarlos como tambien los amò, y con un amor

síncero interior y formal, como lo llaman los teólogos, no con un amor hipócrita, concreto á ciertas exterioridades que no nacen del corazon. La Iglesia nuestra madre tiene fulminados anatemas contra los que por una moral relajada indigna del Evangelio se oponen á esta doctrina, y ya los rayos del Vaticano tienen sepultados á estos monstruos entre sus ruinas. Apesar pues de los vanos pretextos que suele oponer el espíritu del mundo, apesar de la resistencia de nuestra corrupcion natural, debemos triunfar de nuestra inclinacion para sofocar todo resentimiento, pues siempre será cierto, que si hemos de cumplir con el precepto de Jesucristo, debemos amar á nuestros enemigos con un amor interior.

¿Y porqué no ha de ser un amor bienhechor? El amor, dice San Gregorio sino se comprueba con las obras, no es amor. Un amor esteril é infecundo, más es una quimera de amor, que amor verdadero. Una alma que ama no puede parar dentro de si misma; ella ha de demostrar con mil señales exteriores las efusiones de su amor. San Juan queria descifrar á los fieles de Efeso el caracter del verdadero amor, y les dió: *Hijos de míos, no os contenteis con amaros de palabra, y con solo la lengua.* No es este amor digno de un cristiano. Nuestro amor mutuo debe salir del corazon y se ha de dar á conocer por la obra. Tal ha de ser el amor que debemos tener á nuestros enemigos, y nadie se puede desentender de su obliacion.

Vengativos, grita aquí San Agustín, ved el amor liberal de un Dios apesar de nuestras injurias y de nuestras ofensas. Cuando nada habia en nosotros que mereciera su bondad, nos vino á hacer el mayor de sus favores. Por esto el Evangelio grita, perdon para el enemigo. ¿Y no ha de ser eficaz este grito del Salvador? vanas y engañosas ideas del espíritu de venganza, falsos pretextos de un mundo engañador, respetos humanos vanamente inspirados por el falso honor, imponeos un silencio eterno, rendios á los pies de la cruz, estrellaos contra esta roca firme contra esta piedra fuerte, sobre la que está levantado el edificio augusto de la Religión. La sangre de Jesucristo grita, perdon para el enemigo. El mas injuriado y ultrajado de todos los hijos de los hombres, pidiendo perdon para sus enemigos, desde la cruz, grita: *Perdonales, Padre mio, porqué no saben lo que se hacen.* Y vosotros fieles míos, deponed todo resentimiento de vuestro corazon, mirad que quien no perdona á su enemigo no le perdonará Dios. No, no hay misericordia, dice el Señor, con quien no la ha sabido ejercitar con su prógimo. Quereis pues vosotros conseguirla? Perdonad, arrancad de vuestro corazon todo resentimiento: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecieren: que con este perdon y este amor se os abrirán francamente las fuentes de la misericordia y de la gracia, prenda segura de la gloria.

902-3/0001

X 321

SOBRE LA LIMOSNA.

Misereor super turbam: quia
ecce jam triduo sustinent me, nec
habent quod manúcent.

(*Marc. c. VIII, v. 2.*)

Hoy nos propone, fieles míos, San Marcos cuatro mil hombres que siguen á Jesucristo, que haciendo ya cuatro dias que se hallan en el desierto, no tienen cosa que comer. La omnipotencia abre a favor de este pueblo necesitado sus tesoros. Jesucristo se compadece de él y su compasion le mueve á obrar su gran milagro, destinado por su inmensa caridad, no solo á alimentar sus cuerpos, sino tambien á fortificar sus almas. Siete panes y unos pocos pececillos de tal manera se multiplican entre aquellas divinas manos, que habian sacado de la nada al universo, que comieron, dice el Evangelista, y se hartaron todos, y alzaron de los pedazos que habian sobrado siete espuertas. ¡Qué prodigio! Pues este milagro que hace Jesucristo, siendo una señal de su poder infinito,

y de las abundantes riquezas con que alimenta á todas las criaturas y provee á todas sus necesidades, no se hizo solo para los Judios, sino tambien para instruir á los cristianos de todos los tiempos, que tiene más el Salvador á su vista una de sus principales obligaciones? ¿Y á que pues se dirige el milagro de Jesucristo? A excitar en los cristianos sentimientos de compasion hácia á sus hermanos, á obligarlos á conocer la limosna, y su precepto particular de caridad cristiana.

Deseoso de inspirar á vuestros corazones el espíritu de caridad cristiana, que es el alma de nuestra Religion, voy á hablaros de la obligacion de la limosna y sus ventajas.

Entre todos los deberes que nos impone el cristianismo, apenas hay ninguno mas solidamente establecido, que la obligacion de hacer limosna. Jesucristo, los Apóstoles, los Padres de la Iglesia la han propuesto muy frecuentemente á los pueblos que estaban encargados de instruir, de suerte que se puede decir, que el precepto de la limosna considerado como un precepto esencial del hombre y aun como el precepto de todos los siglos, lo es principalmente de un cristiano, que á los sentimientos de humanidad, junta un espíritu de caridad, que se ha derramado sobre su corazon en el santo bautismo. Este tan general precepto casi ha agotado

la elocuencia de los primeros hombres del mundo. Al oirlos, se diria que la moral cristiana toda estaba reducida á este punto; y aun que el cielo no podia ser abierto ó cerrado á ninguno de los hombres, sino por la práctica ó negligencia de tan esencial obligacion. ¿Cómo pues sucede, que entre todos los preceptos apenas hay ninguno mas olvidado que el de la limosna? Por todas partes no se ven mas que pobres que solicitan, pero en vano la compasion y largueza de los ricos, como otros tantos Lázaros la del rico avariento. Las calles, las plazas, los caminos públicos, las casas particulares, los templos mismos se ven llenos de estos tristes objetos, que avergüenzan la humanidad, que anuncian por todas partes la humiliacion de la naturaleza humana y cuyo semblante caido, abatido y desfigurado, casi nos hace dudar si son hombres. No buscamos otro principio que las ilusiones del espíritu de interés. No se quiere persuadir que el rico ha sido hecho para el pobre, y que este tiene á esperar de él el socorro. Destruyamos este falso principio haciendo ver la relacion que el rico tiene con Dios que manda la limosna, y con el pobre que espera recibirla.

Considerando la limosna con relacion á Dios que la manda, ¿es otra cosa que un tributo que impone en virtud de su dominio soberano y para la justificacion necesaria de su providencia? Por justos poseedores que seais de vuestros

bienes, ¿no reconocereis, que Dios como soberano y dueño absoluto de ellos, es en verdad el único propietario, como él mismo lo asegura, y que apesar del goce que permite, retiene siempre un dominio absoluto sobre ellos? No reconocéis, que dándoos el uso de estos bienes, ha podido exigir de ellos el homenaje que le es debido por la imposición de un tributo según su voluntad? Os atreveis á disputar á vuestro Dios un derecho que reconocéis en los Principes de la tierra, y que ejercen todos los días sobre vuestros bienes sin contradicción de vuestra parte? Pues este tributo lo ha impuesto Dios en la limosna para la justificación de su providencia, que mira á los pobres como criaturas suyas. á quienes también debe proveer; y si no lo puede exigir por sí mismo, ó para sí mismo, lo pretende exigir y recoger por mano de los pobres. ¡Qué espantosa no sería la providencia si todos sus beneficios no se reuniesen sino en un pequeño número de hombres afortunados, para dejar á la multitud en la infelicidad y en la desgracia! Qué ¿Como piensa el avaro, mientras unos abundantes de bienes superfluos, habian de perecer otros de necesidad? El lujo desordenado de uno solo había de absorber la substancia de muchos? El pobre estaría desnudo, y el rico lo insultaría por el fausto de sus vestidos, de su equipage y de su tren. La opulencia levantaría palacios para morada del placer, y la humanidad que padece queda-

ria sin asilo. Es preciso que se haga limosna y abundante, según la posibilidad de cada uno, de otro modo no se usaria de las riquezas según la intención de Dios, y no se le pagaria el tributo que le pertenece. Es una verdad, de que no se puede dudar.

Pues si el tributo que debeis á Dios os obliga á socorrer á los pobres, también os obliga el tributo de caridad que es debido á ellos como hermanos, unidos á vosotros con los lazos de la naturaleza y de la fe. ¿Qué idea tendrías formada de esta caridad, que hace la esencia del alma y el alma de nuestra Religión, sino arrancara de vuestras manos una parte de vuestros bienes para socorrer á los necesitados?

La mano más avara no puede estar por mucho tiempo cerrada para aquellos, á quienes se han abierto por la caridad cristiana nuestros corazones. Si amais pues á los infelices, si verdaderamente amais, ¿no los habeis de socorrer con vuestras limosnas? Una ley de caridad no os obliga á ello? ¿No una ley nueva moral de justicia, sino una ley Evangélica que así lo entienden los santos Padres cuando Jesucristo dijo: *Lo que os sobra, dadlo de limosna*. Aun os negareis á la limosna, á este tributo que debeis también á los pobres vuestros hermanos? Si no os persuade una obligación tan esencial, veamos si os pueden mover sus ventajas.

La felicidad, la dicha, la bendición es la recompensa para el que hace limosna. El que

tiene compasion del pobre, segun la promesa del Espiritu Santo, no puede dejar de ser feliz: *Qui miseretur pauperis beatus erit* (Prov. 16.). La limosna es un secreto celestial, para obtener toda suerte de bienes de la mano misericordiosa de nuestro Dios, capaces de hacer feliz á todo hombre limosnero. La infinita misericordia de un Dios, que se hace una particular gloria de verse representado en el pobre, le ha dado tanto mèrito, que no solo abre el cielo á los que la ejercitan, sino que aun en esta vida les remunera como lo promete por el Profeta (*Malach. 3.*) Todos los bienes vienen al alma con la limosna, porquè el pobre favorecido del rico, su limosna sube inmediatamente al trono de Dios y como que obliga su mano misericordiosa á que derrame sobre el rico limosnero una abundancia de bendiciones. Bendiciones en el orden de la naturaleza y bendiciones en el orden de la gracia. Estas son las ventajas que trae la limosna y son las que convencen, que nada hay que los ricos misericordiosos no pueden esperar de los pobres.

Bendiciones en el orden de la naturaleza, placer, abundancia de bienes, salud, honores todo viene sobre una alma compasiva, que mirando á los pobres como hijos de Dios, como miembros de Jesucristo, como hermanos suyos los socorre con sus limosnas. ¿Qué placer y satisfaccion viene á tener el alma caritativa que haciendo sensible su corazon á las necesi-

dades de sus prògimos, las remedia con su mano bienhechora? ¿Y puede haber, decidme, puede haber satisfaccion mas deliciosa para un corazon cristiano, que la de hacer feliz al pròximo por medio de sus limosnas, ò por lo menos aligerar una parte de sus desgracias, aligerando sus necesidades? Teneis mucho, decia Tobias á su hijo, dad mucho al pobre: teneis poco, aun de ese poco dad alguna cosa de buena voluntad. La infeliz viuda que echó dos dineros en el gazofilacio, donde se recogian las limosnas de los pobres, se mereció mucho la atencion del Salvador. ¿No promete el Señor el ciento por uno, como se verificó en la viuda de Sarepta, de todo lo que se dá á los pobres? No he leído, decia San Bernardo, que he visto que un limosnero haya veuido á caer en la indigencia. ¿Quereis tambien salud? ¿Quereis honores? Pues salud y honores proporciona la limosna. Dichoso, decia David, el que pone sus ojos sobre el necesitado y el pobre para socorrerle. No solo le librará Dios de su ira en el dia malo, sino que lo consolará, lo vivificará, lo asistirá sobre el lecho de su dolor, y aun lo hará feliz sobre la tierra (Psal. 4.). El que está inclinado á hacer misericordia á los necesitados conseguirá, dice tambien el Espiritu Santo, la victoria y el honor (Prov. 22.).

Bendiciones en el orden de la predestinacion y de la gracia. Aqui parece que abre Dios á favor del limosnero todos los tesoros de sus

misericordias y de sus gracias. Por irritada que esté la justicia divina por nuestros pecados, el que tiene por patrona la misericordia que ha ejercitado con los pobres, dice San Pedro Crisologo, bien puede estar seguro del perdón. no dude de la absolución. Dios oye, dice el real Profeta, los gemidos de los pobres, sus lágrimas penetran hasta el trono de la divina misericordia, sus oraciones tocan el corazón de Dios. Pero ¿y con que eficacia? Desarman dice el mismo Padre su cólera, y le hacen propicio. Si, no lo dudeis: la limosna calma la cólera de Dios, convierte al pecador y graba sobre su frente la señal augusta de su predestinación eterna. Las manos de los pobres cargadas con vuestras limosnas se elevan de la tierra al cielo. ¿Y qué gracias no harán ellos descender para mudar el corazón del pecador y convertirlo? Así como el agua apaga el fuego, así la limosna, dice el Espíritu Santo, extingue los pecados. (Ecli. 3.) Dichosos, dice Jesucristo, bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Ea pues, desde hoy abrid vuestro corazón á las miserias, abrid también vuestras manos en su socorro. Caridad con vuestros hermanos. Este es el lazo que nos une á Dios, y la llave de cielo, que nos abrirá algún día la de la gloria,

PCOR-2/0001

X 329

SOBRE LA VIDA CRISTIANA.

A fructibus eorum
cognoscetis eos.

(Matth. c. VII. v. 16.)

El Salvador despues de decirnos que es angosta la puerta y estrecho el camino, que lleva á la vida, y que son muy pocos los que atinan con él, nos exhorta, que ha venido al mundo á dar testimonio de la verdad, y á desengañarle de sus errores: á que nos guardemos de los falsos Profetas, que son los que vienen con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores, como son los hereges, los hipócritas, aquellos malos cristianos que blasonan de su fe y no la comprueban con las obras, que edifican con sus palabras, y escandalizan con su mala vida, más claro, que una cosa dicen y otra practican. Por eso concluye hoy y nos dice; *Por sus frutos los conoceréis.*

La vida de un cristiano es una vida de fe. Este es el árbol que plantó el Espíritu Santo en

la tierra de nuestro corazón, cuando recibimos el Bautismo. Pues esta fe no ha de ser estéril, sino una fe de frutos, una fe informada por la caridad, fe que no puede estar en el corazón sin producir buenas obras. Las obras pues han de dar testimonio de nuestra fe. ¡Pero ah! ¿cuántos confiesan los dogmas de nuestra Religión, canonizan su doctrina, reconocen su moral, y no obstante piensan poco en llenar sus deberes? Son como unos fieles de perspectiva y de estatua, que tienen apariencias y nombre de vida, pero son muertos a los ojos de Dios, porqué le deshonran con tal conducta, haciendo profesión de cristianos cuando no lo son. Fijaos bien, fieles míos, en esta verdad. Nada aprovecha la fe sino le acompaña una vida verdaderamente cristiana.

Si para llevar una vida verdaderamente cristiana no fuera menester más que conocer los misterios de la Religión y adorarlos, hacer una profesión exterior de la Religión, nada sería más fácil que ser santos, y no sería la verdadera virtud tan rara en el mundo. Así la ley antigua como la nueva, fecunda siempre en hombres justos, nos hubieran mostrado numerosas sociedades como otras tantas escuelas de santidad; y tanto la Iglesia de Jesucristo como la Sinagoga podrían gloriarse de haber visto casi tantos verdaderos fieles como hijos han abrigado en su seno. Más ni en la una ni en la otra ley,

bastó para hacer un hombre justo sola la fe, ni este carácter y profesión exterior de Religión formó jamás un verdadero Israelita, y un verdadero cristiano. San Pablo canoniza la fe de los Patriarcas antiguos, que los propone á los Hebreos como modelos de una perfecta justicia; pero él lo prueba con unos hechos que demuestran su viveza y su fecundidad, frutos todos preciosos de este árbol sagrado. Por ellos demuestra que la verdadera fe ha de ir acompañada por las obras. ¿Y que vió el mundo en los primeros cristianos? vosotros os admiráis, decían los Apologistas de la Religión á los Gentiles, vosotros os admiráis de que los cristianos sean tan humildes, tan castos, tan mortificados, tan sufridos. No se dejan ver en vuestros espectáculos, tienen horror á vuestros excesos, y no se coronan de flores como vosotros en las fiestas. Su modestia sola bastaba para distinguirlos; la piedad, el celo, la paciencia, y la caridad son sus virtudes ordinarias. No hay cosa más sobria que sus mesas, más sencilla que sus vestidos, de más edificación que sus conversaciones, más irreprehensible ni santa que su conducta. Si buscáis la razón, pensad bien la fe que tenemos, y no extrañareis nuestro método de vida, ved lo que obraba la fe en los primeros cristianos.

Si: no hay santidad, no hay virtud, no hay cristianismo, sino hace obrar la fe. Para que esta sea verdadera, debe ir comprobada por las obras. A la verdad, una fe estéril y sin obras,

una fé puramente especulativa ¿de que aprovecha à un cristiano? No se halla en los demonios y en el infierno? Sola una fé obradora, sola una fé fecunda en obras buenas es la que hace cristianos verdaderos. *¿Qué aprovechará fieles mios, dice Santiago, à uno que dice, que tiene fé, sino tiene obras? ¿por ventura podrá la fé salvarlo? Y si un hermano ò hermana estuvieren desnudos, y les saltare el alimento cotidiano, y les digere alguno de vosotros: *Íd en paz, calentaos y hartaos : y no les diereis lo que han menester para el cuerpo, ¿que les aprovechará? Asi tambien la fé, sino tuviere obras, muerta es en sí misma.**

No parece sino que este Apóstol estaba ya viendo la mayor parte de los cristianos de nuestros tiempos, para combatir ya desde entonces las ilusiones de su corazon. Cristianos de nombre y de pura especulacion, viven en su fé, en una falsa seguridad, como los Israelitas en su templo, y los Judios con la cualidad de hijos de Abraham. Pero piensen ellos, que aunque tienen nombre de vida, están muertos, y que este soberano caracter de que se hallan revestidos, no les ha de servir sino para su mayor condenacion. ¿Qué importa, que no se atrevan à decir con el impio, no hay Dios, si aunque lo conozcan no saben glorificarle como Dios? Qué importa, que confiesen sus verdades, sus juicios como aquellos impios del libro de la sabiduria, si no les temen; y si llevados del dulce encanto

de sus sentidos, no piensan más, que en coronarse de rosas, y en seguir la vanidad, la desenvoltura y el placer? ¡Qué dolor! Aquella fé verdaderamente obradora, que ha formado los héroes del cristianismo; aquella fé evangélica, raiz fecunda de buenas obras, arbol sagrado, que daba tantos frutos, y que era el objeto de las instrucciones de Jesucristo y sus Apóstoles, casi se puede decir, que ha venido á perderse sobre la tierra. Toda nuestra fé hoy no es otra cosa que una fé lánguida y como adormecida, sin vigor, sin accion, sin movimiento, ni capaz de producir aquellos tan preciosos frutos que en otro tiempo producía.

Es verdad, que aun hay fé en Israel, aun hay fieles, que honran su carácter y saben apreciar su fé, llevando una vida cristiana. Pero y cuantos se honran con el nombre de cristianos y se hacen un honor particular en parecerlo y si se entra en discusion de su vida, no hacen mas que desmentir su fé con sus costumbres? Nada mas glorioso que para ellos la Religion santa que profesan, nada que les interese más. Pero, fieles mios, se les podía decir á estos con un Profeta, si son verdaderas vuestras palabras ¿porqué no habeis de amar la justicia? porqué no habeis de obrar en conformidad y arreglo á esta misma fé de que tanto os gloriais? Os haceis un honor particular de vivir en una ley que os eleva tanto sobre todos los pueblos del mundo? Si esto es asi; ¿Cómo obra la iniquidad y

la injusticia condenada por la misma ley que hace vuestra gloria? Cómo un corazón penetrado de estos sentimientos ama la vanidad, abraza la maldad y sigue el pecado?

Falsa es vuestra gloria, vana vuestra fe, mientras no la acrediteis con las obras. Si sois hijos de Abraham, decía Jesucristo á los Judios, haced las obras de vuestro padre: mas si no le imitáis ¿porqué os gloriáis con el nombre de hijos suyos? Os engañáis, fieles míos, si os persuadís, que os ha de salvar vuestra fe, sino hacéis obras de cristianos. ¿Que aprovecha al hombre, decía San Pedro Damiano, el creer como un católico, si vive como un gentil? Vuestra suerte no será otra que la de aquel siervo infiel, que habiendo escondido inutilmente su talento, en vez de negociar con él fue arrojado para siempre de la vista de su Señor. No será otra que la de las cinco vírgenes necias, que aunque llenas de fe, por no tener aceite en las lámparas cuando vió el Esposo, oyeron de él tan desengañada respuesta: *Nescio vos*. Repulsa terrible, y que hará el suplicio eterno de los malos cristianos, que blasonando de su fe, no la acompañan con sus obras.

Ahora pues, que obras podrán presentar los cristianos de puro nombre para quienes hablarles de moderación, de reforma, de virtud, es un lenguaje extraño que les incomoda demasiado, y que jamás quisieran oír? Porqué, hablemos de buena fe; no se reduce toda su vida

á un mero exterior de religión? Ellos son hombres de bien, de buenas costumbres: pero estas buenas costumbres ¿qué son y á que se reducen? Es que dedican algunos ratos á la oración, asisten á los divinos oficios, oyen todos los días Misas, frecuentan los Sacramentos, leen algun libro espiritual, oyen la palabra de Dios, examinan diariamente su conciencia y despues de haber cumplido los negocios de su estado, emplean algun rato en el negocio de su salvación? Este es el Evangelio, y estos deben ser los frutos de nuestra fe. Venid pues aqui, hombres vanos, que poneis en ridiculo este porte de vida tan cristiana, venid aqui, mugeres mundanas, que no hacéis mas que correr tras los deseos infatuados de vuestro corazón: decidme, teneis fe? Conoceis y confesais estas verdades? Direis que si, pero que os diré con Santiago: *Mostradme lo con las obras*. Gran cosa es, decía San Juan Crisóstomo al pueblo de Antioquia que tus palabras publiquen la Religión. Pero y donde podré conocer yo que eres cristiano? *Unde quæso potero te fidelem agnoscere?* Quando yo veo que los lugares donde concurren no son las iglesias, ni los hospitales, sino las casas de prostitucion y de juego, cuando veo tus vestidos profanos y de lujo, cuando te veo andar con desemvolvura, cuando oigo tus conversaciones y murmuraciones escandalosas etc, en que puedo conocer yo que tienes fe? Tus costumbres, concluya el Santo,

son tales, que ni aun puedo conocerte por hombre. Desengañémonos, fieles míos, y confesemos, que nada aprovecha la fe, sino le acompaña una vida verdadera suave cristiana y esta no puede ser, sino la anima la fe.

Más, triste es decirlo, entre los cristianos hay un tropel de incrédulos prácticos, que ya parece la han desterrado de su corazón. El libertinaje y la licencia les hace aun más criminales que los mismos paganos, y no menos idólatras que ellos. Pues aunque no quemaran incienso á Jupiter, ó á Venus todo lo sacrifican á la ambicion, á la avaricia, á la impureza, á la disolucion y el desorden. ¿Y en que consiste que estas pasiones en ellos hacen estragos? No hay fe, dice un Profeta, y este es todo el principio. Y sino ¿que fe tienen estos infelices, que pasan toda su vida familiarizados con el pecado, sin que apenas dejen caer una mirada compasiva sobre su pobre alma para salvarla, llevándola á la penitencia? Créen la inmortalidad del alma? Créen que un Dios irritado les puede quitar de repente la vida? Créen en una eternidad infeliz que les espera? ¡Ah! casi han borrado de su espíritu estas verdades. Si esta fuera su fe, otra seria su conducta. Probaos, fieles míos y concluyo con el Apostol, si teneis fe, consultad bien el testimonio de vuestras obras. Lo habeis visto ya. Nada aprovecha la fe, sino la acompaña una vida verdaderamente cristiana.

SOBRE EL SERVICIO DE DIOS

Filii hujus sæculi prudentiores
filiis lucis in generatione sua
sunt.

(Luc. c. XVI, v. 8.)

El mundo y el Evangelio no se avienen entre sí. Los hijos del siglo y los hijos de la luz, que segun la Escritura son significados los hombres que solo miran las cosas terrenas, y los que siguen la luz y la verdad del Evangelio, siempre se hallan opuestos. Sin embargo, aquellos algo tienen que imitar, y no es lo esencial ni el fin de sus acciones, sino la destreza y empeño con que las ejecutan. Por esto Jesucristo dice, *que los hijos de este siglo son mas sabios en su generacion, esto es, en su modo ó manejo, que los hijos de la luz.* Es práctico y constante que las gentes del mundo, que no tienen sino pretensiones por el siglo, se conducen con mas sabiduria para llegar á sus fines bajos y temporales, que los cristianos que tienen por fin los mas grandes y elevados, los

bienes eternos, y la felicidad de la otra vida.

¡Ojalá que los cristianos se aprovecharan de esta lección de los hijos del siglo! Si la caridad, que debe reinar en nuestros corazones, nos diera igual cuidado para lo que pueda servirnos para adelantar en la virtud y servicio de Dios, no era ya esto suficiente para llegar á ser unos santos? Cuando yo considero los trabajos que es preciso sufrir para adelantar en la fortuna en este mundo, la perseverancia que se necesita tener para esperar tiempos favorables, la esperanza firme con que se debe sostener para no desanimarse en las adversidades, la paciencia en las repulsas y oposiciones, y el disimulo que se debe usar aun con aquellos que se ha recibido malos tratamientos etc., no puedo menos de maravillarme al ver que se hace con tanto empeño, lo que no hacemos por Dios, ¿Pues que los bienes de este mundo perecedero, son de estimar mas que los mas sólidos y duraderos de la eternidad? ¿Merece el mundo ser servido mas que Dios? Ved porqué voy á hablar de un asunto tan interesante, haciéndonos ver las ventajas que se tienen en el servicio de Dios.

Al ver hoy que el imperio de la maldad y del vicio se extiende tanto, y que el amor de Dios con todas las virtudes que le acompañan, no tiene su principado ò no domina libre-

mente en los corazones de los fieles, como dominaba en los primeros dias de la Iglesia, puedo decir, lo que hacia gemir á San Bernardo en su tiempo. ¿Quién me concederá, gritaba el ver la Iglesia de Dios como en los dias antiguos? ¿Quién me concederá verla ahora con la misma belleza, gracia y hermosura? ¿Quién me concederá ver aquellos fieles, que corrían con tanto empeño por los caminos de Dios, para alcanzar como fieles atletas la joya de la justicia? ¿Pues no tenemos ahora el mismo Dios, y debemos servirle? ¿No alcanzaremos las mismas ventajas si nos dedicamos á su servicio? Ventajas del servicio de Dios. Ved lo que debe interesar nuestro corazon y sobre ellos hagamos consideracion.

En primer lugar, ¿no es una ventaja digna de todo nuestro aprecio el saber que sirviendo á Dios, servimos al mas grande y mejor de todos los Señores? En el mundo hay Príncipes y Monarcas en los imperios. A estos se les sirve y se tiene por mucha dicha servirles. Su servicio tiene por el exterior algo de apariencia y de grandeza. El brillo y esplendor que les rodea hiere nuestros ojos, y nos alucina facilmente. Pero en el fondo que son? ¿Qué son ellos en si mismos? ¿Qué son los ricos y grandes del mundo sin sus tesoros y abundancia? Los mismos Reyes no lo deben todo al aparato exterior y brillo que cerca su trono? Y muchas veces por entre el velo especioso que los cubre,

cuantas debilidades no se descubren? No hay sino un señor digno por sí mismo de serlo, y en quien solo está la verdadera y sólida grandeza y que á todos los de la tierra sujeta, domina y reina bien sobre ellos. Este es Dios, á quien todos tenemos de consagrar nuestros servicios. Y por cuantos títulos no le debemos servir? Por esto solo él nos ha sacado de la nada; nos ha puesto en la tierra, nos ha colocado sobre el teatro de este mundo, y en el momento mismo en que una mano bienhechora nos dió el ser, gravó en el fondo de nuestra alma aquel precepto con que nos hace reconocer su soberanía: *Adorarás á tu Dios y Señor y á él solo servirás.* Esta obligacion necesaria é indispensable ha crecido con nosotros, nos es tan propia como nuestro ser, tan íntima como nuestra vida, tan antigua como nuestro origen é inseparable de nosotros mismos, que nos sigue hasta el sepulcro.

Además de la obligacion de servir á Dios que ha nacido con nosotros, hay otra que hemos contraído en el momento de nuestro bautismo. Desde entonces pertenecemos á Dios de una manera particular, de modo que este Señor puede decirnos mas especialmente que nunca, vosotros seís míos. Desde entonces no llevamos otro título que el de siervos de Dios, cualidad gloriosa que nos consagra para siempre al mejor de los Señores; cualidad eminente que nos eleva sobre el mundo y sobre nosotros mismos;

cualidad dominante que grabada en nuestro corazón debemos preferir á todas las cosas, y tomarla como el alma de nuestros pensamientos, y móvil de todas nuestras acciones y regla de nuestra conducta. Tales fueron en otro tiempo los sentimientos del profeta Jonás. Bien penetrado de estas verdades y de las grandes ventajas que en el servicio de Dios puede encontrar todo hombre, entró en una nave para tomar velas hacia Tarsis. Como era desconocido del piloto le preguntó éste: ¿Quién eres? Cual es tu profesión? de donde vienes y á donde vas? Yo soy siervo de Dios, dice Jonás: *mi empleo es honrarle y servirle.* Son estas palabras admirables, con las que cree satisfacer á todo. Yo soy siervo de Dios, temo al Señor: toda mi profesion, todas mis cualidades, todos mis títulos se hallan vinculados en estos sentimientos nobles. Y cuanto conviene á un cristiano que conoce la necesidad en que está de servir á Dios, y la grandeza de la gloria que encuentra en su servicio! Si se conociere bien al Señor á quien se sirve, cuanto no se estimaría la gloria inmortal de servirle? Y con que cuidado, fidelidad, celo y empeño no se le consagrarían los servicios que le hacemos? No habría descuido, negligencia, tibieza, sino un santo ardor y valor grande para superar todas las dificultades y vencer todos los obstáculos que hay en su servicio.

Mas para empeñarnos en él, para que más

cual es nuestra dicha en pertenecer al servicio de un Señor tan bueno tan generoso y tan liberal? ¡Con que placer, consuelo y gozo no deberíamos servirle! bendiciendo mil veces al cielo por nuestra felicidad. Todos los pensamientos de nuestro espíritu, toles los afectos de nuestro corazón, todos los movimientos de nuestra vida deberían ser empleados sin cesar en consagrarnos á su servicio, y en darnos el parabien de nuestra inmortal dicha. Mas ¡Ay de mí! ¿Es acaso esto lo que hacemos? Servimos á Dios; pero con tibieza é indiferencia. Servimos á Dios; pero con espanto y terror. Y esto es servirle, ó deshonrarle? dejemos, hermanos míos, este espíritu de terror y tengamos ideas mas dignas de Dios, y de su bondad. Temámosle pero con el temor filial que dilate el corazón. Sirvamos al Señor, pero con alegría, sirvámosle con amor, pues que así nos hacemos dignos de la recompensa con una eternidad feliz, que nos tiene bien prometida.

DE LOS EXCESOS DEL JUEGO

*Difamatus est apud illum quasi
dissipasset bona ipsius.*

(Luc. c. XVI, v. 1.)

Muchas son las causas por las que se pierde el hombre, y vienen mil desgracias sobre una familia. Las mugeres, el lujo, los pleitos, y el juego son los cuatro principios de la ruina, como otros cuatro vientos impetuosos que combaten y quebrantan las casas por sus cuatro costados, y como á la del Santo Job la echan por tierra, y sepultan bajo sus ruinas los hijos y los domésticos de ella. Aunque no sepamos de que modo dispò los bienes de su amo y los propios el mayordomo del Evangelio que nos indica San Lucas, es muy verosimil que fuese por alguno de estos caminos. No consta que tuviese él alguna pérdida considerable, que el fuego hubiese quemado sus heredades, que los ladrones le hubiesen robado sus rebaños etcétera, circunstancias que le hubiesen hecho

objeto de compasion. Al contrario es acusarlo de haber disipado y administrado mal el caudal de su señor que le tenía confiado; circunstancia que debía atraerle la justa indignacion de su amo, y que mirando en particular á una inñinidad de personas que hacen lo mismo, hallándose aplicados al juego, me da lugar de condenar el mal uso que éstos hacen del tiempo, del dinero y de otros beneficios de la providencia recibidos: *Diffamatus est apud illum quasi dissipasset bona ipsius.*

Acaso, me direis, ¿el juego es un crimen? lo prohibe el Evangelio? Respondo y concerreis con la respuesta los excesos del juego. Oílo. Es permitido el juego para divertirse, y descansar de las penosas fatigas del trabajo; pero frecuentemente se hace del juego un hábito y un exceso, arriesgando sumas excesivas, y por esto es reprobable.

Si se considerase bien lo que vale el tiempo, la obligacion que tiene todo cristiano de emplearlo bien, que no se ha nacido sino por el trabajo y para la penitencia y que en calidad de cristiano se ha renunciado al demonio y á sus obras, bajo juramento en el Bautismo, pocos apologistas del juego habria. Pues el verdadero cristiano que se anime de tales pensamientos, no encuentra mas tiempo que el que le es necesario para conducirse con sus asuntos,

para el desempeño de su cargo, y de la religion que profesa. Liberal en otras muchas cosas, no es avaro sino para el tiempo, cuya avaricia le es permitida, y lejos de hallar el supérfluo que pueda emplear en sus diversiones, se queja de la brevedad de los dias. Bajo este principio se impone como una ley inviolable el no jugar jamás para dar testimonio con Tobias á Dios y á los hombres, de que se ha abstenido del juego. Otro por lo menos se fija una regla de no hacer hábito del juego, de no tener lugares determinados para él, de no posponer jamás las ocupaciones necesarias y menos del servicio divino al placer del juego, para decir con Jeremías: No he tomado asiento en las juntas de los jugadores.

No pretendo prohibir toda clase de juego. Condenar absolutamente que se hallan purificados de trampas, avaricias, impaciencia y de blasfemias, como aquellos en quienes reinan estos pecados detestables, seria la cosa llevarla á un extremo, que alarmaria las conciencias. La Iglesia que conoce nuestras enfermedades y nuestras fatigas, es una buena madre, y no nos deja oprimir bajo su peso. Como ella sabe que la continua aplicacion debilita los espíritus que contribuyan á nuestras operaciones, si no tenemos algun desahogo y algunos momentos de diversion, tiene respeto á nuestras necesidades, y quizás á causa de la dureza de nuestros corazones, condesciende con nuestra

delicadeza. Mas como no se desvia jamás de las reglas de la verdad y la justicia, no excusa jamás por una cobarde complacencia lo que lleva á un vicioso exceso, como el hacer un hábito del juego. Todos los juegos permitidos en el Cristianismo deben ser raros, inocentes y sin mucho apego. Ved los límites en que se encierran. Como los alimentos al cuerpo para reparar las fuerzas del calor natural, son las diversiones necesarias al espíritu, para volver á tomar sus fuerzas; pero es preciso sean buenas y que jamás se tomen con exceso. Son unos remedios para volver al alma su primer vigor, disipado por la aplicacion y el trabajo. Es preciso pues usar de ellas sóbriamente y solo por necesidad. Son ciertas dispensas de aquella sentencia pronunciada contra todos los hombres, de comer el pan con el sudor de su rostro. Es preciso no extender más allá de los términos y del espíritu de la ley. De estos principios de la moral cristiana se infiere en primer lugar, que el juego no está instituido para las gentes ociosas y para los malos trabajadores. Si no es para esa muger, cuya ocupacion es no tener ninguna, que pasa la mayor parte de su vida en visitas y en adornarse, y en sentarse en la mesa, cuya pena consiste en agotar los intereses del marido, y en buscar domésticos sobre quienes descargue todos los trabajos de la casa. No es para ese hombre, que porque vive de rentas, pasa una vida del todo ociosa, no sabe

en que emplear el dinero y á quien todas las horas del día se pasa en no saber en que ha de emplear el tiempo.

Se infiere tambien, aunque el juego no sea permitido sino como un remedio al cristiano, no puede entregarse á él con excesivo apego y por hábito. Los remedios que por hábito se toman, en vez de restablecer, pierden la salud. De esta naturaleza es el juego. Pero ¿se juega acaso sin pasion, sin apego y sin hábito que esclaviza el alma?

Pues ved lo que el cristianismo condena absolutamente, lo que la Iglesia no obstante su indulgencia no puede sufrir. Amar el juego, hacerse un hábito de él, tener una pasion ardiente, esto es lo que ha mirado siempre como un obstáculo poderoso para las virtudes cristianas, y como una mala disposicion para toda suerte de pecados. Pensar en Dios, y jugar, reflexionar sobre los deberes de la vida cristiana y jugar, amar á Dios y amar con pasion al juego, no son cosas compatibles. Pues no os podais salvar sin llevar esta vida cristiana, sin sus ejercicios santos que os aparten del mundo y os cansagren á la virtud, sin pensar en Dios, elevarle á él vuestro corazon y referirle todas vuestras obras. Cuando pues amais al juego, y su pasion os domina, os hallais en estas disposiciones? Pensais en Dios, más como los Israelitas pensaban en él cuando en ausencia de Moysés jugaban, bailaban, cantaban,

comían y bebían. Pensais en Dios, mas como los soldados romanos pensaban en él, cuando á los pies de la cruz de Jesucristo, e habian sus vestidos á la suerte. Pensais en Dios, mas para ultrajarle, con execrables blasfemias ó para murmurar de él por los secretos disgustos que os devoran. Y qué diré de las demás virtudes cristianas de la paz de la dulzura, de la caridad y de la justicia? Diré con san Basilio, que todas estas virtudes padecen naufragio en la tempestad del juego y entre las olas tempestuosas de las pasiones; que el demonio ha inventado este condensible ejercicio, solo para destruir en una alma los sentimientos de religion que puede tener; y que si no tiene suspendida en el juego la balanza de la fortuna, se expone á perder la paciencia, la dulzura, la tranquilidad á unos, y para hacer violar las leyes de la humanidad, de la honestidad, de la justicia y de la caridad á otros. ¡Qué desorden! ¡Ah! que la pasion es ciega en sí misma y destierra de vuestro espíritu las luces soberanas que os debieran iluminar! No obstante si la pasion del juego infelizmente os domina, debéis reconocer que jamás habeis sido cristianos en estas ocasiones, ni mas inclinados á los vicios que deshonran en vuestras personas el caracter de cristiano. ¿De qué no es capaz un hombre, y una muger apasionada al juego?

Mas cuando no se llegase á otros excesos,

¿qué crímenes no lleva consigo esta pasion? ¿qué de infidelidades, de mentiras, de perjuros, de querelas, de despechos, de imprecaciones, de riñas y aun de muertes? San Antonio encuentra aquí tantos pecados mortales, cuantos puntos ó notas hay en las cartas; y considerando á los jugadores de profesion como enemigos de la Iglesia, del Estado, y de sí mismos, los mira como pérfidos, violentos, tramposos, falsarios, blasfemos, robadores sacrilegos, é idólatras. ¡Qué horror! ¿Dónde está en efecto la buena fe en los que solo tienen artilides y sutilezas para engañar al prójimo y lespearle? Dónde su caridad, los que mas quieren abandonar el dinero en el juego, que dar una limosna, los que hacen tantos pobres, y no asisten á ninguno? Dónde su Religion los que idolatran solo la fortuna, y la miran árbitra de sus buenos ó malos sucesos? Dónde su santidad, y su dulzura los que tienen su espíritu en una continua agitacion y turbacion y su corazon en continuas iras y furores? Dónde por fin su amor hácia sus hermanos los que los arrastran al precipicio, y los hacen víctimas desgraciadas de su avaricia? Todas estas circunstancias debieran hacer temblar á los jugadores de profesion, cuya vida es imposible no esté llena de desarreglos, aun cuando no cayeran en algunos de aquellos crímenes groseros, de que acabo de hablar. ¿Cuándo pues, me direis, nos será permitido jugar? Cuándo

tengais necesidad de algun alivio, así para vuestro cuerpo, como para vuestro espíritu, cuando sintiéndooos fatigados, tomarais algun rato de diversion, para adquirir su nuevo vigor en el cumplimiento de vuestros deberes del propio estado, cuando conozcais que el juego no es para vosotros una ocasion próxima de pecar, y que no caereis en alguno de aquellos excesos tan ordinarios de él; cuando lo hagais de él un hábito, ò una ocupacion diaria, sino que useis de él con moderacion; cuando vuestras obligaciones ò el servicio de Dios no os llan en por otra parte; cuando os impongaís una ley de no exponer al juego sino sumas pequeñas, que no escedan ni á vuestra condicion del propio estado, ni á vuestras fuerzas. Sin estas condiciones jamás jugareis sin faltar á vuestra conciencia. Absteneos del juego, y no le amareis. Huid de él y siempre y ante todo trabajad para la santificacion de vuestra alma.

RESPECTO Á LOS TEMPLOS

Ingressus in templum, cepit eijcere vendentes in illo, et ementes.

(Luc. c. XIX, v. 45.)

Con qué celo, Jesucristo, no miró siempre los intereses de la divinidad! Hoy lo podemos conocer, al representárnoslo el Evangelio con un látigo en la mano para castigar á sus profanadores. Habiendo entrado en el templo, dice San Lucas, comenzó á echar fuera á todos los que compraban y vendían. *Ingressus in.....* Al ver que de la casa de su Padre se hacía de comercio, su espíritu se conmueve, arde su corazon de celo, y no pudiendo sufrir ver profanada la casa de Dios, arroja de allí con ardor á los que la profanaban.

¡Y qué leccion más instructiva se puede sacar de este hecho! que la obligacion que tenemos todos de asistir con respeto á nuestras Iglesias. El templo es la casa de Dios. El palacio del Dios vivo. Aquí se halla la fuente de

agna viva que salta hasta la vida eterna. Aquí la piscina saludable, donde todas las enfermedades de nuestra alma hallan el remedio eficaz. Aquí el maná celestial y divino, el mismo Jesucristo en persona que se ha querido quedar entre nosotros hasta el fin del mundo. Es toda la divinidad, que habita corporalmente según la expresión del Apóstol, es el divino Redentor realmente presente en nuestros altares. ¿Hay lugar en el mundo de tanta veneración? ¿Pudo Dios hacer otra cosa más digna? Veamos, pues, lo que es Dios para nosotros en nuestros templos.

A cualquiera parte que se dirija nuestra mirada hallamos un crecido número de seres bien ordenados, y en medio de ellos Dios omnipotente é inmenso que los sostiene y gobierna. Hasta en el mismo cielo, si elevamos los ojos allí lo encontramos dando movimiento á los astros; si bajamos hasta el profundo de los abismos, veremos que sirve de apoyo á la tierra; y si subimos sobre los vientos y atravesamos el mar, este vasto y furioso elemento oye sin cesar la voz del Criador, para mantenerse sumiso á él, y no traspasar jamás los límites que le ha puesto. Todo lo llena y ocupa este Ser infinito é inmenso, es decir, que el universo es un templo que llena Dios con su presencia y magestad. Y hasta el mismo corazón nos dirá que está en

medio de él, como dijo el Apóstol, comunicándole la vida, el movimiento y la existencia. Ved de donde inferían los primeros habitantes del mundo, que en todo lugar está el hombre obligado á tributar á su Dios, aquel sacrificio de adoración y de alabanza con que las criaturas deben dar culto á su Criador. Estas nociones tan conaturales al espíritu humano vinieron debilitándose con el tiempo, y apenas había quien se acordase de adorar y bendecir á su Dios, reducida toda la Religión á un pequeño pueblo, que Dios se escogió para sí. Aun éste llegó á olvidarle, apesar de tantos beneficios que le había hecho, y vino al fin á ofrecer incienso á las falsas divinidades de los gentiles. Para lograr de él un culto puro, le fabrica un templo, que llena con su magestad, á donde debía acudir el pueblo de Israel á rendirle sus oraciones, viniendo á ser desde entonces el templo de Jerusalem, y todos los otros que se edificaron en honor suyo, unos lugares privilegiados ó sea la casa de Dios. Aquí es, les dice Dios, donde mis ojos estarán siempre abiertos para ver vuestras necesidades, mis oídos atentos para escuchar vuestras oraciones. Aquí se os franquearán los tesoros de mis gracias, y se derramarán sobre vosotros mis misericordias. Aquí habeis de acudir á quemar vuestros incienso, á rendirme vuestros homenajes, á ofrecerme vuestros sacrificios. Esta víctima colocada sobre el altar, será bastante para detener mi brazo

vengador irritado por vuestras ofensas, en sacrificio ofrecido en honor mío, librará al pueblo de sus pecados, expiará sus maldades, y una hostia, un holocausto consumido para darme culto, os colmará de bendiciones.

¿Qué promesas más magníficas son vinculadas á la casa de Dios! Pero ¿y de qué medios se sirve este Señor para obligar á su pueblo á que le adore, y que le sirva! Ya no me admiro que colocaran todas sus esperanzas en el templo del Señor, y que cautivos en terrenos estraños, volvieran en medio de Babilonia continuamente su vista hacia aquel lugar santo. Alejados de los muros de la santa Sion, negaban á su corazón todo género de consuelos, los cánticos de alegría cesaban, colgaban sus instrumentos músicos en los árboles plantados sobre las riberas del río, al considerarse privados de la presencia de su Dios. No es que creyeran, que solo en Jerusalem se le podía orar y adorar, sabían que en todas partes recibe Dios nuestros homenajes, y oye nuestras oraciones. Moisés ora sobre una alta montaña, Josué sobre una vasta llanura, Ezequías sobre un lecho de dolor, Manasés entre la oscuridad de un calabozo, Jonás en las entrañas de un mónstruo, y Daniel en medio del lago de los leones. ¿Pues por qué tanto suspirar por su templo? Por los muchos favores que había prometido el Señor á los que acudían á él á adorarle. Pues todo esto, segun el Apostol, no

era sino una figura de lo que despues habia de suceder en el pueblo cristiano. Nosotros, dice San Pedro, somos la plebe santa, el linage escogido, el pueblo de adquisicion. Como á pueblo de su predileccion nos ha llenado de mayores prerrogativas y de mas especiales favores. Nuestros templos son verdaderamente depositarios de todas las gracias. No están ellos vacíos como el de Jerusalem, en el que todo era sombra. El Señor entonces, dice un Profeta, aun habitaba en los cielos, y el trono del Eterno se hallaba sobre las nubes. Si su gloria llenaba el templo, no era porqué allí residiese verdaderamente la plenitud de la divinidad. Un angel que bajaba del cielo rodeado de una nube misteriosa, era el que venia á descansar sobre el tabernáculo, para dictar sus leyes, declarar sus oráculos, y explicar sus voluntades. Todo aquel aparato de magestad que les infundia tanto respeto, no era aun un íntimo comercio con Dios. Se reservaba esto para la ley de gracia cuando habiendo aparecido la benignidad y humanidad de un Dios Salvador sobre la tierra, se quiso quedar con nosotros en el augusto Sacramento de nuestros altares hasta la consumacion de los siglos. Desde entonces, ya no es un Angel el que recibe nuestros respetos, para conducirlos al trono de la divina misericordia; el mismo Señor de los Angeles es el que en un santo templo los recibe inmediatamente de nosotros. El Altísimo se nos presenta

en cada uno de ellos, ocultando toda su gloria y magestad bajo unos velos eucarísticos. No hay muro alguno de division como en el templo de Jerusalem, que nos impida el verle, y comunicarle á todas horas. A nadie se prohibe la entrada en este *Sancta Sanctorum*.

Aquí teneis la ventaja del pueblo cristiano sobre el templo de los Judíos ¡Qué magestad, qué grandeza la de nuestros templos! Se puede decir que nuestros templos son aquellos cielos nuevos que un profeta prometia á los hombres, por la presencia real del Señor que reside en ellos. El altar del cielo viene á ser el mismo con el nuestro, porque la víctima que en él sacrificamos, es aquel cordero de Dios que vino á quitar los pecados del mundo; el pan que en él comemos, es aquel manjar celestial que alimenta á los bienaventurados y á todos los ciudadanos de la ciudad de Dios; y por fin el sagrado y divino cántico que en él cantamos, es aquel mismo que resuena sin cesar al rededor del trono del Altísimo. ¡Qué dicha! ¡qué privilegio! Ninguna nacion hay tan grande, ninguna mas favorecida. Porqué ¡qué caudal de gracias y favores del cielo no recibimos en este lugar de satisfaccion, que Dios se ha elegido sobre la tierra para su morada? No están aquí abiertas las fuentes del Salvador, para que saquemos de ellas con gozo las aguas de salud? ¡Quién sino el templo es aquel lugar de propiciacion, en cuyos tribunales sagrados son

perdonados nuestros pecados, y libertadas nuestras almas de la fatal servidumbre á que les ha reducido la culpa? ¿Quién sino el templo es aquella escuela de moral cristiana, en cuya cátedra de verdad se nos anuncian los oráculos del Señor, y se nos explica su santa ley? ¡qué favores! Pues todos nos los hace ese gran Dios, que honra con su real presencia nuestros altares, por que sea el que fuere el ministro del Bautismo, dice San Agustin, él es quien bautiza; él es quien perdona y absuelve; él es quien instruye y corrige por medio de sus ministros. Este es Dios para nosotros. Más por poco que se observe nuestra conducta, ¿hará ella conocer que ésta es nuestra esencia? En buena fé, viendo el mundo tan irreligioso, y lleno de escándalos, que se presentan á nuestros templos tan irregularmente, ¿no habria motivo de preguntar, si es por mision de nuestros sagrados misterios, y aun de toda la Religion, ó á lo menos por ficcion, que muchos de nuestro siglo hacen el homenaje de cristianos? Los ángeles no asisten á nuestras Iglesias sino con un profundo respeto; los demonios no se atreven á acercarse á ellos sino con una modestia respetuosa. ¿Y solo los cristianos han de tener la desvergüenza de llevar la impiedad hasta el Santuario, y no aparecer en nuestras Iglesias sino para profanarlas? ¿Y éstos creen que nuestras Iglesias son el Santuario de la divinidad? Miran nuestros altares como el tro-

no de Dios vivo? Se sabe con que moderacion, con que respeto y circunapeccion están aun los mas grandes Señores en las antesalas de los príncipes. La presencia de un idolo de piedra, ò de metal, inspiraban á los paganos un respeto glorioso, que tocaba en extravagancia. ¡Y qué modestia la de los mahometanos á sus mezquitas! ¡Qué compostura la de los indios idólatras en sus pagodas! ¡Y sólo los sectarios de la verdadera Religion han de obrar tan inconsecuentemente á sus principios? ¡Qué vergüenza, que la falsa religion de los paganos haya de enseñar con sus ejemplos á los cristianos de este siglo las obligaciones de religion! Pero no: estadme atentos, y reflexionando, que el Dios que mora entre nosotros, es un Dios grande y magestuoso, benéfico y misericordioso, corresponden buenas disposiciones de nuestra parte, cuando entremos en nuestros templos. A la magestad y grandeza con su espíritu de humildad y una respetuosa sumision; á su liberalidad y beneficencia con un espíritu de recogimiento y adoracion. Ese es el celo, que os pide Jesucristo en la casa de su Padre y por el cual han de venir las bendiciones y la felicidad eterna.

PCOR-2/0001

361



SOBRE LA HUMILDAD

Omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur.

(Luc., c. XVIII, v. 14.)

Dos hombres dice Jesucristo en el Evangelio, subieron á orar en el templo: el uno fariseo, el otro publicano. Aquel estando en pié, oraba en su interior de este modo: Dios, gracias te doy, porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, asi como este publicano. Ayuno dos veces en la semana: doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el publicano, estando lejos, no se atrevia á levantar los ojos al cielo, sino que heria su pecho, diciendo; Dios, muéstrate propicio á mi pecador. ¡Qué distintos sentimientos de estos dos hombres! El fariseo da gracias á Dios; pero esta accion de gracias, dice San Agustin, va acompañada de una refinada soberbia, porqué mirando á todos los otros como pecadores, parece que se gloria como si fuese solo justo entre todos los hombres. Más en el pu-

blicano se ven otros sentimientos. Colocado en un rincón del templo lleno de confusión por su indignidad, sin atreverse á levantar los ojos á Dios, á quien se contentaba con decir: Señor, tened misericordia de un pecador, tal, como soy yo. Así el Fariseo como el Publicano exponen su causa ante el Juez soberano de las conciencias. Pero oigamos la sentencia que se pronuncia. Os declaro, dice Jesucristo, que el publicano volvió justificado á su casa, á diferencia del fariseo. ¿Y porqué? Porque todo hombre que se ensalza, será humillado: y el que se humilla será ensalzado.

¡Magnífica sentencia! Nada hay mas conforme al espíritu del Evangelio que esta máxima divina. El Evangelio se halla todo fundado sobre ella. Si no hay humildad, no hay cristianismo en el alma. Nadie sino el humilde puede lograr ser exaltado segun los designios de Dios. Admiremos hoy los grandes efectos de la humildad.

Cuando hoy os hablo de la humildad, en la que se funda el espíritu del cristianismo, no os hablo de una humildad aparente tan frecuente en el mundo, que no tiene de humildad sino el nombre, y que se circunscribe á cierto abatimiento exterior de pura urbanidad, por medio del cual se espera conseguir algun honor ó lucro temporal. No hablo tampoco de otra humildad llena

de presuncion, que se reduce en aparecer humilde delante de los hombres, para ser tenidos como tales, haciendo algunos actos de humillacion siendo en realidad soberbios, y teniendo un corazón lleno de nosotros mismos. Pues Jesucristo reprueba estas clases de humildad. en el Evangelio, y de estos habla el Eclesiástico, cuando dice: que hay quien se humilla inicuaemente. (Ecles., 19).

Yo entiendo por humildad, la humildad evangélica, aquella que nos enseñó el Hijo de Dios, y la que practicaron los Santos. Es decir: una humildad que por la luz de la razon y de la Religion, nos descubre nuestra nada y el fondo de nuestra miseria y nos hace comprender nuestra nada, como lo explica San Bernardo. Esta es la verdadera humildad y de la que dice San Basilio, que es muy rara entre los hombres, por cierto velo que cubre nuestros ojos para que no veamos nuestra miseria, y por medio de este conocimiento nos vengamos á humillar bajo la mano poderosa de Dios. De esta digo, que es la que funda el espíritu del cristianismo y la que ennoblece y exalta al cristiano.

Siempre ha sido la humildad el distintivo de la Religion cristiana. Entre los brazos de la humildad nació, con ella se conserva y por ella progresa tanto en el universo. Así como otras aspiran á una elevacion transitoria, van buscando toda su gloria en el aprecio de los bienes y en la posesion de los bienes.

tierra; así está dirigida por una providencia sabia, incapaz de errar, desprecia la gloria del mundo y solo aspira á disponerse una corona inmortal en el reino del cielo. Su máxima fundamental por respeto á nosotros es, que si no nos hacemos pequeños no entraremos en el reino de los cielos. No basta en nuestra Religion no ser orgullosos ni soberbios; es necesario ser humildes: los últimos puestos deben ser el objeto de nuestra ambicion. Lejos de procurar nuestra elevacion, de querer ser los primeros y pretender hacer un papel distinguido en el mundo, por la clase, por la calidad, por el fausto, nos dice, que aun cuando seamos convidados, elijamos el infimo lugar; porque el que es más grande entre nosotros debe hacerse el mas pequeño, y el que tiene la primera clase, debe ser como el que está en el último puesto. Un cristiano, dice Santiago, que vive en el lustre y en la abundancia, debe llorar su suerte y envidiar al que hallándose en un estado vil y despreciable, encuentre en su humiliacion la verdadera grandeza. El lustre, la preeminencia, las riquezas, segun el cristianismo y el espíritu de su moral, son motivos verdaderos de humiliacion; por el contrario el desprecio, la pobreza, el oprobio en nuestra Religion, son títulos de grandeza, porqué nos asemejan á nuestro modelo Jesucristo. Este Señor que vino á destruir el imperio del demonio y el abominable vicio de la soberbia, que hizo prevaricar al mundo luego que nació, desde el pesebre hasta el calvario, no

nos presenta sino ejemplos continuos de humildad y de abatimiento; tomando dice San Gregorio, esta soberana virtud por instrumento de nuestra redencion. Si alguna vez manifiesta á los hombres su gloria, no es mas que de paso, y encargando á los privilegiados testigos que elige, guarden el mayor silencio. Aun para echar los cimientos á su Iglesia, no elige sino humildes pescadores, de modo que el edificio augustose ha levantado sobre la humildad.

Sin humildad pues no hay Religion; sin humildad ninguno puede ser discípulo de Jesucristo, que dice á todos los que acuden á formarse en su escuela: Aprended de mi que soy manso y humilde de corazon. ¿Qué virtud tan necesaria! Sin humildad no hay mérito en el cristianismo, porque segun los santos Padres, ella es la base sobre que deben ser fundadas todas las virtudes. ¿Que son en efecto las mas grandes virtudes, si este fundamento les falta? Virtudes dice San Agustin, vanas, inútiles, sin sustancia, que un soplo de viento las disipa, porque el que adquiere virtudes sin humildad, dice San Gregorio, es semejante á un hombre que lleva un poco de polvo á presencia de un furioso viento, que aun no se llega á descubrir cuando ya desaparece. ¿No es esta la idea que han formado siempre los sabios del cristianismo de una humildad cristiana? No han reconocido que sobre ella está fundado el espíritu del Cristianismo? Ved por que todos han hecho siempre tanto aprecio de esta soberana virtud, que con razon llama San

Agustin, la virtud de Jesucristo. *Humilitas virtus Christi*. Virtud necesaria, cuanto mas santo ha sido un sujeto, tanto ha sido mas humilde; y el más humilde de todos aquellos es el que ha brillado con mayores resplandores de santidad. Abraham se tiene por polvo y ceniza, Moisés por inepto para desempeñar la empresa á que Dios le destina: y David, aunque cortado, segun el corazon de Dios, pone toda su gloria en la humiliacion, y aprecia más ser el último en la casa del Señor, que ocupar los primeros puestos en los palacios del mundo. Los heroes de la Religion todos se han visto penetrados de estos mismos sentimientos. ¿Un san Bernardo no se tiene por indigno de habitar con sus Monges en el Monasterio? Un san Francisco de Asis no se reputa por el mayor entre los pecadores? Y Santa Teresa no grita en sus obras, que era el alma más imperfecta de cuantas Dios tenia en su Iglesia? Pero entre todos oigamos al Padre San Agustin. Hundido profundamente en el abismo de sus flaquezas, decia mil veces al Señor. Miserable de mi, ¿Cuándo podrá mi cordedad ó imperfeccion convenir con vuestra perfeccion, y rectitud? Vos sois verdaderamente bueno, yo malo: Vos piadoso, yo impio; Vos santo, yo miserable; Vos justo, yo injusto; Vos luz, yo ceguedad; Vos vida, yo muerte; Vos la misma verdad, yo la misma vanidad. ¿Qué sentimientos de humildad! Pues estos son los que se aprenden en la escuela del Evangelio, estos son los que inspira la Religion á una alma bien humilde; y esta es la leccion primera, segun el mis-

mo santo Padre, que quisiera aprendiéramos desde luego y practicáramos sin cesar hasta que amanezca en nosotros el dia eterno.

Ahora pues, ¿una alma llena de estos sentimientos, que despreciando el mundo se humilla delante de su Dios y aun á presencia de los hombres, ¿no es la que unicamente viene á lograr una verdadera exaltacion, que en el cristianismo consiste en hallarse allegada á Dios, unirse á este ser divino, hacerse digna de sus gracias y recompensas? Sea el que fuere el orden que en la distribucion de sus dones tiene la divina providencia, es cosa sentada entre los doctores y apoyada en la Escritura que el Señor solo se comunica á los que con su espíritu de humildad acuden á él. No quito yo su hermosura á las demás virtudes; tampoco digo, que no tengamos necesidad de ellas: pero por muy perfectas que sean y por mas mérito que segun otros respetos puedan tener, es muy cierto, en sentir de San Agustin, que sola la humildad debe ser de parte del hombre la primera y mas esencial disposicion para las comunicaciones de Dios y efusiones de su gracia. ¿Con que mano tan liberal no se ha comunicado siempre á estas almas humildes! Todos los tesoros de la sabiduria vienen á descansar, dice el Sabio, sobre ellas formando en su corazon su asiento y su troco. ¿Y á quien he de mirar yo, dice Dios por Isaias, sino al humilde y pequeñuelo? *Ad quém respiciam* (Isai. c. 66). Si, al humilde espíritu, dice el Sabio, recibirá en su seno la gloria. *Humilem spiritum suscipiet gloria.* (Prov. 29)

Tal ha sido la conducta invariable de la Providencia, ensalzar á los humildes, en cuanto estos se han humillado delante de Dios. ¿Porquè Moisés ve á Dios en la Zarza cuanto es permitido á una criatura en esta vida? Porque se tiene en nada en su divina presencia. ¿Porque David es elevado al trono, y es tan celebrado en Israel? Porque se considera el mínimo en la casa de su padre. ¿Porquè San Pablo es elevado hasta el tercer cielo, donde se le descubren arcanos tan divinos? Porque se tiene por indigno de ser llamado Apóstol. ¿Y porqué la Sma. Virgen es elevada á la dignidad de Madre de Dios? Porque el Señor miró, dice la misma, la humildad de su sierva. Ved á que puesto tan elevado nos prepara la soberana virtud de la humildad, que es la base y fundamento del grande edificio que se debe levantar en nuestra alma, y que ha de llegar á su altura nada menos, hasta la vista de Dios, segun se expresa S. Agustin. Al efecto, dice este santo Padre, para inspirarnos amor á esta soberana virtud y persuadirnos en su caridad: El primer camino que es necesario tomar para ir al cielo, es la humildad; el segundo la humildad; el tercero la humildad; y cuantas veces me preguntéis, cual es el camino que guia á la gloria, siempre os responderé, que la humildad. ¡Qué camino tan ignorado, católicos, de muchos cristianos! Aun aquellos que se les vé practicar otras virtudes, ¿han entrado por este camino? ¡Ah! es muy incómodo á nuestro amor propio. Pues no hay medio: ó entrar en él ó renunciar al reino de los cielos.

361 X

LAS BUENAS CONVERSACIONES

Solutum est vinculum lingue illius,
et loquebatur recte.

(Marc. c. VII, v. 35.)

Hoy es presentado un mudo á Jesucristo, á fin de que le impusiese las manos y este Señor le concede la gracia de hablar bien. La lengua es uno de los miembros que debe temperarse mas sobre aviso y á la vigilancia cristiana. Pues desde que el demonio envidió nuestra dicha, se puso sobre la lengua de los hombres y ha hecho en el mundo casi todo el mal que ha querido hacer; un fuego no enciende tanto la leña; un maestro no forma tantos discípulos; una serpiente no derrama tanto veneno; un viento no excita tantas tempestades, dice Santiago, como obra desórdenes la lengua de los hombres, que no es sino una pequeña parte de su cuerpo, cuando ella sirve á los designios de este espíritu maligno. Y lo peor es, que es tan

gran mal, que no se puede contener ó reprimir, sino por Dios. Así es, que el mudo del Evangelio se presenta á Jesucristo, le impone las manos y le facilita hablar bien desatando y gobernando su lengua *Solutum est...*

Este milagro es uno de los mas grandes que obró Jesucristo. Fué una gracia extraordinaria por la cual desató la lengua del mudo para hablar bien. Nosotros seremos partícipes de esta gracia, cuando nuestras conversaciones sean santas. ¿Y cuando serán buenas y santas? Oído: cuando la justicia y la sinceridad sean su fundamento; cuando la humildad y la caridad sean su alma.

El don de la palabra y la conversacion de tanta importancia en el órden de la vida civil, no hacen siempre la dicha y santidad de un cristiano en el órden de la gracia. Frecuentemente lo que llevaria á la práctica de la virtud, si de ella se concibiese una justa idea, sirve para desviarnos por la pesada idea que de ella se dá. Frecuentemente lo que haria aborrecer el vicio, si se le presentase en su deformidad natural, no contribuye sino para irritar más la concupiscencia por los artificios de aquellos con quienes se conversa. No vengo á decir, que es preciso huir de toda comunicacion, que el retiro y silencio sean los únicos asilos de la inocencia cristiana; lo que digo es,

que hay mucho que temer en la sociedad humana y que nunca se sabrá ser bastante circunspecto, ni en las palabras que se deben hablar, ni en la eleccion de aquellos con quienes se ha de tratar; lo que digo, es, que así como en tiempo de peste es preciso sugetarse á un régimen de vida, y negarse á ver á algunos amigos que se quisieren visitar, así es preciso de constituirse á ciertas reglas para hablar bien en las conversaciones, y apartarse sobre todo de aquellos sugetos, que con cierto aire de lisonja exhalan un vapor infecto, con el que corrompen á los que se acercan á ellos. Cada uno, dice Jeremias, se guarde de su prógimo, y no confie en ninguno de sus hermanos, porque todo hermano armará zancadilla ciertamente, y todo amigo caminará con fraudulencia (Jeremias c. 9.) No es decir, que renunciemos al mundo y sus conversaciones, no es eso lo que nos dice Dios. Nosotros podemos conservar nuestra virtud en medio de los pecadores. Abraham conservó la suya entre los pueblos incircuncisos; Priscila y Aquila con los idólatras; los Apóstoles con todas las naciones: Isaias, Josué y Moisés, que por sus empleos debían vivir en el gran mundo, no sufrieron menoscabo alguno en su virtud. ¿Pues que es lo que nos dice? desconfiad de vuestro prógimo, poned regla á vuestras palabras, y si no podeis impedir que se os hable, haced un juicioso discernimiento de aquellos con quienes conversais

por que teneis, dice el Profeta, vuestra habitacion en medio del engaño. La lengua de los que os cercan es una aguda saeta, que os hiere de muerte, si no poneis cuidado en libraros de ella. En su boca no hay sino palabras de paz, más ellos tienden en secreto lazos para perderos.

Tal es el carácter de los que tienen siempre en boca la lisonja. En sus palabras falta justicia y sinceridad, que debe ser el fundamento de toda buena conversacion. Por respeto á la injusticia, los lisonjeros, dice San Máximo, son evidentemente culpables por dos razones. La primera porque de tal manera corrompen la verdadera y sólida alabanza, que es la recompensa de sola la virtud, que aun cuando alaban con justicia á un hombre digno de ser alabado, se desconfia de su testimonio, porque son pródigos á favor de los que no lo merecen. La segunda, porque aplican al vicio lo que solo pertenece á la virtud; más culpables en esto, dice este Padre, que los monederos falsos, que sobre un falso metal graban la imagen de su Príncipe, pues no ofenden á un hombre sino á Dios. San Agustin se burla de los romanos, cuando les arguye, que para honrar á Rómulo lo han colocado entre sus dioses, despues de haber muerto á su hermano, cuando á Platon que les ha dado los mejores preceptos para formar una república, no le han dado un rincon del templo. No es tan sacrilega la lisonja de nuestros

dias, pero no es menos injusta; no se atreve abiertamente á decir á un hombre pecador que es un santo ó Dios; más se le trata como si se tratase á un santo, y falta poco á que se le adore como un Dios. Lejos de reprender sus desórdenes, se empeña en alabar sus falsas virtudes. ¿Es un usurero? Cuida de sus intereses y adelanta su casa. ¿Es disoluto? Es que ama la sociedad. ¿Es un temerario? Pasa por valiente. ¿Es un estúpido? Es un hombre de buen sentido, y que no se precipita. ¿Es un impúdico? Sabe amar. Así habla la lisonja. Las profusiones se llaman liberalidades, la avaricia economía, la desvergüenza recreo, los comercios infames diversiones honestas. ¡Qué injusticial! ¿Y no aspiraremos á librarnos de ella, siendo más justos y sinceros en nuestras conversaciones? Otras mil cosas nos son sospechosas, pero la lisonja es casi el único vicio contra el que tomamos menos precauciones. ¡Qué dolor! Se toman precauciones cuando se persiguen ladrones y asesinos que tienen la espada en la mano, y se ama la compañía de los lisonjeros que llevan armas aun más peligrosas.

¿Y la gran corrupcion de costumbres en nuestros dias, reconoce otro principio más pernicioso que este? Los lisonjeros dice S. Gerónimo, suelen ser ó interesados, ó impuros. Como ellos buscan ó su establecimiento cerca de aquellos que pueden sacarlos de miseria, ó el desahogo de una pasion infame, en que arde su corazon,

todos son artificios para llegar á sus fines. Sus palabras llenas de dolo, comunican el veneno casi sin advertirlo. Con qué empeño se introducen en las conversaciones. Buscan las amistades del sexo contrario, el mas débil y mas orgulloso; estudian sus inclinaciones, se informan de sus hábitos y preparan con sus fingidas expresiones, á costa de la justicia y de la sinceridad sus conquistas. ¡Ah! Padres y madres, qué responsables seréis en el tribunal de Dios, de permitir á vuestros hijos ó hijas, toda suerte de compañías! Direis que todas no son peligrosas, que vuestras hijas son temerosas de Dios, que se rien de las civilidades y cumplimientos y que su conciencia se halla con armas para resistir á los artificios de que ellos se pueden servir para sorprenderlas. Yo lo creo; mas os contesto tres cosas con San Gregorio y Tertuliano. La primera, que una alma tiene necesidad de gran virtud y de una gracia muy especial ó particular para conservar la inocencia en medio de estos peligros, y que hablando moralmente, es como imposible que las palabras envenenadas de los lisongeros, en cuyas conversaciones de todo se habla, no le hagan mortales heridas. La segunda, que algunas veces hay mas peligro en aquellas conversaciones que parecen honestas, que en las otras; por qué los grandes pecados, dice Tertuliano, espantan desde luego una alma, y cuando el peligro es evidente, se arma con toda su vir-

tud y vigilancia para resistirle. La tercera, que nada hay mas peligroso que las relaciones de distinto sexo; porqué en semejantes comercios hablan la lengua, las señas, y lo que se teme decir, se significa con afectos. Feliz pues el alma, digamos con este santo Padre, que no lisongea jamás, ni se deja persuadir del lisongear.

Si son defectuosas las conversaciones si les falta la justicia y la sinceridad, tampoco son buenas. si les falta ó no las anima la humildad y la caridad. Es preciso suponer, que todo lo que huele á orgullo y dureza, se debe desterrar de las conversaciones cristianas, porqué debemos hablar entre nosotros, como Jesucristo hablaba cuando conversaba entre los hombres á fin de que nuestras palabras, y nuestra lengua fuesen las suyas. Las palabras de Jesucristo son la regla y modelo de las nuestras palabras; que debemos ser su boca y su lengua no creyendonos inocentes en nuestras conversaciones sino cuando le imitamos en estas virtudes de sociedad de que nos ha dejado ejemplo. ¿Y cuáles son? Una humildad, dice este santo Padre, acompañada de dulzura, y una caridad fraternal que nos una á todos. Ved el ejemplo que nos ha dejado á los cristianos. Y así, si en el comercio que tenemos los unos con los otros no se halla ningun vestigio de esta humildad y de esta caridad, es preciso decir, concluye el mismo, que hablamos mal, que no

hablamos como Jesucristo que ha santificado nuestra lengua, sino como el demonio que no tiene sino palabras de orgullo y de crueldad, de quien nuestra boca viene á ser el órgano. Tal es el carácter de los murmuradores, y de aquellos malignos cristianos, á quienes domina un secreto orgullo, y un duro y cruel menosprecio hacia á sus hermanos. (Hom. 79, sup. Math.)

Huid, pues, de estos hombres, y para que sean vuestras conversaciones cristianas, tomad la instruccion que dá el Apostol á los fieles de Filipo, y que encierra los principales deberes de la sociedad. Si hay, dice, alguna consolacion en Cristo; si algun refrigerio de caridad, si alguna comunicacion de espíritu, si algunas entrañas de compasion, haced cumplido mi gozo, sintiendo un misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos. Este es el espíritu que debe reinar entre los cristianos. Imitemos al Rey David que dice, guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua; y pidamos con él al Señor que ponga una guardia á nuestra boca, y á nuestros labios una puerta que los cierre, para que no se ladee nuestro corazon á palabras de malicia. Alabemos así á Dios en esta vida, para verle y gozarle en la otra.

RCR-3/001

369

LA CARIDAD AL PRÓGIMO

Magister, quod faciendo vitam
aeternam possidebo?

(Luc. c. X, v. 25.)

Un Doctor de la ley pregunta á Jesucristo, ¿qué debo hacer para poseer la vida eterna? Y cómo la ley, la Escritura nos lo manifiesta, dijo Jesucristo, ¿qué es lo que lees en la ley? Esta fué la contestacion: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento: y á tu prógimo como á tí mismo. Y Jesucristo entonces dió la aprobacion diciéndole: *Haz eso, y vivirás.*

Para conseguir la vida eterna, no es bastante amar á Dios, es necesario tambien amar al prógimo. Nadie se pueda salvar si no ama como á sí mismo á sus hermanos. La caridad es una amable virtud que nos liga con nuestro prógimo, y que de tal manera nos une con él que no hace más que un corazon de todos los corazo-

nes, es la virtud más esencial, porque es la que dá valor á todas las demás del cristiano, ella sola es, como dice San Pablo, la plenitud de toda la ley. Sin ella no hay santidad, ni virtud alguna. San Juan al fin de su vida no daba otro consejo á sus discípulos. *Hijos míos, amaos unos á otros.* Si esto se cumple, ya os basta. ¿Necesitaré alegaros otros motivos, para excitaros á su cumplimiento? No quiero os escuseis jamás de la práctica de virtud tan esencial, y por lo mismo procuraré explicaros las razones que nos obligan á amar al prógimo.

Si yo digo, que para amar á nuestros hermanos, no tenemos menos razones, que para amar á nuestro gran Dios, tal vez os sorprenderé; pero cesará esto desde el momento en que os persuadais, que el amor que los cristianos deben tenerse entre sí mismos, es una misma virtud, un mismo amor con el que debemos amar á Dios. Hay más; no es sino una misma cosa, un mismo objeto el que nosotros amamos, ya que amamos á Dios en los hombres, y no amamos á los hombres sino por Dios. Estos dos amores, dice San Gregorio, son como dos partes que componen un todo, como dos anillos de una misma cadena, como dos ramas de un mismo árbol. De este principio se deducen dos conclusiones muy importantes para arreglar nuestra conducta. La primera es, contra los falsos de-

votos, que se creen llenos de amor divino, porque oran mucho, porque comulgan muchas veces, porque hacen continuas prácticas de piedad, aunque en sus corazones alimenten aver- siones, retengan bienes del prógimo, y miran con indiferencia la reputacion de sus hermanos. Una sola persona que haya en el mundo que no amemos como á nosotros mismos, ya no nos podemos lisongear de amar verdaderamente á Dios. La segunda conclusion es en favor de las personas caritativas. Estas se quejan algunas veces, que se hallan sin tener ningun amor á Dios; que son frias y muy tibias aun en aquellos ejercicios que piden mas fervor. Consolaos, almas cristianas, que si no aborrecéis á nadie, si haceis bien á todos, si lejos de afligiros de la prosperidad de vuestros hermanos, tomáis parte en sus favores, si sois sensibles á sus males temporales, si teneis celo por la salud de sus almas, vosotras os hallais inflamadas en el amor de Dios, porque estos dos amores son inseparables. ¿Y de donde viene que el amor de Dios incluye el amor al prógimo? de que vuestro prógimo pertenece á Dios, de que es imagen de Dios y de que es objeto del amor de Dios. Nuestro prógimo pertenece á Dios. El es su hechura, su obra, el mismo que ha salido de sus manos, y que ha puesto en el mundo para hacerlo servir á su gloria, y á la ejecucion de sus voluntades. Le debemos pues honrar por causa del Señor á quien per-

tenece. ¿Porqué honramos todo lo que pertenece á los príncipes, sino por el respeto y atención que á ellos se debe? Se honra hasta á los últimos domésticos de los grandes, se respetan sus nombres, sus armas, sus equipajes, hasta los animales que los arrastran. ¿Y porqué ¿porqué pertenecen á ellos. Lo digo pues, que debemos tener respeto á todos los hombres, porque todos ellos pertenecen á Dios; y añadido, que por la misma razon los debemos amar, si amamos á Dios. El amor se suele extender á todo lo que dice relacion con la persona que se ama. No se aman solamente los amigos, se aman tambien los que los estiman; su familia y las obras de sus manos y de su entendimiento. Pues si el amor verdadero va tan lejos, ¿qué pocos son los que aman verdaderamente á Dios! Porqué pongámonos de buena fe: ¿si nosotros amásemos tendríamos tanta pena en soportar, y aun en amar á nuestros hermanos que son sus siervos y sus hijos. ¿Cómo podríamos aborrecer unas criaturas que son la grande obra de su sabiduría y omnipotencia, unas criaturas que son tan útiles á su gloria, y que no solo le pertenecen, sino que ocupan el primer puesto en su casa, y aun se puede decir que son la mas noble porcion de su herencia? ¿Y no son aquellos el precio de sus fatigas, de sus trabajos y su sangre? El prógimo pertenece á Dios por muchos títulos; por la creacion, conservacion, adopción y redención.

Y así todo el bien ó el mal que hacemos al prógimo lo recibe Dios, el mismo Jesucristo, segun dice san Mateo: En verdad os digo que cuanto hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mi lo hicistes. (Matth. c. 25.) Y aquí exclama san Cipriano: ¿Y cómo podia el Salvador encarecer más el amor que debemos al prógimo? Poderosos motivos que nos debieran obligar á amar á nuestros hermanos, á quienes Jesucristo llama hermanos suyos.

Nuestro prógimo es tambien imagen de Dios. ¿Qué nuevo motivo para amarle! En todos los tiempos el mérito y la cualidad de las personas han hecho respetables sus estatuas y retratos. El amor es quien ha inventado el arte de representar así los hombres, él mismo los hace venerar en sus imágenes. ¿Con qué celo no se conservan? ¿Cuánto no nos consuelan en su ausencia? Y no solo se conservan, se adornan con riquezas y se les dá señales de ternura y amor que se darían al original. Ved por qué la doctora seráfica, Santa Teresa, inflamada en el amor de Jesus, tenia tanto placer en mirar sus imágenes, que decia, no deseaba otra cosa que encontrarle en todo cuanto veia. Tambien puedo decir, ya que el criador ha querido hacer ver en cada criatura alguna de sus perfecciones, ha venido como á reunir todos sus rasgos en el hombre. El ha querido al formarle juntarle como en compendio á si mismo, y presentar al universo la imagen mas semejante de su di-

vina naturaleza, aunque habia ya criado á los ángeles. Esta semejanza es la causa del odio mortal que nos tienen los demonios. Aborrecen la imagen de Dios. ¿No bastará que esté grabada de este modo sobre el hombre para amarle?

La tercera razon que nos obliga amar á nuestro prógimo, porque es objeto del amor de Dios, y este motivo me parece tan poderoso, que no creo se pueda resistir el. El Señor nada aborrece de lo que ha criado, dice un Profeta, pero propiamente hablando, á quien ama Dios, es al hombre, supuesto que por el ha criado el resto de las demás criaturas. Los mismos ángeles, dice san Pablo, son como unos ministros destinados á cuidar á los que deben de ser herederos de la salud. Por esto, dice San Gregorio Niseno, que el amor hácia el hombre, es el propio carácter de la naturaleza divina. De aquí se concluye, que si amamos á Dios, debemos tambien amar al prógimo á quien Dios ama, ya porque el amor que tenemos á Dios no debe hacer sino un corazon mismo del suyo y del nuestro; ya porque el amor que Dios tiene á nuestro hermano, no hace sino un mismo objeto de nuestro hermano y de Dios. El amor transforma de algun modo al que ama, en la cosa amada, y por consiguiente el que ama á Dios debe tener los mismos deseos y sentimientos que Dios, debe amar todo lo que ama Dios, y no aborrecer sino lo que Dios aborrece. Esta es la regla que debemos seguir. Decid, pues,

cuanto querais del prógimo, haced de él el retrato que querais, decid, que es una alma cobarda, cruel, violenta, sin honor, ni religion. Aunque todo esto fuera Dios lo sufre tal cual es, le hace favores, le sostiene, le ama, y os ordena que le ameis. Dios no aborrece en los impíos sino la impiedad; nosotros pues sola la impiedad debemos aborrecer en ellos. Pero me persigue, direis, me maltrata y aborrece. No importa: apesar de estos vicios Dios los ama, y todo lo que Dios ama merece infinitamente ser amado. Por grande pecador que yo sea, Dios no aborrece en mí sino al pecado que me deshonra, que mata á mi alma. Todas mis rebeliones é ingraticudes que recibe de mí, no pueden impedirle que me ame, hasta buscarme, de padecer y morir por mí. ¿Y nosotros creemos indigno nuestro amor á quien Dios tan entrañablemente ama? Esto sería una expresa mortira, dice San Juan.

Ved ya pues las razones que nos obligan á tener caridad, que es el carácter particular de los discípulos de Jesucristo. En esto se conocerá, decia este Señor, que son mis discípulos si os amais unos á otros. (Joan. 13.) Y quereis comprender la necesidad, y los caracteres de esta virtud? Oid al Apóstol: Aunque hubiera recibido de Dios el don de lenguas, aunque hablara el lenguaje de los Angeles, no sería yo sin caridad sino un debil eco de una campana que suena. Aunque Dios me diera el conoci-

miento de lo futuro, aunque abriendo á mi favor los tesoros de su sabiduria conociera todos los misterios, aunque tuviera tanta fé que fuera capaz de trasportar las montañas de un puesto á otro, sin este amor hácia mis hermanos, nada soy: *Nihil sum*. Aun más. Aunque diera á los pobres todo cuanto tengo, aunque corriendo al martirio entregara mi cuerpo á todos los rigores del fuego y del hierro, mi caridad nada aprovecharía. ¡Oh y cuántos ayunos, oraciones, mortificaciones y trabajos vienen á ser inútiles por falta de caridad! ¡Cuántos actos de religion y de piedad, y obras buenas nada aprovecharán á la hora de la muerte, por no tener en nuestro corazon un verdadero amor á nuestros hermanos! Grabemos en el fondo de nuestro corazon, que la caridad cristiana nos obliga á amar á nuestros prógimos, porque todos pertenecen á Dios, porque todos son imágenes de Dios, porque á todos les ama Dios. Dígase de nosotros en adelante lo que los paganos decian de los primeros cristianos: *Ved como se aman unos á otros*. Esto es lo que les distinguía, y si á nosotros tambien nos distingue, Dios nos coronará de gloria.

377

Posp-3/0001

EL PECADO MORTAL

Cum ingrederetur quoddam castellum, occurrerunt ei decem viri leprosi.

(*Luc. c. XVII, v. 12.*)

Entrando en una aldea, dice San Lucas, salieron á Jesucristo diez hombres leprosos, que se hallaban separados de la poblacion, para que no contagiasen á nadie. Confiados en su poder y bondad alzaron la voz, diciendo: Jesús Maestro, tén misericordia de nosotros. Este Señor les manda presentar á los Sacerdotes á quienes tocaba el conocimiento de la lepra, pero mientras iban, quedaron limpios. ¡Qué prodigio! Figuraban estos leprosos á los pecadores, iguales todos en una misma miseria, como si dijéramos conformes en los mismos sentimientos de obrar mal.

La deformidad igual que causaba la lepra corporal sobre los cuerpos de los diez leprosos, no era sino una ligera imagen de la que el pecado mortal produce en una alma desfigu-

rando en ella la imagen de Dios. Deformidad bien terrible, que si los pecadores la conocieran, no se sufrirían á sí mismos. Deformidad que hace de una criatura tan excelente en belleza, en quien Dios ha impreso su imagen y rasgos de sus divinas perfecciones, un monstruo tan horrible, que hasta Dios no la puede mirar sin aborrecerla y echarla al fondo de los infiernos para tenerla allí objeto de la severidad de su justicia. ¡Oh si conociese esto el pecador! Dirigiré mi reflexion á este asunto, y conoceréis la fealdad de este monstruo, el pecado mortal, que es la lepra mas perjudicial al alma.

No hay cosa mas interesante que conocer lo que es en sí un pecado mortal. El es la lepra mortal del alma y una lepra que no solo debe ser conocida por el sacerdote que la debe curar, sino particularmente por el enfermo mismo que la padece. Conocer el pecado, y estar persuadido del estado fatal á que reduce á quien lo comete, es el medio mas proporcionado para curar de esta enfermedad la más perniciosa. Se comete el pecado, se vive tranquilamente en él despues de haberlo cometido, y esto es porque no se conoce. Yo he pecado, dice el impío, y ¿qué mal me ha venido por eso? Yo he cometido uno ú otro crimen ¿pero qué hay en eso? Bien fatal ignorancia de

todo pecador, decía un sabio pagano; ignorancia que esparce el enemigo de nuestra salud en todos los pecados, para que no se pueda conocer el mal, ni precaverle. Pues quien sabe lo que es el pecado, su malignidad, ó malicia ¿podrá atreverse nunca á pecar? Y si por fragilidad lo comete, no iría en busca de médico que le debiera curar?

¿Qué es pues el pecado? ¿Qué es este monstruo tan horrible, que trastornò el cielo, que pobló el abismo en el mismo momento en que empezaron los siglos? El profeta David gritaba, ¿quién será capaz de comprender la grandeza del mal que en sí encierra el pecado? Alguna semejanza nos lo dará á conocer, y los terribles efectos que causa nos confirmarán en este conocimiento. Todo pecado, dice Santo Tomás, es una enfermedad del alma; porque así como un cuerpo enfermo no puede ejercer las operaciones de un cuerpo sano, así en el orden espiritual nuestra alma enferma por el pecado, y todas sus potencias debilitadas por falta del vigor de la gracia, no puede ejercer sus operaciones de conocer, amar y practicar la virtud. Pero aunque todo pecado es enfermedad del alma, es más propiamente su lepra; lepra que inficiona á todo el hombre y que hablando bien, es el único mal y la mayor desdicha en que puede caer. ¿Qué hay de sano en una alma, que se vé inficionada con la asquerosa lepra del pecado? ¿Ni qué mal puede haber que se pueda comparar

con esta enfermedad del alma? Sabe y vé, decía Dios á Israel, que es un grande mal y muy amargo el haber abandonado á tu Dios y Señor. No solo es el mayor mal, sino que es el único mal, el sumo mal y lo que pone el colmo á su malicia, es, aunque Dios no es susceptible de daño alguno, se puede decir, que es el sumo mal de Dios, y del hombre. El único mal. Todos los males fuera del pecado, por grandes que sean, no son absolutamente males. La pobreza, las enfermedades, las desgracias, todo lo que el hombre puede discurrir de mas penoso y sensible, atendidos los fines de Dios, y si nosotros nos sabemos aprovechar, son verdaderamente bienes. Solamente el pecado es un tan grande mal, que es un mal esencial, un mal puro, un mal por fin que es el que únicamente puede llamarse mal. ¿No lo han conocido, guiados solo por la luz natural, los mismos paganos? Fuera de la culpa y el pecado, decía el sabio Cicerón, nada puede suceder al hombre que sea verdaderamente horrible y digno de ser temido. ¿Os parece pues, si el pecado mortal es el único mal del hombre? ¿Os parece si es la enfermedad mas expuesta, ó la lepra que más inficiona á toda el alma?

Diré más, es el sumo mal del hombre. Solo el pecado es un mal que Dios no hizo, ni pudo hacer; mal, dice san Pablo, inventado por la malicia del demonio para la perdicion del hombre. Así como Dios es el sumo bien, así el pe-

cado que se le opone es el sumo mal, y por esta razon debe ser sumamente aborrecido, asi como Dios sumamente amado. Si hubiese en el mundo alguna cosa que yo amase cuanto amo á Dios, no amaría á Dios como debe ser amado, no lo amaría como á Dios; y si temiese algun otro mal tanto ó mas que al pecado mortal, no lo aborrecería, ni huiría como el sumo mal. Es el sumo mal, porque encierra en sí una malicia infinita; porque hace aborrecer y perder al sumo bien, que es Dios. No se intenta directamente aborrecerle y agraviarle, es verdad; el pecado no quiere sino seguir sus apetitos; satisfacer su pasion. El avaro no quiere sino reunir riquezas, el impúdico y voluptuoso conseguir su placer, el ambicioso lograr un puesto, el vengativo tomar satisfaccion de una injuria; más como no lo puede ejecutar sin faltar á la obediencia á Dios, pierde á Dios. Pues eso que anhelas, ¡oh pecador! es un bien mayor que el sumo bien? ¡Ay de aquella alma audaz, dice san Agustin, que apartándose de vos, piensa, espera hallar otra cosa mejor! qué fruto, decía san Pablo á todos los fieles de Roma, habeis sacado de vuestros pecados, sino la verguenza de haberlos cometido? Qué otro fruto sino perder el sumo bien? si: *Me dereliquerunt.* ¡Oh y qué pérdida la de un Dios! ¡Qué mal el pecado, si supiera ponderar! Ni todos los hombres del mundo, ni todas las criaturas, ni todos los demonios que se juntasen, y lo que es mas, ni el

mismo Dios con toda su omnipotencia podía hacer tanto mal al pecador, como él á sí mismo se hace. Qué infeliz el alma que pierde á Dios por el pecado! pero es mucho más infeliz, la que estima en tan poco el perder á Dios, como si no se perdiera nada. Un joven preguntó á san Nilo, pretendiendo alguna indulgencia para sus pasiones. Si una vez al año, en un dia prohibido, como yo por condescender con mi cuerpo, ¿qué mal será? El santo le respondió: Si andais bien todo el año, y caeis una vez y os rompéis la pierna ¿qué mal será? Pues si por un placer, por una sola palabra, por una accion momentánea perdeis á Dios, no perdeis al sumo bien? Entre el infinito número de desgraciados sobre quienes ejercerá Dios sus eternas venganzas, no habrá muchos, segun reflexiona san Gregorio, que no habrán cometido en su vida un solo pecado. Ved el Maestro de san Bruno: un pecado de presuncion despues de una vida tan penitente y tan santa le hizo perder á Dios. ¿No es pues el pecado el verdadero y sumo mal del hombre? No es mas temible que el mismo infierno? Si viera, decía san Anselmo, de esta parte el pecado, y de la otra el infierno y me fuera preciso caer en uno de estos dos precipicios, antes me metiera en el infierno que admitiera el pecado. Mas quisiera libre de pecado entrar en el infierno que con él obtener el cielo.

Finalmente el pecado es tambien el sumo

mal de Dios, porque ¿qué es el pecado? Es un menosprecio formal de la magestad divina, es una preferencia actual de la criatura al Criador; preferencia que consiste, en que el pecador hallándose en la precision de renunciar una pasion, un gusto, un vil placer ó perder la gracia de Dios elije antes perder esta gracia que renunciar aquel criminal placer á que su pasion le inclina. Qué ultrage es este para la divinidad! No es un Dios el ofendido, y un hombre el que le ofende? El Criador y la criatura, el todo y la nada, la grandeza infinita y la bajeza por esencia, ¿qué distancia! ¿Y la grandeza de la ofensa no crece de algun modo infinitamente por razon de la superioridad infinita de un Dios sobre la criatura? Dios es nuestro Criador, nuestro Padre y nuestro Maestro, nuestro Rey, nuestro fin, en una palabra, nuestro Dios; y ved al que una vil criatura despreciable, la misma nada, se atreve á ultrajar por seguir un criminal placer. ¿Qué atrevimiento! Dios manda, y el hombre no le quiere escuchar ni obedecer; Dios ordena, y no hace mas que traspasar sus mandatos, sino en términos expresos, por lo menos por sus acciones. ¿Y no es siempre el mismo ultrage? ¡Ah! si se pensase en lo que es este gran Dios, y en el derecho que tiene de ser obedecido, y de que sea temida su justicia, ¿habría quien se atreviera nunca á pecar? Para formar de él una justa idea, transportémonos

por un momento al Calvario, donde se sacrifica la víctima de toda la humanidad: puestos al pié de la cruz seamos testigos del espectáculo sangriento que la fè nos presenta. La sangre del Cordero sin mancilla riega abundantemente la tierra; el Hijo mismo de Dios espira sobre un madero. Qué es esto, cristianos? Se honran tanto los misterios de un Dios anonadado por nosotros, se adoran sus suplicios, su cruz, ¿y con esta misma fe se ha de mirar el pecado, como una cosa pequeña? Creemos nosotros la malicia infinita que en sí encierra el pecado, sus consecuencias funestas que á él se siguen, y la grande satisfaccion que Dios exige por él, para reparar los derechos de su justicia ofendida? Creemos que es el único y supremo mal, de Dios y del hombre, que ofende infinitamente á Dios, y que hace venir sobre el hombre las pérdidas mas considerables, como es perderse á sí mismo, y perder al Sumo bien? Y no haremos los mayores sacrificios para no ofenderle? Hagamos consideracion de estas verdades; y si reconocemos enferma nuestra alma de la pernicioso lepra del pecado, tratemos de curarle, presentándonos á Jesus como los leprosos, ó á sus ministros de la penitencia. Allí alcanzaremos el favor y la misericordia.

LA PROVIDENCIA DE DIOS

Nolite ergo solliciti esse, dicentes: Quid manducábitis, aut quid vivemus, aut quo operiemur?

(*Matth.*, c. VI, v. 31)

Jesus Cristo en el Evangelio de hoy nos dice ó inculca á todos los cristianos, que la inquietud por las necesidades temporales es contraria á la fè de la providencia de Dios, y á la confianza que debemos tener de su bondad. En efecto, al decirnos: *No os acongojeis, diciendo, ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos?* era lo mismo, que decirnos, hay la divina providencia que vela sobre las necesidades del mundo, sobre la conducta de todas las criaturas en general, y de cada una en particular. No se puede dudar, que existe en Dios una prevision de misericordia que preside á nuestros males que nos los envía para probar nuestra fidelidad, y que en nuestras más grandes miserias tiene compasion.

Almas miserables y desgraciadas, no descon-

fieis de Dios, vengo á deciros hoy, si sufrís alguna desgracia, quiere Dios probar vuestra fidelidad, y os avisa para acudir á él. No os subleveis contra la providencia, acatad y reverenciad sus órdenes, porque nada sucederá contra lo que tiene resuelto. En resumen: La fé en la providencia ha de ser el remedio mas eficaz para la felicidad de esta vida.

Que hay en Dios una providencia sabia con la cual todo lo gobierna y dispone, para llevarlo dulce y suavemente á sus fines, es un principio de religion tan claro y evidente, que solamente por las luces de la razon se conoce, y que solo puede negarla un impío. De esta verdad saco la legítima consecuencia de que es preciso que todo hombre de sentido, que se conduzca por las reglas de la justicia y prudencia, ponga en esta providencia, toda su confianza, que cuente con ella, y que la haga árbitro de todas sus acciones. En efecto, si hay una providencia en Dios, no debe despreciar sus obras, estar sin accion; es preciso, dice un sabio, que obre por la conservacion de todo el mundo, lo que un Príncipe hace en su Estado, lo que un Padre de familias en su casa, lo que un diestro Piloto en el navío que gobierna. Así pues como un Estado luego iría á su ruina, si su Rey no hubiese cuidado de él, una casa perecería, si el padre de familias no aplicase sus

ojos sobre las necesidades, y una nave abandonada á los vientos iría á un seguro naufragio si el piloto no la condujera por las reglas del arte, de igual modo, si la providencia de Dios no se encargase de la conducta de todo el mundo, era preciso que volviese á la nada de donde había sido sacado. Si hay una providencia, ésta preside á todas sus obras, conoce á todos, gobierna y juzga: distribuye el bien y el mal, teniendo puesta su vista en la desigualdad de las condiciones y fortunas, y aplica todas las criaturas á sus funciones particulares, para mantener el bello órden del universo. Finalmente, si hay una providencia es bienhechora, y oficiosa para todo el mundo, para que los felices y dichosos segun el siglo le rindan homenaje de su felicidad, y los infelices recurran á ella en sus necesidades, bien para verse libres de sus males, bien para hallar en sus cuidados y secretos inescrutables ciertos encantos, que hagan ligeras y soportables sus desgracias.

Si nosotros pues nos podemos formar alguna idea de la providencia de Dios, no podremos figurárnosla, sin que conozca, ordene, juzgue y ame todas sus obras. Y al ser así, no debemos poner nuestra confianza en ella, que independientemente de nuestras ideas tiene esencialmente y por sí misma estas ventajas? No debemos calmar nuestros temores, ni dejarnos abatir bajo el peso de nuestras cruces, y olvidar nuestros intereses personales, hasta las nece-

sidades de comer y beber, como se dice en el Evangelio de hoy, para abandonarlos á la misma providencia? Me direis, es dulce y bueno adorar una providencia bienhechora, besar su mano cuando nos acaricia y regala; mas cuando se aparta de nosotros sus favorables miradas al paso que vela por otros, es un poco duro confiar en ella, es pedir demasiado á una criatura debil é impaciente en sus males sujetarla á esta obligacion. No es así, yo pretendo que las cruces y desgracias enviadas por la providencia deben animarnos, resucitar nuestra fidelidad y confianza, es decir, que por lo mismo de ser nuestras miserias, debemos confiar nos á sus cuidados y su conducta, por rigurosa que nos parezca, debemos arrojarnos á sus brazos. La primera razon es, porque Dios nos prueba, y aunque sepa lo que debe suceder, quiere hacernos ver, y aun conocer á los demás hombres, hasta donde llega nuestro amor y nuestra confianza. La segunda razon es, porque á nuestra fidelidad en estos casos ha unido él los auxilios que nos quiere dar, ó los consuelos interiores que derrama sobre nuestros males de modo que correspondemos con la fidelidad á lo destinado por la providencia y damos el homenaje que quiere, y por esta conducta le obligamos á socorrernos, teniendo prometido socorrer á los que ponen en ella su confianza.

San Agustín dice, que Dios y el demonio nos tientan pero muy diferente el uno del otro. El

demonio nos tienta para hacernos murmurar de la providencia y Dios para sujetarnos á ella. El demonio inspirándonos desconfianza y rebelion contra la providencia, ocultando todo el bien, y enseñando todo el mal, nos representa la virtud en el abatimiento y miseria, y al vicio en la gloria y en la abundancia, sirviéndose de esta desigualdad aparentemente, para persuadirnos, que la providencia de Dios, es ciega ó injusta ó debil y que no debemos confiar en ella. Dios por el contrario, nos muestra el bien y el mal, para someternos á ella; nos recuerda los bienes pasados que hemos recibido de ella, para que sepamos, que jamás abandona, ni es negligente, é indiferente, para que nos echemos á sus brazos animosos en la desgracia, en una palabra, nos prueba en la adversidad para nuestro bien, y para su propia gloria. Para nuestro bien, cuando por una esperiencia sensible nos convencemos de las miserias de nuestra vida, y de las infidelidades del mundo; para su propia gloria, cuando justificándola entramos por nuestra confianza en sus designios, hacemos su voluntad de una manera libre y meritoria, contribuyendo á hacerla honrar por los otros hombres.

Ya es hora que nos preguntemos ¿cuándo Dios tiene la satisfaccion de ver su providencia honrada por la criatura? Cuando ésta se levanta por su confianza sobre las aguas de la tribulacion, y mira á Dios, de quien solo espera todo su

socorro: cuando un hombre tentado á murmurar de la conducta que Dios observa con él, ó á emplear como otros perfidias ó sacrilegios para salir de su miseria, se determina á ser miserable antes, que á no estar sometido á la providencia que adora; cuando una muger tentada por una pasión impura, y aun más por su pobreza á prostituirse vergonzosamente, estima más á Dios haciéndole sacrificio de su virginidad, que abandonarse á los que tratan de corromperla; cuando un Juez ó Magistrado, que por sus injusticias podría trabajar impunemente elevando bien á su familia, elige antes vivir en una mediana fortuna, que elevarse por caminos injustos; cuando un comerciante, un artesano, un soldado, que pueden ganar mucho con su infidelidad, por sus robos, sus perjuros, resisten por la confianza que tienen en Dios á la tentación que les oprime de evitar por esos medios la pobreza extrema que les amenaza; entonces se vé honrada la providencia por los unos y los otros, y ella los propone como otros tantos modelos de virtud, como sus verdaderos y fieles adoradores. ¡Oh si comprendiéramos como es debido este misterio de las pruebas de la Providencia! Entonces si que nos haríamos sabios en el arte de aprovecharnos de nuestros males y de nuestras desgracias. Qué felices seríamos de poder hacerlas servir á la gloria de Dios y á la nuestra, conservando á un mismo tiempo nuestra inocencia, y rindiendo á la

providencia el homenaje que espera de nuestra sumisión. Veríamos un Dios que nos tienta, solo para que nos arrojemos entre sus brazos, y que no permite al demonio tentarnos, sino para aumentar en nuestra constancia su confusión. Veríamos un Dios que nos aflige, no por estar asegurados de nuestra obediencia por esta prueba, pues nada se le oculta; sino para hacerle conocer á los hombres, pues tienen necesidad de buenos ejemplos que los edifiquen. Veríamos por fin un Dios, que quiere hacernos ver hasta donde pueden llegar nuestras fuerzas, amándole verdaderamente en la adversidad, y hasta donde se extienden los cuidados amorosos de su providencia, que jamás falta en darnos los consuelos y socorros necesarios en nuestras desgracias.

No pretendo yo aquí, que Dios saque siempre de la pobreza, de la opresión y de otras desgracias á los que se arrojan entre sus brazos: solo digo, que ya que los saque, ya que los deje en las aguas de la tribulación, en las que los quiere probar, los escucha siempre, los pone á cubierto de la tempestad y les hace gustar dulzuras y consuelos sensibles. Su alma advierte dentro de sí una paz interior que le hace dulce y soporta lo que parece duro é insoportable á otros. Estos son los efectos que produce la amorosa confianza que se tiene en la providencia. El primer pensamiento que viene al alma, es que Dios no le envía más males de los que pue-

de sufrir; que por malos tratamientos que reciba de los hombres, este buen padre tiene señalados los lugares, los momentos y los grados: y á medida que se alimenta de este pensamiento, no solo sufre con paciencia sus desgracias, sino que encuentra en ellas, una paz y gozo interior. Dios le ha prometido su proteccion y no le faltará: y una alma que se arroja en sus brazos hace lo que Dios pide de ella, y es mediadora con Dios á que haga lo que espera de él. ¡Qué diferencia entre el impío que desconfía, y el cristiano colocado entre los brazos de la providencia! El impío rebelde á sus órdenes, es inconsolable en sus desgracias. A cualquiera parte que se vuelva no habla, sino la tristeza el dolor y la desesperacion: placer, honor, satisfaccion buena, paz interior de conciencia, todo se le quita, pero una alma justa que se abandona á las órdenes de la providencia, ¡qué placer, qué consuelo, qué gozo en medio de sus desgracias! Dios habita en ella, la protege, la consuela; y no obstante la pobreza, el hambre, la desnudez, el menosprecio, la enfermedad derrama sobre ella la paz y el gozo, frutos preciosos del Espíritu Santo. ¡Qué ventajoso para un cristiano arrojarse entre los brazos de una providencia misericordiosa! Dios lo prueba en la adversidad, pero en medio Ella nos conduzca dulce y suavemente al cumplimiento de nuestros deberes en esta vida y despues á la felicidad eterna,

SOBRE LA MUERTE

Ecce defunctus efferabatur
filius unicus matris suae.

(Luc. c. VII, v. 12.)

Caminando Jesucristo, dice el Evangelio de hoy, á una ciudad llamada Naim, ciudad pequeña de la Galilea, al llegar cerca la ciudad, he aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre la cual era viuda. Luego que el Salvador vió al difunto y á su afligida madre, se acercó, tocó el féretro y los que lo llevaban se pararon. Entonces dijo: mancebo, á tí digo levántate. Yo que tengo el imperio sobre los muertos y sobre los vivos, yo te lo mando: *Tibi dico*. Al punto se sentó el que había estado muerto, y le dió á su madre. Parece que Jesucristo se encontró por casualidad en este acompañamiento fúnebre. Pero no: nada sucede por acaso en Jesucristo. Era necesaria esta resurreccion para gloria de su omnipotencia, y para autorizar la mision del Salvador, no solo por

respeto á los judíos, sino tambien por respeto á aquellos á quienes el Evangelio debía ser anunciado en el curso de los siglos.

Por lo que á nosotros se refiere, nos es de igual utilidad este mancebo muerto que resucitado. Muerto nos recuerda lo debil de nuestro ser y la nada de las cosas humanas, que todas van á perderse en el sepulcro: resucitado, la necesidad de resucitar de la divina gracia que perdemos por el pecado. ¡Cuánta relacion no tienen entre sí estos pensamientos! Uno y otro conspiran á un mismo fin. Fijémonos solamente en el primero que es el pensamiento de la muerte. Solamente él es capaz de reformar á todo el mundo. Facilita un entero desprendimiento de todo lo pasajero, descubriéndonos la nada de las cosas humanas.

Todo lo que acaba y muere no es capaz de cautivar el corazon del hombre. Por cierta inclinacion secreta hácia el Sumo bien que ha grabado en nosotros el autor de nuestro ser, bien comprendemos, que solo un bien eterno é infinito puede robar todos nuestros afectos, y no aquellos bienes que pueden perecer. ¿Qué significan esas ideas tan sublimes, esos deseos tan inmensos de ser felices que abrigamos en nuestros pechos? Todo nos anuncia un bien universal y eterno, que no está sujeto á la variacion, el que debiéramos procurar con todo empeño,

sin que ningun bien perecedero pudiera cautivar el menor de nuestros afectos. Así, si el amor del mundo y de todo cuanto encierra en sí, atrae con tanta violencia el apetito de nuestra voluntad, es porque no conocemos la falsedad de los bienes de la tierra como son en sí. Prendados de una superficial hermosura que nos lisonjea y engaña, cerramos los ojos de nuestra consideracion á aquellas santas consideraciones que nos pueden descubrir su vanidad, solo por seguir el atractivo y encanto de nuestros sentidos. San Juan Crisóstomo, nos dice, que la muerte es uno de los pensamientos de la nada de las cosas humanas, por las que tanto nos apasionamos, por consiguiente bien podemos decir, que el pensamiento en ella ha de ser precisamente lo que puede hacer retirar y renunciar nuestros afectos de todo lo que es mundano.

Y en verdad, si nosotros queremos desnudar á nuestro amor propio de aquellas ideas de felicidad, que sin consultar á la razon, sabe él formarse más de una vez solo por seguir su capricho, acudamos al lecho de la muerte. No hay punto de vista más bello y más seguro. Desde allí como desde una atalaya, dirigiremos la vista por el vasto teatro del mundo, y veremos con nuestros propios ojos, que nada hay de sólido en él, y nada de verdad; porque hasta las sombras mismas del sepulcro son el más buen manantial de luz, que á nuestro entendimiento

le convence y demuestra la verdad. Allí se encuentra el espejo fiel que nos representa lo frágil de los bienes caducos de la tierra, la nada de su realidad, no siendo más que un puro fantasma lo que el mundo adora. La muerte hace que advierta el hombre el vicio de todo lo que se llama placer. Ella hace ver, que todos los siglos pasados no son más que fugitivos instantes, y la vida más larga semejante en todo á un cometa nocturno, que no hace más que aparecer cuando se vé confundido entre las sombras mismas de donde salió. La salud más robusta no es más que una centella ó candela que un ligero soplo puede apagarla; la carrera más lucida y brillante pierde también su lustre, cuando se mira desde la tumba. Ese nacimiento tan ilustre que todo nos lisonjea, esa magnificencia de tren, esa ostentación, ese lujo, esa suntuosidad que arrebató á los ojos de los mundanos, no puede ya lucir con su vano esplendor, porque todo lo desfigura la muerte, todo lo oscurece con sus negras sombras, sin perdonar la magestad del más elevado trono.

Siendo un punto de tanto interés, propio para reformar nuestras costumbres, discurremos con más particularidad. Nada hay más apreciable para el hombre que su misma vida, porque los honores, las riquezas, los placeres, no son más que unos bienes accesorios, y que solo les llamamos en cuanto hacen menos penosa la carrera de nuestra vida en este valle de lágrimas. La

fragilidad pues de estos bienes, su inestabilidad, su insuficiencia, se descubrirán claramente, si reflexionamos un instante sobre aquellas grandes miserias, que rodean al hombre en el instante mismo que aparece sobre la tierra. ¿Qué es pues nuestra vida? ¡Ah! No la dejemos de mirar atentamente en el espejo de la muerte y descubriremos allí toda la flaqueza de nuestro ser. La insubsistencia parece que nace con nosotros, pues apenas acabamos de nacer, cuando según el Sabio, ya acabamos de vivir. (Sap. 5.) Breves son, decía Job, los días del hombre y Dios ha puesto á su vida unos límites que no podrá él traspasar, semejante á una flor que luego se marchita, así sale el hombre al lastimoso teatro de este mundo, y como una sombra ligera que luego se escapa, huyen precipitados sus días hácia el sepulcro. ¿Y qué diremos de la incertidumbre y engaños de nuestra vida? Hay muy pocos Ezequías, á quienes el Señor conceda poder saber el número de sus días. Un solo momento no podemos disponer de nosotros, y el instante que creemos más seguro, quizás será el que cierre nuestra carrera. ¿Cuántos han pasado de la cuna al sepulcro? Cuántos cuando pensaban poseer en paz un rico establecimiento? Cuántos cuando apenas habían empezado á beber de la copa deliciosa de este mundo? La muerte ejerce su imperio, sobre todas las edades, sobre todas las clases y condiciones, sin que haya habido en el

universo quien haya podido hacer frente á sus continuos ataques.

¡Pero y qué! No será acaso concedido á la juventud robusta disponer á su arbitrio de una edad, en que el mundo siempre ingenioso en hermostear los objetos de la tierra presente á la vista de los mortales las imágenes más lisonjeras y los más deliciosos placeres? ¡Ah, católicos! si hay alguna edad en que se pudiera decir, que la muerte ejerce con tiranía su imperio, es la de la juventud, en la que desquiciando el hombre las obligaciones de Religión, parece no tiene otra ley que su antojo, ni otro ejercicio que seguir los desarreglos de su corazón. Confiados en su robusta salud beben sin temor de la copa encantadora que el mundo les presenta, y engañados de su fortaleza de su temperamento miran muy de lejos el sepulcro. Si una continua experiencia no nos lo demostrara, yo os traería á la memoria un Jonatás, que corriendo arduosamente el camino de la gloria, esto mismo le abrió un sepulcro temprano en la flor de su juventud sobre las montañas de Gelboe; un Adonías, que no oyendo más que la voz seductora de sus pasiones, el mismo deleite le priva de la vida en los días más floridos y dichosos; un Absalon, que queriendo elevarse un trono sobre las ruinas del de su padre, la ambición le corta los pasos en medio de su más lucida carrera. Pero estos ejemplos tan autorizados, no hacen más que confirmar

lo que con vuestros mismos ojos estais viendo todos los días.

Y si ésta es la miseria de nuestra vida, ¿será menor la de todos los otros bienes que en sí encierra? Todo lo que hay en el mundo, dice un Apóstol, no es más que concupiscencia de la carne, que son los placeres, concupiscencia de los ojos que son las riquezas y soberbia de la vida, los elevados puestos, las dignidades y los honores (I, Joan. 2.) ¿Y qué son los placeres? Unos ocultos resortes, de los que se sirve la muerte para prendernos en sus lazos. Si nosotros los miramos, no por el exterior, sino segun son en sí, veremos que son nada, nada de sólido tienen, nada de verdadero; antes bien nada puede ser más contrario á nuestro espíritu y á nuestra humanidad. ¡Qué frutos tan funestos! El placer entregó la España al brazo tiránico de los sarracenos; el placer precipitó á los griegos, destruyó á los romanos, y ha arruinado por sí mismo ejércitos enteros. El corrompe las Cortes, pervierte las ciudades, extenua á los grandes, consume á la juventud y lleva tras sí el enojo, la pobreza, la enfermedad y la muerte. ¿Qué más? Sólo el placer ha sido el móvil de casi todas las heregías; y el es el que ha introducido en nuestro siglo la incredulidad ó indiferentismo. ¿Y qué son las riquezas? ¿qué las pompas y decoraciones fastuosas de este mundo? No son más que unos bellos atractivos de nuestras mal domadas pasiones. Si Filipo

no hubiera sido Rey de Macedonia, no hubiera habido un Pausanias cruel que se hubiese atrevido á su vida; y si Julio Cesar elevado al imperio romano, no hubiera estado colocado al colmo de las riquezas y de la gloria, tampoco hubiera habido una mano traidora, que atravesándole el puñal, lo dejase muerto en el mismo Senado. Ved, devotos católicos, como los placeres, los honores, las riquezas y todos los bienes del mundo, no son más que despojos que arranca la muerte de nuestras manos para adornar un triunfo que ellos mismos se lo adelantan y disponen. El pensamiento de la muerte nos persuade estas verdades capaces y bien suficientes para hacer desprender nuestro corazón de todo lo que es mundano; pues nos hace ver que todo lo que no es virtud, viene á ser un miserable despojo del sepulcro. También á la vez nos hace recordar, que siendo nuestra alma inmortal salida de las manos del Criador sobre la que grabó su imagen, no debe buscar otro centro en todos sus designios y proyectos que á la eternidad á donde camina. Aborreced el vicio, amad la virtud y sirviendo á Dios en ésta, á la muerte seguirá la gloria eterna.

401
PDR-3/0001

SOBRE LA USURA

Homo quidam hydropicus
erat ante illum.

(Luc., c. XIV, v. 2.)

Hoy con el fin de tentar á Jesucristo los escribas y fariseos le presentan un hombre hidrópico, á quien cura el Señor de su enfermedad por compasion. Bien era conocido de ellos la enfermedad corporal de este hombre, pero no la espiritual, de la que era figura. El hidrópico es un cuerpo disecado que por un ardor extraño va corrompiendo lo que es propio para el alimento y sustento del cuerpo, llenándose de ciertas aguas acres que le causan una hinchazon, la que acaba con su naturaleza en lugar de sostenerla. Nunca apaga la sed, cuanto más bebe, más se aumenta. ¿Puede darse una imagen más natural del avaro? La avaricia es una hidropesía de espíritu, cuya sed del oro, cuanto se quiere más satisfacer, más se aumenta. Su efecto es corromper todos los santos deseos que

podrían ser alimento del alma y sustituir todo lo que es capaz de contribuir á infames artificios, engaños, robos, usuras, todo se pone en movimiento por el avaro. La usura especialmente, dice San Gregorio Nacianceno, es parto de la avaricia, que se concibe en el seno del codicioso y nace entre los brazos de la inhumanidad. Robo peste desoladora, la llaman los Padres. Es la hiena, que atrae incantadamente á los inocentes, para que sean sangriento pasto de su hambre devoradora entre sus dientes voraces, animal feroz, que toma la voz de hombre para engañar á los simples, haciéndolos presa suya, para comerlos y devorarlos.

¿Dejaré hoy descansar ese mónstruo que destruye todos los dias gran parte de la sociedad? ¿No perseguiré un vicio que acaba con los pobres y trastorna familias enteras? La usura es el vicio que más se opone á la caridad cristiana. Nada más injusto que este vicio en toda sociedad.

Nada hay más injusto para la sociedad que la usura. Trastorna el buen órden, despoja á los miserables y empobrece á familias, pueblos, ciudades, provincias y reinos enteros la injusticia de la usura. ¿Qué cosa más demostrada? La razon la reprueba, el Evangelio clama contra ella y las leyes la han condenado. Es verdad, que se dispuso en la Roma antigua la prohibicion de las

usuras, alborotándose una turba de innumerables logrereros que con temerario arrojo quitaron la vida al Pretor Aselio, que la persuadía como vicio infame; que sabios ilustrados en el cristianismo disputaron, si es ó no contraria la usura al derecho natural, que se exija usura del rico, ó que se exija del pobre. Más téngase en cuenta, que el más sabio de los filósofos la reprende como contraria á la naturaleza; que el príncipe de la elocuencia romana la reprueba espresamente como contraria al derecho natural, y que dos ingenios de primer órden de la religion, que jamás sabrá debilitar con todas sus sutilezas la sabiduría mundana, San Agustin y Santo Tomás, entre otros sabios cristianos, combaten espresamente la injusticia de la usura, teniéndola condenada por la razon, porque se opone al derecho natural, que aborrece y deleita que una misma cosa se venda dos veces, y que no permite que el uso del dinero, como algunos quieren, se pueda separar del dinero mismo. ¡Qué cosa más agena á la razon y buen sentido!

El derecho divino en uno y otro testamento ¿no impone un precepto riguroso de no dar dinero á usuras, y no condena á los logrereros? En el libro del Exodo Dios dice: Si diereis á algun pobre de los de mi pueblo que habita contigo dinero prestado, no lo obligarás como exactor, ni oprimirás con usuras. En el libro del Deuteronomio dice tambien: No prestarás á usuras el dinero á tu hermano, ni ninguna otra cosa. En

el Levítico repite: No des tu dinero á usuras al necesitado y no exijas la superabundancia de los frutos; y hasta por un profeta condena á pena de muerte al usurero: *Numquid vivet? cum universa hæc detestanda fecerit, morte morietur.* (Ezech. 18) En el Evangelio por San Mateo nos dice, que si nuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraremos en el reino de los cielos; por San Lucas, que demos nuestro dinero prestado al prógimo, aunque sea nuestro enemigo, pero sin esperar del préstamo ninguna recompensa, si queremos que sea grande la que nos dará el padre celestial. De aquí es que varios legisladores en diferentes estados dieron leyes contra la usura las más duras. ¡Oh vicio desolador! ¡Oh peste la más nociva para los imperios y reinos! Todas las reprobaciones no son bastante para impedir los daños que ocasiona la usura á la sociedad humana. La historia nos recuerda, que por la tiranía de los logreros se destruyeron provincias enteras. Las del Asia llegaron con sus usuras á tal miseria, que segun refiere Plutarco, vendieron sus habitantes hasta sus hijos, hasta las estátuas de sus dioses. En la Tracia hicieron las usuras los mayores estragos. El emperador Octaviano Augusto castigó á los usureros, haciéndolos publicar como infames. Los ediles de Roma los condenaron á la confiscacion de bienes.

Más para qué multiplicar pruebas para con-

firmar una verdad de la que estais demasiado persuadidos? Para sepultar este mónstruo entre sus ruinas, y en el sepulcro que le debe abrir la caridad cristiana y la justicia del Evangelio, más fundada que la que se finje el espíritu de avaricia, no bastará que Jesucristo se haya levantado tan claramente contra la usura? Si Jesucristo nos dice: *Dad prestado vuestro dinero, y no esperéis retribucion de esto*, habrá ninguno que se atreva á justificar este crimen? Para quitar todo recurso á la injusticia de este crimen, que bajo débiles apariencias aspira siempre á cubrirse, oid dos verdades fundadas sobre la moral cristiana y sobre la sentencia de Jesucristo. Primera verdad: cuando nada debo á mi prógimo, ni por caridad, ni por título de rigurosa justicia, no estoy obligado á prestarle mi dinero ni otros efectos que me pertenecen, porque esto es de perfeccion y un consejo, y no un precepto, así como no estoy obligado á dar mi vestido á quien me quita la capa; pero si se halla en necesidad grave y puedo socorrerle, es ya un precepto, y sería un exceso de inhumanidad no alargarle este socorro. Si alguno de tus hermanos, decía Dios á su pueblo, cayese en pobreza, no tengas un corazon tan insensible, que no le des prestado aquello que necesita. Segunda verdad: ya sea un consejo, ya sea precepto, segun la diversidad de circunstancias dar prestado, desde que presto me obligo por una ley indispensable á hacerlo gratuitamente,

á no esperar nada, y menos á exigir ninguna cosa sobre la cosa prestada; porque si hay injusticia en la usura que llamamos mental, y se consuma el deseo, ¿no ha de ser más injusta, más escandalosa la expresa y formal, que incluye en sí algun pacto? El que hace un voto es libre en hacerlo, pero una vez hecho, es una obligacion indispensable el cumplirlo. Si nada puedo esperar, ni exigir sobre lo que he prestado, no puedo pedir, ni á este mercader una pieza de paño, ni á ese artesano alguna obra de su profesion, ni á ese otro hortelano algunos árboles ó frutos, en suma, ningun emolumento ó precio estimable. Aun más: nada puedo recibir en virtud de préstamo, aun por título de agradecimiento, aunque el que lo dá consienta en ello con gusto; verdad que la Iglesia establece con su autoridad, condenando la doctrina contraria de algunos casuistas, que con opiniones laxas aspiraban dar algun ensanche á la ley de Jesucristo. Esta es la pura moral cristiana, de la que no nos es lícito apartarnos.

Cuando yo así os hablo, no quiero alarmar vuestras conciencias, pero sí remover todos los obstáculos y apartaros de todo peligro. No pretendo igualmente condenar como usureros y gravar con la fealdad de este pecado todos los pactos y contratos que se hacen en la sociedad civil, en los que se pretende sacar alguna utilidad. Sé que hay algunas convenciones puras, libres de ese pecado vergonzoso que se intro-

duce con bastante disimulo en muchos contratos. Cuando se enagena una finca, y se saca de ella el interés establecido por las leyes; cuando se entra en alguna sociedad y se exponen los socios á unas mismas pérdidas ó ganancias; cuando se trafica y se tienen desvelos y solicitudes en trasportar las mercancías, ó se emplean algunos gastos; cuando se sigue algun daño real que nazca del mismo contrato, ó cesa algun provecho, ó interés verdadero que venga directamente de haber prestado su dinero, entonces no está prohibido sacar algun interés de compensacion. Pero cuando un hombre nada espone, nada hace, y que no tiene título alguno para ganancias haya de aumentar sus intereses solo porque presta el dinero, y que no quiera exponerse á ningun peligro, pretenda dividir las ganancias con otro que es responsable de todo; que un hombre que reconoce la necesidad de sus hermanos y las ventajas que pueda sacar si les presta, cuente sobre esta necesidad y ventajas para arreglar su interés, ¿hay cosa más injusta? Las leyes divinas y humanas le escusan del pecado de usura?

Se alegarán pretextos diciendo: la usura ¿no tiene por fin y objeto socorrer al prójimo? ¿Pues qué uso puede hacerse del dinero, ha de quedarse en las arcas sin tener fruto ó interés? Si no se hiciera esto, no es verdad, que algunos no saldrían de sus apuros, no se remediarían necesidades; y aunque no se les dé gratuita-

mente, ¿no es una caridad lo que se hace? Estas son las excusas que se pretende cohonestar la usura, pero no se justifica con esos velos con que se cubre. Es falso, que la necesidad autorice la usura, para que no sea grave pecado; porque lo que el usurero llama necesidad, granjería, comercio, no es sino codicia, exacción, y avaricia. Es falso que el usurero sea caritativo, y que tenga por fin el auxilio y socorro del prógimo, porque lo que él llama compasión y caridad, no es sino crueldad y dureza é insaciable avaricia. San Ambrosio, nos dice, que el usurero se imagina bajo el aspecto de pobreza un arte de iniquidad para hacer pobres.

Es muy injusta la usura. El espíritu de interés lisonjea nuestro amor propio, y hace sacrificar nuestras almas á las feas pasiones de la avaricia. Arrojemos ese monstruo del corazón, si queremos que domine la gracia. ¿Acaso podemos servir a Dios, y al dinero? No, dice Jesucristo. ¿Amáis el dinero? ¿Os hace cometer en vuestros contratos mil injusticias? ¿Os hace buscar mil falsos pretextos para justificar vuestras usuras? Renunciáis á Dios, renunciáis á Jesucristo, y á vuestra salud eterna. ¿Y un vil interés ha de exponer vuestra alma á una eterna condenación?

DEL AMOR DE DIOS

Magister, quod est mandatum
magnum in Lege?

(*Matth.* c. XXII, v. 26.)

Hoy en el Evangelio, los judíos con la mayor ceguedad hacen una pregunta á Jesucristo. Es una prueba evidente de las tinieblas en que se hallaban aun los más sabios al hacerle la pregunta siguiente: *Maestro, cuál es el grande mandamiento, cuál es el mandamiento principal y máximo de la ley?* Más ellos no solo eran ignorantes en esto. Por desgracia hay muchos cristianos que participan de esta ceguedad, porque de ordinario lo que menos les inquieta, es el cuidado de examinar, si cumplen con este mandamiento, que es el mas principal. Se vén gentes muy exactas en los deberes exteriores; más pocas se vén que tengan pena del motivo que les hace obrar, y del amor que les mueve. Les parece que Dios se satisface, si al tiempo que dan su corazón al mundo, dan á Dios al-

gunas muestras que le sirven. Ignoran que el amor de Dios ha de ser con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, y con todas nuestras fuerzas.

Este mandamiento es el principal porque tiene á Dios por objeto, y entre las virtudes teologales la caridad, dice San Pablo, es la mayor. Es la plenitud de la ley. ¿Y no es de admirar, que siendo el primero y más grande entre todos los de la ley, sea el más olvidado y menospreciado? Cuidemos de conocerlo para practicarlo. Estudiemos sus motivos con atención.

La verdadera caridad hácia Dios, dice San Juan, consiste en cumplir sus mandamientos. Solo haciendo la voluntad de Dios podemos dar testimonio de que verdaderamente le amamos, y entre todas las señales que nos dá la escritura de la verdad de este amor la primera y más esencial es esta. Nada hay tan fácil como lisonjearse que se ama á Dios. Como el amor propio camina sobre los pasos de la caridad, á quien imita cuanto puede, se toma muchas veces la sombra por el cuerpo, y que no es más que un sentimiento puramente natural, pasa por una inspiración de la gracia. Para no engañarnos en el discernimiento que importa hacer tanto del uno y del otro, el gran secreto es, reflexionar sobre esta bella máxima, que el amor propio hace siempre su voluntad, mas la caridad

sobrenatural debe únicamente hacer la de Dios; que el amor propio sabe partirse en los deberes de piedad, más la caridad del cristiano los abraza todos según los grados de su vocación; que el amor propio en fin elige entre los mandamientos los que lisonjean más, pero la caridad obliga á hacer generalmente y sin restricción la voluntad de Dios. Esta verdad es tan clara por sí misma, que parece no tener necesidad de pruebas. Porque si el amor en general no es sino una unión del corazón y de la voluntad con el objeto que se ama, de modo que sin esta condición no es sino una ceremonia, el amor que se tiene á Dios debe con más razón tener este carácter. No puedo pues lisonjearme que amo á Dios, cuando mi voluntad no se refiera á la suya, cuando yo no entro en todos sus sentimientos, cuando yo no arreglo mi conducta sobre su santa ley, con una resolución eficaz de practicarla en todos sus puntos. Se sigue de aquí que el amor de los hombres hácia Dios, consistiendo en una conformidad de voluntad con la suya, y en una perfecta sumisión á su ley, dividir este amor entre él y la criatura, es destruirlo. Si el amor á Dios es verdadero, ha de ser dominante, que sujete todos los movimientos de nuestro corazón, y que nos reduzca á una santa unidad, así como á la obediencia que le debemos, que debe ser universal que arregle todas las acciones de nuestra vida. Por otra parte debe este amor

contener una renuncia de nosotros mismos; pues esta renuncia es ideal, sino es entera, debemos hacer todo lo que Dios quiere que hagamos y huir lo que Dios quiere que huyamos.

Entre todas las cosas del mundo solo Dios, es á quien debemos amar y servir. Todas las cosas no han de ser, sino como medios que nos conduzcan á Dios. Con todo, ¿qué sucede? Sucede, dice San Agustin, que el hombre que no debe consagrar sino á Dios su obediencia y su amor, se imagina poder dar alguna parte á las criaturas, dejando solamente en su espíritu esta preferencia universal y especulativa, por la que debe ser honrado sobre todas las cosas; y por un juicio que se pronuncia en su corazon, se dá éste á otras cosas más que á Dios, no sujetándose sino á algunas de sus leyes, por cierto artificio de su amor propio. ¿Y esto es amarle de todo corazon? El amor de Dios verdadero debe ir hasta la renuncia de sí mismo, hasta el sacrificio, hasta el menosprecio, hasta la destruccion de sí mismo, esto es, del amor propio desordenado. Si no vá hasta allí, quiero decir, si contentándome de ofrecer estas cosas á Dios, me reservo á mí mismo, si despojándome de lo que hay fuera de mí creo poder gozar y disponer de mí, es un amor imaginario y falso; porque segun dice San Agustin, así como el amor de mí mismo, va hasta el menosprecio de Dios, así tambien el amor de Dios, por el mismo principio debe ir hasta el menosprecio de mí mismo.

Si yo pues en el cumplimiento de mi obligacion me reservo alguna cosa, igualo la criatura al Criador en mi corazon, camino en la vanidad de mis sentidos y en los caminos del mundo, como dice el Espíritu Santo, en lugar de caminar en los de Dios y seguir su voluntad. Por el contrario, cuando llego á la renuncia de mí mismo, cuando miro á las criaturas como debo mirarlas, yo no tengo voluntad propia, sino que la voluntad de Dios es la mía; y así como los rios pierden su nombre en la mar á donde van á parar pagándole el tributo de sus aguas, así desde que yo amo á Dios, no soy ya lo que era, y pierdo hasta mi ser. Si yo quiero darle gusto en unas cosas, y en otras me reservo disgustarle, si resisto á algunas tentaciones que me llevan á pecados que me causan horror, y consiento en otras más delicadas; si sacrificando algunos afectos corrompidos á la austeridad del Evangelio, me reservo pasiones tiernas que me llevan al placer, ¿dónde está mi amor de Dios? No quiere Dios el corazon partido, lo quiere entero; y así el que le falta en un punto, dice Santiago, se hace reo de toda la ley.

Se falta pues contra este mandamiento, cuando no se ama á Dios con todo el corazon, siendo este amor de amistad y de complacencia. De amistad, si quiero dar un testimonio á un amigo que le amo sinceramente, debo querer lo que él quiere, aborrecer lo que él aborrece, y entrar no solo en sus intereses, sino en sus in-

clinaciones y deseos. Se falta tambien contra este mandamiento porque el amor que Dios nos pide es un amor de reconocimiento. Dios nos ha amado, y nos ama: pues porqué no le amaremos nosotros? Nos ha amado infinitamente y es infinitamente amable: porqué no le amaremos tanto cuanto seamos capaces de amarle? Nos ha amado, y nos ama con todo su corazon: porqué le hemos de escasear una parte del nuestro? Ha sacrificado por nosotros su voluntad á la de su eterno Padre: porqué no sacrificaremos la nuestra enteramente á su ley? Cuando yo hablo de este modo, no quiero decir, que nos sea prohibido amar á las criaturas. Padres y madres amad á vuestros hijos, hijos amad á vuestros padres, esposos amaos mutuamente, amigos amad á vuestros amigos. No es esto lo que Dios prohíbe: lo que no puede sufrir es esa injuriosa neutralidad, por la que no quisierais ser, ni contra Dios en favor de las criaturas ni contra las criaturas para sostener el partido de Dios: lo que no puede sufrir son esos corazones partidos, medio cristianos medio paganos, esos corazones de dos sentimientos, que quisieran dar gusto á Dios y al mundo. No nos engañemos pues si queremos cumplir este mandamiento, nuestro amor hácia á Dios debe ser entero, é igual en sus complacencias, para cumplir todas sus voluntades. Tambien ha de ser puro y recto en sus motivos para no mirar sino á Dios. Una de las cosas que descubren más la

corrupcion y villania de los hombres en sus amistades, es el motivo que se proponen en ellas, las reglas que se observan en ellas y el principio que les hace obrar. Esos aman de pura ceremonia haciendo el papel que les acomoda: otros no aman sino por simpatia. Otros se proponen la gloria de amar y servir á su amigo, y asomando el orgullo, al punto cesan, si les faltan admiradores. El principal fin que se proponen, es el propio inrerès. Jamás se ama sino á aquellos de quienes se pretende sacar algun provecho, y la amistad por generosa que aparezca, no es en el fondo sino una especie de tráfico avaro y bajo, donde se pone poco y siempre se pretende sacar más. ¡Estraño desorden! Si no buscamos mas que nuestros intereses propios, viene que llamemos al amigo un otro yo. El verdadero amor de amistad, dice San Agustia, debe ser gratuito. (Hom. 83 c. 3.) Admiremos aquí la infinita sabiduria y bondad de Dios, que pudiendo desechar nuestro amor interesado como poco proporcionado á su grandeza, no deja de aceptarlo con tal que corriamos en él lo que hay de defectuoso. Quiere que le amemos á causa de los presentes que nos hace, pero quiere tambien que nos detengamos en los mismos y que no hagamos nuestro motivo principal de lo que no debe ser sino un accesorio. Quiere que miremos á sus manos cargadas de dones, para excitarnos á que le honremos y sirvamos; pero reprueba aquel amor

judaico, que se limita á recompensas temporales y olvida cobardemente á quien las dá. Quiere finalmente que tengamos á la vista nuestra gloria y satisfaccion, pues se acomoda á nuestra debilidad; mas no quiere que sea única la nuestra ó nuestro principal fin, porque si nos dá el uso de las criaturas es para que dejándolas atrás por un generoso y cabal menosprecio, hasta con firme resolucion de aborrecerlo y de perderlo todo antes, nos elevemos á él por la rectitud y pureza de nuestro corazon.

¡Oh Dios mío! Cuán justo es el precepto que me habeis impuesto de que os ame con todo el entendimiento, con toda la voluntad, con toda el alma. Aunque no lo hubierais mandado; aunque no me hubierais hecho los beneficios que me habeis hecho; aunque no hubierais sufrido por mí, lo que habeis sufrido; solo vuestro ser soberano, vuestra bondad infinita merece por tributo, todo mi entendimiento, por sacrificio toda mi voluntad. Todas las criaturas que salieron de vuestras manos van al fin á que las dirigisteis sin dilacion ni repugnancia: y solo nosotros hemos de caminar hácia Vos con lentitud y con una especie de violencia!

417

POB-3/001

DOMINGO DIEZ Y OCHO DESPUES DE PENTECOSTÉS

DE LAS QUEJAS CONTRA DIOS

Ut quid cogitatis mala
in cordibus vestris?

(*Matth.*, c. IX, v. 4.)

¡Quién creería, que lo que había de atraer la amistad y el respeto de los judíos, sirviera de materia á sus sospechas, quejas, y á sus censuras! Olvidar un beneficio recibido, es pecar contra el agradecimiento; negarlo es añadir á una cobarde ingratitud una injuriosa mentira; pero hacerlo servir para difamar á aquel de quien se ha recibido, es lo último á que puede llegar la malignidad. Esto es lo que hicieron los judíos. Acababa de curar Jesucristo un paralítico postrado en su lecho, que ellos lo presentaron; y como sus pecados le habían traído la parálisis que padecía, no solo le cura, sino que llega su bondad á darle el perdón de sus pecados. De este acto tan milagroso toman

ocasion para murmurar de Jesús y para formar juicios temerarios contra su persona. El Señor que conoce su pensamiento y el fondo de su corazón, les dice: *Pues que pensais mal en vuestros corazones?* ¡Qué ingratitud! ¡qué malicia! ¡qué furor! Pensar mal de un hombre que cura sus cuerpos y salva sus almas, es una rabia de víboras, dice San Bernardo.

¿Y esta misma ingratitud no la vemos en muchos cristianos? Los judíos murmuraron contra Dios, cuando no les concedió lo que deseaban para satisfacer sus pasiones; y cuando difería ó negaba alargar el socorro que le pedían. De esto Dios les ha reprendido muchas veces. Y esto mismo veo con dolor en muchos cristianos. No hay sino descontentos de Dios, cuando este Señor no satisface sus deseos, ó no les saca de sus miserias. La impiedad es la causa de estas quejas. Lo manifestaré y lo vereis claramente.

Gran pecado es murmurar contra Dios, y lo comete aquel que lo hace, cuando no le concede lo que desea. Consideremos su principio. El que se impacienta contra Dios, por no conseguir sus deseos, es porque quiere conducirse ó gobernarse por sí mismo, ser el árbitro de sí mismo y el dispensador de su buena fortuna; es porque quiere gozar de todos los placeres y comodidades de la vida, que cree le son propios; atraerse

los honores y verse colocado en el puesto más ventajoso que quiere ocupar; y como Dios se opone á sus designios, y trastorna los débiles proyectos de su orgullo, le mira como enemigo y murmura de él. Veí lo que yo llamo gran pecado. Pues á poco que reflexionemos sobre él veremos que viene de un fondo de rebelion ó independencia, de un espíritu que quisiera lo que Dios no quiere, que cree merecer más de lo que le dá, y por esto se queja de la conducta que observa hácia él. Y cuando se llega á este punto, ¿no es ultrajarle en lo más sensible, y en la perfeccion que se muestra más celoso, como su omnipotencia? Es Dios nuestro dueño y soberano, y dispone como gusta de nosotros; quiere él lo que hace, y hace lo que quiere. Sola su voluntad ocupa el lugar de todas las cosas; ella es su consejo, su corazón, su idea, su brazo, y no deja de cumplirse en todo. Esta necesidad de cumplir sus inmutables decretos está destinada en su entendimiento, está inerte en sus manos, y toda fortuna en la economía de su providencia. La suerte cae sobre Acán, y es apedreado; sobre Saul, y es elevado al trono; sobre Matías, y es colocado en el número de los Apóstoles. Más la escritura nos enseña, que Dios es el que mueve, atempera y aplica estas suertes. Faraon dice, que mantendrá siempre bajo su poder el pueblo de Dios, y Dios mas seguro que él de lo que ha de suceder, dice, que saldrá de sus estados y se llevará sus riquezas.

Saúl dice, que hará morir á David, y Dios que sabe, y quiere lo contrario, dice, que él es quien morirá, y que este hombre según su corazón reinará después de él. Nabucodonosor dice á los tres jóvenes hebreos que hace arrojar en un horno, que nadie les libraré de la violencia de las llamas, y no solo los libra Dios, sino que á él lo reduce á la condición de las bestias. Así hace Dios su voluntad, y lo que los hombres debieran hacer, era entrar en sí mismos, no decir, ser golpes de fortuna, sino adorar con sumisión la divina y soberana voluntad de aquel que es Dios omnipotente, y si es contraria á la suya, no murmurar como murmuraron y se quejan de él.

¡Qué impiedad! Quejándose contra Dios quieren pues sustraerse de la divina voluntad, quieren una fortuna aparte, puestos, distinciones según su ambición y orgullo, y sin reconocimiento cuando Dios favorece sus designios, sin callar cuando les humilla, sin besar la mano que les favorece, sin humillarse bajo ella cuando los hiere, creyendo que merecen las bendiciones temporales que Dios derrama sobre ellos, y quejándose como un Dios injusto desde el momento que cesa de derramar sobre ellos estos bienes. Tal fué el crimen de los judíos, á quienes Dios les trata de ciegos, ingratos, de rebeldes, de sediciosos, de endurecidos y que le ultrajan y levantan su ira y le murmuran. Que haga ó que no haga por ellos, siempre

vienen á ser más temerarios en sus quejas, insolentes en sus blasfemias, mas orgullosos en su prosperidad, é incorregibles en su adversidad. Si les saca de la servidumbre de Faraon, desconocen la bondad que ha tenido hácia ellos; si les envía del cielo un alimento milagroso les parece insípido y lo desechan; si los abandona por algun tiempo al hambre y á la sed, se deshacen en imprecaciones y blasfemias; y no son, ni atraídos por sus amenazas. ¿Y no reconocéis por estos rasgos á muchos de los cristianos? Paso en silencio á los impíos de profesión, á aquellos blasfemos insignes, que ultrajan á Dios insolentemente, á cuya presencia tiemblan los demonios: no hablo de aquellos hombres desesperados, que en tiempo de una desgracia que les sobreviene parece se consuelan de su infelicidad maldiciendo al cielo, como aquellos abominables soldados de Timoteo, que al verse sitiados en su fortaleza y pronto á caer en manos de Judas Macabeo, maldecían al Señor que él adoraba. Me dirijo á aquellos ambiciosos, que formándose una providencia ciega, injusta, officiosa y como sujeta á sus malvados deseos, la ultrajan cruelmente, cuando la advierten opuesta á sus deseos criminales, y que no pudiendo impedir que suceda lo que ella ha resuelto, se escandalizan de que suceda y en lugar de regular su voluntad depravada sobre la de Dios, que es esencialmente buena y recta, quieren corregir esta voluntad por la suya. Ha-

blo sí de aquellos temerarios, que llenos de sí mismos se retiran de la conducta de Dios, que adorándolo exteriormente, desprecian seguir sus consejos, ejecutar sus voluntades. Hablo sí de tantos cristianos, que ya que Dios los aflija, ya que les perdone, ya que les dé bienes, ya que les quite los que tienen, jamás están contentos y de todo se quejan. Si hace gran calor, se quejan de la sequedad, si las lluvias son frecuentes, se quejan de la abundancia del agua; si el año es malo, la esterilidad les incomoda; si es bueno se ofenden de que los frutos tengan poco precio. De nada están contentos. ¿Y puede haber proceder más criminal que el de estos cristianos?

Así es, católicos oyentes. Pero ¿y cómo llamaremos á estos? Espíritus críticos, malignos, que de todo tienen que decir, de todo se burlan y se escandalizan como los judíos que llaman superstición á la vida austera que se lleva; y relajamiento cuando les parece más dulce y cómoda. Espíritus inquietos, envidiosos que mirando la elevacion y bienestar de otros como contrario á su establecimiento, parecen condenar á Dios de ceguedad y de injusticia en la distribucion de sus favores. Traigamos á la memoria la parábola de los viñadores. El padre de familias les había contratado para ir á la viña, empeñándose en darles lo que les correspondía. Fueron á ella, y cuando se trató de pagarles el jornal, los que habían trabajado todo el día, y

creían merecer más que los otros que habían venido despues, se quejaban de la pretendida injusticia que se les hacía y de que no se les diese mayor recompensa. Murmuraron pero criminalmente, murmuración que si no está aun en nuestros dias en la boca, lo está por lo menos en el corazon de muchos cristianos. Orgullecidos de sus mèritos creen deber ser distinguidos de los demás, y sin considerar que Dios no les debe nada, y lo que les dá como á los otros viene de su pura y gratuita voluntad, murmuran contra él, porque hay muchos que con menos talento, menos trabajo é inteligencia en los asuntos gozan de una fortuna superior. Ved en lo que faltan. En segundo lugar faltan tambien, en que ellos no imputan á las criaturas sino al Criador el mal suceso de sus negocios, se quejan de haber trasformado las medidas que habían tomado y cargan sobre él las blasfemias que vomitan, hasta querer, digámoslo así, adorar otros dioses que les sean más favorables. Y en tercer lugar no menos faltan, porque se forma una contraprovidencia, variándola segun los diferentes intereses de sus pasiones, y retirándose del orden en que deben estar, que es lo que San Agustin llama una especie de cisma, infidelidad y apostasia. Hasta aquí llegan las murmuraciones de los que se quieren apartar de las órdenes de Dios.

El puesto que debe ocupar todo hombre es estar debajo de Dios, depender en todo de Dios,

no hacer na la sino conforme á las órdenes de Dios. Esta es la situacion en que él quiere que estè; y como su crimen hace que se aparte de ella, apartándose vienen sus quejas. No me admiro de esto; pues separado de ella, es moralmente imposible, que no se queje y murmure. Ved la razon. Todo ser desordenado no está jamás en reposo: él gime, dice San Pablo, y grita como una muger que está de parto. El fuego que se detiene trata de abrirse camino, saliendo del lugar que lo encierra, rompe todos los obstáculos aun mas sólidos que encuentra delante de sí, sin que haya embarazo que lo detenga. La piedra suspendida en lo alto y fuera de su centro, está en movimiento continuo y por la rapidez que se conoce en su caída se vé el estado violento en que ella estaba. Nuestro lugar, pues, nuestro centro es aquel en que Dios impone, á él pertenece señalarlo; y todo el tiempo en que permanezcamos en él por la conformidad de nuestra voluntad con la suya, otro tanto viviremos felices y tranquilos. Mas cuando por nuestro orgullo mudamos de lugar, cuando por su espíritu de independencia aspiramos á buscar otro centro, jamás estaremos contentos, y si no lo estamos es imposible que no nos quejemos y murmuremos. Sí, no hay duda, os santificareis por la resignacion de vuestra voluntad á las órdenes de Dios, y os condenareis por vuestra rebelion. Vuestra voluntad sea la de Dios siempre.

POOR-3/0001

425

LA COMUNION INDIGNA

Amice quomodo huc intrasti
non habens vestem nuptialem?

(*Matth.* c. XXII, v. 12.)

El Evangelio de este dia nos propone, un Rey que prepara un magnífico convite, unos convidados que se niegan acudir á él, unas personas que ocupan en él su puesto, y un infeliz que se presenta en él sin el vestido nupcial y que por su temeridad es condenado á suplicios muy rigurosos. El rey es Jesucristo que nos dá su propio cuerpo y sangre en el Sacramento de nuestros altares, que el maná de los israelitas en el desierto, no era sino una debil imagen. El festin que nos prepara es de bodas, donde el alma justa se une á Dios, como la esposa á su esposo, no en cualidad de amigo, sino de alimento y de comida. Entre los que se niegan á venir á él, los unos matan á los criados que el rey les ha enviado, los otros para excusarse se marchan á sus casas de campo ó á sus faenas

ordinarias. Tales son los hereges é infieles que han manchado sus manos con la sangre de muchos católicos y de sacerdotes; y tambien son aquellos malos cristianos, que hacen tantos ultrages al Sacramento de nuestros altares. Mientras que el rey extermina á estos matadores y castiga á estos sacrilegos, hace acudir al convite de todas partes, se presenta un infeliz sin la ropa de bodas, y lo arroja de allí con precipitacion condenándole á los más rigurosos castigos.

¿Sabeis vosotros que esa ropa nupcial no es otra que la caridad y la gracia, y que comulgar sin estar revestidos de ella, es hacer una comunión sacrilega? ¿Hasta donde llega la enormidad de este crimen? Estas reflexiones son muy importantes, en cuanto que hay pocos cristianos que las hagan. No se comprende la gran desgracia y que pecado es el comulgar indignamente. Es un pecado tan enorme que no hay más criminal y funesto para un cristiano que la comunión sacrilega.

Al decirnos el Apóstol San Pablo, que el que comulga indignamente se hace reo del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo y que se come y bebe su propio juicio, es encerrar en pocas palabras uno de los crímenes más enormes de que el hombre es capaz, y una de las más grandes desgracias que le pueden sobrevenir. Se come

y se bebe su propio juicio: ved su desgracia é infelicidad. Yo le llamo crimen, porque se comete un pecado, dice Santo Tomás, que ataca directamente, personalmente á este Hombre Dios. No son unas simples criaturas á quien se ofende, sino al mismo Criador. No una persona distante á quien se ultraja, sino á un Dios presente, á un Dios que le es íntimamente unido por las especies sacramentales. ¡Qué atentado! ¡qué sacrilegio! ¡qué deicidio! Todas las veces que se peca se quebranta la ley, dice San Cipriano, más cuantas veces se comulga indignamente se lleva por los piés el Cuerpo y Sangre de un Dios; y por consiguiente el menosprecio es el mayor que se puede hacer, y el crimen el más enorme.

Si hay alguna cosa en que pueda satisfacer la rabia del demonio, es particularmente en este lance y ocasion. Jesucristo ligado por las especies eucarísticas, así como lo fué en otro tiempo por las ataduras de la columna, está expuesto á los insultos de este enemigo, como lo estuvo entonces al menosprecio de los judíos. El enemigo para imitar en algun modo á la divinidad y vengarse de las humillaciones que sufre, ha querido tener como Dios sus sacerdotes y templos, sus adoradores, sus sacrificios. Más cuando se satisface más su orgullo y su rabia, si puede ser ésta satisfecha, y cuando se vé frente á frente con Jesucristo, es en un corazón corrompido que lo recibe en pecado. Aquí es cuando

puede él tener el placer cruel de decirle: no he venido yo como Vos en el mundo por los pecadores, ni he trabajado, ni he predicado por ellos, ni he ayunado, ni he sufrido por ellos las humillaciones y la muerte que Vos habeis tenido que sufrir; y con todo ellos no tienen hácia Vos la misma fidelidad, el mismo respeto, la misma sumision que tienen para conmigo. ¿Y quien es el que dá lugar á esta insolencia del demonio? Quién prepara á este enemigo la materia? Tu, infeliz pecador, que lo recibes indignamente, tu, que lo entregas como Judas por un beso traidor; tu, que lo volverías á crucificar, si el estado de inmortalidad y gloria no lo hiciese imposible; tu, que le escupes en el rostro y hallándole velado bajo las especies sacramentales lo hieres inhumanamente y le dices: Adivina quien te dió, ¡Qué horror! Y que podía esperar esto Jesucristo de un cristiano?

Un crimen tan enorme merece tambien un castigo particular. ¿Y qué suplicio sería bastante para castigar, segun toda la severidad de las leyes, un tan abominable atentado? San Pablo lo manifiesta en cuatro palabras, diciendo, que el que recibe indignamente el cuerpo y la sangre de su Dios, se come y se bebe su propio juicio. Es verdad que una orden de Dios hizo conocer á Ezequiel un libro lleno de lamentaciones y de anatemas. Verdad que Moisés habiendo roto y pulverizado el becerro de oro en el desierto, hizo tragar el polvo á un pueblo

idólatra; más todo esto es nada en comparacion del desgraciado estado de un pecador, que recibiendo indignamente á su Dios, se come y bebe su propio juicio. No es un libro como el que se presentó á Ezequiel, es el cuerpo vivo, y animado de su Dios, que él come; no es una agua en la que se deshace un poco de polvo, es la sangre de su Juez la que él bebe; digámoslo mejor, es su juicio y su condenacion. Se puede borrar y rader de un libro una sentencia de muerte: más lo que se insinua en todas las partes del cuerpo, lo que se mezcla con nuestra sustancia, lo que viene á ser una misma cosa con nosotros, ni se borra, ni se rade jamás. Solo la misericordia de Dios es capaz de borrar estos rasgos mortales, volviendo al alma á su primera inocencia. En la ley antigua se veía alguna semejanza en las aguas de contradiccion que se hacían beber á una muger que por su mala conducta daba ocasion á su marido para creer que había caído en adulterio. Esta fatal bebida corrompía todas las más nobles partes de su cuerpo y se podía decir, que se bebía su juicio y se tragaba su condenacion, lo cual se llamaba sacrificio de zelotipia y oblacion que investigaba el adulterio. En la nueva ley hay un sacrificio semejante, una oblacion pura y sin mancha, que aumenta la pureza de las vírgenes, pero que examina y castiga de muerte el pecado de las almas adúlteras, que violan la fé que se debe á Jesucristo, casto esposo de las almas fie-

les, para entregarse al demonio y recibirlo en su corazon. Por esto en la primitiva Iglesia, antes de dar la comunión, gritaba el sacerdote con voz clara, antes de darla, que San Juan Crisóstomo llama terrible: las cosas santas son para los santos. *Sancta sanctis.*

¿Pues qué castigo será suficiente para vengar el ultraje que se hace á Jesucristo cuando una alma lo recibe indignamente en su pecho? ¿Es bastante comerse y beberse su propio juicio y tragarse su condenacion? Pueblos ciegos y crueles, vosotros pedisteis en otro tiempo que la sangre del Justo que ibais á derramar, cayese sobre vosotros y sobre vuestros hijos; más no lo pedisteis en vano. La desolacion de vuestra ciudad, robada, saqueada y abandonada al furor de los romanos; la ruina de vuestro templo, consumido de las llamas, y reducido á cenizas; la guerra, el hambre, y la espada del enemigo con que habeis sido heridos sin misericordia; ved la extraña aspersion de esta sangre, que ha recaido sobre vosotros y vuestra posteridad. Se diria que las llagas de Jesucristo que habeis entregado á la muerte, se manifiestan aun: vuestros malditos hijos sufren todos los dias la pena de vuestro deicidio, por la vida errante que llevan, por el desprecio y aversion que se les tiene, y por una maldicion tan visible, que les hace estar sin pátria, sin altar, sin ley, sin sacramentos y sin Dios. ¡Qué castigo! Tanta verdad es, que no se ofende jamás impunemente á Dios, princi-

palmente cuando los pecados se cometen directamente contra su persona. ¡Oh si abriéramos los ojos de la fé, para ver las diferentes desgracias que atrae sobre sí una alma que recibe el Cuerpo y Sangre de Jesucristo en estado de pecado! Veriamos una nueva posesion del demonio que se fortifica en el alma, y le cierra los caminos de salud: una complicacion de tinieblas por entre las cuales no aparece sino un debil resplandor y un falso dia, más propio algunas veces para conducir al pecador al precipicio, que para apartarlo de él: un aumento de ingratitude, de menosprecio, de malicia, de perfidia, de hipocresía, de sacrilegios, una violenta precipitacion á obrar mal, á la que se siente inclinado y una grande aversion al bien, que no se conoce y no se quiere; una dureza de un corazon incircunciso, que ni está para reconocer beneficios, ni para ser impresionado de buenos ejemplos, ni espantado por los suplicios que se le preparan. Judas nos provee de un triste ejemplo, y fuera de su impenitencia y desesperacion, que es lo que ha pasado en la persona de este sacrilego, que algunas veces no pase en los que indignamente comulgan. Paremos un momento de reflexion sobre esto, para convencernos del arrojito del sacrilego pecador.

Luego que Judas recibió aquel divino bocado que le presentó Jesucristo, el demonio entró en él. y se apoderó su persona. Jesucristo le dijo, lo que tienes designio de hacer, hazlo luego,

Judas se retira de la compañía de los Apóstoles, y sale de la mesa á entregar al Salvador. Se retirò durante la noche, en la que ejecutò un mal designio. Hay muchas circunstancias para reflexionar. Desde que el pecador sacrilego ha recibido indignamente el Cuerpo y Sangre de Cristo se dá al demonio un nuevo derecho, no precisamente sobre su cuerpo, sino sobre su alma, para hacerle todo el mal que quiera. Antes no tienta el demonio á los hombres, por decirlo así, sino por defuera; más cuando han recibido ya en mal estado el cuerpo de Jesús el maligno espíritu se apodera de ellos, fortificándose en la plaza que ha conquistado ejecuta en ella, dice San Juan Crisóstomo, toda suerte de violencias. Esta posesion del demonio es tan íntima, que en alguna manera no hace sino una misma cosa con ellos. El demonio que supone no se convertirán, los trata como esclavos y les quita el conocimiento, ya de su obligacion. Los deja sin consejo, sin direccion, ni remordimientos y los hace más esclavos de sus pasiones, endurecidos é incorregibles, conduciéndolos á una impenitencia verdadera. ¿Puede ser mayor la desgracia de una comunión sacrilega?

Venid á la santa mesa, nos llama á ella el Señor. Purificad vuestras conciencias en el sacramento de la penitencia; y temed de acercaros sin el vestido nupcial. Acercaos con devoción sincera, con una caridad ardiente y con una preparación acreditada por buenas obras.

SOBRE LAS ADVERSIDADES

Erat quidem Regulus,
cujus filius infirmabatur
Capharnaum.

(Joan. c. IV, v. 46.)

¡Qué poder tiene la adversidad para tocar á nuestro corazón y mudar! No se hallan muchos ejemplos de personas, á quienes la prosperidad haya sido ocasion de convertirse á Dios, porque la prosperidad inclina el corazón á la criatura, y la hace olvidar de Dios. Por el contrario Dios se sirve muchas veces de la adversidad para mudar su corazón. Así sucedió al cortesano del Evangelio de hoy. Había, dice San Juan, en Cafarnaum un señor de la corte, cuyo hijo estaba enfermo. Este es uno de los mayores trabajos para su padre, porque la principal pasión de un padre es de ordinario hácia la vida de sus hijos. No les desean solo la vida, sino también la felicidad temporal, pero en ella principalmente miran la vida. Así la vida de este hijo era el principal

objeto del amor de su padre, su enfermedad el mayor de sus trabajos y esto le fuerza á recurrir á Jesucristo. Este Señor le cura y á la vista del milagro se convierte él y toda su casa.

¡Ojalá la adversidad produjera estos mismos efectos en muchos cristianos! ¡Feliz aquel á quien Dios fuerza de recurrir á él! Es siempre una desgracia apartarse de Jesucristo, y sea el motivo que quiera que nos lleve á él, es siempre una dicha. Ved porque hoy deseo hablaros de la necesidad y utilidad de las adversidades que la Providencia nos envía.

No es la adversidad un puro efecto de una divinidad maligna. Este es un error muy grande, opuesto directamente á uno de los puntos más esenciales de la Religión; y que solo un Manós y un Marcion pudieron inventar y suscitar despues un Baile y ultimamente otros muchos incrédulos de nuestros días. Un Dios sumamente pródigo hácia sus criaturas no puede permitir en el universo otro principio, cuyo poder triste y fatal, segun la expresion de Tertuliano, no se extiende á más que hacer infelices á los hombres. Es verdad que en el mundo hay una infinidad de males que nos afligen. Más todos suceden segun el orden de la providencia sabia, que no pudiera llamarse buena infinitamente segun la expresion de San Agustin, si de los mismos males no supiera sacar grandes ventajas para sus criaturas. Antes del pecado no había

adversidad: un bello orden reinaba en el universo, y respetando todo á una obra tan perfecta de Dios, nada había que pudiera dañar al hombre, nada podía turbar su reposo. Pecó el hombre, y todo se mudó. No hizo más que caer en el pecado el hombre, cuando todas las criaturas parece se volvieron contra él, aspirando cada una á vengarse de la injuria hecha al Criador. Tal es el origen de nuestras desgracias. Más aquel Dios, que á manera de un padre bondadoso busca á sus hijos en la adversidad, aun cuando se quieran alejar de él, sabiamente se ha querido servir de este efecto del pecado para destruir al mismo pecado.

En efecto, si lo consideramos, nada hay más propio para levantarnos del lecho del vicio donde nos hallamos postrados, y para atajar en nosotros aquellos principios de corrupcion que hacen renacer continuamente el pecado en nuestras almas. Sí, la adversidad nos alecciona bien. El Espíritu Santo cuando nos habla de la afliccion y castigo, que envía Dios de cuando en cuando á los suyos, les dá el nombre de instruccion y de disciplina, para darnos á entender que solo la afliccion puede servir de obstáculo á las pasiones, haciéndonos conocer nuestros descaminos. Me habeis castigado con el golpe de la adversidad, decía á Dios un profeta, y por medio de este castigo, habeis abierto mis ojos, disipado mis errores, enderezado mis juicios. En el seno de la prosperidad, solo pensaba yo

en seguir los encantos de mis sentidos y descaminos de mi imaginacion, mas luego que me habeis visitado por la afliccion, he conocido mi error y he venido á desengañarme del falso brillo que me deslumbraba. El mundo vuestro enemigo me había ganado para sí, su exterior engañoso me había arrebatado el corazon; mas despues que vuestra mano ha descargado sobre mí el azote, he reconocido la bondad de sus placeres, la falsedad de sus bienes, la insuficiencia de sus promesas. De esta manera se puede explicar toda alma en la tribulacion, porque conociendo en ella la nada de las cosas humanas, adquiere aquella sabiduria que como dice Job, no se encuentra en la tierra de los que viven con delicadeza (Job. c. 28.). Examinad en la afliccion los sentidos de vuestro corazon. Cuando una fiebre violenta reparte en vuestras venas un fuego destructor, que parece os ha de conducir por momentos al sepulcro, no veis con vuestros mismos ojos, que este cuerpo, á quien tratais con tanto regalo, no es más que un vaso fragil pronto para quebrarse? Cuando una calunnia os hace caer del puesto á que habiais subido, quizás por vuestra ambicion, no os convencéis de la inestabilidad de las cosas humanas? Cuando la edad ó un accidente imprevisto os roba esa mentida belleza, con que os habiais ganado las adoraciones del mundo, no os obligais á confesar, que cuanto existe debajo del sol no es mas que vanidad, y vanidad de vani-

dades? Estas son las lecciones instructivas que nos dá la adversidad, cuando nos aprovecha.

Más si nosotros lejos de adorar los designios sabios de una providencia siempre bienhechora en la adversidad, murmuramos contra ella, si lejos de besar la mano de Dios que nos hiere, maldecimos con nuestro corazon á Dios; la triaca se convierte en veneno, y la vara de correccion que segun el espíritu Santo lleva consigo la sabiduria para darla á los que hiere, es para nosotros motivo de mayor ceguedad. Un mismo fuego endurece al barro, y ablanda y derrite la cera; y el mismo viento que apaga la antorcha, enciende y aviva el fuego. Así la tribulacion, dice el venerable Granada, á un corazon bien dispuesto lo ablanda y derrite, enciende en él el fuego de la caridad; la misma que á otros viene á endurecer, y á apagar en ellos este fuego divino. A un corazon obstinado le ciega, le abate, le desespera: y con el mismo golpe levanta muchas veces al que se halla postrado en el lecho del vicio. ¿Quién sino la afliccion convirtió á Manasès? No hace más que caer bajo la mano de los Asirios, que tratan á este monarca como á un vil esclavo, cuando ya se vé mudado su corazon. Ablanda sus cadenas con sus lágrimas, llora amargamente sus pecados, y vuelve á reconocer al Dios de sus padres que le había permitido aquella desgracia. Nabucodonosor, aquel príncipe soberbio, que semejante al angel rebelde,

se había querido igualar á Dios, hasta á apropiarse los honores divinos, cae de su trono y llega á tal grado de abatimiento, que se vé reducido á vivir entre las bestias. La adversidad le abre los ojos, dirige sus suspiros al cielo, se humilla delante de Dios, y se vé restablecido sobre su trono. El mismo pueblo de Israel, que en la prosperidad olvida á su Dios; en la adversidad dice el real profeta, al punto se convertía á Dios. Si: la prosperidad nos seduce porque una alma embriagada con falsas dulzuras del mundo, no busca su reposo sino en las criaturas, y olvida á su criador; todas las pasiones ejercen sobre su corazon un tiránico imperio; concurrendo todo lo que le cerca á aumentar su ilusion. Mas sobreviene una afliccion, y todo lo que el mundo tiene de más florido y mas amable, pierde su disfraz y viene á ser el objeto de indiferencia y aun de su aversion y de su odio. La grandeza, las riquezas, el placer no roban ya sus afectos; y entre las espinas que lastiman el pecador y temores que le sobresaltan, vuelve sus tímidos ojos al cielo, sus gemidos hácia Dios, á quien en la prosperidad había abandonado. Ved lo que obra la adversidad en una alma sumisa á las órdenes de la providencia, y que sabe recibir con resignacion el golpe que Dios le envia: y ved tambien como se sirve Dios de la afliccion para que enmendemos nuestros caminos, y para que no seamos, dice el Apóstol, condenados con el mundo.

En vista de unas verdades tan constantes comprobadas con la experiencia de todos los siglos, ya no debeis envidiar la condicion desgraciada de aquellos mundanos, que viviendo en paz con sus pasiones, pasan una vida tranquila entre los brazos del placer. Su impenitencia será el fruto de la prosperidad en que viven, y de los vicios que la acompañan; porque cansado Dios de sus infidelidades, los abandona, y no son ya en sentir de Tertuliano, sino unas victimas que se engordan para el dia de su ira y de sus venganzas. Yo veo el más sábio entre los monarcas pasar una vejez voluptuosa en el descamino de su espíritu, y no juzgándolo Dios digno de su correccion, nos ha dejado muy dudosos de su salvacion eterna. Yo veo tambien á su Antioco, á quien una vida próspera y placentera hace olvidar á Dios, y cometer los mayores excesos; y queriéndolos él llorar á la hora de su muerte, no merece que lo oiga Dios en castigo de sus infidelidades y sacrilegios. Son estos ejemplos que nos debieran hacer llorar la desgraciada suerte de tantos dichosos del siglo á quienes Dios nos hace dignos de la vara de correccion, y que con una brillante fortuna se preparan una infelicidad eterna. Porque si á estos no les sobreviene algun golpe, ¿quién los ha de despertar del sueño del vicio? Los estímulos de la conciencia podrán acaso con ellos? Bien se les puede hablar con las palabras de consuelo cristiano, que sordos siempre

á las mas fuertes impresiones de la gracia les cerrarán sus oídos. Yo te hablé en los días de tu prosperidad, decía Dios é un impío Rey de Judá, pero he empleado inutilmente mi voz, porque no la has querido oír. ¡Terrible ceguera! que por unas delicias pasajeras se haya de olvidar al Criador! Tal es pues la desgraciada suerte de los felices del mundo efecto necesario de la prosperidad mundana que envuelve en sí todos los vicios y por esto se puede ver lo necesaria que es la adversidad para el arreglo de nuestra naturaleza corrompida y encaminarnos á Dios.

Si hemos de vivir con los sentimientos de nuestra religion, constenos que sin adversidades no podemos dejar de vivir. No se nos presenta sino cruces por todas partes, no nos promete sino cruces y solo en la cruz se hallará el apoyo. ¿Y que caudal de méritos no podremos adquirir para la otra vida, si sabemos aprovecharnos de los preciosos momentos de la adversidad? Huimos de ellas, no las cargamos sobre nuestros hombros, no las recibimos con resignacion? No podemos ser discípulos de Jesucristo. Digamos á Dios pues en toda adversidad, con el espíritu de San Agustin, aquí quema, aquí corta, aquí no perdones, con tal que perdones eternamente y seamos dignos de la eterna bienaventuranza.

EL
PERDON DE LAS INJURIAS

Nonne ergo oportuit et te misereri conservi tui, sicut et ego tui misertus sum?

(*Matth. c. XVIII, v. 33.*)

Un Rey, que quería entrar en cuentas con sus siervos, examina á uno que le debía diez mil talentos; y no teniendo éste con que pagarlo, mandó que fuese vendido él y su muger, y sus hijos, y cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces el siervo, arrojándose á sus pies, le ruega que le espere para la paga. Compadecido el Señor de aquel siervo, le dejó libre y le perdonó la deuda. Este siervo tan favorecido halló luego un compañero que le debía cien denarios: y trabando de él le quería ahogar, diciendo: paga lo que debes. No lo quiere esperar, aunque se arroja á sus pies, sino que lo hizo poner en la carcel, hasta que pagase lo que le debía. Cuandó lo sabe su Señor lo llama, y

le dice: Siervo malo, toda la deuda te perdono porque me lo rogaste. Pues no debias tu tambien tener compasion de tu compañero, asi como yo te tuve de ti? *Nonne oportuit etc* Jamás ha habido reconvencion mas justa; y bien mereció que su Señor lo hiciese entregar en manos de los atormentadores, hasta que pagase toda la deuda. Pues asi concluye esta parábola el Salvador, así hará con nosotros el padre celestial, si no perdonareis de vuestros corazones cada uno á su hermano.

Este siervo malo deudor representa á todos los hombres, de manera que no hay uno en el mundo que no sea pecador ó que tenga motivo para mirarse en él, y reconocerse cargado como él de una infinidad de deudas. Porqué el fin de esta parábola es manifestar á los hombres la obligacion de remitir á otros las deudas de que pueden ser responsables para con ellos, siendo general y mirando á todos los cristianos la razon que alega Jesucristo para hacernos conocer esta obligacion. Y en vista de ella, habrá quien se atreva á decir, que no quiere perdonar á sus enemigos? Sé que al oír la voz imperiosa de un Dios, que condenó la venganza, se escandaliza la pasion, se alborota, y parece pone en armas todo el mundo. El amor propio desordenado tiene por injusta esta ley, diciéndonos no hay fuerzas en la naturaleza para cumplirla. Se sigue el puntillo de la honra, la razon del estado, el que dirán y los respetos

humanos. Y no hay que temer á estos enemigos de la ley, que intentan destruirla? Serán motivos suficientes para abandonar la ley de perdonar las injurias? Solamente los hombres esclavos de la naturaleza y cobardes resisten á este precepto, dice el Crisóstomo. Siguiendo igual sentimiento os diré y explicaré, que la mayor gloria del hombre es, perdonar á su enemigo.

El tener enemigos tal vez es culpa nuestra, tal vez felicidad, y tal vez desgracia. Será culpa nuestra, si con la soberbia, violencias, malos é irregulares modales y libertad de hablar y obrar nos hacemos odiosos. Si sabemos aprovecharnos de la enemistad ajena, es de algun modo felicidad; pues el temor de que se despedace nuestra fama, de que se observe á nosotros y descubran nuestros secretos, nos pone en una ventajosa sujecion, que dá mejor arreglo á nuestra vida. Por esto el Cónsul Furio destinado al gobierno de España, pidió al Senado por compañeros á Metelo y Pompeyo sus más terribles enemigos. Más si no nos sabemos aprovechar, sino que por un espíritu de antipatia y venganza oponemos injusticia á injusticia, oprobio á oprobio, y violencia á violencia con el fin de triunfar del enemigo, es para nosotros la mayor desgracia. Direis muy luego, que si no os tomáis la justicia por vuestra mano, si no tomáis

satisfaccion de vuestro enemigo, vuestra fama vá por tierra, y queda mal parada vuestra reputacion y honor. Y que siendo cierto que vos otros habeis sido los ofendidos, teneis derecho á ser tambien los ofensores de los que os han ofendido. De otro modo sereis juzgados porque sois de fuerzas inferiores, si dejais solo á Dios la venganza; y por consiguiente quedarían sin repararse las heridas que se han hecho á vuestro honor. Así piensa el mundo, os digo: pero ¿y qué error más grosero, creer que por estos medios se ha de vindicar el honor vuestro? Sin perder de vista los motivos sobrenaturales que dicen relacion á la vida eterna, yo os quiero obligar por los mismos motivos de honor á que perdoneis. Nada hay tan grande, tan heroico, tan digno de un corazon generoso y glorioso delante de Dios y de los hombres, como perdonar á un enemigo. Qué honra mas acreditada, que aplaudirlo el padre celestial? Quien llega á perdonar una injuria se levanta tanto sobre la esfera de hombre, que no hay que compararlo, dice Cicerón, con los mayores héroes, sino asemejarlo al mismo Dios. ¡Que mayor honor! Si, el honor, esta palabra que mete tanto ruido en el mundo y que nada significa, se consigue perdonando. Porque si el honor es aquel buen olor que resulta de las acciones honestas, que accion mas grande, mas generosa hay que perdonar á un enemigo? Cuando consiguió David mayor honra, cuando desquijaraba leones, y

vencia gigantes, ó cuando perdonó á Saúl en la cueva, y cuando intercedió por el insolente Semei? Cuando se mostrò mas grande un Esteban, que cuando oró por los enemigos que le apedreaban? Y para decirlo en una palabra, cuando se muestra mas grande el mismo Dios, que cuando perdona al pecador? Así lo confiesa la Iglesia. Crece pues el honor perdonando las injurias. Mas el mundo lo niega, movido de la falsa idea del honor. Nos dice, no es honor mio no tomar venganza de mi enemigo, no es honor mio perdonarle. Qué dirán, si yo trato á mi enemigo, si le prevengo en la cortesia, si me alegro de su buena suerte, si siento cualquiera de sus desgracias. si hablo con estimacion de su persona? Dirán que no conozco la reputacion, que no tengo alma, que soy un cobarde, que dejo ir mi honra por los pies, dirán que dejo de ser hombre. ¡Bello argumento dice San Juan Crisóstomo! Lo mas decente y decoroso dice este Santo Padre, hemos de mirar, no á lo que digan. No hay sino hechos que rebaten este error. ¿Quedó sin honra un José cuando perdonó á sus hermanos? Obró contra su crédito un Moisés, cuando pidió á Dios por el pueblo, que lo queria apedrear? ó el Profeta Samuél, cuando intercedió por los que le persiguian? Fue infame su madre Ana por sufrir las afrentas de Heli y de Fenena? Quedó sin honor la Magdalena cuando no volvió por si en casa del Fariseo? Y fué deshonor de San Gualberto per-

donar al que habia muerto á su hermano? Quedó San Juan de Dios infamado por haber sufrido con paciencia una y otro bofetada? Llamareis infames á los Basilio, á los Naciancendos, á los Atanasios, á los Crisóstomos y á los Ambrosios que nos dejaron ejemplos memorables de perdon?

Pero yo quiero que vosotros mismos lo juzgueis. Suponed que todos estos ilustres personajes, que superiores á sí mismos nos han dejado tan ilustres ejemplos, no hayan perdonado á sus enemigos, sino que se hayan vengado de ellos, hasta haberles asesinado con sus propias manos. Serian por eso tenidos en mayor estima del mundo? Si hubierais de dar sentencia, los declarariais mas gloriosos y más dignos de honor? En que caso merecerian mas vuestro aprecio, cuando como Cain os mostraran las manos súcias con la sangre de sus hermanos como lo hacen en el dia los bárbaros del Brasil, y todos los que se echan al desafio, que hoy le llaman lanze de honor, ó cuando como San Pablo bendijesen á los que le maldecian, ó como aquel samaritano del Evangelio curasen á su enemigo, y aun alargasen dinero para su completa curacion? El caso está decidido en el tribunal de la razon, y nadie se atreveria á afirmar que honraría más su memoria una conducta contraria. Ciertamente se lee de un gran Filósofo que escribió, que no saber perdonar las injurias desdice de la magnanimidad,

y que es divisa de hombres cobardes y por consiguiente sin honor. San Basilio Magno pondera con su acostumbrada elegancia los ejemplos memorables de Licurgo, Pericles, Euclides, Megarenses que tanto se distinguieron en perdonar injurias. Diógenes y Séneca ponen el honor en perdonar, y dicen que la venganza es una cruel inhumanidad. Sócrates acabando de recibir en público una grave injuria, respondió á los que le instaban á la venganza: Os parece si obraría bien el que acoceado de una bestia, se volviese á coces contra ella? Pues yo sería ese hombre, si tratase de vengarme. Y entre los cristianos ha de andar la venganza con cerviz erguida, sugetando este monstruo todos los dias bajo su dominio tantos corazones? Frentes sobervias confundíos al ver una conducta tan contraria á la vuestra en unos hombres paganos. Unos hombres sin religion han de obrar como si tuvieran fé, y unos cristianos llenos de fé como si no tuvieron religion?

Os oigo tambien decir por último: es desdoro mio dejar sin castigo los ultrajes que se me hacen. ¡A un hombre como yo! ¡A un hombre de mi calidad! Asi piensan muchos. Y no es un modo de pensar blasfemo y herético el decir que es desdoro no vengarse de un enemigo? Es cosa torpe é infame observar la ley de Dios como dice el Evangelio por medio del perdon? Qué resta al que así piensa, y así habla

sino que abandone el Evangelio, y publique el Alcorán? Si alguna espresion de estas oyeseis de la boca de esos falsos heroes del mundo, no le pudierais con razon preguntar, eres cristiano ó pagano? Pero no solo la fé, sino la razon misma destruye este lenguaje. Se dice, que es indecoroso para tí el perdonar. Luego es contra el punto de un Dios el haberte perdonado tantas veces, cuantas has sido su enemigo por el pecado; luego si al presente lo eres, no tienes que esperar perdon sin misericordia, por què Dios no puede obrar contra su honor. ¿Se puede dudar de la legitimidad de esta consecuencia? Mas aun convengo con vosotros en que perdonando á vuestro enemigo, padece algo vuestra reputacion. Hecha esta suposicion, os vereis en la dura precision de elegir uno de dos partidos. O debeis perder vosotros algo de vuestra reputacion ó quereis que Dios pierda la suya. Y cual de estos dos partidos elige el vengativo? Caiga, dice el, la honra divina, con tal que la mia se levante. Y puede haber determinacion mas injuriosa á Dios? Perezca pues y sepúltese entre sus ruinas en el sepulcro que les abre la caridad cristiana todo el falso pretesto del mundo. Haced callar el grito de venganza y solo oid la voz de Dios que deseoso de perdonaros se hace oír hoy de vuestro corazon, el perdon de la injuria.

449

SOBRE LA LISONJA

Magister, scimus quia verax es
et viam Dei in veritate doces.

(Matth., c. XXII, v. 16.)

No hay cosa que se pueda presentar ni mas verdadera en el efecto, ni mas obligante en la apariencia, que el agasajo ó cumplimento que hacen hoy los fariseos á Jesucristo por medio de sus discípulos. Le dicen que es sincero y veraz; pues es la sinceridad y verdad misma; que á nadie impone, pues es incapaz de finjimiento y engaño; que enseña el camino y la palabra de Dios; pues es la palabra de Dios misma; y por fin que no se cuida de cosa alguna, incapaz de hacer traicion á su pensamiento sin mirar á la persona de los hombres, como si tuviera mas consideracion por unos que por otros; pues es el Señor absoluto de todos, quien los conduce y gobierna, quien les hace hablar y obrar segun los decretos inmutables de su sabiduría: *Magister etc.*

De dónde viene pues que cuando es tratado con un aire de tanto respeto y religion recibe tan mal un cumplimiento de esta naturaleza? De que penetra su interior, y ve que no es cumplimiento de amistad, sino que meditan la ruina de aquel á quien lo hacen creyendo que lo que murmuraciones y conspiraciones abiertas no han podido hacer, lo harán sus lisonjas. Cruel táctica de los lisonjeros, que corrompen lo mas puro y sano y seducen á las almas y las pierden por aquel punto, que son ellas más sensibles. Por esto Jesucristo les dice: Porqué me tentais, hipócritas? ¡Oh y cuantos de los cristianos imitan esta conducta! Hacen el papel de ingénuos y sus palabras hacen traicion á sus pensamientos, práctica opuesta á la moral cristiana, y que segun dice san Ambrosio, es causa del desorden en el mundo. Voy á deciros, se quiere lisonjear, es una señal de malicia, de engaño y de pecado.

La lengua que entre las partes del cuerpo humano parece ser de las más pequeñas, es con todo una de las necesarias, cuando se dirige hácia el bien, pero una de las más peligrosas, cuando se dirige hácia el mal. Semejante al timon de una nave, ella mueve toda esta masa flotante y la arroja, ó hácia el puerto, ó hácia á los escollos. Semejante á una pequeña rueda

mecánica, que hace jugar muchas máquinas, no habiendo cuerpo tan pesado que no levante, tan inmóvil que no mueva, tan pesado que no agite, tan apacible que no trastorne, y quebrante. Es feliz y sabia, cuando la verdadera caridad la anima; infeliz é indiscreta, cuando el interés ú otras pasiones le hacen obrar. Quereis saber en general cual es la lengua de un hombre malo? Una academia de iniquidad, dice Santiago, la escuela donde se aprende toda suerte de vicios: *Universitas iniquitatis*. Si la impureza quiere corromper las almas, se sirve de la lengua: demostraciones de amistad, palabras tiernas y afeminadas, vosotras contribuis á sus malvados designios. Si la intemperancia quiere satisfacerse, la lengua es quien prepara sus placeres y quien juzga del buen ó mal gusto de los alimentos. Si el falso testigo quiere hacer en justicia, ó el maldiciente en secreto, injuriosas deposiciones contra la vida, reputacion ó interés del prógimo, la lengua es quien se emplea en este tan fatal ministerio: crueles é injustas acusaciones, vosotras decidis de la vida y fortuna de los inocentes. Si la lisonja quiere llegar á sus fines y aparecer revestida de las libreas de la verdad y de la amistad que son sus enemigos, la lengua es quien se sirve de ellas; términos estudiados, respetuosos, modestos, humildes, sinceros, desinteresados en apariencia, vosotros servís para tan fatal ministerio. ¡Qué pecado tan perjudicial! Vedlo claramente.

Un lisonjero, un adulator es un hipócrita; hipócrita en palabras, en acciones, y en intención. Hipócrita en palabras, frecuentemente piensa lo contrario de lo que dice, alabando lo que merece ser vituperado, vituperando lo que merece ser alabado, aprobando lo que conoce ser malo y combatiendo su propio juicio para satisfacer á las inclinaciones ó pasiones de otro. Os diré yo que es una grande bajeza de alma, y un disimulo muy vergonzoso? Lo que la naturaleza ha dejado para explicarnos unos á otros en esta dificultad casi increíble de conocernos, es la palabra y la acción. Como no podemos sondear el interior de nuestro prójimo y nuestro corazón le está cerrado, parece que la naturaleza para no dejar los miembros de un cuerpo en continua desconfianza ha empleado expresamente señales exteriores que fuesen fieles intérpretes de lo que pensamos y de lo que somos. Y así, cuando estas señales exteriores corresponden á los sentimientos que se conciben en el interior; entonces es cuando ha llegado la naturaleza al fin que se propone, porque se encuentra, dice San Agustín, en aquel primer candor é ingenuidad en que fué criada. Mas cuando no hay ninguna relación entre unos y otros, cuando los hipócritas toman las figuras y formas contrarias á lo que son, y á lo que en efecto piensan, entonces deshonoran esta naturaleza y se deshonoran á sí mismos por sus mentiras y engaños. Quieren parecer

sínceros y no lo son; afectan tener el corazón en los labios y su alma está llena de engaño y de maldad, dice el Real Profeta. (Psalm. 27.) De aquí viene aquella desigualdad en sus acciones y palabras: de aquí aquel contradecirse en mil cosas para no disgustar á aquel que tienen interés de dar gusto. Alegres con los alegres, aunque por otra parte tienen un fondo de melancolía, y abriguen mil temores: tristes con los tristes, aunque tengan mucha razón para alegrarse. Yo paso en silencio aquellas ciegas y ridículas complacencias, aquellas lisonjas groseras, que dan demasiado á conocer de que genio provienen y con que intención se dicen. Hablo de otras lisonjas menos groseras, pero que siendo más espirituales provienen también de una más delicada ó ingeniosa hipocresía, para condescender á las pasiones de otro.

¡Qué trazas emplean esos lisonjeros para disfrazarse y jamás contradecirse! Ya se sirven de palabras equívocas, á fin de no decir nada si disgustan y de llevarlas más lejos ó darles más valor, si se reciben bien. Ya tratan de hacer leer en sus ojos, en su gesto lo que se tiene en el alma y por un modesto silencio que se compone finamente no se habla ni se dice sino demasiado. Estos son otros tantos cebos que arrojan á la persona á quien se lisonjea para llegar á sus fines. Parecen dice San Basilio, á cierto pescado de la mar que se apega á una roca y toma la figura de ella imitando su in-

movilidad para que los pescados que no descubren el lazo, vengán á acercarse y se los trague. Tan ingenioso es el engaño de la lisonja, tan fatal á la inocencia y á las buenas costumbres. Por esto añade Jesucristo al pecado de hipocresía tan natural á los lisonjeros, el de tentadores y corruptores. Este es el primer lazo que paró el demonio á nuestros primeros padres. Tomó, dice Tertuliano, la figura de serpiente, que por la variedad de su piel, sinuosidades frecuentes, y continuas tortuosidades no es jamás la misma, ni persevera en la misma situación. Comed de este fruto, dice á la crédula Eva, que ni Adán ni tú moriréis y seréis como dioses. Una tentación tan delicada y tan desgraciada para nosotros, es la que siempre ha empleado como la mas propia á sus designios: este es el ministerio funesto en que se emplea el lisonjero, del que se sirve el demonio para perder á las almas en sus palabras encantadoras. Quiere endurecer á un avaro y á un tramposo, ó usurero? Se sirve del lisonjero para admirar su entendimiento, en encontrar recursos en un tiempo de miserias, para alabar su insaciable codicia y apagar en él la poca caridad y equidad que le queda diciéndole: Qué teméis? Que se grite, se murmure, hacéis vuestra cuenta, manteneis vuestra casa: tantos como os han precedido así han mantenido la suya y no eran caritativos, ni menos tiernos que vosotros; no moriréis. Quiere llevar á una doncella á la impureza y jun-

tarle los justos escrúpulos de tomarse las libertades que se le dán? Se sirve del lisonjero para decirle: sois buena moza, agradable, nacida para la belleza del mundo, haceis el gozo de los que os acompañan, se alaba vuestra afabilidad, vuestros modos, vuestro bello aire y os ganais todas las voluntades, ¿qué teméis? Amad, sufrid á quien os ama, que no moriréis. En suma: para llevar á todos los pecados se sirve el demonio del lisonjero.

El explicar sobre este particular cual es su pecado, sería tratar una materia casi inmensa: porque su ministerio es tentar malignamente á sus hermanos, quitarle el temor y la vergüenza de obrar mal, apaga en ellos todas las semillas de piedad y de la virtud, calmar los mas justos remordimientos de su conciencia, endurecerlos en los crímenes mas enormes, alabar en ellos lo que merece ser vituperado y vituperar lo que merece ser alabado, corromper sus espíritus con principios falsos y máximas erróneas para emponzoñar sus almas, y como dice un Sabio, presentarles el caliz de Babilonia en una copa dorada, para embriagarles con el vino de sus fornicaciones, de su sensualidad y de sus venganzas. Cometiéndolo, dicen los Padres, tantos pecados en uno solo, merecerían muchas eternidades de castigos si las pudiera haber; y haciendo en este mundo el oficio de demonios, tendrán parte en el otro en sus suplicios, pues siendo mirados de Dios

como homicidas de sus prógimos, como en el principio lo fué el demonio, tendrá que sufrir en los infiernos nuevo crecimiento de penas, por sus pecados personales y por los de los otros. Qué penas no merecerán, á menos que no reparen por una pronta y severa penitencia el mucho mal que ellos han hecho? ¿Pero y habrá medio para hacer esta reparacion y esta penitencia? Quién de los lisonjeros la ha hecho? Quién ha pensado en hacerla y se acusa de esto? Los Magos de Faraon, para dar gusto á su príncipe, procuraron por sus encantos convertir en serpientes las varas que tralan en sus manos, dice Origenes; más ellos no pudieron jamás por otros encantos volver las serpientes á su primera figura: verdadero símbolo, dice este mismo padre, de los lisonjeadores que bien pueden por sus palabras encantadoras hacer perder á una alma su primera inocencia, más sin una gracia muy especial del cielo, no pueden hacerle tomar por otras palabras aquella primera figura que le han hecho perder. Por esto ¿qué multitud de maldiciones se atraen? Infelices de vosotros, hipócritas; infelices de vosotros, tentadores; infelices de vosotros, autores de escándalo y causas de caída. Huyamos de un vicio que destierra del corazon todas las virtudes, y atrae en cambio á todos los vicios. Aborrezcamos con un odio mortal las lisonjas.

LA
DILACION DE PENITENCIA

Domine, filia mea modo defuncta est; sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet.

(Matth. c. IX, v. 18.)

En el Evangelio de hoy llama la atencion, una joven resucitada por Jesucristo á súplicas de su padre príncipe de la Sinagoga. Si reflexionamos sobre la conducta de este padre, no sabemos si debemos reprender su negligencia en acudir á Jesucristo durante la enfermedad de su hija, ó en alabar su empeño en suplicarle, que imponga sobre ella sus manos milagrosas desde el momento que la cuenta muerta, para que le vuelva la vida. El la vé enferma, agonizante y muerta, y no piensa este príncipe en Jesucristo sino despues de su muerte. Extraña figura de tantos cristianos que pudiendo precaver por sus oraciones y su vigilancia la muerte

espiritual de sus almas, se sienten desfallecer poco á poco, enferman de peligro, y no se cuidan de buscar en el médico celestial los remedios necesarios á sus males.

Con todo á este padre la pérdida que acaba de advertir de su hija, lo hace más sabio y más empeñado. No espera como la viuda de Naim que se lleve hácia el sepulcro, para rogar á Jesucristo le vuelva la vida; no espera que este Señor acuda al lugar donde está enterrada, para que la resucite como á Lázaro muerto de cuatro dias; en el momento que muere ya no tiene reposo, sino que acude enseguida á Jesucristo y le dice: Señor, ahora acaba de morir mi hija; más vén; pon tu mano sobre ella y vivirá: *Domine etc.* Bello ejemplo, que debía instruir y hacer más vigilantes, á tantos pecadores, que como dice San Cipriano, llevan largo tiempo á la muerte en su seno, sin que ellos lo perciban; que insensibles á la mayor de las desgracias, remiten su conversion á tiempo muy distante, y no se cuidan de acudir á Jesucristo luego. ¿Y cuánto no pierden con esta dilacion? Si, diferiendo su penitencia se atraen la mayor de todas las desgracias. Reflexionemos sobre esta verdad.

Estar fuera de la gracia y amistad de Dios, ver perecer el mérito y el fruto de sus buenas obras, si esto es no perder nada, consolaos pe-

cadores, nada perdeis diferiendo vuestra penitencia. Mas si en esto consiste la mayor de todas las pérdidas, temblad y persuadios que esta es la desgracia que os atraeis con diferir vuestra penitencia. Es muy cierto, y no hay pecador que no convenga en ello, que todo pecado mortal atrae á los que lo cometen, el odio y la enemistad de Dios. Se apartan ellos de Dios, y Dios se aparta de ellos; no le miran como padre, y Dios no les mira como hijos. Sus pecados son como unos muros que los separan al uno del otro. Aborrecen ellos á Dios, y Dios los aborrece, por mejor decir, amando aun á sus personas, aborrece sus pecados, y sufriendo con paciencia la obra de sus manos, no puede reconciliarse con lo que han hecho los pecadores. Dios aborrece al pecado y lo aborrece infinitamente, pues lo aborrece con toda la extension de su sustancia é infinidad de sus perfecciones: aborrece el pecado y lo aborrece eternamente, pues mientras que el subsista, siempre lo castigará.

Aunque los pecadores convengan en general en estas verdades, hay muchos que en particular no se las aplican, mirando indiferentemente sus consecuencias funestas, pues si las consideraran, no era menester más para obligarles á volver sobre sí, y volver luego á Dios por una pronta y sincera penitencia. Porque si tienen tanta sensibilidad por otras pérdidas que les aflijen, si son inconsolables en la muerte

de un hijo, de que se les aleje un poderoso protector, de la frialdad ó indiferencia de un grande amigo, ¿cuánto no debe crecer su turbacion, al ver que estando en pecado, pierden su Rey, su protector, su bienhechor, su amigo, su luz, su apoyo, y lo que es más lo pierden no por una violencia extraña, ó una desgracia que no han podido evitar, sino libremente y por su culpa propia? Las otras pérdidas son involuntarias en su mayor parte; la de Dios no lo es jamás, á menos que una alma no consienta en ello, nada le puede quitar este soberano bien, ni la crueldad de un tirano, ni los engaños de un impostor, ni los esfuerzos de un enemigo, ni los artificios de un ladrón, ni la vida, ni lo muerte misma nos pueden separar de la caridad de Jesucristo. Nosotros cuando pecamos nos separamos de él, y lo arrojamos de nuestro corazón para dar lugar en él á nuestro enemigo. Conozcamos la grandeza de esta pérdida, y nos avergonzaremos de nuestra infidelidad y pediremos en seguida la gracia de volver á la amistad de Dios. Que el ateo no la reconozca, ni el infiel que adora los falsos dioses, ni el impio que pasa toda su vida en la ceguedad de su alma, yo no lo admiro: más un cristiano colmado á toda hora de beneficios y que todo lo espera de la bondad de Dios, un cristiano que hace profesion de honrarle, de servirle y de amarle, ¿será posible que viva tranquilo en tan deplorable estado?

Luego que cometió David su pecado, en cala momento se imaginaba oír á sus enemigos insultarle, ó como reflexiona San Ambrosio, la voz de su propia conciencia que le decia: ¿Dónde está tu Dios? Esta reflexion produciría en nosotros los mismos efectos, si tuvieramos el mismo conocimiento y el mismo sentimiento de nuestra pérdida. ¿Dónde está tu Dios, impúdico, que lo has arrojado de tu corazón por una infame criatura? Dónde está tu Dios, avaro, que lo has vendido como Judas á precio de dinero? Dónde está tu Dios, vengativo, que lo has sacrificado á tu furor? Ved lo que nos haría abrazar sin dilacion los medios propios para reconciliarnos con Dios. Pero ¡ay de mi, que somos insensibles á nuestra pérdida, y por esto diferimos nuestra conversion. La deseamos, pero sin apartarnos de los objetos y ocasiones próximas del pecado, y con nuestras dilaciones sufrimos voluntaria y tranquilamente perdida tan espantosa.

Esta pérdida de Dios, y su amistad es seguida de otra, que es la del mérito de nuestras buenas obras. Los teólogos distinguen tres especies de obras; obras muertas, vivas y mortificados. Las primeras son siempre defectuosas ó inútiles, por qué son hechas en estado de pecado ó por qué ellas mismas son pecados. Las segundas son siempre buenas, por qué están revestidos de todas las condiciones que pide una accion perfecta: la fé las anima, la intencion las

dirige, la esperanza las eleva, la caridad las vivifica. Las terceras esto es las mortificadas son en si moralmente buenas. Estas obras, cuando se practican con caridad, les dá el alma para que vivan y las hace dignas de vida eterna. Mas estas mismas obras se mortifican por el pecado siguiente, en el que el hombre dominado de una pasion, se deja llevar del amor á las criaturas y muere á la gracia. Y no hay remedio para que estas obras revivan? Si: si el hombre, dice Santo Tomás, quita el impedimento que puso por el pecado, haciendo de el una penitencia severa, como quedan en la aceptacion de Dios, estas mismas obras mortificadas reviven y recobran por la penitencia la eficacia de conducir al que las obra hácia la vida eterna. Segun estos principios de Santo Tomás comunes entre los teólogos, no todas las obras hechas en estado de pecado son pecados. Pueden ser moralmente buenas y aunque carezcan de mérito no son malas, como lo quisieron asegurar algunos herejes, sino pérdidas para la salvacion, y no merecen recompensa alguna en la eternidad. Y porqué? porque la caridad es el principio del mérito y el Espiritu Santo que la derrama en nuestros corazones permanece dentro de nosotros, para ser dice San Agustín el alma misma: más desde que el pecado mortal le obliga á salir de ella, la despoja de todo el fruto de sus buenas obras. La caridad enriquecia esta alma, el pecado la empobrece la

caridad hacia toda la belleza de esta alma, el pecado hace toda su fealdad; la caridad era el principio de la fecundidad espiritual de esta alma, el pecado la hace esteril. Dios dijo á Jeremias; Escribe que Jeconias es esteril. Pero, Señor, si tiene muchos hijos: no importa. Aunque los tenga, ninguno de su raza subirá al trono de David: su fecundidad no le procurará ninguna ventaja; yo le miraré como un vaso quebrado y desechado lejos de mi á él y su raza. Extraña figura de lo que pasa en una alma en pecado. Las buenas obras que hace son producciones suyas. Feliz, si la gracia santificante hubiese sido el principio de su fecundidad. Mas como las produce en estado de pecado, son ellas como las piezas de aquel vaso quebrado, que no tienen ningun uso y de nada pueden aprovechar. Mientras que este vaso estaba entero, la gracia santificante unia sus partes, y hacía el adorno de la casa del Señor; más desde el punto que se ha quebrado por su caída en el pecado, sus piezas, esto es, sus obras buenas ya no son el alma de ninguna utilidad con respecto á su salvacion. Oraciones, vosotras os elevareis al Señor, siempre que salgais de un corazón limpio y puro; limosnas, vosotras hareis descender del cielo la gran misericordia, si unas manos inocentes os distribuyen á los pobres: mortificacion, dulzura, paciencia vosotras subireis hasta el trono del Señor, si lo teneis por objeto y principio. Mas si la caridad no es

anima, si sois producidas en la noche del pecado, por brillo y mérito que creiais tener, os mantendreis en las tinieblas de la muerte, y de nada aprovecharéis, ni sereis de mérito alguno delante de Dios.

Si esto es así, direis, para que hacer buenas obras, cuando uno se cree estar en estado de pecado y privado de la gracia? no son obras perdidas para una feliz eternidad? Esto es lo que se concluye, y por lo mismo yo hago otra consecuencia opuesta, y es, que esto os debe obligar á hacer una pronta penitencia para salir del pecado, á fin de volver á que las obras sean con fruto, tengan el mérito y la vida que el pecado les quita. Si yo os dijera, que por buenas obras que hagais, jamás os serán ellas de alguna utilidad para el cielo, es todo lo que pudierais concluir á favor de vuestra vida de libertinaje. Mas cuando yo os aseguro que estas obras que parecen muertas, pueden vivir con el auxilio de la gracia y virtud de la penitencia y que supuesto que volvais á Dios de todo vuestro corazon, no solamente olvidará á vuestros pecados pasados, sino que os concederá la recompensa de tantas virtudes, que jamás os hubieran salvado; hay nada que condene más vuestra dilacion en convertirse á Dios, ni que os obligue mas eficazmente á expiar vuestros pecados con la penitencia? Desengañaos pues, y no dilateis vuestra conversion á Dios.

DE LA PERSEVERANCIA

Qui legit, intelligat.

(*Matth.*, c. XXXIV, v. 15.)

Hoy la Iglesia en su Evangelio termina el curso del año eclesiástico; y bien puedo deciros, que nos enseña en él unas bellas máximas de moral que contienen las mas importantes instrucciones. Instruye á los pecadores inspirándoles el temor. Les habla Jesucristo de aquellos dias de afliccion, en que todos los pueblos de la tierra llorarán sus miserias, y se verán juntas las cuatro partes del mundo para comparecer en un juicio. Para conducir á los penitentes hácia la obra de su salud, les muestra Jesucristo que si estos dias de que habla no fueran abreviados, no se salvaría en ellos toda carne, más por amor á sus escogidos se abreviarán, de cuyo número pueden tambien ellos ser. A los justos les dá el saludable aviso de que nada haya de que degenerare de su estado en que se hallan y por esto les dice: el que está en el tejado, no descienda á

tomar alguna cosa de su casa. A los que se creen justos y no lo son tambien les advierte, que no crean á los falsos profetas, que dijeran: el Cristo está en el desierto. Tambien Jesucristo saca de su error á los que ponen su justificacion en los buenos deseos y llevan su conversion á un porvenir incierto. A estos les dice; ¡Ay de las embarazadas, y de los que crian en aquellos dias! es decir, desgraciados de aquellos que esperan su conversion al fin de su vida. Ultimamente instruye á los recién convertidos y á estos les dice: El que está en el tejado, no descienda á tomar alguna cosa de su casa: y el que está en el campo, no vuelva á tomar su túnica.

Aunque de todas estas instrucciones Jesucristo nos dice: El que lee, entiende: *Qui legit etc.* nos fijaremos en esta ó en la última, que es muy importante y á saber, de la obligacion general é indispensable de todos los cristianos á perseverar en la gracia que han recibido.

Al hombre en la Escritura se le dan los tres nombres, de fiel, de negociante y de soldado. Como fiel, está obligado á guardar el depósito que se le ha confiado, y se ha de aprovechar de los talentos que tiene recibidos. Como negociante, debe hacerse un fondo de mérito, representado por aquellas piedras preciosas, que busca un hombre que se dedica al tráfico para enriquecerse. Como soldado, debe combatir con

valor y sostener generosamente los intereses de su príncipe. Notamos que á la vez que da los indicados títulos al hombre le impone tambien tres obligaciones. Si es fiel, le advierte, que lo debe ser hasta la muerte. Si es negociante, le dice, que entre las piedras preciosas que busca, hay una de quien debe hacer caso sobre las otras, hasta vender todo lo que ha podido adquirir para poseerla hasta el triunfo; porque solo despues de haber conseguido la victoria le asegura Dios que lo sentará sobre un trono. En estos tres símbolos descubro la necesidad de la perseverancia cristiana. Sin ella no puede conservar un cristiano el depósito que se le ha confiado, y si no es fiel sino por algun tiempo, es casi como si no lo hubiera sido jamás. Sin ella no puede un cristiano recoger el fruto de las riquezas espirituales que ha reunido, y por mucho comercio que haga, no será más rico. Sin ella un cristiano no puede tener ventaja alguna en los combates, y si hace traicion á aquel Señor, cuyos intereses en otro tiempo sostuvo, no se atraerá sino su justa cólera. Si llega á conseguir esta perseverancia, hará ella la gloria de su fidelidad, la plenitud de sus méritos y la felicidad de sus combates.

Hemos dicho que la perseverancia hace toda la gloria de nuestra fidelidad. Y no pretendo decir, que un cristiano no ha sido jamás fiel á Dios, cuando no lo ha sido siempre, de modo que

la virtud para ser verdadera debe ser siempre perseverante. La justicia de los hombres, dice San Bernardo, no es siempre una justicia que permanece en los siglos de los siglos; ella se disminuye, se debilita, y en fin se pierde, sin que se pueda decir siempre que era una justicia falsa. Se puede haber tenido una verdadera caridad y no obstante perderla despues y si no fuera asi, dice este santo padre, porque habia de decir Jesucristo á sus Apòstoles, que permaneciesen en su amor. La caridad pues y la perseverancia no están siempre unidas, y un hombre puede ser fiel por el don de sabiduria que recibió, y por aquella justicia que se hizo á sí mismo y á sus pueblos; más no lo fué cuando se abandonó á los desòrdenes impúdicos. San Pedro lo fué cuando decia á Jesucristo: Maestro, yo os seguiré á cualquiera parte, y cuando todo el mundo os renuncie, no os renunciaré yo; mas no lo fué cuando á la voz de una mujer le niega. ¿Pues que se quiere decir, cuando se atribuye á la perseverancia en el bien toda la gloria de la fidelidad? Que añade ella un nuevo brillo á nuestras virtudes, que les fija en cierta manera, y que les dá una especie de consistencia. La perseverancia hace la gloria de las virtudes, y ella, dice San Agustín les dá una nueva forma, y añade á su belleza particular una loable fidelidad. ¡Qué dicha la nuestra si nos dejamos poseer, y gobernar de su espíritu!

La perseverancia tambien hace la plenitud de nuestros mèritos. Un hombre que deja el partido de Dios, y que se arroja al pecado, pierde todo el fruto de su fidelidad procedente y sus buenas obras mortificadas, no reviven hasta que èl vuelve á sujetarse á su ley y á su servicio. El demonio en la Escritura nos es representado ya como una águila, que arrojándose sobre un cedro elevado, le quita la mèdula: ya como un ladron que despoja á los pasajeros, les hace llagas profundas y los deja medio muertos. El ataca la virtud en todo tiempo. Si comienza, trata de arrancarla para que no eche grandes raices; si crece, se empeña con mas porfia en destruirla; pero si persevera, emplea toda su crueldad y trazas para trastornarla. Mas satisfecho, dice San Gregorio, está de haber arrebatado todo el mèrito de un hombre justo, que de haber aumentado los pecados de un culpable. Sabe el demonio, que el justo que llega á caer nada conserva de todo el bien que ha obrado, y que Dios olvida todas sus virtudes precedentes cuando se aleja de él. Por esto dirige todos sus tiros malignos contra su perseverancia. Cuando un justo cae, se destruye en él todo cuanto la gracia habia edificado, es decir, la obra de muchos años en un momento vá á tierra. ¡Qué dolor! Pues nada es esto en comparacion del sentimiento que Dios concibe de la inconstancia de una alma, cuando vé despreciadas sus gracias y misericordias, del que

el alma ha de concibir, al ver la pérdida que tiene cuando no persevera. Dios se aflige, porque espera frutos buenos y sazonados, según se explica un Profeta, y no dá sino silvestres y de mal gusto; el alma debe llenarse de dolor, porque pierde todas sus ventajas, su gracia, sus dones, todo lo que servia de adorno á los ojos de Dios. Mas si persevera, sus frutos son preciosos, como los de un árbol plantado junto á la corriente de las aguas, que les dá á su tiempo, todos sus méritos, reciben su plenitud. Por esto el Espíritu Santo despues de haber comparado á la esposa á un jardín cerrado, la representa cargada de frutos, rica, y abundante de méritos. Si este jardín estuviera abierto, sus enemigos entrarían en él, y lo despojarían; más como está guardado con buenas cercas y fuertes murallas, conserva él su primera belleza. Así el alma que cierra la puerta á sus enemigos, y persevera en la gracia, trabaja con ella, y viene á ser fecunda en méritos y buenas obras. Finalmente la perseverancia hace la felicidad en los combates. Sin esta virtud, que San Bernardo, llama la consumacion de las otras, la fuerza del alma, el lazo de su caridad, y el principio de su mérito y de su gloria, ni el que combate obtiene la victoria, ni el que la obtiene consigue su recompensa. Pobre Sanson, tu hiciste el terror de los filisteos; más porque no perseveraste, veniste á ser un juguete: pobre Saul, tu venciste á tus enemigos,

mas porque abandonaste el partido de Dios, moriste con una muerte vergonzosa. Quitad, hermanos míos, la perseverancia y vuestras limosnas, vuestras mortificaciones, vuestros ayunos, el abandono de vuestra voluntad, el sacrificio de vuestra libertad, todas vuestras obras de nada os servirán. Habreis combatido, mas si volveis á caer perdeis el fruto de vuestras victorias. Apreciemos cuanto queramos las otras virtudes, pues si no hay perseverancia, de nada aprovechan para la salud. Dígase enhorabuena que la pobreza combate contra la avaricia, la castidad contra la impureza, la templanza contra la gula, la dulzura contra la ira, la prudencia contra la temeridad, la piedad contra la religión; hagámosles el honor que merecen, pero siempre deberemos venir al principio, que la perseverancia hace la gloria y la felicidad de sus combates. Sin ella la pobreza no desprende siempre el corazón de los bienes del mundo, la castidad no resiste siempre á las tentaciones de la carne, la templanza al placer del gusto, la dulzura á la satisfaccion de vengarse, la prudencia al peligro que hay de engañarse en la eleccion de los medios para llegar al fin, y la piedad á los ataques de la irreligion. ¿Porqué Noé se libró de la inundacion del diluvio y triunfo de las aguas? Porque perseveró en la construccion del arca, y cumplió en todas las dimensiones que Dios le había señalado. Nosotros nos hallamos aquí bajo en

medio de una mar borrascosa, donde las aguas del pecado nos cercan por todas partes. Lo que podemos hacer para no perecer, es poner nuestras virtudes al abrigo, y fabricarnos una especie de arca que las cierre, y las ponga en seguridad. Jesucristo nos ha señalado todas sus dimensiones y son: una intencion recta y simple que hace su altura, el amor de Dios y del prójimo su longitud y otras muchas virtudes su profundidad; más la perseverancia es la cubierta que cierra este santo edificio. Sin ella no hay constancia en el bien, y los demonios, viéndonos comenzar bien y acabar mal, tendrán motivo para insultarnos y decirnos: ved aquí un hombre que ha comenzado á fabricar y no ha podido acabar su edificio; ved aquí un Rey que ha querido hacer guerra á otro Rey que enseguida ha perdido el fruto de sus victorias y se ha visto obligado á hacer proposiciones de paz. Estas son las comparaciones con que Jesucristo nos exhorta á la perseverancia. Virtud la mas excelente y necesaria. ¿Queremos pues perseverar? Apliquemos los medios conducentes. Huid de las ocasiones, haced buenas obras, y la oracion. Estas son las armas con que venceremos toda oposicion que el mundo, el demonio y la carne podrán hacer á nuestra virtud para derrivarla. Solo el que perseverare hasta el fin, dice Jesucristo, será salvo.

473

POOR-3/0001

ASUNCION DE NTRA. SRA.

¿Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis affluens enixa super dilectum suum?

(Cant. c. VIII, v. 5.)

Hoy celebra la santa Iglesia la gloriosa Asuncion de María santísima á los cielos. En esta fiesta tan solemne se nos hace memoria de la muerte natural de nuestra Señora, la cual murió verdaderamente como cualquiera otra persona; pero con la diferencia, que María murió sin estar enferma, ni padecer dolor ni tristeza alguna, antes bien con grande alegría y contento dió el alma á su Criador. Asistieron á su glorioso tránsito los ángeles santos y serafines sagrados, así como los Apóstoles que estaban predicando la ley evangélica por el mundo universo, los cuales, segun tradicion antigua, se hallaron á un mismo tiempo en Jerusalem. El sacratísimo cuerpo de nuestra Señora fué transportado y depositado en Gethsemani acompañado de los ángeles y

apóstoles y por ministerio de aquellos fué subida á los cielos y en ellos coronada con corona de excelencia sobre todos los ángeles, patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, doctores, confesores, vírgenes, y sobre todas las criaturas como á reina de cielos y tierra. *Quæ est ista etc.*

La magestad y grandeza con que María nuestra señora fué subida á los cielos, no se puede explicar con palabras humanas. Apenas María pone el pié sobre el firmamento, cuando inmediatamente se oyen aquellas palabras de los bienaventurados que con entusiasmo se dicen unos á otros: ¿quién es esta que sube del desierto llena de delicias, reclinada sobre los brazos de su amado? ¿Por ventura os pasmais inteligencias soberanas al ver tanta gloria y magestad, pues os miró como atónitas y sin acción? ¿Ignorais quién es esa noble Señora que sube á los cielos con tanto esplendor? ¿No sabéis, que ella es vuestra Reina, ángeles santos, y vuestra Soberana, serafines sagrados, y vuestra Legisladora, bienaventurados dichosos? ¿No es esa Señora á quien tantas veces cortejasteis en la tierra? ¿No es esa misma la que hospedó en sus entrañas á todo un Dios cuando desde el alto Empíreo bajó á la tierra, y de su propia sangre le formó el vestido hermoso de la humanidad, que se llevó á los cielos? ¿No es ella

la que con la labor de sus manos le alimentó y visitó cuando enfermó en la cruz, y la que despues de muerto le enterró en el sepulcro? ¿No es ella por fin, aquella cariñosa y tierna madre, que desde que su Hijo Santísimo se reclinó en el pesebre hasta que dió su vida en las afrentas de una cruz, participó de todas sus penas y de todas sus amarguras? Esa Señora es, espíritus soberanos, la Madre de nuestro Rey y por consiguiente vuestra Reina.

Son incomprensibles, son inefables las delicias que gozó María Señora nuestra en este día de su Asuncion triunfante. Y es inefable y en algun modo infinita la felicidad que goza desde aquel día. Su Hijo está sentado á la diestra de Dios Padre y tiene á su Madre á la derecha. Esta y el Padre Eterno miran en medio al Hijo de entrambos. Vé el Padre en el Hijo la persona que engendró en la eternidad: vé la Madre en el Hijo la naturaleza humana que engendró en el tiempo. Gózase el Padre en su Hijo: en el mismo se regocija la Madre. El Padre le dice: en mi seno te engendré antes de producir el mundo. La Madre le dice: en mi seno te engendré para redimir el mundo. Pásmase María de la inmensa magnitud de su gloria. No puede comprenderla y absorta repite el cántico que cantó en la casa de Zacarías: Engrandece, magnifica al Señor mi alma enagenada de regocijo; porque el omnipotente hizo en mí alarde, echó el resto de su poder. Desde hoy me lla-

marén feliz todas las gentes. *Beatam me dicent omnes generationes.*

Si soberana Reina, cumpliòse vuestro vaticinio: todos os llaman bien feliz y bienaventurada. Nuestra profunda veneracion, oh Emperatriz soberana, tambien concurre á tal aclamacion y aplauso. Y ya que no desde la inaccesible cumbre de vuestra gloria, sí desde esta tierra de llanto y amargura, os confieso que desde este dia de tanta gloria en el cielo intercedeis con vuestro amantísimo Hijo por todos nosotros, y singularmente por vuestros devotos: todos pues debemos ser de estos fielmente. Porque Dios nuestro Señor te ama singularmente sobre todas las puras criaturas, es de sumo gusto el que nosotros te amemos y te tengamos devocion á tí más que á todas las criaturas juntas. Porque eres nuestra Madre y nos amas más que á todos los santos, y por esto eres mas solícita de nuestra salud que todos ellos. Por los continuos beneficios, que por vuestro medio y patrocinio nos vienen, pues sois la dispensadora de todas las gracias; y quiere Dios que todas ellas vengan á nosotros por medio de esta soberana Reina. Y finalmente, debemos serle grandes devotos por el señal y carácter que consigo trae la devocion á María de ser predestinados para la gloria.

¿Más con qué ejercicios podremos procurar esta devocion y tener obligada á María Santísima? Son muchos, pero los mas usados y aproba-

dos por la santa Iglesia son: ayunar sus vigiliass, celebrar con devocion sus fiestas, confesando y comulgando en ellas por honor y reverencia de esta incomparable señora; leer y meditar sus virtudes y excelencias para alabarla ó imitarla en su pureza, caridad, humildad, paciencia, mortificacion y prudencia, de cuyas virtudes está su vida llena de ejemplos: invocar á menudo con devocion y reverencia su santísimo nombre, singularmente en los trabajos, en las tentaciones, en las dudas y en las buenas obras para que nos sea propicia: ayunar los sábados de todo el año en reverencia suya y oír misa: ofrecerle algunos otros obsequios, como reverenciarla en sus imágenes, saludarla cuando se pase por delante de ellas, visitar sus iglesias y capillas, hacerle novenas en sus fiestas, rezarle la corona, el rosario, el oficio menor, los siete padres nuestros y Ave Marias á sus gozos mayores y dolores: cuyas devociones son todas del agrado de esta gran Reina y Señora. De esta manera seremos sus devotos, y ella será nuestra especial protectora desde la eterna gloria, que con tanta magestad, amabilísimo Jesús, os la subiste para coronar la reina de los ángeles.

NATIVIDAD DE NTRA. SRA.

Nativitas tua Dei genitrix Virgo
gaudium annuntiavit universo mundo.

(*Ex offi. diei.*)

Hoy se celebra en la Iglesia, la natividad ó el nacimiento de María santísima, Madre de Dios y Señora nuestra, porque tal día como el de hoy nació de las entrañas de Santa Ana, esposa de San Joaquin. Nació toda pura, toda santa y toda perfecta, sin mancha de pecado ni la mas pequeña imperfeccion: de manera que ya en su nacimiento excede en todo lo dicho á todos los ángeles, á todos los santos y bienaventurados juntos, mas de lo que excede la luna en claridad á todas las estrellas. Por esto la sagrada Escritura dice, con admiracion de los ángeles en los cánticos, que María nace bella como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol. Alégranse los cielos y la tierra, que con María se vé nacer una luz, que anuncia un gozo grande al universo mundo.
Nativitas etc.

Espliquemos los motivos de este gozo, y procuremos sacar fruto del mismo.

El Profeta David nos asegura, que Maria tiene sus fundamentos y principios de santidad y perfeccion donde acaba la de los santos. Esta señora es la obra mas primorosa que hasta aquel dia habia salido de las manos de la omnipotencia del criador. Ella es la tierra bendecida, que había de fructificar en el tiempo la mayor y mas excelente planta, esto es, el Hijo de Dios encarnado. Ella es un compendio de todas las perfecciones, de todas las criaturas angelicales y humanas. Ella es la que con sus heroicas virtudes habia de suplir en la divina presencia la pobreza de las nuestras; dando ella sola mas culto, mas honra y gloria en su nacimiento, que en todo lo restante de las demás criaturas juntas. Ella es la primogénita de todas ellas, ideada despues del verbo eterno encarnado, en el entendimiento de Dios, para ser original de santidad, espejo clarísimo de virtud, regla y norma de la mas alta perfeccion. Ella es la elegida desde la eternidad de entre los millares de criaturas para ser madre del Hijo de Dios, pues es la dignidad mas excelente que puede darse á una criatura pura, y la mayor que despues de Dios podemos comprender ni pensar. Como tal convenia que naciese tan hermosa, tan adornada de virtudes, tan llena

de gracia, tan excelente en santidad, tan dotada de privilegios, cual conviene á la dignidad tan prodigiosa de madre del mismo Dios. Por esto como á obra tan divina fué ya esta Señora, mucho antes de venir al mundo preunciada de los Profetas, deseada de los patriarcas y figurada en tantos símbolos y figuras del testamento antiguo.

Hoy pues nació de las entrañas de Santa Ana este gran portentoso y maravilla de la gracia. Nació como una bella aurora, llena de resplandores celestiales para desterrar del mundo las tinieblas del pecado y de la ignorancia, para romper la cabeza á la serpiente que nos perdió; para preunciarnos al sol de justicia. Jesucristo y verdadero Mesías prometido en la ley y restituírnos á su amistad y gracia; y así como la hermosa aurora, cuando empieza á verse causa á todo el mundo alegría, así también María nuestra Señora, ya en su nacimiento causó gran regocijo á los cielos, á la tierra y á todo el universo, como así lo canta en el día de hoy la Iglesia. Hoy se alegra Dios al manifestarse al mundo esta obra tan singular de María. Se alegra el eterno Padre, á la vista de su especialísima hija. Se alegra el Hijo, mirando tan perfecta á la elegida entre millares por madre suya. Se alegra el Espíritu Santo contemplando tan pura y gloriosa á la mas carísima esposa suya. Se alegra toda la beatísima Trinidad, viendo cuan bien acabado habia salido aquel

templo vivo, en que como de asiento quería habitar y recrearse. Hoy se alegraron los ángeles ó hicieron fiesta muy singular, á vista de la que nacía para reina suya, y reparadora de las ruinas de Lucifer y de que habia de causar á todos nueva gloria.

Hoy se alegraron los hombres y con mucha mas razon que los ángeles, pues con esta señora, les nació el principio de todas las dichas, y se empezaban á cumplir en ella las antiguas y aclamadas esperanzas. Hoy á su modo pudieron también alegrarse las criaturas sensibles ó insensibles, pues con el nacimiento de María recibieron todas nueva dignidad, excelencia, nobleza y hermosura. Solamente el infierno fué exento de esta alegría universal, porque viéndola nacer tan perfecta le causó horror y espanto, conociendo el estrecho en que le ponía, y que era ella el que habia de vencerlo.

Todas estas grandezas y motivos de alegría se comprenden con el nombre celestial y divino, que los Santos Joaquin y Ana pusieron á su hija, nombrándola María, que quiere decir y es lo mismo que mar, estrella, Señora, ilustradora y maestra del pueblo. Estos títulos convienen con gran propiedad á esta señora, por cuanto ella es el mar mas espacioso en el cual entran y están congregadas todas las aguas de las divinas gracias, y de ella salen para repartirse entre los demás justos ó hijos de Dios. Ella es la estrella de la mañana y del mar,

porque es luz, consuelo y guía de los que navegan el mar borrascoso de este mundo, combatido de grandes olas de tentaciones y peligros de la condenacion. Ella es señora, no solo porque como á madre de Dios le compete el derecho de serlo de todas las criaturas, sino porque con eminencia fué siempre señora de sus potencias y sentidos, mandándoles á todos con gran imperio, y gobernándoles segun justicia y razon. Ella es por excelencia ilustrada, porque como vecina ó inmediata de Dios, recibe gran luz de sabiduria, no solo para ella misma, sino tambien para enseñar y ser maestra de otros, como lo fué de los apóstoles y de toda la Iglesia.

Gozemos y alegrémonos santamente en el nacimiento de María, celebrémosle con gran júbilo de nuestros corazones, dando á Dios las gracias de habernos dado en ella tan grandes bienes; dando tambien á María nuestra señora el parabien de su feliz llegada á este mundo; á sus padres Joaquin y Ana la enhorabuena de tener la dicha de tan gran hija; y á nosotros mismos, por lograr en María una tan grande madre, abogada, patrona y protectora.

Tengamos especial amor á María, invoquemos su dulce y sacratísimo nombre con gran reverencia y á menudo, siempre y cuando nos hallemos en algun trabajo y tentacion. Así daremos la alegría á los ángeles y alabanza á Dios.

DE
NTRA. SRA. DEL ROSARIO

Beatus venter qui te portavit,
et ubera que suxisti.

(Luc., c. 11, v. 27.)

Predicando en cierta ocasion Cristo Señor nuestro á una multitud de oyentes, despues de haber convencido con la fuerza de sus razones la rebeldía de los malos, levantó la voz cierta mujer, diciendo á Jesucristo: Feliz, la madre que te llevó en su vientre y te alimentó á sus pechos. De estas mismas palabras de esa mujer la Iglesia se sirve en las festividades de María santísima para su elogio. Pero en ninguna otra con más propiedad que en la de hoy puede servirse venerando á la santísima Virgen María como madre del santísimo Rosario; porque á esta sagrada invocacion dió motivo el darle gracias de haber alcanzado de Dios un extraordinario favor, y hoy es el motivo, uno de los más poderosos que tenemos para

alabar á María santísima por los inmensos prodigios que obra con el mencionado título del Rosario.

Constándonos bien que el devoto ejercicio del Rosario comienza por la oracion del Padre nuestro y continua con la de la Ave María, y que aquella fué la breve y misteriosa oracion que Jesucristo nos enseñó, y que esta se compone de las palabras que pronunció el ángel san Gabriel, de las de santa Isabel y de las que añadió nuestra madre la Iglesia, es todo venerable por su origen. Y no es menos venerable por el orden y distribucion de sus partes, como inspirada en fin por Dios á santo Domingo, y aprobada de más de trece pontífices.

Aunque la meditacion de estos puntos son motivos harto poderosos para celebrar con gozo el santo Rosario, hay otros sin embargo de mayor aprecio, como es la virtud y grande poder que encuentran en él los que lo rezan debidamente, para alcanzar favores de Dios. Porque ¿quién es capaz de enumerar los enfermos que recobraron su antigua salud y perfecto restablecimiento por la devocion del santísimo Rosario? ¿Y los que fueron libertados de la dura esclavitud? ¿Y los que se libraron de las asechanzas de los enemigos? ¿Y los que llegaron felizmente al puerto en medio de las borrascas del mar y del mas eminente naufragio? Me confundo,

Virgen mia, y alabo vuestro poder inmenso, cuando contemplo los estupendos prodigios que habeis obrado bajo la advocacion del Rosario.

Y no hay motivo de cautivar toda nuestra atencion, cuando conocemos que el divino impulso que movió la lengua de aquella piadosa muger para que bendijera á María en Judea, movió la del gloriosísimo santo Domingo de Guzman para que le alabara en Francia? Entences fué cuando este insigne patriarca instituyó la oracion del Santísimo Rosario que se llamó *Salterio de Maria*: porque se compone de ciento y cincuenta ave Marias, número igual al de los salmos de David. Y á la eficacia de esta oracion debieron Domingo y sus hijos la inmensa gloria de acabar con la heregia de los Albigenses, pues se vió patentemente que se caian las armas de las manos, y se disipaban las sombras de los entendimientos de éstos, mientras los otros con repetidas Ave Marias imploraban el patrocinio de aquella reina que tiene la especial prerogativa de destruir las heregias. A la eficacia de esta oracion debió entonces la cristiandad la reforma de las costumbres relajadas, y debe ahora los ejercicios de piedad que la santifican. A la eficacia de esta oracion atribuye la Iglesia la victoria, que por su intercesion dignó conceder la omnipotencia divina á la armada naval católica contra los moros; la cual obtuvo en el mar de Lepanto cerca del de Corinto, en el domingo primero de octubre del

año 1571, en ocasion que los cofrades de nuestra señora del Rosario hacian procesion y rogativas, por el buen suceso de la liga santa, en conservacion y aumento de nuestra santa fé.

El sumo Pontífice Gregorio Papa XIII, de feliz memoria, en recuerdo de tan maravillosa victoria instituyó en semejante dia la fiesta solemne de Maria Santísima del Rosario, y concedió indulgencia plenaria á todos los fieles cristianos, que confesados y comulgados visitaren la capilla ó altar del Rosario, desde las primeras visperas de dicho domingo hasta el otro dia al ponerse el sol, rogando á Dios por el aumento de la santa fé. Los soberanos Pontífices han concedido á los miembros inscritos al Santo Rosario gran número de indulgencias plenarias, confirmadas por su Santidad Pio IX.

Por lo expuesto y tomando las mismas palabras del actual Pontífice Leon XIII. (*Enciclica de 10 de Septiembre de 1883.*) «Con todo encarecimiento exhortamos á todos, á que se esfuerzen en practicar la devocion del santo Rosario sin descuidarlo nunca, en público ó en particular, cada cual en su casa y familia.» Celebrad esta fiesta con gran devocion. Sed toda la vida muy devotos del santo rosario, no dejándolo de rezar todos los dias á lo menos una parte de él, que son cinco decenas.

Ninguno puede excusarse de este obsequio á Maria, por cuanto es devocion tan fácil, que icualquiera sabrá hacer. Si no pudieseis ir á la

Iglesia á rezar el rosario decidle en casa, en el campo, por los caminos ó en cualquiera otra parte. Procurad decirlo con atencion y reverencia pronunciando bien las palabras y teniendo el corazon con ellas: considerando los misterios y pensando con quien se habla, que es con Dios cuando se dicen los Padre Nuestros, y con la Reina de los ángeles cuando se dicen las Ave Marias.

No dejeis ningun dia esta devocion sabiendo cuan agradable es á Maria Santísima, como tambien los grandes prodigios y mercedes del cielo que por medio del santo rosario ha obrado nuestra señora con sus devotos, las muchas indulgencias, gracias y privilegios que los sumos Pontífices han concedido á tal devocion. Sed devotos fieles en vida del santo rosario, alcanzareis singulares beneficios del cielo, asi temporales como espirituales, la victoria de vuestros enemigos, y tendreis cierta señal de ser elegidos para la gloria. Allá Señora, se suben en este dia nuestros deseos. Nuestras almas aspiran á tener parte en la gloria que gozais. Esto ha de ser el fruto de nuestro Rosario, hasta ahora infructuoso, desagradable á vuestros ojos por nuestra irreverencia, nuestra distraccion y nuestra tibieza en rezarle.

CONCEPCION DE MARIA

Sicut audivimus, sic vidimus.

(*Psalm.*, 47,—7.)

Todos sabemos que nuestra Madre la Iglesia guarda con el cuidado más exquisito los dogmas de que es depositaria. Jamás ha cambiado de fe: nunca ha disminuido sus verdades, ni añadido nada de superfluo, ni reparado nada necesario, ni perdido de lo suyo, ni usurpado lo ajeno; si en ese sagrado depósito hay algunas verdades en germen, las cultiva; si están desarrolladas, las consolida y afirma; si están confirmadas y definidas, las guarda: manifestando de tiempo en tiempo lo que se hallaba contenido en la revelación. A este orden de verdades pertenecía el que ya es hoy artículo de fe: la Purísima Concepción de María. Este dogma no es una verdad nueva: es una explicación de la creencia que la Iglesia ha tenido siempre de María. *Sicut audivimus, sic vidimus.* Ved lo que hoy celebra la Iglesia. El artículo

INDICADOR DE LAS PRINCIPALES PARÁBOLAS QUE PREDICÓ NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y PUEDEN SERVIR PARA PUNTOS EN LA PREDICACION

- El Amigo que pide panes.*—San Lucas, cap. XI, vers. 5 y siguientes.
- El Arbol bueno y malo.*—S. Mat., c. VII, v. 15 y sig.; y S. Luc., c. VI, v. 43 y sigs.
- Los Renteros homicidas.*—S. Mat., c. XXI, v. 33 y sigs.; S. Marc., c. XII, v. 1 y sig.; y S. Luc., c. XX, v. 9 y sigs.
- Los Dos Deudores.*—S. Luc., c. VII, v. 40 y sigs.
- El Rico que amontona en el granero.*—S. Luc., c. XII, v. 16 y sigs.
- El Rico Epulon y Lázaro.*—S. Luc., c. XVI, v. 19 y sigs.
- Del servir á dos Señores.*—S. Mat., c. VI, v. 24 y sigs.; y S. Luc., c. XVI, v. 13 y sigs.
- La Casa edificada sobre piedra.*—S. Mateo, c. VII, v. XXIV y sigs.; y S. Luc., c. VI, v. 47 y sigs.
- La Casa edificada sobre arena.*—S. Mat., c. VII, v. 26 y sigs.; y S. Luc., c. VI, v. 49 y sigs.
- La Dracma perdida.*—S. Luc., c. XV, v. 8 y sigs.
- El Fermento.*—S. Mat., c. XIII, v. 33 y sigs.; y S. Luc., c. XIII, v. 20 y sigs.
- La Mota en el ojo ajeno.*—S. Mat., c. VII, v. 3 y sigs.; y S. Luc., c. VI, v. 41 y sigs.
- La Higuera estéril.*—S. Luc., c. XIII, v. 6 y sigs.
- El Hijo que pide á su padre.*—S. Mat., c. VII, v. 9 y sigs.; y S. Luc., c. XI, v. 11 y sigs.
- El Hijo pródigo.*—S. Luc., c. XV, v. 11 y sigs.
- El Fuerte armado.*—S. Mat., c. XII, v. 29 y sigs.
- El Grano de trigo.*—S. Juan, c. XII, v. 24 y sigs.
- El Grano de mostaza.*—S. Mat., c. XIII, v. 31 y sigs.; S. Marc., c. 4, v. 31 y sigs.; y S. Luc., c. XIII, v. 18 y sigs.
- Los Convidados que se excusan.*—S. Mat., c. XXII, v. 2 y sigs.; y S. Luc., c. XIV, v. 16 y sigs.
- El Juez injusto y la Viuda.*—S. Luc., c. XVIII, v. 2 y sigs.
- El Buscar el último lugar.*—S. Luc., c. XIV, v. 7 y sigs.
- La Luz bajo el celemin.*—S. Mat., c. V, v. 15 y sigs.; S. Marc., c. IV, v. 21 y sigs.; y S. Luc., c. XI, v. 33 y sigs.
- La Luz del mundo.*—S. Mat., c. V, v. 14 y sigs.

- La Margarita preciosa.*—S. Mat., c. XIII, v. 45 y sigs.
El Buen Pastor y el Mercenario.—S. Juan, c. X, v. 1 y sigs.
La Mies y los Segadores.—S. Mat., IX, v. 37 y sigs.; S. Luc., c. X, v. 2 y sigs.; y S. Juan, c. IV, v. 35 y sigs.
Las Nupcias del hijo del Rey.—S. Mat., c. XXII, v. 2 y sigs.
Los Operarios de la Viña.—S. Mat., c. XX, v. 1 y sigs.
El Pedil ó Guardador de Ovejas.—S. Juan, c. X, v. 1 y sigs.
La Oveja perdida.—S. Mat., c. XVIII, v. 12 y sigs.; y S. Luc., c. XV, v. 4 y sigs.
El Padre de familias y el Siervo deudor.—S. Mat., c. XVIII, v. 23 y sigs.
El Fariseo y el Publicano.—S. Luc., c. XVIII, v. 10 y sigs.
La Puerta estrecha.—S. Mat., c. VII, v. XIII y sigs.; y S. Luc., c. XIII, v. 24 y sigs.
La Red echada al mar.—S. Mat., c. XIII, v. 47 y sigs.
La Sal de la tierra.—S. Mat., c. V, v. 13 y sigs.; S. Marc., c. IX, v. 49 y sigs.; y S. Luc., c. XIV, v. 34 y sigs. c. 18, v. 49 y sigs.; y S. Luc., c. XIV, v. 34 y sigs.
El Samaritano.—S. Luc., c. X, v. 30 y sigs.
El Sembrador.—S. Mat., c. XIII, v. 3 y sigs.; S. Marc., c. IV, v. 3 y sigs.; y S. Luc., c. VIII, v. 4 y sigs.
La Zizania.—S. Mat., c. XIII, v. 24 y sigs.
El Siervo cruel con su compañero.—S. Mat., c. XVIII, v. 23 y sigs.
El Siervo que vela esperando á su Señor.—S. Luc., c. XII, v. 36 y sigs.
El Espíritu inmundo.—S. Mat., c. XII, v. 43 y sigs.; y S. Luc., c. XI, v. 24 y sigs.
El Calcular los gastos antes de la guerra.—S. Luc., c. XIV, v. 31 y sigs.
Los Talentos.—S. Mat., c. XXV, v. 14 y sigs.; y S. Luc., c. XIX, v. 12 y sigs.
El Tesoro escondido.—S. Mat., c. XIII, v. 44 y sigs.
El Tesoro del Cielo.—S. Mat., c. VI, v. 19 y sigs.; y S. Luc., c. XIX, v. 33 y sigs.
La Vestidura nupcial.—S. Mat., c. XXII, v. 11 y sigs.
El Administrador injusto.—S. Luc., c. XVI, v. 1 y sigs.
La Viña arrendada.—S. Mat., c. XXI, v. 33 y sigs.; S. Marc., c. XII, v. 1 y sigs.; y S. Luc., c. XX, v. 9 y sigs.
Las Diez Virgenes.—S. Mat., c. XXV, v. 1 y sigs.
La Vid y los Sarmientos.—S. Juan, c. XV, v. 1 y sigs.

INDICADOR DE LOS PRINCIPALES MILAGROS

QUE OBRÓ NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Y PUEDEN SERVIR PARA PUNTOS DE PREDICACION.

- Nacimiento de N. S. Jesucristo.*—S. Mat., c. I, v. 18 hasta el fin; y S. Luc., c. I, v. 26 al 38, y c. II, v. 6. y sigs.
Conversion del agua en vino en las bodas de Caná.—S. Juan, c. II, v. 1 al 11.
El Hijo del Régulo.—S. Juan, c. IV, v. 46 al 53.
Un Endemoniado y enfermo.—S. Marc., c. I, v. 23 al 26; y S. Luc., c. VI, v. 33 al 35.
El Leproso en el campo de Cafarnaum.—S. Mat., c. VIII, v. 1 al 4.
El Criado del Centurion en Cafarnaum.—S. Mat., c. VIII, v. 5 al 13; y S. Luc., c. VII, v. 1 al 10.
Suegra de San Pedro.—S. Mat., c. VIII, v. 14 y 15; S. Marc., c. I, v. 30 y 31; y S. Luc., c. IV, v. 38 y 39.
La Pesca Milagrosa.—S. Luc., c. V, v. 1 al 11.
Tempestad apaciguada en el mar.—S. Mat., c. VIII, v. 23 al 27; S. Marc., c. IV, v. 35 al 40; y S. Luc., c. VIII, v. 22 al 25.
Los Gerasenos.—S. Mat., c. VIII, v. 28 y sigs.; S. Marc., c. V, v. 1 al 20; y S. Luc., c. VIII, v. 26 al 36.
Paralítico de Cafarnaum.—S. Mat., c. IX, v. 2 y sigs.; S. Marc., c. II, v. 1 y sigs.; y S. Luc., c. V, v. 18 y sigs.
La Hemorroisa.—S. Mat., c. IX, v. 20, 21 y 22; y S. Luc., c. VIII, v. 43 al 48.
Resurreccion de la Hija de Jairo.—S. Mat., c. IX, v. 18, 19, 23, 24 y 25; y S. Luc., c. VIII, v. 41, 42, 49 y sigs.
Dos ciegos, un mudo y otros enfermos.—S. Mat., c. IX, v. 27 y sigs.
Un enfermo de 38 años junto á la piscina probática.—S. Juan, c. V, v. 1 y sigs.
El Manco de la mano seca.—S. Mat., c. XII, v. 10 al 13; S. Marc., c. III, v. 1 al 5; y S. Luc., c. VI, v. 6 al 10.
Multitud de enfermos junto al mar de Galilea.—S. Mat. c. XII, v. 15; S. Marc., c. III, v. 7 al 12; y S. Luc., c. VI, v. 17, 18 y 19.
El Hijo de la Viuda de Naim.—S. Luc., c. VII, v. 11 al 15.

Falta 61-62

Curaciones delante de los discípulos de San Juan Bautista.

—S. Luc., c. VII, v. 19 al 22.

Un endemoniado ciego y mudo.—S. Mat., c. XII, v. 22 y sigs.

Multiplicacion de los cinco panes y dos peces en el desierto de Betsaida.—S. Mat., c. XIV, v. 15 al 21; S. Marc., c. VI, v. 34 al 44; S. Luc., c. IX, v. 10 al 17, y S. Juan, c. VI, v. 1 al 15.

Jesucristo y San Pedro andan sobre las aguas.—S. Mat., c. XIV, v. 22 al 33; S. Marc., c. VI, v. 45 al 53; y S. Juan, c. VI, v. 16 al 20.

Multitud de milagros, además de los dos anteriores, en veinticuatro horas.—S. Mat., c. XIV, v. 34, 35 y 36; S. Marc., c. VI, v. 55 y 56.

La Hija de la Cananea.—S. Mat., c. XV, v. 22 al 28; y S. Marc., c. VII, v. 24 al 30.

El Sordo-mudo.—S. Marc., c. VII, v. 31 al 37.

Multiplicacion de los siete panes y algunos peces en el desierto de Galilea.—S. Mat., c. XV, v. 29 al 39; y S. Marc., c. VIII, v. 1 al 9.

El Ciego de Betsaida.—S. Marc., c. VIII, v. 22 al 26.

La Transfiguracion de N. S. J.—S. Mat. c. XVII, v. 1 al 8; S. Marc., c. IX, v. 1 al 7; y S. Luc., c. IX, v. 28 al 36.

El Lunático sordo y mudo.—S. Mat., c. XVII, v. 14 y sigs.; S. Marc., c. IX, v. 16 y sigs.; y S. Luc., c. IX, v. 38 y sigs.

Un ciego de nacimiento curado en Jerusalem.—S. Juan, c. IX.

La Muger encorvada durante dieziocho años.—S. Luc., c. XIII, v. 10 y sigs.

El Hidrópico.—S. Luc., c. XIV, v. 1 y sigs.

Los diez Leprosos.—S. Luc., c. XVII, v. 11 y sigs.

Resurreccion de Lázaro.—S. Juan., c. XI, v. 1 al 45.

Los Ciegos de Jericó.—S. Mat., c. XX, v. 29 al 34; S. Marc., c. X, v. 46 al 52; y S. Luc., c. XVIII, v. 35 al 43.

La Higuera maldita é inmediatamente seca.—S. Mat., c. XXI, v. 18 y sigs.; y S. Marc., c. XI, v. 12 y sigs.

Institucion del Santísimo Sacramento de la Eucaristia.—S. Mat., c. XXVI, v. 17 al 30; S. Marc., c. XIV, v. 12 al 26; S. Luc., c. XXII, v. 7 al 20; y S. Juan, c. XIII.

Resurreccion y Ascencion de N. S. J. C.—S. Mat., c. XXVIII; S. Marc., c. XVI; S. Luc., c. XXIV, y S. Juan, c. XX.